GEORGE
POLITZER

CRITICA DE LOS FUNDAMENTOS DE LA PSICOLOGIA Y EL PSICOANALISIS

G. DAVALOS/D. C. HERNANDEZ
EDICIONES/EDITORES

No es extraño el interés actual por los estudios sobre psicología en nuestro ambiente. La universidad ha creado carreras especializadas, cátedras en distintas facultades abordan estos temas, empresas comerciales privadas y entes estatales exigen especialistas en psicología; en auge las clínicas y médicos tratan las neurosis de sus pacientes y, por ende, junto con todo ésto la profusión de libros y autores invade el mercado. Así como el conjunto de las relaciones sociales es la realidad fundamental del hombre, este fenómeno actual no podemos separarlo de la realidad de nuestro país.

Hemos entrado en la categoría de un país industrializado: la siderurgia, la metalúrgica pesada, la petroquímica, la producción de automotores y tractores, la química, etc., levantan sus chimeneas en lo que antes era el reino del elevador de granos. El régimen de monopolio invade todos los órdenes y las condiciones intelectuales están manipuladas hacia el beneficio de las grandes empresas. La física y la química están más que nunca al servicio de la actividad bélica; las matemáticas y la estadística se ha convertido en auxiliares del control monopolista del mercado; la biología en sirvienta de la farmacopea comercial: el arte, el len-

Preparado para la biblioteca popular Riqch'ariy
La Lectura Es La Fábrica De La Conciencia Revolucionaria
Noviembre 2023

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

GEORGE POLITZER

CRITICA DE LOS FUNDAMENTOS DE LA PSICOLOGIA

DAVALOS / HERNANDEZ
LIBREROS/EDITORES

PROLOGO*

La crisis de la sociedad contemporánea que se traduce en guerras, revoluciones y cambios de regímenes sociales se refleja en el campo personal como una crisis psicológica. De ahí la necesidad de comprender los procesos de la personalidad individual, aislada o en relación con la sociedad.

La importancia y trascendencia de los modernos estudios psicológicos corren paralelos con el profundo interés que los mismos despiertan en el público.

Ciertos fáciles entusiasmos —reales o ficticios— derivados de los triunfos del psicoanálisis, han cedido ante la dificultad y complejidad de la materia.

Teorías contradictorias, escuelas que se excluyen mutuamente, exaltación de la psicología profunda en general y del psicoanálisis en particular y su negación categórica, han llevado a una mayor circunspección.

Desde que la psicología se separa de la filosofía especulativa para entrar en el campo de las ciencias experimentales se han realizado grandes descubrimientos, tanto en el terreno de lo orgánico como en el de lo específicamente psicológico. Sin embargo, nada categórico o muy poco, puede afirmarse.

Los enormes progresos en el estudio del sustractum orgánico de la psiquis, han corrido paralelos con el gran avance en el análisis concreto de los problemas vinculados a la pedagogía, a la medicina y en general a la psicología práctica. Pero en medio, en la sistematización y en la generalización de estas dos enormes masas de conocimientos prácticos y concretos muy poco se ha avanzado. Cada uno se aferra a su teoría: psicología individual, psicoanálisis, conductismo, neopsicoanálisis, reflexología, etc.

* Del traductor Carlos Etkin.

Tal vez no resulte muy difícil determinar las razones de esta aparente anomalía.

La psicología como ciencia, pertenece al campo de las ciencias naturales, pero también al de las ciencias sociales. Por ello sus estudios son por una parte rigurosamente experimentales y están, por la otra, influidos, de mitos, fantasmagorías, o intensas influencias religiosas y políticas.

En este sentido tiene el destino de todas las ciencias sociales. Según sea la ubicación clasista, política y social de un individuo, Freud, Jung o Dewey o cualquier otro, serán considerados sabios, maestros o mistificadores.

Es decir que acá es de fundamental importancia además del talento del investigador, su ubicación en el proceso de las luchas contemporáneas.

George Politzer, el lúcido filósofo marxista que cayera fusilado por los nazis durante la ocupación de Francia, posee todas las condiciones para hacer en el campo inquietante de la psicología un aporte fundamental. Que es lo que ha realizado en la presente obra.

Politzer en este trabajo intenta realizar mediante la psicología concreta, una superación de la psicología clásica y del psicoanálisis. La psicología clásica estudia los hechos de los hombres, la memoria, el juicio, etc., su manifestación exterior y hace de ellos una abstracción. Elimina de esta manera el sujeto —que hay que tomarlo en su totalidad— y toma los hechos psicológicos en sí mismos, creando de esta manera una segunda naturaleza esto es los que llama Politzer trasposición, la cual se realiza mediante el realismo (en el sentido mecanicista) el formalismo y la abstracción. Por el realismo se parte de un hecho simple, que se relaciona o que se refiere a una realidad perceptible, y se la transforma en procesos internos, por medio de la abstracción creando esta segunda naturaleza; vaciado— así el hecho de su contenido se lo estudia en su forma impersonal, formal. Veamos pues que esta trasposición de lo real a lo espiritual, es decir hacia el idealismo, se realiza mediante el realismo, la abstracción y el formalismo. Esta es en apretada síntesis la crítica de Politzer a la psicología clásica.

El psicoanálisis es un instrumento eficaz en el examen de la psicología abstracta (clásica), sostiene Politzer. Los "errores freudianos" representan una etapa en el desarrollo de la psicología

concreta por el hecho de existir en el psicoanálisis cierto número de nociones y explicaciones que están íntegramente conformes con las exigencias de la psicología concreta; son pruebas de su vitalidad.

Podemos decir sin paradoja, que Freud es sorprendentemente abstracto en sus teorías como concreto en sus descubrimientos. De esto resulta que el psicoanálisis presenta una dualidad esencial.

Veamos cómo ocurre esto según Politzer: *

"Freud distingue en el sueño un contenido manifiesto y un contenido latente; este último es la reducción al significado del relato hecho por el sujeto, de su sueño. Freud transforma este relato significativo, en una realidad existente 'a priori', que determina la aparición del contenido manifiesto, y como tal la confrontación entre uno y otro lo conduce a ver en esta transposición un trabajo de elaboración del psiquismo. Y así surge el descubrimiento que se concibe como básico del psicoanálisis, el inconciente."

"En la teoría psicoanalítica el inconciente como parte de un pretendido 'aparato psíquico' significa el retorno por medio del realismo a las construcciones mitológicas de la psicología clásica."

"Una vez hallado el significado del sueño, este relato significativo queda transformado por medio del realismo en una entidad psicológica, en el sentido de cosa."

Al hacer esta crítica Politzer sostiene que Freud representa... una etapa necesaria. Además también al rechazar el inconciente, sostiene que "la manera en que se interpreta la dualidad en cuestión, tal vez no sea la única posible". Abre, de esta manera, camino a las diversas interpretaciones del psicoanálisis.

Politzer, como dijimos, trata de crear una psicología concreta: "Las ciencias de la naturaleza que tratan del hombre, no agotan ciertamente todo cuanto podemos aprender de él. El término 'vida' designa un hecho 'biológico', al mismo tiempo que la vida propiamente humana, la vida dramática *del hombre (...con el término 'drama' deseamos designar un* hecho, *y hacemos completa abstracción de las resonancias románticas de esta palabra...) Esta vida dramática presenta todos los caractères que hacen posible se estudie su dominio científicamente".*

La dramática es la conducta total del individuo en función de

---

* Bleger, José: *Psicoanálisis y dialéctica materialista*, Pág. 42.

la vida. Para Freud —según Politzer— el hecho psicológico no es más que un segmento "del drama". Para Politzer "el drama" es el objeto de la psicología concreta, con ello entra la psicología en una nueva vía: el estudio "del hombre concreto", realizándose el gran deseo de la psicología si se convierte en un programa científico este deseo realizándose como ciencia. El desarrollo de la psicología nos reserva ciertamente grandes sorpresas, porque la historia de una ciencia no se adivina "a priori".

Desde que Politzer escribió esto último han pasado varios años. Sin embargo, a pesar de ser años preñados de acontecimientos poco ha progresado la psicología en obtener el grado de una ciencia. Grandes tentativas se han hecho desde todos los campos. Desde el mismo punto de vista en que Politzer se ubicó, es decir, desde el marxismo, el psicoanálisis es nuevamente puesto en discusión, y ciertas premisas que se consideraban superadas han sido de nuevo replanteadas. Así tenemos que el inconciente freudiano se ha llenado de un contenido social, de modo tal que lo que para Politzer era reaccionario, ha pasado a ser el punto de partida de nuevas corrientes interpretativas.

Se ha partido del concepto de la alienación del hombre, cuyas bases fueron escritas por Marx en los "Manuscritos económico-filosóficos" en 1844. "El producto del trabajo, es el trabajo que se ha fijado en un objeto, se ha tornado positivo; él es la objetivación del trabajo. La realización del trabajo es su objetivación. Esta realización del trabajo aparece en el estado industrial como la desrrealización del obrero, la objetivación como perdida y servidumbre del objeto, como extrañamiento" ... "su trabajo no sólo llega a ser un objeto, una existencia externa, sino que él existe fuera, independientemente del obrero y extraño a éste, deviniendo una potencia autónoma frente al mismo, de modo que la vida que el obrero ha otorgado al objeto se presenta ante él como enigma extraño". "Una consecuencia inmediata de que el hombre está alienado del producto de su trabajo, de su actividad vital, de su ser específico, es la alienación del hombre. Si el hombre está frente a sí mismo, también está frente a él otro hombre. Lo que vale para la relación del hombre con su trabajo, con el producto de su trabajo y consigo mismo, eso vale también de la relación del hombre con otro hombre como igualmente con el trabajo de otro hombre." Afirma que así como un hombre está

alienado para otro hombre, cada uno de ellos con relación al ser humano está alienado también.

Esta mutilación del individuo lo transforma en ser racional, egoísta, calculador. Su situación determina los impulsos sobre la psique humana, la que a su vez determina la conducta. El hombre en su ser biólogo sufre el impacto de la alienación, y en esta interrelación recíproca surge la conducta. El estudio de la psique del hombre, es en la actualidad el estudio del hombre alienado en una sociedad alienada. El problema del psicólogo no puede quedar reducido a esta tarea, debe también comprender la tarea de la liberación del hombre, liberación que significa sacarlo de la necesidad y de la condición de esclavo y de infra-humano en que la sociedad actual lo ha colocado: "El reino de la libertad comienza de hecho sólo allí donde el trabajo, que está determinado por la necesidad y la finalidad externa, cesa; este reino reside pues, conforme a la naturaleza de la cosa, más allá de la esfera de la producción propiamente material. Así como el salvaje tiene que luchar para satisfacer sus necesidades, para mantener su vida y reproducirse, lo mismo tiene que hacerlo el hombre civilizado, y él tiene que luchar en todas las formas de sociedad y en todos los posibles modos de producción. Con su desarrollo se amplía este reino de la necesidad natural porque se amplían las fuerzas productivas que a ellas satisfacen. La libertad en este dominio sólo puede consistir en que el hombre socializado, los productores asociados, regulen racionalmente el intercambio de materias con la naturaleza, lo coloquen bajo un control comunitario, en lugar de ser dominado por él como por una potencia ciega, y ejecutar este intercambio con el mínimo gasto de fuerzas y bajo las condiciones más adecuadas y dignas a su naturaleza humana. Pero tal dominio queda siendo siempre un reino de la necesidad. Más allá del mismo comienzo el desarrollo de la fuerza humana, la que vale como un fin en sí, el verdadero reino de la libertad, el que empero sólo se puede edificar sobre el reino de la necesidad como su base". *

En la época más reciente se ha intentado superar la contradicción de las teorías en el campo de las ciencias sociales, por un procedimiento singular. Se afirma que la verdad estando de por medio intereses sociales y características individuales derivadas de

* *El Capital*, Tomo III.

la particular situación, del que la expone, no puede ser expresada por ningún investigador individual, ni por ninguna corriente de pensamiento de una manera exclusiva. La verdad sería entonces el resultado de la suma o de la integración de las distintas perspectivas con que se observa.

La verdad psicológica resultaría entonces de la integración de la perspectiva psicoanalítica, conductista, de psicología individual, pragmatista, reflexológica, jungiana, etc. La dialéctica reconoce que en una realidad controvertida lo verdadero está en la totalidad de sus expresiones. Pero también que hay una de estas verdades que posee la gravitación dinámica suficiente para imponerse o arrastrar a las otras.

En el campo de la psicología como en todos los otros, las posiciones que derivan de la ideología socialista de la clase obrera, tienen la fuerza necesaria para subordinar a su desarrollo a todas las otras. En cierta medida la concepción de las distintas perspectivas para juzgar los hechos es una tentativa de la burguesía en su impotencia, para limitar la fuerza revolucionaria del marxismo.

La lucha teórica por la comprensión de los mecanismos psicológicos del hombre contemporáneo, desgarrado por las terribles contradicciones de nuestra época, está lejos de llegar a su término. George Politzer que terminó ubicándose en la línea del materialismo dialéctico e histórico, propio del proletariado, ha hecho con este libro una importante contribución.

CARLOS ETKIN

PROLOGO

No es el trabajo que el lector tiene ante los ojos uno de aquellos llamados de presentación; no se trata en él de exponer de manera dogmática el psicoanálisis tal cual es en su conjunto o en una de sus partes, sino de *reflexionar sobre él* desde el punto de vista en que nos hemos situado. Como nuestra obra supone conocimiento del psicoanálisis por parte del lector, hemos pasado por alto todo cuanto no deja de ser articulación técnica o pura cuestión de hecho, siempre que, desde nuestro punto de mira, no hemos observado en ella nada significativo.

Esto explica que ciertos aspectos del psicoanálisis, tales como la sexualidad, deban figurar en las exposiciones dogmáticas en primer plano, no apareciendo en absoluto en nuestro estudio.

Por otro lado, no nos mostramos partidarios del método consistente en querer justificar los *pero* y los *sí* aportando citas oportunas. Si hemos empleado menos citas que se acostumbra en las obras del carácter de la nuestra, ha sido porque la exactitud de nuestra interpretación no puede comprobarse sino por la reflexión personal. Por esa razón hemos renunciado también al concepto que inspira la mayoría de las obras filosóficas francesas, consistente en suponer un lector, absolutamente pasivo, por no decir estúpido, a quien hay que presentar las cosas *mascadas* para evitarle todo esfuerzo de reflexión personal.

Ese método es superficial; la claridad que aparenta es ficticia, falsa. Dificultad y oscuridad, claridad y facilidad no son sinónimos. La precisión de la idea debe bastarse a sí misma; las explicaciones destinadas solamente a ahorrar al lector esfuerzos,

son completamente inútiles, tanto más cuanto que están absolutamente desprovistas de interés para el mismo autor.

Por eso hemos suprimido casi todo cuanto no es posición y desarrollo de las ideas en sí. Después de haber dicho de una vez con toda claridad posible el sentido en que reprochamos a los psicólogos clásicos haber tomado los hechos psicológicos por *cosas,* hemos tenido el cuidado de omitir la comparación del significado que este reproche tiene para nosotros con el que tiene para Bergson. Sabemos muy bien que nos hallamos muy lejos de ser los únicos que emplean el término *concreto;* pero el sentido que tiene en nuestro texto evitará toda confusión, aunque no hayamos considerado todas sus significaciones. Tampoco hemos tomado una por una las diversas definiciones del hecho psicológico y las críticas clásicas de la introspección para mostrar que las primeras llevan todas en sí la abstracción y que las últimas han olvidado lo esencial. De la misma manera que no nos hemos eternizado en la vida del *drama* en sí mismo, no hemos mostrado el modo, la manera, como la abstracción permite engendrar cada una de las construcciones teóricas de Freud a partir de un hecho concreto, y la manera como este hecho concreto puede hallarse recorriendo en sentido inverso el camino de la abstracción. Podríamos citar muchos más puntos en los que hemos evitado los desarrollos.

No todos ellos hubieran sido inútiles. Pero el lector que consienta efectuar el esfuerzo necesario podrá encontrarlos por sí mismo, mientras que a los que rehusan todo esfuerzo de este género no bastarían jamás todas las extensiones imaginables.

Sin embargo, no es que queramos velar, con la ayuda de esta consideración, lo que de impreciso y provisorio existe en este estudio. Nuestro trabajo es punto de partida, ante todo porque no es sino el primer tomo de los *Materiales*, y además porque forma parte de una serie de estudios preliminares. Si no hemos desarrollado la idea de significación y la idea de drama hasta el punto en que su dualidad, algo molesta en el presente escrito, hubiera cedido el lugar a una concepción clara de sus relaciones, es debido a que los elementos de este desarrollo pertenecen ya al II tomo de los *Materiales* que tratará de la Gestalttheorie. Por esa misma razón no hemos profundizado la idea de forma, aunque nos hemos servido de ella alguna vez. Otros puntos, tales como la idea del análisis de la noción de conciencia, por ejemplo,

o el estudio sistemático de todos esos procedimientos clásicos contra los que hemos proyectado luz de paso, no pueden desarrollarse a no ser en el *Ensayo* que seguirá a los *Materiales*.

Si tenemos la suerte de encontrar críticos lo suficientemente advertidos para que no nos importunen de nuevo, con el pretexto de que forzamos puertas que ya están abiertas, con aquello sobre lo que precisamente queremos entablar discusión, tal vez descubran que al emprender este trabajo no pudimos hallar muchos puntos de apoyo, al menos en la literatura psicológica francesa. Entonces se podrá aceptar la idea fácil que en suma nos proponemos: exponer el psicoanálisis en términos de "Gestalt" y de "behavior". Pero no se olvide que nuestra posición ante la Gestalttheorie y el Behaviorismo sólo podrá precisarse en los estudios que pensamos consagrarles.

En general, la cuestión de saber hasta qué punto son "originales" las reflexiones contenidas en este volumen o los siguientes, es cosa que no nos interesa, y si la mentamos, se debe solamente a nuestro deseo de aclarar un punto más. Algunas de las semejanzas que pudieren hallarse serán legítimas, pero no se debe olvidar lo siguiente: para nosotros se trata esencialmente de presentar los problemas de manera tal que la discusión pueda tener su punto de partida en una base nueva y continuar después siguiendo un nuevo plan, sin que se pueda retroceder jamás hacia esa psicología que no debe existir más que para el historiador. Ninguna importancia tiene que nuestras fórmulas se encuentren en otros autores, o que más adelante se revelen inadecuadas una vez presentado el problema de esta manera, pues por el momento no se trata de fórmulas, sino de nueva orientación.

G. POLITZER

Cherburgo, setiembre 1927.

INTRODUCCION

1. — *Si nadie hay que piense protestar contra la afirmación general de que las teorías son mortales y que la ciencia no puede avanzar más que pasando sobre sus propias ruinas, tampoco es posible obtener de los representantes de una teoría, cualquiera de las actuales, la aquiescencia sobre su muerte. La mayoría de los sabios está formada por investigadores que, al no poseer el sentido de la vida ni de la verdad, no pueden actuar saliéndose del abrigo de principios reconocidos oficialmente: no nos es posible pedirles reconozcan una evidencia que no haya sido* dada *y que se esté por crear. Su papel histórico es muy diferente: consiste en el trabajo de profundizar y explorar; los "principios" emplean su energía vital por su mediación; como instrumentos respetables de la ciencia, son incapaces de renovarse y renovarla. De este modo reconocen la mortalidad de todas las teorías, aun tratándose de las suyas, pero únicamente en lo referente a lo abstracto, pues siempre les parece inverosímil haya llegado el momento de la muerte.*

2. — *Por eso se escandalizan los psicólogos cuando se les habla de la muerte de la psicología oficial, de esa psicología que se propone el estudios de los 'procesos psicológicos', ya queriendo comprenderlos en sí mismos, ya en sus concomitantes o determinantes psicológicos, ya por medio de métodos "empenachados".*

No es que la psicología esté en posesión de resultados fecundos y positivos que no se podría poner en duda sino negando el espíritu científico mismo: sabemos que momentáneamente no disponemos más que de investigaciones "sueltas", por una parte; promesas, por otra, y que hay que esperarlo todo de un miste-

rioso perfeccionamiento que debe aportarnos el porvenir generosamente. Tampoco existe (por lo menos en cuanto a lo que ha sido hecho ya) acuerdo unánime entre los psicólogos, acuerdo que puede desalentar de antemano a los "energúmenos"; sabemos que la historia de la psicología es, desde hace cincuenta años, epopeya de desilusiones, y que, hoy mismo, se lanzan diariamente nuevos programas para fijar las esperanzas disponibles de nuevo.

Si los psicólogos protestan y si pueden protestar con cierta apariencia de buena fe, es debido a que han logrado abroquelarse en una cómodo posición. Habiendo satisfecho sus necesidades científicas con el manejo estéril de aparatos y la obtención de algunos medios de estadística, que generalmente no sobreviven a su publicación, proclaman que su ciencia está hecha de paciencia, y rechazan toda verificación y crítica con el pretexto de que la "metafísica" nada tiene de común con la ciencia.

3. — Esta historia de cincuenta años, que tanto envanece a los psicólogos, no pasa de ser la misma que la de un estanque de ranas. Los psicólogos, incapaces de descubrir la verdad, la esperan un día tras otro: esperan la traiga alguien, sea quien fuere y viniere de donde viniere, pero como no tienen idea alguna de la verdad, no saben reconocerla ni captársela: entonces la ven en cualquier cosa y son víctimas de todas las ilusiones.

Primeramente surgió Wundt, que preconizó la psicología "sin alma", comenzando la migración de los aparatos de laboratorio de fisiología a los laboratorios de los psicólogos. ¡Qué orgullo, qué regocijo! ¡Los psicólogos tenían laboratorios y publicaban monografías . . .! ¡No discutamos más, calculemos! Se asían los logaritmos por los cabellos, y Ribot calcula el número de células cerebrales con el fin de saber si pueden alojar todas las ideas. La psicología científica vino entonces al mundo.

En el fondo, ¡qué miseria! El formalismo más insípido ganaba la partida a favor de la complacencia universal y entre los aplausos de todos aquellos que no conocían de la ciencia más que los lugares comunes de la metodología. Aparentemente, los psicólogos en cuestión han prestado servicios a la psicología combatiendo las antiguallas elocuentes de la "psicología racional", pero en realidad no han hecho más que construirle un refugio en el cual, al abrigo de la crítica, contaba aún con probabilidades de vida.

Una vez llegados a medir hasta la milésima de segundo, las asociaciones comenzaron a sentir algún cansancio. Los "reflejos condicionales" llegaron, por fortuna, para reanimar la fe. ¡Qué descubrimiento! Bechtherew presentó la "Psicorreflexología" a los psicólogos maravillados. También este movimento quedó aletargado. Luego fueron la afasia, seguida de la teoría fisiológica de las emociones, tras la que vino la de las glándulas de secreción interna, las que hicieron renacer las grandes esperanzas frustradas, pero en ello no se trataba más que de tensión y retención de un deseo impotente, porque quimérico y al mismo tiempo, después de cada uno de los períodos de agitación "objetivista", reaparece el monstruo vengador de la introspección.[1]

4. — *Por eso el advenimiento de la psicología "experimental", lejos de representar un nuevo triunfo de la inteligencia científica, no pasó de una humillación. En lugar de dejarse renovar por él, y servirle, se trataba, en efecto, de aprovechar su vida para aplicarla a las viejas tradiciones que se hallaban faltas de ella, y para las que esta operación era la última probabilidd de existencia. Esto explica el hecho reconocido hoy*[2]*: que todas las psicologías "científicas" que se han sucedido a partir de Wundt, no son más que disfraces de la psicología clásica. La misma diversidad de las tendencias no representa sino los resurgimientos sucesivos de esta ilusión, consistente en creer que la ciencia puede salvar la escolástica. Los psicólogos no han buscado otra cosa en todos los hechos de que se han adueñado, tanto los fisiológicos como los biológicos. Eso es lo que explica también la impotencia del método científico en manos de los psicólogos.*

5. — *Los sabios forman una verdadera jerarquía desde el punto de vista de la seriedad con que han concebido el método científico. El mundo de la cantidad es el mundo propio de los matemáticos; no obstante, ellos se mueven en él con facilidad natural, siendo los únicos que no transforman su rigor en ostentación. El empleo que los físicos hacen de las matemáticas se resiente ya algunas veces por el hecho de que éstas no representan para ellos sino el hábito de locación; la envergadura pura de los matemáticos puede continuar siendo para ellos inaccesible y con frecuencia se hallan* limitados. *Pero todo esto nada es comparado con lo que sucede en el piso de abajo. Los fisiólogos avanzan ya de manera terrible en la magia de las cifras y el entusiasmo por la forma cuantitativa de las leyes alcanza en*

ellos muchas veces las proporciones de adoración de un fetiche. No obstante, esta torpeza no puede hacernos olvidar lo serio y fundamental que contiene. Los psicólogos han recibido las matemáticas de tercera mano: las recibieron de los fisiólogos, quienes a su vez las tomaron de los físicos; estos últimos, solamente fueron quienes las recibieron directamente de manos de los matemáticos. Hay que tener en cuenta que en cada una de las etapas el nivel del espíritu científico sufre un descenso, y cuando, finalmente, las matemáticas llegan a los psicólogos, no pasan de ser "un poco de cobre y cristal" que ellos han tomado "por oro y diamante". Lo mismo sucede con el método experimental: el físico es quien experimenta su visión seria; él, únicamente, es quien no juega con el método, pues en sus manos es técnica racional, sin que degenere nunca en magia. Pero el fisiólogo siente inclinada tendencia hacia la magia: en él, el método experimental degenera frecuentemente en pompa *experimental. Y, ¿qué diremos del psicólogo? Todo es* pompa *en él. A despecho de todas sus protestas contra la filosofía, sólo ve la ciencia a través de los lugares comunes que ella le ha enseñado sobre el asunto. Y como se le ha dicho que la ciencia está constituida por la paciencia, que las grandes hipótesis se han erigido sobre inquisiciones de detalle, cree que la paciencia es un método en sí misma, y que basta inquirir detalles ciegamente para atraer al Mesías sintético. Vive entre aparatos; se deja caer en brazos de la fisiología, la química o la biología; amontona los promedios estadísticos y se convence de que, para adquirir ciencia, lo mismo que para adquirir fe,* precisa embrutecerse.

Es necesario comprender que los psicólogos son científicos de la misma manera que los salvajes evangelizados son cristianos.

6. — *La negación radical de la psicología clásica, introspeccionista o experimental, que se encuentra en el behaviorismo de Watson, es un descubrimiento importante. Precisamente significa la condenación de aquel estado de espíritu, consistente en creer en la magia de la forma, sin comprender que el método científico exige una radical "reforma del entendimiento". En efecto, no podemos, fuere cual fuere la sinceridad de la intención y la voluntad de la precisión, transformar la física de Aristóteles en física experimental. Su naturaleza lo repele, y sería totalmente ilegítimo confiar en los perfeccionamientos del porvenir respecto a cualquier tentativa de este género.*

7. — *No es la historia de la psicología, durante los últimos cincuenta años, la de una organización, como se acostumbra a afirmar placenteramente en las primeras páginas de los manuales de psicología, sino la de una disolución. Y dentro de cincuenta años la psicología auténticamente oficial de hoy aparecerá como aparece hoy ante nosotros la alquimia y las fabulaciones verbales de la física peripatética. Se divertirán mucho ante las resonantes fórmulas con que comenzaron los psicólogos "científicos" así como ante las penosas teorías a que han llegado; los esquemas estadísticos y los dinámicos, la teología del cerebro constituirá un estudio regocijante, lo mismo que la antigua teoría de los temperamentos, pero luego quedará todo relegado en la historia de las doctrinas incomprensibles, y sentirán sorpresa, como se siente hoy referente a la escolástica, ante su persistencia.*

Entonces se comprenderá lo que hoy parece inverosímil, es decir que el movimiento psicológico contemporáneo no es más que la disolución del mito de la doble naturaleza del hombre.

El establecimiento de la psicología científica supone precisamente esta disolución. Todas las articulaciones introducidas por la elaboración nocional en esta creencia primitiva, deben borrarse una tras otra, y la disolución debe proceder por etapas: pero hoy debiera haber terminado ya. Su duración ha sido considerablemente prolongada por la posibilidad de renacimiento ofrecida a las tesis muertas a favor del respeto que rodea los métodos científicos.

8. — *Pero finalmente ha llegado el momento de la liquidación de toda esta mitología. La disolución no puede afectar hoy a la forma de la vida, pudiendo reconocer ahora con certidumbre el fin en su fin. En efecto, la psicología está actualmente en el mismo estado en que se hallaba la filosofía en el momento de la elaboración de la Crítica de la Razón Pura.. Su esterilidad es manifiesta, sus procedimientos constitutivos se han puesto al desnudo, y mientras unos se confinan en una escolástica impresionante por su presentación, pero que nada adelanta, otros se lanzan a desesperadas soluciones. También se deja sentir un nuevo viento: quisiésemos haber vivido ya todo ese período de la historia de la psicología, pero caemos constantemente en las fantasías escolásticas. Falta algo:* el claro reconocimiento del hecho que la psicología clásica no pasa de ser la elaboración nocional de un mito.

9. — *Este reconocimiento no debe ser una de aquellas críticas del género de las que pululan en la literatura psicológica, y que muestran unas veces el fracaso de la psicología subjetiva, otras el de la objetiva y que preconizan periódicamente el retorno de la tesis a la antítesis y de la antítesis a la tesis. Por consiguiente, no hay que instituir disputa que pueda nuevamente continuar siendo* interior *en la psicología clásica, cuyo completo beneficio consiste en hacer girar la psicología sobre sí misma*[3]. *Lo que nos hace falta es una crítica renovadora, crítica que rebase el punto muerto en que se encuentra la psicología, liquidando claramente lo que ha sido hasta ahora, creando esta grande evidencia que se trata de comunicar.*

10. — *En contra de toda esperanza, no es del ejercicio del método objetivo de donde viene esta visión de la psicología nueva que supone la crítica en cuestión.* El resultado de este ejercicio es enteramente negativo: *en efecto, nos ha conducido el behaviorismo. Watson ha reconocido precisamente que la psicología objetiva clásica no es objetiva en el verdadero sentido de la palabra, puesto que ha afirmado, después de cincuenta años de psicología científica, que ya era hora de que la psicología se convirtiese en ciencia positiva. El behaviorismo patalea, más bien dicho, ha sido víctima de una desgracia mucho mayor. Los behavioristas, encantados en un principio ante la noción de behavior, han acabado por descubrir que el behaviorismo consecuente, el de Watson, no tiene salida, y sintiendo añoranza por las ollas de la psicología introspectiva, con el pretexto de «behaviorismo no fisiológico», retornan a nociones francamente introspectivas, o se limitan simplemente a traducir en términos de behavior las nociones de la psicología clásica. Entonces sentimos comprobar que (entre algunos al menos) el behaviorismo ha servido solamente para dar nueva forma a la ilusión de la objetividad.*[4] *El behaviorismo presenta entonces la paradoja siguiente: para afirmarlo sinceramente precisa renunciar a desarrollarlo, y, para poder desarrollarlo, precisa renunciar a su sincera afirmación; cosa que le priva entonces de toda razón de ser.*

Desde luego, todo eso no es sorprendente. La verdad del behaviorismo está constituída por el reconocimiento del carácter mitológico de la psicología clásica, y la noción de behavior no sirve más que cuando se considera en su esquema general, anterior-

mente a la interpretación que le dan los watsonianos y los demás. Los cincuenta años de psicología científica no han podido llegar más que a afirmar que la psicología científica está en sus comienzos.

11. — *La psicología objetiva clásica no podía llegar a otro resultado. Nunca ha sido más que la voluntad imposible de la psicología introspectiva de convertirse en ciencia de la naturaleza, y no representa sino el homenaje que esta última ha rendido al gusto de la época. Hubo momento en que la filosofía, lo mismo que la metafísica, quisieron convertirse en «experimentales», pero no se tomó en serio la cosa. La psicología ha logrado conseguirlo.*

En efecto, nunca hemos tenido psicología objetiva diferente a esta psicología que se fingía negar. Los psicólogos experimentales no han tenido nunca ideas propias; utilizaron siempre el antiguo caudal de la psicología «subjetiva». Cada una de las veces que se ha descubierto que cierta tendencia ha sido víctima de esta ilusión, se ha vuelto a comenzar en otra dirección, creyendo poderlo obrar mejor partiendo de los mismos principios. Por eso esos inquiridores a quienes el método científico debiera haber dado alas, se han encontrado siempre retrasados comparados con los psicólogos introspeccionistas, pues aunque los primeros se esforzaban por traducir en fórmulas «científicas» las ideas de los últimos, éstos no tenían nada que hacer sino reconocer sus ilusiones. Ahora es cuando la psicología experimental comienza a reconocer su propio vacío, y la introspeccionista se encuentra siempre en sus maravillosas y emocionantes promesas, mientras entre los psicólogos que se desinteresan al mismo tiempo de la fisiología de las sensaciones, de los laboratorios clásicos y del «devenir moviente» de la conciencia, aparece con clara visión de los errores, la indicación de una dirección realmente fecunda.

12. — *El aspecto positivo y negativo de la crítica que emprendemos debe precisarse a la luz de las tendencias que procuran e intentan sustraerse a la influencia de los problemas y de las tradiciones de la psicología subjetiva, así como de la objetiva. Si se entiende que esta crítica no debe ser resultado de trabajo puramente nocional, tampoco se requiere, para que sea valedera, comenzarla «por abajo»; pues al tronco es a lo que debe dirigirse, a la* ideología central de la psicología clásica. *No se trata de limpiar y podar ramas, sino de talar el árbol. Tampoco*

se trata de condenarlo todo en bloque, pues hay hechos que sobrevivirían a la muerte de la psicología clásica, pero únicamente la nueva psicología podrá aportarles su verdadera significación.

13. — *Lo más notable que existe en la historia de la psicología no consiste en esta oscilación en torno de los dos polos de la objetividad y la subjetividad, ni en la falta de genio que caracteriza el modo como se sirven los psicólogos del método científico, sino en el hecho que la psicología clásica no representa ni la falsa forma de una verdadera ciencia, pues es la misma ciencia la que es falsa radicalmente, dejando a un lado toda cuestión de método. La comparación de la psicología con la física de Aristóteles no es exacta del todo, pues la psicología no es falsa en este sentido sino a la manera como lo son las ciencias ocultas: el espiritismo y la teosofía, que, a su vez, afectan forma científica.*

Las ciencias de la naturaleza que tratan del hombre, no agotan ciertamente todo cuanto podemos aprender sobre él. El término «vida» designa un hecho «biológico», al mismo tiempo que la vida propiamente humana, la vida dramática[5] del hombre. *Esta vida dramática presenta todos los caracteres que hacen posible se estudie su dominio científicamente. Aunque no existiese la psicología, habría que inventarla en nombre de dicha posibilidad. Ahora bien, las reflexiones sobre esta vida dramática no han logrado hallar su lugar sino en la literatura y el teatro, y aunque la psicología clásica afirma la necesidad de estudiar los «documentos literarios», de hecho no ha habido jamás*[6] *utilización verdadera, independiente de los fines abstractos de la psicología. Por ello, en vez de poder transmitir a la psicología el tema concreto que en ella se había refugiado, al contrario, ha sido la literatura la que ha acabado por sufrir la influencia de la falsa psicología; los literatos se han creído obligados, en su ingenuidad e ignorancia, a tomar en serio la «ciencia» del alma.*

Pero, de todos modos, la psicología oficial debe su origen a inspiraciones radicalmente opuestas a las que únicamente pueden justificar su existencia, y lo que es más grave, se nutre exclusivamente de esas inspiraciones. En efecto, no presenta, para decirlo en términos crudos, sino una nocional elaboración de la creencia general en los demonios, es decir, de la mitología del alma, por una parte, y del problema de la percepción tal cual se presenta ante la filosofía antigua, por la otro. Cuando los behavioristas afirman que la hipótesis de la vida interior repre-

senta un resto de animismo, adivinan perfectamente el verdadero carácter de una de las tendencias cuya fusión ha dado origen a la psicología actual. Disponemos de una completa historia muy instructiva, pero su relato no encaja, sino que rebasa los límites del presente estudio. En líneas generales, la actitud mística y «pedagógica» ante el alma, los mitos escatológicos, incorporados al cristianismo, en un momento dado, han sufrido un descenso, viéndose súbitamente rebajados hasta llegar al nivel de estudio dogmático inspirado por un realismo bárbaro, encontrando de este modo la inspiración del tratado aristotélico del alma. Y no obstante, cuando este estudio debía servir por un lado a la teología, por el otro ha intentado constituirse un contenido, bebiendo indistintamente en las fuentes de la teoría del conocimiento, en las de la lógica y en las de la mitología. De esta manera se ha formado un tejido de temas y problemas bastante delimitados para constituir una parte denominable de la filosofía. Podemos decir que el conjunto estaba completo a partir de su formación, pudiéndose afirmar que hasta nuestros días no se ha efectuado ningún descubrimiento psicológico digno de este nombre: el trabajo psicológico, a partir de Gocklen, o si se quiere desde Cristian Wolff, no ha sido más que nocional, *trabajo de elaboración, articulación, en una palabra, la racionalización de un mito y, finalmente, su crítica.*

14. — *La crítica kantiana de la «psicología racional» debiera haber arruinado definitivamente la psicología. Inmediatamente hubiera podido determinar una orientación hacia lo concreto, hacia la verdadera psicología que bajo la humillante forma de la literatura quedó excluída de la «ciencia». Pero la Crítica no surtió este efecto. Cierto es que eliminó la noción de alma, pero la refutación de la psicología racional, al no ser más que aplicación de la crítica general de las cosas en sí, parece dió por resultado que la psicología tuviera un «realismo empírico», paralelo al que se impone en la ciencia después de la ruina de la cosa en sí. Y como la interpretación corriente deja a un lado la idea, extraordinariamente fecunda, de la anterioridad de la experiencia externa a la interna, para conservar sólo el paralelismo, la crítica de la Razón Pura parece consagrar la hipótesis de la vida interior. El antiguo fondo de la psicología ha podido sobrevivir, y sobre él han caído las exigencias de moda durante*

el siglo XIX*: experiencia y cálculo. A partir de este momento comienza la lamentable historia, el* Carmen Miserabile.

15. — *El culto del alma es cosa esencial para el Cristianismo. El antiguo tema de la percepción no hubiera bastado jamás para engendrar la psicología: de la religión deriva la fuerza de esta última. La teología del alma, una vez constituida en tradición, ha sobrevivido al Cristianismo, y continúa viviendo hoy debido al alimento ordinario de todos los escolásticos. El respeto de que ha logrado rodearse, gracias al disfraz científico, le ha permitido vegetar un poco más, logrando sobrevivirse gracias a ese artificio.*

Falso serír decir, sin embargo, que la psicología clásica se alimenta solamente del pasado. Por el contrario, ha logrado unirse a ciertas exigencias modernas: la vida interior, en el sentido «fenomenista» de la palabra, ha logrado, efectivamente, convertirse en «valor».

La ideología de la burguesía no hubiera sido completa de no haber hallado su mística. Después de muchos tanteos parece haberla encontrado actualmente: en la vida interior de la psicología. La vida interior conviene perfectamente a este destino. Su esencia es la misma que la de nuestra civilización, es decir la abstracción: eso no obsta para que la vida en general, el hombre en general y los «sabios» actuales, se sientan felices al heredar este concepto aristocrático del hombre con un haz de problemas de gran lujo.[7]

La religión de la vida interior parece ser el mejor medio de defensa contra los peligros de una verdadera renovación. Como no implica el apego a ninguna verdad determinada, sino simplemente juego desinteresado con las formas y cualidades, produce la ilusión de la vida y el progreso «espiritual», cuando la abstracción, que es su esencia, detiene toda verdadera vida; y como no se conmueve sino debido a su propia profundida, no pasa de ser eterno pretexto para ignorar la verdad.

Por esa razón predican la vida interior todos aquellos que quieren captarse las voluntades de renovación antes de que puedan haberse adherido a su verdadero objeto, para que el ansia por las cualidades reemplace la comprensión de la verdad. Por esa razón todos aquellos que se sienten demasiado débiles para mostrarse «difíciles» se agarran al remo que se les ofrece: este ofrecimiento de salvarles contemplándose el ombligo parece verdaderamente irresistible...

16. — *Por lo tanto, la psicología clásica es doblemente falsa: falsa ante la ciencia y falsa ante el espíritu. ¡Qué regocijo se hubiere producido al ocernos solos con nuestra condena de la vida interior! ¡Con qué placer se nos hubiera indicado las «bases científicas» de la falsa sabiduría! Todas esas «filosofías de la conciencia», con las que se hacen juegos malabares, mezclándolas con las nociones tomadas de prestado a la psicología, todas esas sabidurías que invitan al hombre a profundizarse, cuando de lo que precisamente se trata es de obligarle a salir de su forma actual, hubieren podido continuar viendo con gran satisfacción la afirmación de la legitimidad de su procedimiento fundamental en la psicología.*

Pero las dos condenas se enlazan de hecho. La falsa sabiduría seguirá hasta el sepulcro a la falsa ciencia: sus destinos están ligados y morirán juntas, porque la abstracción muere. *La revisión del hombre concreto es lo que la expulsa de ambos dominios.*

17. — *Ese acuerdo no debe, sin embargo, tomarse como razón para confundir ambas condenas. Mucho más eficaz es separarlas y deducir primeramente la condena de la abstracción por la misma psicología. Esta condena aparecerá en la psicología más técnica, y ha sido decidida por autores que ignoran todas nuestras exigencias. Pero este encuentro nada tiene de fortuito para que sea dichoso: la verdad actúa en todos los dominios al mismo tiempo y sus diferentes fulguraciones acaban por unirse en una verdad única.*

Puesto que esperamos separar las dos condenas en cuestión, es preciso separarlas también materialmente en principio. Por eso es necesario comenzar por la fijación del sentido de disolución de la psicología clásica, dedicándose al estudio de las tendencias que, concurriendo a dicha disolución, anuncian la nueva psicología.

18. — *Contamos con tres tendencias: el psicoanálisis, el behaviorismo y la Gestalttheorie. El valor de la Gestalttheorie es importante, sobre todo desde el punto de vista crítico: lleva en sí la negación del modo de obrar fundamental de la psicología clásica, consistente en deformar las acciones humanas para intentar después reconstituir la totalidad que es* sentido y forma, *partiendo de elementos sin significación y amorfos. El behaviorismo consecuente, el de Watson, reconoce el fracaso de la psicología objetiva clásica, y aporta, con la idea de behavior, fuere cual fuere finalmente su interpretación, una definición concreta del*

hecho psicológico. Pero la más importante de estas tres tendencias es el psicoanálisis, sin duda alguna. El es el que nos proporciona la visión verdaderamente clara de los errores de la psicología clásica, y nos muestra inmediatamente la psicología nueva tanto en vida como en acción.

Pero al mismo tiempo que la verdad, encierran sus tres tendencias error bajo tres aspectos diferentes; por eso encarrilan a sus discípulos por caminos que alejan de nuevo la psicología de su verdadera dirección debido a la misma causa.

La Gestelttheorie, en el sentido lato de la palabra (Spranger inclusive) se entrega a construcciones teóricas por una parte, como Spranger[8]*, y, por otra, no parece poder libertarse de las preocupaciones de la psicología clásica.*

El behaviorismo es estéril o cae de nuevo en la fisiología, la biología, hasta en la introspección más o menos difrazada, en vez de olvidarlo realmente todo para esperar solamente las sorpresas de la experiencia.

En cuanto a el psicoanálisis, se ha visto tan superado por la experiencia, que al consultarlo en último término, impaciente de hablar, no ha tenido tiempo para darse cuenta de que en su seno oculta la antigua psicología, cuando su misión consiste precisamente en aniquilarla; por otra parte, alimenta con su fuerza un romanticismo sin interés y especulaciones que no resuelven sino problemas anticuados.

Por otro lado, y de manera general, sólo implícitamente, con cierta timidez, la mayoría de los autores se atreve a decretar la condenación de la psicología clásica. Parece que quisieran preparar el trabajo de aquellos que ven la salvación en la conciliación de los contrarios, sin darse cuenta de que en ello no hay más que una nueva ilusión, puesto que es imposible yuxtaponer tendencias que suscitan la cuestión previa una con respecto a otra o a todas las demás.[9] *En cuanto a los que, como Watson y sus discípulos, se atreven a decretar la condenación franca, sus afirmaciones respecto a la falsedad de la psicología clásica y las razones de dicha falsedad están tan poco articuladas que no han podido evitar que sus propios autores caigan de nuevo en actitudes condenadas, y por ello sus declaraciones ante la verdadera crítica de los fundamentos de la psicología tienen la misma fuerza que las reflexiones generales sobre la debilidad del «entendimiento humano» ante la Crítica de la Razón Pura.*

19. — *Para que la crítica de la psicología sea eficaz, no debe tener contemplaciones, no debe respetar sino lo que es verdaderamente respetable: las falsas contemplaciones, el temor a equivocarse exteriorizando todo el pensamiento o cuanto su pensamiento implica, no consiguen más que alargar el camino sin más beneficio que la confusión.*

Verdad es que la timidez en cuestión se explica por el hecho de que es muy difícil desprenderse de esa psicología que nos ha tenido prisioneros durante tanto tiempo. Los esquemas que nos proporciona no nos parecen sólo indispensables desde el punto de vista práctico; además, están tan profundamente anclados en nosotros, que salen a flote en los más sinceros esfuerzos que intentamos para librarnos de ellos, y entonces se puede tomar la tenacidad con que nos persiguen por evidencia invulnerable. Por esto nos parece imposible la afirmación de acuerdo con la cual no existe la vida interior con mayor razón que los espíritus animales, y que las nociones que se toman de prestado a la vida interior son tan débiles, que hasta llega a ser completamente inútil traducirlas en términos de behavior.

Pero hay que estar en guardia: en eso no existe más que la tentación propia de las rancias evidencias. La crítica consiste precisamente en desmontarlas en todas sus piezas para dejar al descubierto los procedimientos que las constituyen y los postulados implícitos que velan. Por eso no debemos, so pena de ineficacia, detenernos en afirmaciones generales que condenan sin ejecutar: la crítica debe llegar hasta la ejecución.

Pero esto no deja de tener sus dificultades. A cada paso nos preguntamos si tenemos derecho a desembarazarnos de tal o cual evidencia, de tal o cual problema. Pero no hay que dejar en el olvido que, por el momento, nuestra «sensibilidad» está falseada, y que precisamente continuando nuestra tarea podremos adquirir la visión justa que nos permita reconocer lo que debe salvarse; entonces veremos que las evidencias que de cerca nos parecen invulnerables no lo son consideradas de un poco más lejos.

20. — *Para abreviar, volviendo a las tendencias que acabamos de mencionar, la enseñanza que en sí llevan para la psicología corre, en realidad, riesgo de naufragio a causa de la nostalgia que llama a sus partidarios al retorno, y porque la liquidación radical de la psicología clásica no les permite libertarse de ella para siempre.*

Por eso, con el fin de deducir dicha enseñanza con todo su alcance y rigor, vamos a consagrar un estudio a cada una de las tendencias citadas. Serán estudios preliminares que deben preparar la crítica misma proyectando luz sobre el plano de sus articulaciones y aportarle las piezas constitutivas que formarán los Materiales para la crítica de los fundamentos de la psicología.[10] *La misma crítica, en la que el problema que acabamos de presentar se tratará en sí mismo y sistemáticamente, debe figurar en* El Ensayo crítico sobre los fundamentos de la psicología, *que seguirá a los* Materiales. El carácter preparatorio y, por consiguiente, provisional, de los «Materiales», no debe olvidarse nunca; *no contienen la crítica aún; lo único que representan es los primeros útiles o herramientas toscos aún, con cuya ayuda deberán forjarse los instrumentos.*

21. — *Queda entendido que la investigación que emprendemos en los Materiales no puede ser efectuada en el vacío, no nos anima la pretensión de examinar las tendencias en cuestión sin ideas preconcebidas, «ingenuamente». Las afirmaciones de este género*[11] *pueden ser sinceras, pero nunca veraces, puesto que no hay crítica verdadera sin el presentimiento de la verdad. Toda la cuestión estriba en saber cuál es el manantial de este presentimiento.*

En cuanto nos concierne, podemos manifestar que hemos vislumbrado la verdadera psicología reflexionando sobre el psicoanálisis. Esto pudiera haberse debido al azar, pero no ha sido así, pues hasta en derecho, únicamente el psicoanálisis puede procurarnos hoy la visión de la verdadera psicología, porque sólo él es ya una de sus encarnaciones. Por eso deben comenzar los Materiales *por el examen del psicoanálisis: buscando las enseñanzas que el psiconálisis lleva en sí para la psicología, trataremos de obtener precisiones que nos permitan no olvidar lo esencial en el examen de las demás tendencias.*

22. — *La primera oleada de protesta que la aparición del psicoanálisis desencadenó parece haberse calmado ya, aunque últimamente en Francia se ha observado rebotada con furor, y la situación es ya menos tensa entre la psicología clásica y el psicoanálisis. Este cambio de actitud, que podemos interpretar como victoria del psicoanálisis, no representa en los psicólogos sino cambio de táctica. En efecto, se han dado cuenta de que la primera manera de combatir el psicoanálisis, en nombre de la moral*

y las conveniencias, equivalía a entregar y abandonar el terreno sin lucha a los psicoanalistas y que es mucho más elegante y eficaz al mismo tiempo adquirir el derecho a hacer las reservas que ordena la «ciencia» en el asunto del psicoanálisis, dando de este modo prueba de liberalidad concediendo a Freud un lugar en psicología en el capítulo de lo inconsciente. Como se ve, se trata, gracias a cierto número de asimilaciones, de dejar caer sobre Freud todo el desprecio manifestado hoy por ciertas tendencias, afirmando que el psicoanálisis no deja de ser renacimiento de la antigua psicología de la asociación, basada por completo en la psicología de la Vorstellung, etc.

23. — *Por otra parte, en lo concerniente a sus partidarios, no ven en el psicoanálisis más que líbido e inconciente. En efecto, Freud es para ellos el Copérnico de la psicología, porque es el Cristóbal Colón de lo inconciente, y el psicoanálisis, según creen, lejos de verificar la psicología intelectualista, por el contrario, se enlaza con el gran movimiento que se dibuja a partir del siglo* XIX, *que subraya la importancia de la vida afectiva: el psicoanálisis, con la primacía del deseo sobre el pensamiento intelectual, con la teoría de lo inconciente afectivo, llega a ser coronación de todo ese movimiento.*

24. — *No es difícil darse cuenta de que la imagen, clásica ya, que dan del psicoanálisis sus partidarios, encaja muy bien en el sentido de los deseos de la psicología clásica, ayudándola a restablecer su equilibrio después de la conmoción recibida por parte del psicoanálisis, pues no atribuyendo a Freud más que los méritos clásicos de Colón y Copérnico, el psicoanálisis se convierte en progreso realizado en el interior de la psicología clásica; sencilla inversión de valores de la antigua psicología, por inversión del orden jerárquico de sus valores y nada más; conjunto de descubrimientos que las categorías de la psicología oficial pueden recibir perfectamente con la condición de dilatarse algo para alojar tanta materia. En efecto, lo que pone sobre el tapete la discusión orientada en este sentido es las teorías y actitudes y no la existencia misma de la psicología clásica.*

Pero de hecho lo existente no es evolución, *sino revolución: revolución algo más «copernicana» de lo que se cree: el psicoanálisis, lejos de ser* enriquecimiento *de la psicología clásica, es precisamente demostración de su* derrota. *Constituye la primera fase de la ruptura con el ideal tradicional de la psicología, con sus*

temas y sus fuerzas inspiradoras; la primera evasión del campo de influencia que la retiene prisionera desde hace siglos, de la misma manera que el behaviorismo es el presentimiento de la ruptura próxima con sus nociones y conceptos fundamentales.

25. — *Si los psicoanalistas colaboran de esta manera con sus adversarios en el encarrilamiento de la revolución psicoanalítica, es porque conservaron, en su mismo fondo, una «fijación» en el ideal, categorías y terminología de la psicología clásica. Además, es indiscutible que el armazón teórico del psicoanálisis está lleno de elementos tomados de prestado a la rancia psicología de la Vorstellung.*

No obstante, los partidarios de la psicología clásica hubiesen obrado mejor no explotando este argumento; pues queriendo confundir el interior con la fachada, no hacen sino atraer la atención sobre la incompatibilidad, en el psicoanálisis, entre la inspiración fundamental y las teorías en que se encarna, cavando con ello su propia fosa. En efecto, a la luz de esta inspiración fundamental estalla la abstracción de la psicología clásica, y aparece la incompatibilidad verdadera, que no es la del psicoanálisis y de cierta forma *de la psicología clásica* en general. *Además, gracias a la misma naturaleza de esta incompatibilidad, todo paso dado para avanzar en la comprensión de la orientación concreta del psicoanálisis tiene como contra-partida la revelación de un procedimiento constitutivo, constituyente de la psicología clásica, y, con ello mismo, la manera como Freud expresa sus descubrimientos en el lenguaje y esquemas tradicionales, no pasa de ser caso privilegiado que nos permite observar la manera como la psicología clásica fabrica sus hechos y teorías.*

De todos modos, no basta lanzar a Freud un vago reproche de intelectualismo o asociacionismo: lo que se precisa es poder deducir con precisión los procedimientos que justifican este reproche. Solamente entonces nos veremos forzados a reconocer a la luz del verdadero sentido del psicoanálisis que esos procedimientos cuya falsedad se ha celebrado tan orgullosamente, no son, en realidad, más que los procedimientos constitutivos del psicoanálisis mismo, y el reproche en cuestión se nos revelará como caso particular de esa ilusión que no cesa de perseguir a los psicólogos, consistente en creer que se ha cambiado de esencia, cuando lo efectuado ha sido cambiar de ropaje.

26. — *Lo que nos proponemos es descubrir las enseñanzas que el psicoanálisis aporta a la psicología, demostrando las precedentes afirmaciones. Por lo tanto, por una parte se tratará de aislar el psicoanálisis de los prejuicios de que lo rodean, tanto sus partidarios como sus adversarios, investigando*
ción, *y oponiendo constantemente dicha inspiración a los procedimientos constitutivos de la psicología clásica, cuya negación implica, y, por otra parte, juzgar las construcciones teóricas de Freud en nombre de dicha inspiración, cosa que nos permitirá, al mismo tiempo, comprender el núcleo o vivo de los procedimientos clásicos. De este modo, no sólo obtendremos una clara visión de la incompatibilidad de que acabamos de hablar, sino también importantes indicaciones sobre la psicología del porvenir.*

Pero como el análisis debe ser preciso, y debe comprender el modo como se elabora y construye el psicoanálisis, hemos creído que lo mejor que puede hacerse es estudiar la teoría del sueño. El mismo Freud dice: «El psicoanálisis reposa sobre la teoría del sueño; la teoría psicoanalítica del sueño representa la parte más acabada de esta joven ciencia.» [12] *Por otra parte, en la Traumdeutung es donde mejor aparece el sentido del psicoanálisis, y quedan al desnudo, con un cuidado y claridad extraordinarios, sus procedimientos constitutivos.*

DESCUBRIMIENTOS PSICOLOGICOS EN EL PSICOANALISIS Y ORIENTACION HACIA LO CONCRETO

Lo característico en una ciencia es cierta sabiduría respecto a una materia determinada, y gracias a la cual se goza de cierto poder sobre las cosas pertenecientes a dicha materia. No puede haber ciencia fecunda en donde no existan estos dos caracteres de sabiduría y eficacia. Si consideramos a un físico observaremos que conoce srprendentes misterios que harán surgir ante nuestros ojos milagros que superarán todo cuanto el más atrevido de los magos haya podido imaginar. Si hablamos con un químico, nos enseñará cosas que producirán en nosotros extrañeza; si observamos cómo trabaja el oculista más afamado, nos parecerá pobre en ánimos, pobre en imaginación. Hasta en el caso que la naturaleza nos interese mediocremente, la sabiduría y el poder de esos hombres nos causarán sorpresa.

Pero consideremos un psicólogo: nos hablará de las pretensiones de la psicología; nos contará la penosa historia de su ciencia; nos dirá que se ha llegado a eliminar la noción de alma, la teoría de las facultades. Si le preguntáis en qué consiste su ocupación, os hablará de la vida interior. Si continuáis insistiendo, sabréis la existencia de las sensaciones, imágenes, recuerdos, asociación de las ideas, voluntad, conciencia, emociones, personalidad y otras nociones de este género. Os explicará que las imágenes no son átomos psíquicos, sino estados "flúidos"; que la asociación de las ideas, lejos de explicarlo todo, no pasa de ser estado de baja tensión, que no se llora porque se sienta tristeza, sin que se siente tristeza porque se llora. Si le escucháis atentamente, os dirá que

LOS PSI. SON CIENTIFICOS SALVAJES PISTIADOS

vuestra personalidad es una síntesis. Seguramente adquiriréis cierto número de medios de expresión; pero ¡guardaos de expresar el deseo de "penetrar más adentro en el conocimiento del hombre", pues para curaros de parecidas esperanzas románticas, os enviará a un laboratorio de psicología experimental para que conciláis una idea de la ciencia "tal cual debe ser"! También allí aprenderéis cosas sensacionales. No se os presentarán objeciones concernientes a vuestra reserva sobre el interés propiamente psicológico de la fisiología de las sensaciones; al contrario, se os enseñará que asociáis con mayor o menor rapidez, que existe un deporte consistente en retener cifras sin congruencia y a serviros del neumógrafo para preparar el Diploma de Estudios Superiores. Y, si rogáseis nuevamente se os iniciase aún más en el conocimiento del hombre, os contestaría santamente que la ciencia está formada de paciencia, que con los progresos de la técnica experimental y un genio sintético del género de Newton . . .

Razón tenéis: el psicólogo no sabe nada y no puede nada. Es el pariente pobre en la inmensa familia de los servidores de la ciencia. Sólo se alimenta de esperanzas e ilusiones: la materia la deja para los demás, se contenta con la forma, pues por encima de todas sus miserias continúa siendo esteta.[13]

¿Para qué emplear falsos miramientos? Nada han hecho los psicólogos sino reemplazar una especie de fabulación por otra diferente, un esquema por otro, y nada más. ¿El conocimiento del hombre? Todo eso queda relegado, ya al dominio de los falsos problemas, ya al de las esperanzas lejanas. Por mi parte, no creo pueda aportarse al edificio central de la psicología otro interés que el que anima generalmente aquellos estudios cuyo interés responde simplemente al hecho de que, adelantando en erudición, se sigue con simpatía la suerte de una idea o una noción. Por otra parte, podemos darnos cuenta de ello por la historia de la psicología. No nos relata descubrimiento alguno: está constituida por completo por las fluctuaciones de un trabajo nocional aplicado a un tejido idéntico de problemas, y eso es muy mal signo para la disciplina que aspira a pretensiones científicas. Lo único que hemos visto cambiar durante el curso de la historia de la psicología ha sido el lenguaje empleado, y el cambio de lugar del acento o énfasis en diferentes cuestiones. El psicólogo se conduce tan burdamente ante el hombre como el último de los ignorantes, y, lo que es curioso, su ciencia no le sirve cuando se

enfrenta con el objeto de su ciencia, sino exclusivamente cuando se halla entre sus "cofrades". Se encuentra en el mismo caso que el físico escolástico: su ciencia no pasa de ser ciencia de discusión, erística.

Lo primero que llama la atención en el psicoanálisis es que el psicólogo puede adquirir por su mediación verdadera sabiduría. No me refiero al saber profesional; empleo el término sabiduría para subrayar el caso que esta es la primera vez que la psicología rebasa el plano del lenguaje para alcanzar algo del misterio que encierra el objeto de su estudio. Es la primera vez que el psicólogo *sabe*, es la primera vez que se nos aparece como mago (permitidme emplear el vocablo), puesto que significa algo de esencialmente "positivo".

El físico goza de prestigio ante el público, pues su saber eficaz le hace aparecer como legítimo sucesor del mago, que parece a su lado tímido precursor. El psicoanalista adquiere prestigio entre el público debido a razones análogas, puesto que aparece como legítimo sucesor de los oneiromantes, de los lectores de pensamientos y de las pitonisas, que a su lado no son más que comediantes. Y la posibilidad de establecer paralelo entre el físico y el psicoanalista, a causa de las razones sobre que reposa su prestigio, señala en la historia de la psicología una etapa mucho más "positiva" que el empleo de todos los aparatos que han imigrado de los laboratorios de fisiología para poblar los de los psicólogos.

La eficacia práctica del *saber* del psicoanalista, lo mismo que cuando se trata del físico, es reveladora del hecho de que nos encontramos en presencia de *verdaderos descubrimientos*.

El descubrimiento del sentido del sueño es una de ellas; me refiero al descubrimiento del sentido concreto e individual del sueño. El descubrimiento del complejo de Edipto, tan desacreditado por los adversarios de Freud, es otro de ellos. Comparad la psicología del amor tal cual resulta del freudismo, con todo lo que la psicología clásica, incluso Sthendal, puede enseñarnos sobre esta materia; efectuad esta comparación desde el punto de vista de la posibilidad que os procuran una y otra para comprender un caso concreto, y quedaréis sorprendidos ante su diferencia. No hablo del valor terapéutico, tan discutido, del tratamiento psicoanalítico; lo paso por alto a sabiendas, pues me

sino en el punto de vista del saber que el psicoanálisis puede aportar a la psicología.

Los descubrimientos del psicoanálisis no hacen sino traducir en fórmulas científicas cierto número de observaciones que podemos hallar entre los literatos de toda especie y de todas las épocas. Eso se debe a que la psicología oficial, heredera de la teología del alma, por una parte, ciertas teorías antiguas referentes a la percepción, por la otra, y de la psicología filosófica más tarde, nacida de ambas a la vez, se vio absorbida por completo por los trabajos puramente nocionales. La verdadera psicología se ha refugiado en la literatura y el drama; se ha visto obligada a vivir al margen de la psicología oficial, hasta fuera de ella, de la misma manera que la física experimental se ha visto precisada a vivir de antemano al margen de la física especulativa oficial. Esto se explica también; ha precisado se revelase el carácter ilusorio de los trabajos puramente nocionales efectuados sobre el antiguo tema del alma y la percepción; ha sido indispensable que se disolviese luego la esperanza de encontrar la piedra filosofal por medio de la química moderna, es decir, de transformar, por aplicación de métodos científicos, la vieja psicología o sus tranfabulaciones en ciencia positiva, y finalmente, ha sido forzoso el desgaste de ciertos valores en sus diferentes encarnaciones para que lo concreto pueda finalmente, dejar oir su voz.

I

En cuanto acabamos de decir, no hay solamente simples juicios de valor, pues analizando el contraste indicado podremos descubrir en la psicología clásica la necesidad de la ignorancia, así como la del saber en el psicoanálisis. Esto es lo que nos proponemos demostrar en el ejemplo del sueño.

Freud se ha permitido el lujo de consagrar el primer capítulo de la Traundeutung a la parte histórica del problema del sueño, acompañando la exposición de observaciones críticas que deben justificar su intervención en esta cuestión, siendo difícil dejar de reconocer este capítulo el viaje que un hombre que ve en-

prende a un país en el que nadie ha visto nada aún. Freud da a sus críticas un aspecto y aire modestos: lo que se propone es dejar sentir que, después de cuanto se ha dicho, quedan cosas aún por decir sobre el sueño; mejor dicho: que lo esencial no ha sido dicho todavía, pues hasta hoy se ha tratado esta cuestión con demasiada ligereza. Comparando los diferentes trabajos llega al cuadro de las dificultades que debe resolver la teoría de los sueños.

La teoría que considera Freud más característica, por expresar la opinión más extendida, es la del despertar parcial, de acuerdo con la cual el sueño es, como dice Herbart (citado por Freud, pág. 70), "una vigilia parcial matizada y muy anormal al mismo tiempo" [14]. En las palabras de Binz hallamos la traducción fisiológica de este concepto: "Este estado (de rigidez, *Erstarrung)* se disipa poco a poco al llegar el alba. Los productos de la fatiga acumulados en las células cerebrales se descomponen o son arrastrados por la corriente circulatoria. En un punto y en otro algunos grupos celulares despiertan, mientras a su alrededor queda todo fijo todavía. El *trabajo aislado de esos grupos celulares* aparece entonces en el seno brumoso de nuestra conciencia, sin que pueda completarlo el esfuerzo de las partes cerebrales que agrupan y asocian. Por este motivo, las imágenes que aparecen son extrañas, reunidas al azar. Por otra parte, se hallan enlazadas con impresiones de un pasado reciente. A medida que el número de células despiertas aumenta la desrazón del sueño disminuye". (Binz, citado por Freud, pág. 71).

"Podemos hallar, añade Freud, la teoría del sueño incompleto, o al menos rasgos de este concepto, en todos los filólogos y filósofos modernos".

Esta teoría representa la antítesis de la concepción freudiana. Convierte el sueño en algo puramente orgánico, y, en todo caso, en fenómeno puramente *negativo,* en defecto "que frecuentemente es proceso patológico", como afirma Binz. Para Freud, al contrario, "el sueño es un hecho psicológico en el lato sentido de la palabra". Lo que hay que examinar con respecto a esta teoría es la actitud de Freud esencialmente.

"Considerar el sueño como hecho orgánico pone al descubierto otra intención. Con ello se quiere quitar al sueño su dignidad de hecho psicológico. Muy bien podríamos representarnos lo que los biólogos piensan sobre el valor de los sueños por medio

de la muy antigua comparación con el hombre que, ignorando la música, dejase deslizar sus dedos sobre las teclas de un instrumento. De acuerdo con este concepto, el sueño estaría completamente desprovisto de sentido; ¿cómo podrían los dedos de dicho ignorante reproducir un trozo de música?"

Con eso Freud quiere decir que se considera el sueño sistemáticamente como acontecimiento que no entra en la serie de los procesos psicológicos regulares, que no se quiere atribuir la formación del sueño a ninguno de esos procesos. En ese caso, aparece el sueño no como formación psíquica regular, un *pensamiento* en el propio sentido de la palabra, sino como fenómeno que, a pesar de su periodicidad regular, representa una excepción en cuanto a su estructura. La teoría clásica, en vez de inclinarse ante la originalidad y complejidad del sueño y buscar los procesos que lo explican, se obstinan en considerarlo como derogación de las reglas del funcionamiento psicológico normal, como fenómeno *negativo*, por decirlo así.

Esta visión de insuficiencia de las teorías orgánicas se nos presenta constantemente en la Traumdeutung, y vemos también en todas las páginas que Freud quiere obviar precisamente este defecto de las teorías clásicas buscando la manera de mostrar que el sueño es fenómeno *positivo*, formación psicológica regular, porque, lejos de deber su origen a dispersión defunciones psíquicas, sólo se explica por un conjunto de procesos regulares y complejos.

Pr eso podemos creer, puesto que las fórmulas de la Traumdeutung nos invitan a ello con frecuencia, que lo reclamado por Freud para el sueño es simplemente la dignidad del hecho psicológico *en el sentido clásico del vocablo*, y que cuando nos dice que el sueño es un hecho psicológico en el pleno sentido de la palabra, se integra el sueño a la psicología sin que lleve en sí consecuencias para la definición misma del hecho psicológico.

Y de hecho, ni es así ni puede serlo. Esa voluntad de negar al sueño la dignidad de hecho psicológico, y ante todo la manera como lo hace la teoría del despertar parcial, no es ni simple torpeza ni consecuencia natural de la dialéctica de la psicología *fisiológica*, pues la psicología fisiológica trata con nociones y procedimientos de psicología introspectiva clásica, y si el problema del sueño es tratado por ella de modo tan simplista, es debido a que el dominio del sueño, las categorías de esta última son

inutilizables, y la teoría criticada por Freud no es en el fondo más que *traducción en lenguaje dogmático de la imposibilidad de abordar el problema del sueño desde el punto de vista y nociones de la psicología clásica.* La teoría de Binz nos revela, en suma, el hecho que si se define el hecho psicológico a la manera de la psicología clásica, y si nos servimos de las nociones de que ella se sirve, no podemos ver en el sueño hecho psicológico, en el verdadero sentido de la palabra.

Lo sorprendente sería que Freud pudiera decir, por una parte, que el sueño es hecho psicológico en toda la acepción del vocablo, porque su formación, lejos de explicarse por dispersión de funciones psíquicas, se debe a un conjunto de procesos regulares y complejos, y asimilables por esto mismo a los procesos del pensamiento de la vigilia, y que, por otra parte, la expresión de "hecho psicológico" pueda conservar su significación antigua.

Lo que en efecto sucede es lo contrario. Freud no reclama la dignidad de hecho psicológico para el sueño, sino porque logra demostrar en su base procesos originales, pero irregulares. Pero si encuentra esos procesos es porque parte de la hipótesis según la cual el sueño tiene *sentido*. Gracias a esa hipótesis podrá reintegrarse al sueño su calidad de hecho psicológico. Pero esa hipótesis constituye por sí sola ruptura con el punto de vista de la psicología clásica, pues esta última se sitúa en un punto de vista formal y se desinteresa en cuanto al sentido.

El problema del sueño no podía resolverse por la psicología, porque no puede serlo de no aceptar la hipótesis del sentido. Freud parte precisamente de esta hipótesis y descubre que el sueño es hecho psicológico, porque posee *mecanismo propio*. Pero con su hipótesis inicial se sale de los límites de la psicología clásica; y como esta ruptura está preñada de consecuencias, la fórmula que hemos citado ya con harta frecuencia, y que quiere representar, hasta cierto punto, la entrada de Freud en el seno de la psicología clásica, consagra de hecho la ruptura con la definición clásica de hecho psicológico. Para ser breves, asistimos a un fenómeno muy conocido en la historia de las ciencias: un esquema de interpretación clásica choca con una "anomalía" que se revela finalmente como "fermento dialéctico" muy potente, y acaba por romper el esquema clásico, para convertirse en punto de partida de una nueva visión: el sueño ha opuesto a la psicología clásica la misma resistencia que la electricidad al meca-

nismo de los físicos del siglo XIX, y constituirá, como el experimento de Michelson en cuanto a las teorías de la relatividad, el punto de partida de una nueva visión del universo de la psicología. Pero de todos modos, es cosa visible, a partir de esta crítica de las teorías orgánicas, que debemos hallar en la Traumdeutung una nueva definición del hecho psicológico, irreductible ante aquella a que la teoría clásica nos había habituado.

II

Podemos deducir esta nueva definición comparando la manera como aborda el problema del sueño la teoría orgánica, de una parte, y Freud, de la otra.

La teoría del despertar parcial considera los elementos del sueño desde el punto de vista abstracto y formal. Desde el punto de vista formal, porque no se presta ninguna atención a la individualidad del sueño dada por el conjunto, y por no considerar sus elementos sino en cuanto realizan las nociones de clase, con las que tratan los psicólogos. No sacaremos del sueño más que referencias respecto a las clases, y se hablará de imágenes en el sueño, de estados afectivos, etc..., colocándonos siempre en el punto de vista de la clase, y si interviene el contenido, *será únicamente para clasificarlo en general.* Se dirá, por ejemplo, que el sueño es rico en recuerdos de la infancia, pero los psicólogos, que se dieron cuenta de este hecho, creyeron poder explicarlo hablando de la "hipermnesia" del sueño. Y desde el punto de vista abstracto, porque el sueño y sus elementos se consideran en *sí mismos,* es decir, como si el sueño fuese sencillamente un conjunto de imágenes proyectadas sobre una pantalla. Verdad es que se admite la hipótesis de una pantalla especial: la conciencia o la vida interior, y de un aparato especial: el cerebro; pero el procedimiento explicativo posee exactamente la misma estructura que si se tratase de explicar lo que se realiza sobre una pantalla cinematográfica: se trata de explicar un conjunto de procesos que, tal cual se producen, representan *el fenómeno completo,* tratando de explicarlos simplemente en cuanto a procesos, suponiendo causas mecánicas.

MODULACIÓN

Al conjunto de este procedimiento llamamos nosotros *abstracción.* Comienza por destacar el sueño del sujeto, cuyo sueño es, y lo considera por causas impersonales: consiste en aplicar a los hechos psicológicos la actitud que adoptamos para la explicación de los hechos objetivos en general, es decir, el método de la *tercera persona. Para abreviar,* la abstracción elimina al sujeto y asimila los hechos psicológicos a los hechos objetivos, es decir, a los hechos en tercera persona.

De este modo el sueño se convierte en colección de *estado en sí,* conjunto de estados en tercera persona. Sin relación con el sujeto concreto que lo sueña, el sueño queda suspendido en el vacío, por decirlo así; es una resonancia que nace al azar, muriendo tan pronto se agota su energía. La explicación no puede ser propiamente psicológica, y se intentará llegar hasta el fin por medio de esquemas que no recuerdan en nada el acto del sujeto, de la primera persona; de aquí todas las comparaciones con el Kaleidoscopio, de aquí la metáfora del clavecino tocado al azar.

Por el contrario, lo que caracteriza la manera como Freud aborda el problema del sueño, es que no efectúa abstracción. No quiere destacar el sueño del sujeto que lo sueña; no quiere concebirlo como estado en tercera persona; no quiere situarlo en un vacío sin sujeto. Al enlazarlo con el sujeto que lo sueña, quiere darle su carácter de hecho psicológico.

El postulado de toda la Traumdeutung, es decir que el sueño es la realización de un deseo, la técnica de interpretación consistente precisamente en el arte de enlazar el sueño con el sujeto que ha soñado [15], toda la Traumdeutung que es el desarrollo, articulación, demostración y sistematización de la tesis fundamental, nos muestran que Freud considera como inseparable del "yo" el sueño que, siendo por esencia "modulación" de ese *yo,* se le une íntimamente y lo expresa.[16]

El procedimiento que hemos hallado en la base de la teoría orgánica no le es particular: se encuentra igualmente en las teorías del sueño llamadas psicológicas. Esto es natural, puesto que la psicología fisiológica no hace sino trasladar la psicología introspectiva clásica.

Cuando dice Dugas, por ejemplo, que "El sueño es la anarquía psicológica, afectiva y mental, el juego de las funciones entregadas a sí mismas que se ejercen sin freno y sin objeto; en el

sueño, el espíritu es un autómata espiritual" (citado por Freud, pág. 51), en ello encontramos el punto de vista abstracto, consistente en concebir los hechos psicológicos como entidades en sí, en el recto sentido de la palabra; en realizarlas fuera de la persona cuyas manifestaciones son. Situándonos de este modo fuera de la actividad de la primera persona, es natural que Douglas no halle más que automatismo funcional. Esta teoría, que recuerda inmediatamente la del despertar parcial, es la más abstracta de las teorías psicológicos del sueño, pero la abstracción se halla en todas, en intensidad diferente, pero claramente perceptible.

Por otra parte, la abstracción no sólo se encuentra en todas las teorías psicológicas del sueño, sino que constituye el procedimiento fundamental de toda la psicología clásica. En efecto, esta última inquiere procesos "autónomos", por decirlo así, porque son descritos en términos de mecanismo y no en términos de acciones de primera persona; trata con nociones que corresponden a hechos psicológicos considerados fuera de su relación constitutiva con la primera persona, que sirven luego de punto de partida a las tentativas de explicaciones mecánicas, en las que no se emplea sino esquemas en tercera persona y en las que la primera no vuelve a aparecer ya.

La teoría más representativa de esta abstracción es evidentemente la de las facultades del alma. La primera persona queda dividida en facultades, los hechos psicológicos no son ya manifestaciones del *yo:* provienen de facultades independientes que ni son ni pueden ser más que entidades en tercera persona. Pero la psicología moderna, que afirma haber superado la teoría de las facultades del alma, se halla exactamente en el mismo caso. Las clasificaciones que nos ha legado la teoría de las facultades han sido conservadas cuidadosamente (excepto en la denominación, pues en vez de facultades nos hablan de "funciones"), y con ellos el procedimiento fundamental que figura en su base. Las nociones de moda actualmente: conciencia, tendencias, síntesis, "actitudes", etc., son nociones que rompen la continuidad del *yo* tanto como las facultades del alma, dando lugar del mismo modo al empleo de esquemas en tercera persona. Todo lo más que podemos decir es que ciertos psicólogos han sentido la necesidad de volver de nuevo al "yo" y a los esquemas en primera persona, pero se han detenido en este "sentimiento", dejándose atrapar por las influencias clásicas.

Por otra parte, esa voluntad de enlazar el sueño con el yo es particular, en el psicoanálisis, a la teoría del sueño. Su presencia se deja sentir en todos los dominios en que el psicoanálisis ha sido aplicada, lo mismo que en la teoría de las neurosis y la de los actos fallidos, por no citar las aplicaciones extramédicas. Lo que inquiere en todo el psicoanálisis es la comprensión de los hechos psicológicos en función del sujeto. Legítimo es, pues, ver la inspiración fundamental del psicoanálisis.

III

Pero, ¿cuál es el sentido de esta inspiración? El carácter más evidente de los hechos psicológicos es el de ser "en primera persona". La lámpara que ilumina mi mesa es un hecho "objetivo", precisamente porque es en "tercera persona", porque no es "yo", sino "ella". Por otra parte, en la medida en que soy yo quien asienta el ser, la lámpara es un hecho psicológico.

Por lo tanto, según la naturaleza del acto que la asiente, será la lámpara un hecho físico o un acto psicológico; por eso puede ser el punto de partida de dos órdenes de inquisiciones esencialmente diferentes, la física por una parte y la psicológica por otra. En sí misma (si esto pudiera tener sentido) no pertenece ni a una ni a otra. Por otra parte, la pertenencia a una de ellas o a la otra no puede hacerse *efectiva* por medio de simple *afirmación verbal*, puesto que esta pertenencia es lo que debe inspirar la manera como la lámpara se concibe, debe crear precisamente la forma especial requerida por la dialéctica en que debe entrar. De este modo será la lámpara para la física (mejor dicho para la mecánica) un "sistema material", y precisamente el estudio propiamente mecánico de la lámpara sólo es posible en esta forma. Lo mismo sucede en cuanto a la psicología. La lámpara no será hecho psicológico más que en la medida en que su pertenencia al "yo" sea lo que inspire la forma que le sea dada, y precisa que tenga forma especial en cuanto a hecho psicológico, de la misma manera que la tiene en cuanto a hecho físico. La psicología, lo mismo que la física, debe hacer sufrir a los hechos que estudia una transformación conveniente, conforme a su "punto

de vista". Esta transformación solamente es lo que puede dotar a los hechos de aquella originalidad sin la cual una ciencia *especial* no tiene razón alguna para intervenir.

Esta "transformación" tiene por base, en física, la posición de los hechos considerados en "tercera persona", es decir, como conjunto de relaciones de términos y completamente determinantes unos de otros; la inquisición va "de la cosa a la cosa", y nada más. La explicación mecánica, por ejemplo, es completamente inmanente al mismo plano del proceso considerado; una cosa determina a otra sin residuo, ésta a la siguiente, y así sucesivamente: nunca abandonamos ese plano, resolviéndose todo en las relaciones en tercera persona.

La "transformación" propia de la psicología consistiría precisamente en considerar todos los hechos de que esta ciencia puede ocuparse en "primera persona", pero de manera tal que para todo el ser y para toda la significación de estos hechos, la hipótesis de una primera persona sea *constantemente indispensable*, pues la existencia de la primera persona sola es lo que explica lógicamente la necesidad de intercalar en la serie de las ciencias una ciencia "psicológica", y si ésta puede, como todas las demás abandonar, en el curso de su evolución, los motivos temporales que le han dado origen, no puede abandonar esta relación a la primera persona, que es la única que procura a los hechos la originalidad que requieren.

Entre la física, "ciencia de la tercera persona", y la psicología, "ciencia de la primera persona", no existe lugar para una "tercera ciencia" que estudie los hechos de la primera persona en tercera persona, que, despojándolos de su originalidad, quisiera continuar siendo la ciencia especial que únicamente pudiera justificar la relación que precisamente rechaza.

Lo que acontece es que la psicología quisiera ser esa "tercera ciencia" precisamente. Quiere considerar los hechos psicológicos en tercera persona, y sin embargo, pretende ser ciencia completamente original. Lo que le permite consumar este milagro es su realismo. La psicología ordinaria se inspira mucho más de lo que pudiera creerse, considerada la terminología de moda, en el viejo espiritualismo para el que la originalidad del espíritu es, hasta cierto punto, *química*, en el sentido que el espíritu, no siendo, como lo es para los materialistas, una de las formas de la materia, está asentado por un acto cuya forma es la misma

Los conceptos de Freud y Groddeck

que la del acto que asienta la materia, y el espíritu se comporta entonces como otro género de materia; ambos en tercera persona. Unicamente el realismo puede hacernos comprender que los teóricos de las localizaciones hayan descuidado las objeciones más inmediatas y conocidas desde hace mucho tiempo. Imposible es comprender de otra manera el paralelismo psicofisiológico y la manera como de él se han servido, y, en general, todos los sueños de la psicología filosófica. Finalmente, también es el realismo el que explica la facilidad con que los psicólogos han olvidado la relación constitutiva de los hechos psicológicos.

Pues si el espíritu es, según el realismo, un género original de materia, entonces la psicología podrá ser una especie de "parafísica", que describe un mundo especial, llamado espiritual, pero paralelo al mundo físico y que no requiere procedimientos especiales. Su especificidad será debida a la *originalidad de la percepción* que exige este realismo, y podremos tratar los hechos psicológicos como los físicos, pues la originalidad de la percepción será afirmación fundamental que deberá legitimar todos los procedimientos que, considerados en sí mismos, son absurdos. Pero este método no posee estabilidad científica alguna, pues la afirmación inicial, concerniente a la originalidad de la "percepción psicológica", libra a los psicólogos de toda inquietud, la relación constitutiva no aparece ya en toda la actuación concreta; se crea y describe, de acuerdo con el método de la tercera persona, realidades y procesos, y entonces no hacemos más que elaborar mitos; la afirmación inicial de la percepción *sui generis* tranquiliza siempre. Y, como todo debe pasar por la "percepción", la psicología y la física se encuentran en el mismo objeto. Entonces la psicología clásica se ingenia para poder considerar la misma cosa dos veces en tercera persona: proyecta lo exterior en lo interior, de donde intenta, pero en vano, desprenderla; desdobla el mundo para hacer de él primeramente una ilusión, intentando luego convertir en realidad esta ilusión; finalmente, se cansa de esta "alquimia", declara que en eso no hay más que falsos problemas, calla castamente o se lanza sobre matices cualitativos y los "actos de la vida", y profesando profundo disgusto por la metafísica desde hace cincuenta años, no deja de correr de una a otra metafísica, pues no puede emprender, tal cual es, una cuestión sin que surja inmediatamente una problema metafísico *(H)*.

Lo que sucede es que "se baña dos veces en el mismo río", y es imposible aplicar dos veces a las mismas cosas el método de la tercera persona, queriendo obtener en cada una de ellas un orden de realidad diferente. O hay que renunciar a la psicología, o abandonar el método de la tercera persona cuando se estudia hechos psicológicos, pues estos últimos no pueden soportar la aplicación de esquemas que hacen desaparecer la primera persona y no pueden entrar en ningún proceso impersonal, porque quitar al hecho psicológico su sujeto que le asienta, equivale a aniquilarlo como *psicológico; y concebirlo* de manera que el esquema de la concepción implique ruptura en la continuidad del yo, no puede conducir más que a la mitología.

Tal vez se nos objete que nos empeñamos en forzar puertas que están ya abiertas, puesto que la psicología considera los hechos psicológicos precisamente como manifestaciones de una consciencia individual. En esa objeción existe verosimilitud, pues aquellos mismos que critican la psicología clásica de manera resuelta y rigurosa, le reprochan precisamente que se encierre en los hechos de la conciencia individual. Spranger[18] dice: "Ciertos autores limitan la psicología rigurosamente al sujeto, es decir, a los estados y a los procesos pertenecientes a un yo individual...", y luego reprocha a la psciología clásica mantenga el sujeto en este aislamiento artificial, en lugar de enlazarlo "a las formas del plano histórico y social del espíritu".[19]

Pero entendámonos: Spranger tiene mucha razón al lanzar este reproche a la psicología, pero es porque se sita en un punto de vista muy distinto al nuestro. Preconiza una psicología que estudie las diferentes maneras como el hombre se prende en las múltiples redes de los "valores", o, si se quiere, las articulaciones resultantes para el hombre. Lo que hemos llamado abstracción aparecerá entonces a Spranger bajo aspecto especial. Como la abstracción consiste en considerar los hechos psicológicos como estados *en sí*, y como Spranger se sitúa en el punto de vista de las "formas vitales", observará esencialmente el aislamiento ante las formas objetivos, y verá en este aislamiento una consecuencia de la limitación de la psicología al individuo. Pero no se ha dado cuenta de que la limitación de la psciología al estudio de los hechos puramente individuales no pasa de ser *verbal*.

De hecho, una vez que la psicología ha afirmado que su dominio está constituido por los acontecimientos del yo, no sabe

qué hacer con ese yo, y, en realidad, nada hace. Convertida en fenomenista a consecuencia de la ruina de la psicología racional, únicamente estudia la multiplicidad de los "fenómenos". Hume fue franco; dijo claramente que el yo no es sino dicha multiplicidad. Pero los psicólogos modernos no pueden resolverse a enunciar claramente las consecuencias fundamentales de su actitud, y quisieran dar un sentido al yo.

De muchos temas disponemos referentes a esta cuestión. Podemos recurrir, por ejemplo, al esquema de la reflexión. En este caso el yo será la causa de los hechos de la conciencia, al mismo tiempo que sujeto de la introspección: lo que mira y lo que se mira. El yo es las más de las veces simplemente el lugar de los hechos psicológicos al principio y su síntesis finalmente. De todos modos, el yo continúa siendo abstracto siempre. Es una simple causa, un puro *centro funcional,* por una parte; un ojo, por otra, en el esquema de la reflexión; es una palabra que sirve para disfrazar el realismo ingenuo en la segunda hipótesis y un haz de funciones abstractas en la tercera.

La psicología clásica habla, pues, del yo; pero de él *por una parte* y de los hechos psicológicos *por otra.* En efecto, mientras estudia los hechos psicológicos, los trata como si fuesen en tercera persona, y luego se impone la obligación de enlazarlos con un sujeto. Pero es incapaz de hallar relación alguna que pueda obrar este milagro. Entonces se refugia en la cualidad, conservando únicamente la individualidad en el plano cualitativo: la pertenencia de los hechos psicológicos al individuo no se manifiesta ya entonces más que en la irreductibilidad cualitativa del acto en que son vividos. Además de subrayar la cualidad, los hechos psicológicos se tratan como si fuesen hechos en tercera persona.

No lo serían si su pertenencia al sujeto figurase en la base de la forma en que se conciben. Esto no podría ser así de considerarlos en sí mismos, aparte del sujeto, sino como elementos de un todo que no puede concebirse sin el sujeto, es decir, como los diferentes aspectos del acto del "yo".

Se nos puede objetar que la psicología conoce nuestra exigencia, y afirma claramente no se trate de imágenes, de emoción, de memoria, y, en general, de funciones, sino provisionalmente; que solamente se practican estas divisiones debido a las necesidades

de análisis, pues, en realidad, se trata de las partes de un todo, etc....

Pero entre la afirmación de una tesis y la realización de la actitud que le corresponde existe un abismo. La profesión de fe en cuestión significa únicamente que los psicólogos no creen que las funciones que describen puedan realizarse una por una, aisladas unas de otras, pero no que el análisis de un hecho psicológico, desde el punto de vista del formalismo funcional, deje de ser análisis psicológico verdadero. Y de lo que precisamente se trata es de eso. La totalidad que los psicólogos quieren admitir de buen grado en el hombre no pasa de ser totalidad "funcional", embrollo e enredo de nociones de clase. Parecida maraña, sea cual fuere el grado de su complejidad, no es *acto*, y no supone *sujeto*, sino simplemente *centro funcional*, pues con elementos impersonales no podemos constituir un hecho personal como acto, y la psicología continúa, con su falsa totalidad, en el plano de la abstracción.[20]

No se nos diga que esas divisiones se efectúan debido a necesidades de análisis, pues la psicología toma de prestado sus nociones de clase, sin saber de dónde, y si da estas explicaciones justificativas, lo hace sólo porque lo concreto comienza a inquietarle. Pero de todos modos, las nociones fundamentales de la psicología clásica no son resultantes del simple *análisis*, sino la *abstracción* y el *formalismo*.

Para abreviar, las nociones de la psicología no pueden considerarse como aspectos de un acto individual, porque no pertenecen al mismo plano que el "yo". Unicamente continuando en este plano, sin salirse de él, será como podremos hacer que aparezca la pertenencia de los hechos psicológicos al *yo: los hechos psicológicos deben ser homogéneos al yo*, no pueden dejan de ser encarnaciones de la misma forma del yo.

IV

Desde luego, puede verse inmediatamente que estas consideraciones no nos ponen aún en posesión de la "fórmula" de la psicología. Las exigencias que acabamos de desarrollar son, en

efecto, comunes a la psicología y a la teoría del conocimiento y, en general, a todo análisis del espíritu, pues el conocimiento no puede explicarse por medio de esquemas en tercera persona. Por eso no pudo Kant aceptar la asociación de Hume, pues la asociación de Hume, concebida a imagen de la atracción universal de Newton, es algo ciego que va "de la cosa a la cosa", no implicando sujeto alguno. Por el contrario, Kant, con su teoría de la síntesis satisface perfectamente la exigencia de la primera persona y de la homogeneidad, puesto que la síntesis, tal cual él la entiende, es acto en primera persona, y las categorías no son, en último análisis, más que especificaciones de la percepción trascendental, que es la forma pura del acto del yo.

Pero el *yo* de Kant, sin dejar de ser "sujeto", es el sujeto del pensamiento objetivo, y por lo tanto, pensamiento universal; su descubrimiento y estudio, no sólo dejan de requerir la experiencia concreta, sino que la excluyen puesto que estamos y debemos continuar estando en el plano de la lógica trascendental.

Si la psicología tiene razón de ser, sólo puede existir como ciencia "empírica". Por eso debe interpretar la exigencia de la primera persona y de la homogeneidad de manera apropiada a su plano. Teniendo que ser *empírico*, el *yo* de la psicología no puede ser más que *individuo particular*. Por otra parte, ese *yo* no puede ser el sujeto de un acto trascendental como la percepción, porque precisa una noción que esté en el mismo plano que el individuo concreto, y que sea simplemente el acto del yo de la psicología. Ahora bien, el acto del individuo concreto, es la *vida*, pero la vida singular del individuo, es decir, *la vida, en el sentido dramático del yo*.

Esta singularidad debe definirse de manera también concreta, y no desde el punto de vista formal. El individuo es singular, porque su vida es singular, y esta vida, a su vez, solamente es singular por su contenido: su singularidad no es, pues, *cualitativa*, sino *dramática*. La exigencia de homogeneidad y de la primera persona se respetará si las nociones de la psicología reposan sobre el plano de este "drama": los hechos psicológicos deberán ser *segmentos de la vida del individuo particular*.

Segmentos de la vida del individuo particular, para expresar lo existente por encima y por debajo del drama, no es hecho psicológico "en el pleno sentido de la palabra". Cierto es que el globo de cristal es algo de la lámpara, pero no es la lámpara

misma, y siendo la lámpara el centro de mi interés, el lugar en que se encuentra, mi mesa de escribir, es también algo de la lámpara. Pero el globo de cristal está por "debajo" y la mesa por "encima" de la lámpara, y si lo que me interesa es la lámpara, me está prohibido romper la unidad del objeto "lámpara"; por el contrario, precisa reportarlo todo a esa unidad, no saliéndonos nunca de su plano. Lo mismo sucede en psicología. El sujeto vive de *acontecimientos,* y el vocablo "acontecimiento" expresa se trata del sujeto por entero. Mi hijo llora cuando se le acuesta: he ahí el acontecimiento, pero para la psicología clásica en eso no hay más que *secreción lacrimal consecutiva a una representación que contraría una tendencia profunda.* Eso es todo lo sucedido. Nos hemos salido del plano del "drama humano", cuyo autor es el individuo concreto, reemplazándolo por un drama abstracto. En el primer caso el individuo es algo esencial, mientras en el segundo los verdaderos figurantes son impersonales, representando el individuo el papel de empresario, cuanto más. En eso consiste el verdadero sentido de la abstracción: la psicología clásica inquiere el modo de poder reemplazar el drama personal por uno impersonal, el drama cuyo autor es el individuo concreto, *que es una realidad,* por un drama cuyos figurantes son *criaturas mitológicas:* en último análisis, la abstracción consiste en admitir la *equivalencia de estos dos dramas,* en afirmar que el drama impersonal, el "verdadero", explica el drama personal que no pasa de ser "aparente". El ideal de la psicología clásica consiste en la inqusición de dramas puramente "nocionales".

Por el contrario, la psicología que acepta la definición que acabamos de enunciar, no admite la substitución del drama personal por el impersonal. El acontecimiento, o acto[21], como veremos, representa para ella el *término* del análisis, e inquiere la manera de explicar lo personal por lo personal. Entonces el psicólogo tendrá algo de crítico dramático: un acto se le aparecerá como segmento del drama que no existe más que en y por el drama. Su método no será, pues, método de *observación* pura y simple, sino método de *interpretación.*

No es difícil adivinar que el psicoanálisis se orienta precisamente en esta dirección. Lo que busca Freud es el sentido del sueño. No se contenta con el estudio abstracto y formal de sus elementos. No busca un escenario abstracto e impersonal en el

que los figurantes sean excitaciones fisiológicas, y cuya intriga esté constituida por su paseo por las células cerebrales. Lo que quiere alcanzar por la interpretación, no es el yo abstracto de la psicología, sino el sujeto de la vida individual, es decir, el soporte de un conjunto de acontecimientos únicos, el actor, si se quiere, de la vida dramática, y no el sujeto de la introspección; en una palabra, *el yo de la vida cotidiana*. Y este yo no interviene como "propietario de sus estados" o como causa de una función general, sino como agente de un acto considerado en su determinación singular. Sobre todo, no nos referimos a una causa vacía de sentido y de contenido, sino a un sujeto calificado precisamente por los acontecimientos, y que está por entero en cada uno de esos acontecimientos. El sueño es de este modo segmento de la vida del individuo particular: no podemos explicarlo sino relacionándolo con el *yo*, pero relacionar el sueño con el yo significa la determinación de su sentido como momento en el desarrollo de un conjunto de acontecimientos cuya totalidad denominamos vida, la vida del individuo particular.

V

El psicoanálisis encierra, pues, una definición nueva del hecho psicológico. Esta definición, la hemos aportado de manera algo artificial, comenzando por enunciarla en su forma más general y abstracta. Por una parte precisaba comenzar de este modo para que apareciese, distinguiendo las dos etapas en la marcha hacia lo concreto, toda la precisión y alcance de la definición en cuestión, y por otra, para mostrar que es posible poner de relieve la falsedad del procedimiento fundamental de la psicología clásica, consciente en la abstracción, *independientemente de toda cuestión de doctrina*.

Freud procede de manera más empírica y menos consciente. No emprende un análisis general de los procedimientos de la psicología clásica, y es natural, limitándose a señalar el error de las leyes que se desprenden sobre los puntos precisos en donde las encuentra. Siguiendo la misma conducta, no deduce las consecuencias de su actitud y no llega ni a formular en términos fran-

cos la inspiración fundamental de su propia doctrina. Procede como si hubiese definido el hecho psicológico como acabamos de efectuarlo: no se interesa por los hechos psicológicos sino en la medida en que son actos individuales, y no obstante, queda convencido de que el psicoanálisis no es revolucionario sino como *contribución*. En vez de prolongar el punto de vista de la interpretación hasta el momento en que la nueva definición del hecho psicológico pueda surgir, lo considera en la Traumdeutung como punto de vista aparte, que no es *el* punto de vista psicológico, e intenta traducir luego, en el capítulo titulado "La psicología de los procesos del sueño", colocándose en el punto de vista psicológico", los hechos psicoanalíticos en el lenguaje de la psicología clásica.[2]

Pero como pudiere juzgarse que la manera como hemos caracterizado la inspiración fundamental del psicoanálisis no es lo bastante persuasiva, vamos a intentar la verificación de nuestra interpretación mostrando, por medio de un ejemplo concreto, que la actitud de Freud corresponde perfectamente a las indicaciones que hemos dado, y luego que nuestra interpretación permite comprender la tenacidad con que Freud afirma en la Traumdeutung que "el sueño es la realización de un deseo".

1. — Hablando de la pesadilla, establece Freud una parálelo entre el método de las explicaciones clásicas y el suyo.

Dice Freud (575): "Un ejemplo notorio mostrará hasta qué punto impiden las antojeras de la mitología médica que los médicos vean los hechos. Se trata de una observación relatada por Debacker en su tesis sobre *Las alucinaciones y terrores nocturnos en los niños y adolescentes*" (Ed. de 1881, pág. 64).

Freud cita la observación, pero a nosotros nos bastará comparar ambas explicaciones.

Veamos la explicación de Debacker: "Esta observación es notable desde numerosísimos puntos de vista, y su análisis pone de manifiesto los siguientes hechos:

1º Que el funcionamiento fisiológico de la pubertad en un joven de salud débil produce un estado de debilitamiento muy grande y que la anemia cerebral puede ser considerable;

2º Esta anemia cerebral conduce a un cambio de carácter, a alucinaciones demonomaníacas y terrores nocturnos, tal vez diurnos muy intensos;

3º Esta demonomanía y estos escrúpulos religiosos responden

evidentemente al ambiente religioso en que ha pasado la juventud el niño;

4º Todos los fenómenos han desaparecido por la estancia prolongada en el campo, el ejercicio y restablecimiento de las fuerzas después de la pubertad;

5º ¿Podemos atribuir en este caso a la herencia y a la sífilis antigua del padre la predisposición al estado cerebral? Cosa interesante será comprobarlo en el porvenir."

Freud llama nuestra atención sobre la observación final de este trabajo diciendo:

"Hemos comprendido esta observación en el cuadro de los delirios apiréticos de inanición, puesto que a la isquemia cerebral es a lo que atribuímos este estado particular." (Cf. 575-577 inclusive).

La explicación de Freud es muy distinta; dice:

"No es difícil adivinar (577): 1º, que el niño se masturbaba cuando pequeño, que no quería confesarlo y que había sido amenazado con severos castigos (su confesión que dice: 'no lo haré más'; sus negaciones: 'Alberto no ha hecho eso nunca'); 2º, que bajo el impulso de la pubertad la tentación de masturbarse ha reaparecido; 3º, que ha provocado una reacción y una lucha en la que la libido se ha transformado en angustia, esa angustia ha tomado secundariamente la forma de castigos con los que se le amenazó en tiempo pasado."

En esta última explicación, se crea o no, lo que sorprende es que el médico citado por Freud no recurre más que a causas generales, tales como la anemia cerebral, la inanición; que para el la *forma particular del delirio*, las escenas en que el niño dramatizaba su espanto no tiene importancia alguna; que del escenario del diablo no explica más que el *esquema general* y que lo efectúa debido a causa general, al ambiente religioso; que, por consiguiente, no desciende nunca hasta el plano individual para comprender los hechos en su particularidad concreta; que, finalmente, para decirlo empleando pocas palabras, no concede lugar alguno a las "causas segundas". Freud, por el contrario, no se sale de la forma concreta e individual del síntoma en cuestión, con todos sus detalles particulares, y solamente hace intervenir en la explicación hechos individuales, tomados de la experiencia del sujeto en cuestión. Por lo tanto, no abandona nunca el plano del individuo singular.

2º Que el espíritu de la doctrina de Freud es el que hemos indicado, nos lo demuestra con la afirmación más fundamental de la teoría del sueño, que dice que "el sueño es la realización de un deseo". Sorprendente afirmación, puesto que aparece al comienzo del libro, en el momento en que el lector, bajo la influencia del capítulo consagrado a la parte histórica del problema del sueño, por una parte, y del paralelismo que Freud mismo establece entre los oneiromantes antiguos y el psicoanálisis, por otra, no considera a Freud sino como defensor "en general" de que el sueño tiene sentido.

De hecho, el descubrimiento de Freud tiene significación muy distinta y de importancia diferente. No es el primero que ha afirmado que el sueño tiene sentido. El mismo nos habla de la tentativa efectuada por Scherner para profundizar el problema del sueño en esta dirección. (Cf. 76 y siguientes).

"Scherner hizo en 1861 la más original y penetrante tentativa, para explicar el sueño por una actividad particular que no podía desarrollarse más que mientras se dormía" (77). "Esta actividad particular" se debe a la *imaginación* que durante el sueño "se libera de la inteligencia y domina enteramente" (ibid.). La imaginación, para fabricar el sueño, saca "sus materiales de la memoria de la vigilia, pero el edificio que construye es completamente diferente a los productos de las vigilias" (ibid). "No dispone en el sueño del lenguaje de los conceptos; precisa que muestre plásticamente lo que quire decir" (ibid). "Procura a los hechos de nuestra vida interior una forma exterior plástica" (ibid). Esta actividad plástica de la imaginación no consiste solamente en reemplazar un objeto por su imagen, dramatiza el pensamiento esbozando la silueta (88).

"Cree Scherner que los elementos de que se sirve la actividad artística del sueño son sobre todo las excitaciones orgánicas tan oscuras durante el día" (ibid). La imaginación del sueño juega con las excitaciones orgánicas "un juego provocativo... representa los órganos de los que proviene la excitación con formas simbólicas" (ibid). El organismo entero, por ejemplo, está representado por una casa. Pero "no se limita a esto, pues, por el contrario, puede representar un solo órgano por series de casas, y la excitación intestinal estaría representada por largas calles, por ejemplo. Otras veces, algunas partes de casas representarán realmente partes del cuerpo. Por ejemplo, en un sueño de

migraña, el techo de una habitación (que vemos cubierto de innobles arañas, parecidas a sapos), representará la cabeza" (78-79).

Ante estos textos, y sobre todo al leer los comentarios de un discípulo de Scherner, Volkelt, el conocido filósofo alemán (cf. 79, párrafo 2) en que aparece un simbolismo tan avanzado como el de Freud, podemos creer que nos encontramos frente a alguien de quien Freud ha tomado mucho de prestado. Pero todo el pensamiento de Scherner se halla falseado fundamentalmente por la abstracción. El sueño tiene sentido, es cierto. También podemos observar en Scherner, aunque de modo implícito solamente, la distinción del contenido manifiesto y del contenido latente, uno constituido por el relato no descifrado y el otro por el descifrado. Pero el sentido que el sueño tiene para Scherner es un sentido general; el desciframiento, pues, dado el simbolismo de Scherner, da un contenido latente *general*, y la interpretación enlaza el sueño con las excitaciones orgánicas que son impersonales. Ahora bien, para Freud "nuestra personalidad es lo que aparece en cada uno de nuestros sueños" (289). Con esta personalidad concreta es con lo que precisamente enlaza el sueño la interpretación freudiana. No puede aceptar Freud la explicación de Schrener, que muestra "la manera como la potencia de centralización, la energía espontánea del yo, se enervan en el sueño; el modo como, a causa de esta centralización, el conocimiento, la sensibilidad, la voluntad, la potencia de representación, varían . . .", puesto que Scherner no hace con esta explicación más que afirmar la tesis de la abstracción. Freud no sabe qué hacer de esta teoría y de la simbólica que de ella deriva.

Scherner y Freud afirman que el sueño tiene significación; pero uno de ellos es psicólogo en el sentido clásico de la palabra, e impaciente por volver a lo abstracto después de haber rozado lo concreto, mientras el otro inaugura la vuelta consciente y decisiva a lo concreto.

Para resumir la esencia del sueño precisa Freud una fórmula que exprese precisamente el carácter concreto del mismo, y esto es lo que él cree conseguir valiéndose de la siguiente afirmación: "que el sueño es la realización de un deseo".

Esta fórmula tiene varios aspectos, resumiéndose todos ellos en esto: enlaza el sueño con la experiencia individual concreta.

Ante todo, gracias a esta fórmula, el sueño no se enlaza con una función general; más bien dicho, la alusión a esta función

general no da explicación irrevocable del sueño. Afirmar que el sueño proviene de un apartamiento de lo real, por ejemplo, no es para Freud más que superficial explicación en el sentido etimológico de la palabra; una de las explicaciones viciosas de este error de la psicología consistente en no querer remontar, como hace Freud y gusta de repetir, yendo más allá del contenido manifiesto del sueño, es decir, pasando los límites de la significación convencional [23] Y, al mismo tiempo, si es cierto que Scherner se sale de los límites del contenido manifiesto, pero para no ver en el contenido latente más que el ejercicio de una función general, el juego desinteresado de una función como la imaginación, cierto es también que parecida teoría no puede bastar a Freud. Lo que él afirma es que el sueño es la realización de un deseo. También hubiera podido caer en la abstracción en esto. Vislumbro muy bien una teoría romántica del deseo. Podríamos personificar el deseo y convertirlo en Deseo, de la misma manera que Scherner personifica la caída de los conceptos en la representación plástica, para hacer de ellos la Imaginación. Entonces obtendremos una teoría general y abstracta del sueño-deseo. Pudiéramos impulsar un poco la imaginación de Scherner del lado del deseo, y entonces diríamos que la imaginación traslada el pensamiento a un escenario del deseo, pero al escenario de un deseo cualquiera, con tal de que sea uno de ellos, pues añadiríamos, a título de axioma, *el Deseo busca realizarse* ... En este caso, nos sería posible elaborar un simbolismo del deseo de acuerdo con esta concepción general y abstracta, simbolismo en que la imaginación se apoderaría de los pensamientos desde el punto de vista del deseo *posible*.

Pero Freud no ha caído en esa abstracción. La teoría que acabo de imaginar no podría ser la de Freud, pues en ella, el deseo que se realiará sería, como la imagen del sueño para Scherner, obra de un libre juego de la Imaginación al servicio del Deseo, y, de nuevo, los deseos tal cual fueren realizados en el sueño, no podrían enlazarse con el individuo concreto, no estando determinados sino por el hecho que una función general está siempre dirigida hacia la realización de otra función general.

Por eso es muy distinto el pensamiento de Freud. No se trata de decir que el sueño es la realización del Deseo en general, sino la realización de un deseo particular, determinado en su forma por la experiencia particular de un individuo particular. Si el

niño del que nos habla Freud ha soñado que ha comido todas las cerezas, no es porque la Imaginación, actuando sobre los materiales mnemónicos de la vigilia, haya hallado las "cerezas" y haya buscado, en nombre del "Deseo", el deseo *posible*, sino porque el niño particular de que tratamos había deseado *efectivamente* las cerezas, cosa muy diferente.

Y eso nos revela, al mismo tiempo, otro de los aspectos de la fórmula de Freud.

Si hubiese podido contentarse con esta enmienda de la teoría de Scherner que hemos imaginado, Freud se hubiera detenido aún en la abstracción debido a una segunda razón. No hubiera llegado a lo concreto, porque el deseo no hubiera sido un anhelo individual, surgido efectivamente del individuo; hubiese sido un deseo *posible*, en vista de los materiales plásticos de la imaginación, y este deseo no hubiese podido ser psicológicamente real, puesto que no hubiera sido sostenido por la primera persona. Pero precisamente el pensamiento del sueño es un deseo concreto para Freud no sólo por su contenido individual, sino también por el hecho de ser un deseo *psicológicamente* real, y con ello, el "yo" *continúa estando presente constantemente en el sueño.*

La teoría de Scherner supera y rebasa las teorías abiertamente abstractas del sueño y se aproxima a lo concreto, dando al sueño un sentido, y viendo en él la revelación de algo. Pero esta revelación no nos conduce sino a la intimidad de una *vida psicológica en general.* Si Freud se hubiese detenido en la idea de una determinación del contenido del deseo por los materiales mnemónicos, su teoría no nos hubiese conducido más que al dominio de las virtualidades de la experiencia individual, y hubiésemos quedado en lo abstracto, puesto que no hubiésemos abandonado el plano de las posibilidades. Pero Freud postula un deseo efectivo, la determinación por un motivo real; entonces llega verdaderamente hasta lo concreto psicológico, puesto que nos conduce hasta el mismo corazón de la experiencia individual.

Pero , ¿qué significa el término "deseo"? Freud explica el mecanismo del deseo (cf. p. ex. 556 sig. y en general toda la sección II del cap. 7) antes que contestar a esta pregunta, y solamente le consagra un desarrollo exprofeso al final de la obra.

Después de haber explicado en el capítulo II la técnica que emplea para la interpretación de los sueños, analiza en el mismo capítulo el "Sueño de la Inyección aplicada a Irma" (98-109).

El contenido manifiesto se descompone en sus elementos, y Freud registra los pensamientos despertados, respectivamente, por cada uno de ellos. A medida que transcurre el relato despiertan pensamientos que aclaran la significación de los elementos del contenido manifiesto de manera tal, que si se confrontan estos pensamientos con el contenido manifiesto, éste será, comparado con aquéllos, lo mismo que una obra teatral para su tema, en el preciso sentido que los primeros expresan la idea del anhelo y el último la escena en que dicho anhelo se realiza. Y, por el contrario, cada una de las veces que durante el curso de las "asociaciones" aparece la idea de una situación penosa, es la situación contraria la realizada en el sueño. "Reprocho a Irma no haber aceptado mi solución; le digo: si sientes dolores todavía, los debes a tu culpa... La frase que dirijo a Irma me produce la impresión de que no quiero cargar con la responsabilidad de los dolores que siente: si es Irma quien tiene la culpa, no puedo ser yo el culpable. Si hay que buscar en esta dirección o sentido la finalidad interna del sueño... *me espanto ante la idea de haber podido descuidar o pasar por alto una afección orgánica.* Este temor se comprende fácilmente en el especialista dedicado únicamente a los nerviosos, y que se ve inclinado a atribuir a la histeria un sinfín de síntomas que otros médicos tratan como afecciones orgánicas. Sin embargo, experimento, sin saber por qué, una duda respecto a la sinceridad de mi espanto. Si los dolores de Irma responden a origen orgánico, su curación no entra en mis dominios, puesto que mi tratamiento se aplica solamente a los dolores histéricos. ¿He de desear un error de diagnóstico con el fin de no ser responsable del fracaso?" (100 y sig.).

Una vez terminado el análisis, Freud nos ofrece el relato del contenido latente y dice:

"Ya tenemos completo el análisis de este sueño.[24] Durante el trabajo me he defendido con todas mis fuerzas contra todas las ideas con los pensamientos inconscientes que envolvía. He indicado una intención que realiza el sueño y que ha sido su motivo. El sueño realiza algunos deseos que han sido despertados en mí por los acontecimientos de la noche antes (las noticias que me trajo Otto; la redacción del historial de la enfermedad, cf. el relato preliminar [97]), la conclusión del sueño es que no soy responsable de la persistencia de la afección que aqueja a Irma; el sueño me venga: él es quien lanza el reproche, el que

me libra de responsabilidad sobre la enfermedad de Irma que achaca a otras causas (enunciadas detalladamente)" (100).

En una palabra, el contenido manifiesto confrontado con los materiales proporcionados por el análisis, aparece como una función que "acaba bien". "El sueño —dice Freud al final de la escena que acabo de transcribir— expone los hechos tal cual mi deseo anhelaría se hubiesen desarrollado; su contenido es la realización de un deseo, un deseo su motivo."

Claro está, pues, que el término "deseo" es sugerido a Freud por el hecho de que el contenido latente descubierto por él posee la significación de una realización, y como por el análisis encontramos precisamente pensamientos que preforman esta realización, por una parte, y sentimientos que la reclaman, por otra, ya directamente, ya rechazando la realización contraria, Freud cree poder afirmar que el deseo es al mismo tiempo contenido y motivo del sueño.

En cuanto a la generalización de esta afirmación, Freud se da muy bien cuenta de las dificultades que presenta.

"Si afirmo de este modo que todo sueño es deseo realizado y que no hay otros sueños más que los de deseo, muy bien sé que me hallaría frente a una oposición irreductible. Podría objetárseme que el hecho de que haya sueños que debemos interpretar como deseos cumplidos no es cosa nueva... Pero decir que no hay más que sueños de deseo constituye generalización injustificada que se puede refutar sin trabajo" (124). Freud insiste varias veces sobre esta misma objeción general; pero esta objeción es precisamente lo que constituye el "fermento dialéctico" que, a partir del cap. IV, le permite desarrollar su teoría.

En efecto, la observación más corriente contra la teoría del sueño realización de deseo, consiste en afirmar que "lo desagradable y el dolor son más frecuentes en el sueño que lo agradable y el placer" (125). Fuera de los sueños "que contienen, mientras dormimos, los estados afectivos penosos de la vigilia, tenemos también las pesadillas, los sueños angustiosos, en los que este sentimiento, el más espantoso entre todos, nos zarandea hasta que despertamos. Y esas pesadillas son frecuentísimas en los niños, en los que precisamente hemos hallado los sueños de deseo más claros" (125).

Pero Freud elimina estas objeciones mostrando que se fundan en le contenido latente. "Verdad es que existen sueños cuyo con-

tenido manifiesto es penoso; pero ¿se ha intentado alguna vez analizar nuestros sueños, descubrir su contenido latente? De no ser así, todas las objeciones son inútiles, porque, ¿no es posible que todos los sueños penosos y todas las pesadillas se revelen, de hecho, como sueños de deseo?" (ibid.). Y precisamente, para contestar positivamente a todas estas preguntas, introduce Freud la noción de trasposición o traslación y todas las demás nociones que constituyen las articulaciones de su teoría.

El argumento de Freud es, ante todo, puramente lógico; comienza por alegar la *posibilidad*, pareciendo que la última palabra queda a cargo de la inducción.

"Cuando el análisis nos enseñó que tras el sueño se oculta un sentido y un valor psicológico, no esperábamos se interpretase este sentido de manera unilateral" (544). Esto nos hace pensar que vamos a limitarnos a probabilidades, pero no sucede así. La marcha del pensamiento freudiano es más atrevida. La idea de que el sueño podía ser realización de deseo se reveló a Freud a consecuencia de sus análisis; inmediatamente se mostró como maravillosa hipótesis de trabajo, pues gracias a ella podemos abordar el estudio del sueño de acuerdo con el espíritu de la psicología concreta. Entonces se le ocurre a Freud dar una sólida base a el psicoanálisis erigiendo en principio su hipótesis de fundamento. No se siente seguro a la sombra de la inducción; le precisa la certidumbre de la posibilidad de generalización, y animado por esto aborda la cuestión al final de la obra. No se trata ya de dar pruebas "analíticas", sino demostrar que el sueño no *puede* ser sino cumplimiento de deseo. (Cif. 560). La última palabra de Freud en la discusión es que "el sueño es siempre realización de deseo, porque proviene del sistema inconsciente que no tiene otro objeto distinto al de la realización del deseo, que no dispone de otra fuerza más que la del deseo".[25] Finalmente, llegamos a lo inconsciente.

Aunque ese sea el fondo del pensamiento de Freud sobre la posibilidad de generalizar su afirmación fundamental, no hay que creer que haya logrado erigir verdaderamente en teoría los verdaderos motivos de esta generalización. En el capítulo que trata de lo inconsciente de Freud observaremos que las teorías del género de la citada no pueden enlazarse con la inspiración verdadera del psicoanálisis, y si Freud lo hace así, es debido a que se expresa en un lenguaje que falsea su visión. Por esta

razón, la frase citada no pasa de ser fantasía justificadora del gusto de una psicología cuyas consecuencias Freud es el primero en rechazar.

Los verdaderos motivos de esta generalización, defendida por Freud con tanta tenacidad a despecho de todas las objeciones, residen en la manera como la fórmula fundamental de la teoría freudiana del sueño se modela sobre las exigencias de la psicología concreta.

Al ser el hecho psicológico segmento de la vida del individuo particular, es inseparable de dicho individuo. Pero es inseparable *actualmente,* porque sin ello la continuidad del yo queda rota y no puede haber ya hecho psicológico. Ahora bien, el deseo no enlaza el sueño con el individuo desde el punto de vista del contenido, sino precisamente por asegurar al sueño esta continuidad del yo, sin la cual el hecho psicológico no pasa de ser creación mitológica. Si el sueño es la realización de un deseo, no es más que modulación del "yo", cuyo sueño es y que, en consecuencia, está constantemente presente. El deseo asegura al sueño precisamente la continuidad de esta presencia del yo. En una palabra, *por la teoría del sueño-deseo, el sueño se convierte en "acto".*

En eso hallamos incompatibilidad entre la psicología concreta y las nociones de la psicología oficial.

El hecho psicológico debe ser personal y actualmente personal, por ser esas sus condiciones de existencia. De aquí se desprende que la noción fundamental de esta psicología no puede ser más que la noción de acto. El acto es la única noción inseparable del yo en su totalidad, desprovisto de todas las nociones, no puede concebirse más que como *encarnación* actual del yo. La psicología concreta no puede reconocer como hecho psicológico *real* más que el acto, debido a eso precisamente. La idea, la emoción, la voluntad, etc., no pueden reconocerse por la psicología concreta como actualidad psicológica, y en consecuencia, como poseedoras de realidad concreta.

Freud insiste precisamente en la teoría del sueño-realización, porque esta teoría hace del sueño un acto, acto del sujeto particular cuyo sueño es, y porque no ve otro medio para obtener el mismo resultado, para asegurar al sueño continuidad y presencia actual del yo al mismo tiempo. Cosa evidente es que Freud no puede expresarse exactamente en estos términos. Pertenece a otra generación, sus evidencias son diferentes a las nuestras, pien-

sa las cosas bajo otras formas. Y por eso sufre atracciones dialécticas que le arastran afuera del campo de su verdadero pensamiento. Pero, sin tener en cuenta la dialéctica que se ve obligado a hacer suya, sus *descubrimientos son patentes*, pudiendo indicar al mismo Freud lo que se le ha escapado, debido a razones que nada tienen de deshonrable.

VI

Por lo dicho descubrimos en la Traumdeutung el antagonismo existente entre dos tendencias en psicología: por una parte, el de la psicología oficial, cuyo procedimiento fundamental es la abstracción; por la otra, el de la tendencia freudiana, que es orientación hacia lo concreto, pero lo concreto interpretado de manera clara, sincera y útil a la psicología.

Este antagonismo es el que explica el contraste entre el saber del psicoanálisis y la ignorancia de la psicología clásica.

Si comenzamos por aislar los hechos psicológicos del individuo singular, nos situamos, súbitamente, en un plano abstracto, en el plano de las generalidades con que tratan los psicólogos. En este caso, nos vemos entre consideraciones que quedan por debajo o por encima del individuo particular, y como éste es el que puede introducir en la teoría la diversidad concreta que la hace aplicable a los casos particulares, la abstracción desemboca forzosamente en la tautología, siendo el azar lo que tendrá que llenar el vacío creado por la eliminación de lo concreto individual. La experiencia no nos presenta, en efecto, más que hechos individuales, pero al condenarnos por la abstracción a no poder invocar más que generalidades, nos veremos forzados, a propósito de cada caso individual, a repetir generalidades, y la explicación será incapaz de modelarse sobre el hecho que hay que explicar. Por eso, después de haber dicho que el sueño se explica por el paseo aventurado de una excitación por las células cerebrales, no podemos más que repetir lo mismo a propósito de cada sueño; de este modo nos condenamos, no sólo a esta fatigosa y ridícula repetición, sino también a no poder utilizar el rico material que nos proporcionan los sueños. La utilización real de ese mate-

rial se halla, en efecto, en Freud, por primera vez. De manera general, cuando se ha dicho que todo estado psicológico traduce un estado del sistema nervioso o es su paralelo, nos cerramos la puerta de todo saber concreto abriendo las esclusas de la "Gehirnmythologie".

Si se comienza por desparticularizar el hecho, la conclusión será necesariamente abstracta y de nada nos servirá para la comprensión del hecho concreto. Por eso nada sabrá el psicólogo. Se verá obligado siempre a repetir respecto a cada hecho particular las mismas conclusiones generales: no llegará a estar nunca en posesión de una verdadera ciencia: jamás podrá salirse del plano del lenguaje, y nunca podrá hacer nada, sino comprobar que lo que ha sucedido ha acontecido y la tautología será siempre fruto de la abstracción.

Por el contrario, el psicoanalista al no salirse nunca del plano del individuo particular por ser el hecho psicológico para él segmento de la vida del individuo particular, obtendrá conclusiones concretas que alcanzarán los hechos en su particularidad, y, en consecuencia, a los individuos en su vida concreta. Como el psicoanalista no ha caído en el error de la abstracción podrá adquirir un saber verdadero que, aunque sea imperfecto, impone ya la causa de su penetración en los casos concretos y situaciones particulares.

La ignorancia en que se halla la psicología actual no es enfermedad infantil, por eso no hay que esperar mejoría en este aspecto por parte de "genio sintético" o del porvenir en general, pues este carácter no se debe a imperfección de métodos, eficaces en principio, sino a los mismos procedimientos constitutivos.[26]

El saber "empírico", fuere cual fuere, sólo puede constituirse a posteriori, extrayendo de los hechos la enseñanza que encierren. Ese es, en líneas generales, el sentido del término "inducción". Pero para hacer *fecundas inducciones* precisa poder utilizar la experiencia, no privándose de ella de antemano; de manera general precisa un dominio empírico adecuado a la ciencia en cuestión, pues sin él la inducción es estéril... no pudiendo llegar nunca a un saber explicativo.

La psicología clásica no conoce más que inducciones estériles. Quiere explicar la vida psicológica y para ello precisa partir del plano mismo de esta vida, es decir, del individuo y de su

actos, pues esta es la única manera de alcanzar un saber que pueda volver a los individuos, y por lo tanto saber explicativo. Pero la psicología clásica en vez de eso comienza por ponerse anteojeras: recorta en la experiencia psicológica un dominio formal y funcional y como este punto de vista no representa más que el aspecto más formal y superficial, el saber obtenido de este modo no nos es de ninguna utilidad para la comprensión de un caso concreto.

En efecto, si se emplea la inducción en la psicología introspectiva, únicamente es para establecer por su medio la manera como, en la generalidad de los casos, se desarrolla el "proceso mental". Como ejemplo podemos tomar la introspección experimental de la escuela de Wurzbourg, porque en ella podemos hablar de inducción rigurosamente [27]. Pero, ¿de qué se trata? Se trata de saber cuáles son los caracteres de la imagen, cómo se piensa, cuál es su papel verdadero en el pensamiento. El esfuerzo de la escuela de Wurzbourg representa ciertamente progreso. Los teóricos clásicos de la imagen, como Taine, por ejemplo, confundían a cada momento la introspección y la fabulación. Inventaban los caracteres de la imagen de acuerdo con las exigencias de la doctrina asociacionista y sensualista. La escuela de Wurzbourg ha buscado la manera de obtener la respuesta consultando los hechos. Ya es progreso. Pero la respuesta aportada por la experiencia no constituye saber *concreto*. Acabaremos por saber que la imagen es siempre vaga, que las imágenes a lo Taine son excesivamente raras, que tal vez no existen nunca; que en todo caso, el pensamiento rebasa la imagen excesivamente, que en ciertos casos puede llegar a desarrollarse sin imágenes. La experiencia ha contestado [28] a la pregunta, pero como la pregunta es abstracta, la respuesta lo es igualmente. Se trataba de documentarse sobre la *forma* de un acto psicológico y la contestación a la pregunta no ha procurado a la psicología ningún progreso real, pues ¿en qué constituye "conocimiento del hombre" el hecho de saber que el pensamiento no se parece a una película? *Si ha habido progreso, se debe sencillamente a que los psicólogos no podrán ya decir un conjunto de frases.* No hemos adquirido un saber que podremos utilizar para la comprensión de un caso concreto. Es un saber sin aplicación posible, puesto que la sola aplicación de que es susceptible el saber psicológico, es la aplicación a la realidad constituida por el individuo con-

creto y singular. Pero al no hacerle intervenir en las experiencias de Wurzbourg, no es posible deducirlo. Los resultados de la psicología abstracta constituyen siempre un saber sin aplicación posible, debido a idénticas razones.

La inducción de Freud es muy distinta. Ante todo se parte del verdadero hecho psicológico. Si abrimos una página cualquiera de Freud, observaremos que la exposición se basa siempre en hechos individuales [29], y lo que hay de esencial es que el carácter individual, lejos de desaparecer durante el curso de la explicación, continúa siendo siempre el punto central. La psicología del sueño se basa en el análisis de los sueños considerados como poseedores de sentido indivdual, considerando los individuos concretos cuyos sueños son. La teoría de los actos fallidos se basa en la consideración de los actos fallidos, como actos de un individuo singular. El estudio de la neurosis no es, en Freud, como en la psiquiatría clásica, estudio de las *neurosis en sí*, de esas maravillosas entidades nosológicas que los individuos no hacen sino encarnar, y para cuyo estudio no tiene importancia alguna esta encarnación, sino al contrario, cada una de las neurosis se considera como acto individual que hay que explicar como individual. Natural es que en estas condiciones se llegue a la constitución de un conjunto de hechos particulares, a partir de los cuales la generalización se hace posible, pero generalización que, una vez efectuada, puede aplicarse a multitud de casos particulares, poniendo así el psicoanálisis en posesión de un verdadero saber.

Podemos citar como ejemplos clásicos de inducciones freudianas la manera como ha sido constituido el simbolismo de los sueños, simbolismo tan difamado. Lo que ha permitido a Freud constituir este simbolismo que no tiene valor universal, pero que se aplica, sin embargo, al promedio de los individuos y hasta a todo el mundo en cuanto a ciertos sueños, ha sido el análisis de gran número de ellos. De este modo ha llegado Freud a interpretar sin análisis sueños que experimentamos casi todos de casi idéntica manera, y que Freud llama sueños típicos [30]. La sexualidad infantil, el complejo de Edipo, la noción de transferencia, resistencia, etcétera, se descubrieron del mismo modo. La inducción es posible porque se parte de lo concreto individual; por esta misma razón podemos volver a lo concreto individual, y con ello poseer un saber psicológico *aplicable* [31].

Tal es, por una parte, el antagonismo verdadero entre la psicología y el psicoanálisis; tal es, por otra, la inspiración verdadera de la doctrina freudiana. Vamos a continuar nuestro trabajo en dos direcciones. Se trata, de antemano, de precisar las afirmaciones que preceden mostrando las articulaciones de la teoría tal cual se presentan en la Traumdeutung [32]. Pero si esos desarrollos o extensiones llegan a confirmar la idea que hemos formado sobre la inspiración fundamental del psicoanálisis, pondrán también en evidencia que Freud no le ha sido siempre fiel. En sus anotaciones y especulaciones teóricas recae algunas veces en la psicología clásica.

INTROSPECCION CLASICA Y METODO PSICOANALITICO

El capítulo II de la Traumdeutung está consagrado al "Método de interpretación de los sueños". Sabemos que este método consiste esencialmente en lo siguiente: 1º, se descompone el sueño en partes; 2º, el sujeto debe relatar, sin crítica ni reticencia, cuanto se le ocurre respecto a cada uno de los elementos del sueño. Podemos sorprendernos, y realmente nos ha sorprendido, ver el modo como Freud aplica parecido método. En efecto, puesto que Freud no siente la menor inclinación a estudiar los sueños siguiendo los métodos fisiológicos, pues afirma claramente quiere emplear métodos psicológicos, podíamos esperar iba a servirse de la introspección. Pero no es la introspección lo que emplea Freud, sino un método que no puede llamarse introspectivo *que coge las cosas por los cabellos*, y que, según él, no pasa de ser variante del método de descifrramiento (Cf. p. 95).

No se ha dejado de objetar a Freud el carácter arbitrario de su método. Su esencia consiste, en efecto, en hacer decir al sujeto *todo cuanto pasa por su cabeza*. Por otra parte, la objeción que los psicoanalistas presentan corrientemente a la introspección, es que ésta, hasta en el caso de tratarse de la más refinada, no llega a eliminar la censura, y como el objeto consiste precisamente en eliminarla, manifiesto está, que debemos reemplazarla por otro método en que el pensamiento se vea menos falseado por la censura que en el estado de vigilia. El método

residiría entonces esencialmente en la creación de un "estado psíquico que presente cierta analogía con el estado intermediario entre la vigilia y el sueño, y, sin duda, con el estado hipnótico . . ." (93), y esto porque en "el momento en que nos dormimos, las representaciones involuntarias aparecen en la superficie, porque la acción de la voluntad y de la crítica queda interrumpida" (94).

Freud descarta la introspección, porque no podría ser método de psicología concreta, y la oposición entre la introspección y el método psicoanalítico no es más que caso particular del antagonismo existente entre la psicología abstracta y la concreta.

Eliminando todos los argumentos clásicos contra la introspección, podemos suponerla perfecta; el resultado obtenido será que la introspección, no puede informarnos más que sobre la *forma y contenido* del acto que introspeccionamos. Si he olvidado un nombre que conozco bien, si me introspecciono diré que experimento cierta sensación de molestia, al mismo tiempo que fuerte tensión interior, el sentimiento del saber sin fórmula verbal y sin imagen; hay nombres que acuden a mi imaginación, pero los descarto con certeza llena de despecho, y la conciencia de esa certidumbre, al mismo tiempo que la de mi ignorancia, me dejan perplejo hasta el momento en que, súbitamente, sin que pueda saber por qué, experimento sensación de libertad, como si la resistencia decidiese de una vez, y la palabra que busco aparece, finalmente, acompañada de un sentimiento de alivio y bienestar. Eso es lo que la introspección puede enseñarme. Pero eso solamente satisface a la psicología abstracta. Esa psicología, que pone tanto cuidado en describir con exactitud los menores matices de todos los estados que he experimentado a partir del momento en que me dí cuenta del sorprendente olvido, hasta aquel en que aparece, finalmente, la palabra buscada, descuida totalmente la *explicación del hecho mismo en su particularidad,* y lo atribuye *al azar sin inquietud ulterior.*

"Si rogásemos a un psicólogo clásico nos explicase la manera como sucede el encontrarnos con tanta frecuencia en la imposibilidad de recordar un nombre que creemos conocer, creo se contentaría con responder que los nombres propios caen en el olvido con mayor facilidad que los demás contenidos de la memoria. Nos citaría razones más o menos plausibles que, en su opinión, explicarían esta propiedad de los nombres propios, sin tener en

cuenta que este proceso puede estar sometido a otras condiciones de orden más general." (*"La Psicopatología de la vida cotidiana"*, trad. francesa, página 3).

Eso equivale a decir que el psicólogo atribuye el olvido a *causas generales* que, hágase cuanto se haga, no pueden valernos más que como *generalidad,* pero no *en cuanto al hecho preciso* de que particularmente se trata. Y si Freud nos habla de las condiciones "más generales" a las cuales pueden estar sometidos estos procesos, no hay que dejarse ilusionar por este lenguaje, pues Freud cree solamente en factores generales, como censura, represión etc... pero la explicación que nos dará de cada caso tendrá precisamente la pretensión de casar con el hecho que tiene que explicar *en su particularidad.* El postulado fundamental de Freud, de acuerdo con el cual se determinan rigurosamente todos los hechos psicológicos, posee exactamente la misma significación [33].

Es natural que quien busca explicaciones de este género no pueda contentarse con la introspección. En efecto, ¿qué he hecho en mi ejemplo de introspección? He considerado el hecho del olvido desde un punto de vista *formal,* por decirlo así, como si fuese el olvido de cualquiera, de uno. No he tenido en cuenta para nada el hecho que era *precisamente tal palabra* la que había olvidado, y que era *precisamente yo* quien la había olvidado. Mis comprobaciones continúan siendo generales y nada me enseñan, en el sentido de que no sé por qué he olvidado precisamente esa palabra y precisamente en el momento en que la he olvidado. Esa es la naturaleza de la introspección; por eso no puede responder a las preguntas de la psicología concreta, pues para ello hay que considerar las circunstancias particulares del olvido, lo que significa la palabra olvidada para mí; en una palabra, habría que considerar este olvido como segmento de mi actividad particular, como acto que, salido de mí, me caracteriza; habría que penetrar en el *sentido* de este olvido.

Pero únicamente llegaremos a penetrar el sentido del olvido cuando poseamos los materiales necesarios para aclarárnoslo. Estos materiales, al tener que indicar la significación que este olvido tiene para mí, no pueden ser proporcionados más que por mí, esto es evidente. Pero eso no puede efectuarse con ayuda de la introspección, sino exclusivamente con ayuda de un *relato.*

Freud debe, pues, reemplazar la introspección por el relato. Al

ser el hecho psicológico segmento de la vida de un individuo o singular, lo interesante no será la materia y la forma de un acto psicológico, sino su sentido, y eso no puede ser aclarado más que por los materiales proporcionados por un relato del sujeto mismo.

Hay que observar que esta manera como reemplaza Freud la introspección por el relato no es simplemente la substitución del punto de vista abstracto por el concreto, sino también la del punto de vista objetivo por la del subjetivo, para emplear esta antítesis clásica, y hablando un lenguaje más moderno, por el empleo del método del relato Freud substituye el punto de vista de la "intuición" por el del "comportamiento".

En efecto, si se reemplaza la introspección por el relato, el trabajo psicológico se efectuará sobre datos "objetivos". El relato constituye material objetivo que podemos estudiar desde el exterior [34]. Pero podemos afirmar que en ello no hay sino objetividad trivial, pues el verdadero aspecto de esta objetividad no nos lo proporciona sino el hecho de que el psicólogo y su sujeto no poseen la misma función, como en la introspección. El sujeto que sufre el psicoanálisis ignora la interpretación, y habla sin saber el sentido que el psicoanalista deducirá de los materiales que le proporciona. El psicólogo introspectivo, por el contrario, espera de su sujeto un estudio psicológico ya, y se ve obligado siempre a suponer un psicólogo en él. Como sabemos, en eso estriba la sorprendente diferencia entre ésta y las demás ciencias; pues el matemático no requiere de una función sea "matemática", sino función simplemente, y el físico no busca otro físico en la bobina de Ruhmkorff, sino sencillamente una bobina de inducción.

El psicoanalista no requiere precisamente a su sujeto para que cambie de manera de ser, por decirlo así; lo que requiere de él sencillamente es "se deje ir" y hable. El sujeto no tiene que preocuparse de nada más, pues el trabajo psicológico queda reservado al psicólogo, cuya actuación *no puede* efectuar el sujeto, desde luego.

Finalmente, el método del relato es objetivo (y este aspecto es todavía más importante que el precedente), porque el psicólogo queda en libertad en cuanto al "mimologismo" impuesto por las reglas de la introspección. El "verdadero psicólogo" debe "revivir simpáticamente los estados de alma de su sujeto", pues sin esto la introspección carece de sentido, puesto que trabaja

con hechos que no pueden comprenderse sino desde el interior.

Solamente en el método psicoanalítico es en el que no queda ya rasgo alguno de dicha exigencia, puesto que por él se quiere *interpretar,* determinar el sentido del sueño, por ejemplo, con ayuda de los materiales proporcionados por el sujeto. Y, de la misma manera que el físico no tiene necesidad de transformarse en bobina para estudiar la inducción, el psicoanalista no requiere poseer "complejos" para hallar los complejos de los demás, y hasta le está rigurosamente prohibido poseerlos, puesto que únicamente se llega a ser psicoanalista tras haber sufrido un análisis completo. Lo notable es, puesto que sólo busca la interpretación, que el psicoanalista logra la objetividad sin verse obligado a recurrir a "esquemas especiales".

Pero el método del relato no se opone solamente al carácter abstracto y subjetivo de la introspección; representa además la antítesis del *realismo* de la última. La introspección, al no poder proporcionar más que la forma y el contenido de un acto psicológico, sólo tiene sentido en la hipótesis realista, y, en efecto, la psicología clásica considera la introspección esencialmente como forma de la percepción. Por lo tanto, hace que a sus datos corresponda una realidad *sui generis,* la realidad espiritual o la vida interior, y la introspección debe permitirnos penetrar en esta "segunda" naturaleza e informarnos sobre sus estados. Los datos de la introspección, que son los de una realidad, sugieren de seguida hipótesis sobre la estructura de esta realidad, y estas hipótesis son, por ello mismo, naturalmente realistas. De esta manera sabemos por la introspección lo que existe y lo que sucede en el mundo espiritual.

Ahora bien, cosa manifiesta es que la vida psicológica de otro individuo no se nos procura siempre más que en forma de "relato" o de "visión". Relato, cuando se trata de expresión por medio del lenguaje (en todos los sentidos de la palabra), y "visión", cuando se trata de gestos o acción en general. Si me encuentro escribiendo, diré que en esto hay al mismo tiempo relato y visión: expreso, por medio de la escritura, mis "estados de alma", entre los que por la visión de lo que hago puede adivinarse algunos de ellos: por la actitud que adopto al escribir, la expresión de mi fisonomía, etc.

El relato y la visión poseen una función práctica y social, y su "estructura" es finalista a causa de ella: el lenguaje corresponde

en mí a una "intención significativa", y las acciones a una "intención activa".

El relato y la visión se insertan en la vida cotidiana en esta forma "intencional". El relato propiamente dicho se toma por lo que es; a la intención significativa existente en mí responde, en los demás, una "intención comprensiva", y en cuanto a la visión, la vida vulgar respeta igualmente su plano. Cuando hablo, la vida vulgar no ve más que la intención significativa. Si alargo la mano para coger la botella del agua, me la pasan. En el primer caso se me comprende; en el segundo, una "reacción social" responde a mi "acción", y nada más.

En pocas palabras, en las relaciones cotidianas no salimos de la "teleología del lenguaje", permaneciendo en el plano de las significaciones, comprensiones y acciones recíprocas [35].

La psicología clásica comienza precisamente por salirse de este plano "teleológico" haciendo abstracción de la intención significativa. Lo que le interesa no es lo que el sujeto cuenta o relata, sino lo que ha sucedido en su espíritu mientras hablaba; requiere cierta correspondencia entre el relato y los *procesos sui generis*. Para hallar estos procesos no dispone, desde luego, de nada más que el relato, pero vence la dificultad *desdoblándola*. Entonces tendremos *la expresión*, por una parte, *lo expresado*, por la otra, pero también tendremos dos órdenes de existencia, pues lo expresado posee una manera de ser *sui generis*: es espiritual, es el pensamiento [36].

Es evidente que este "pensamiento" no aporta nada nuevo, *desde el punto de vista de significación:* la significación de la idea y la significación de la palabra es exactamente lo mismo. Pero cuando se habla de la significación de la palabra, no hemos abandonado aún la teleología del lenguaje, mientras que el término Idea indica precisamente la transformación del punto de vista teleológico en punto de vista realista. La psicología clásica desdobla la significación para pasar del plano de las significaciones al plano de los "procesos mentales". Se sale, pues, de la dialéctica de la vida corriente y convierte en entidades reales lo que no es, desde el punto de vista de esta dialéctica, sino simple instrumento.

Se nos objetará que la introducción de la "idea" aporta algo nuevo, pues la palabra es precisamente un instrumento de significación, y esta significación en sí misma requiere necesariamente

pensarse en una consciencia individual, antes de poder expresarla. La idea representa, pues, algo nuevo: un acto psicológico que debe describirse y estudiarse. Pero esta objeción no es más que la descripción del procedimiento que la psicología clásica efectúa, el desdoblamiento de la significación una vez realizada.

En efecto, después del desdoblamiento, la psicología hace abstracción de la intención significativa colocándose en el punto de vista del *formalismo funcional* para describir el modo de producción de lo que se expresa, la manera como es vivido; la significación como significación no tiene ya importacia alguna; sea la que fuere la cosa pensada, el "pensamiento" es lo único que interesa al psicólogo.

II

Según nuestra manera de entender, el psicólogo clásico procede de la manera siguiente: desdobla el relato significativo y convierte su doble en realidad "interna". En vez de guardar la ordinaria actitud que conviene a la teleología de las relaciones sociales, renuncia súbitamente a ella buscando en el relato la imagen de no sé qué realidad "interna". Esta es su actitud cuando se halla frente al relato de otra persona. Pero la adopta de nuevo frente a su propio relato. Todo ese cambio está, pues, representado por el hecho de que no es a la intención "comprensiva", sino a la "significativa" y "activa", a la que debe renunciar, y en vez de efectuar el desdoblamiento en cuanto a otra persona, debe efectuarlo en cuanto a sí mismo. Una vez efectuado el desdoblamiento, buscará la manera de describir la realidad interna desde el punto de vista del formalismo funcional. Entonces dirá que *se introspecta.*

La introspección o reflexión no es nada más que el abandono de la intención significativa y activa en provecho del formalismo funcional, y a este cambio de punto de vista corresponde un segundo relato, cuyo punto de partida está constituido por el relato significativo, considerado desde el punto de vista realista y formal. Objetivamente, la *introspección no es más que un "segundo relato", resultante de la aplicación del punto de vista*

del formalismo funcional al relato significativo, y lo que busca la psicología es precisamente la substitución del primer relato puramente significativo, un segundo relato que nada tiene ya que ver con la teleología de las relaciones humanas, que, desde este punto de vista, es puramente "desinteresado" y debe constituir la descripción de una realidad *sui generis.*

En suma, precisa elegir entre dos hipótesis. Ante todo, podemos decir que lo que es primitivo es la introspección, pues mis estados psíquicos es lo que conozco deantemano, y si supongo estados psíquicos en mis semejantes, lo debo gracias a mi propia experiencia interna. Si es así, artificioso será decir que desdoblo el relato, pues lo que hago es dotar a mis semejantes de los estados que, en mí, constituyen *realmente* el doble del relato. El procedimiento fundamental de la psicología introspectiva no puede ser, pues, el *desdoblamiento del relato,* sino un *razonamiento* analógico.

La segunda hipótesis consiste, por el contrario, en admitir que lo primitivo es la realización del relato por medio del desdoblamiento y no la introspección; ésta, lejos de representar una actitud espontánea, no pasaría de ser aplicación a nosotros mismos de una actitud adoptada frente al relato significativo por el "sentido común", y, en este caso, lo que caracteriza la psicología no es el razonamiento analógico, sino el desdoblamiento. Pero este desdoblamiento puede dirigirse hacia lo sdemás, o hacia uno mismo, y este segundo caso es lo que denominamos "introspección".

Ya sabemos que la primera hipótesis es aquella que hace suya la psicología. También es la misma hipótesis la que inspira los ataques que contra ella se dirigen: el razonamiento analógico es precisamente lo que los behavioristas reprochan a la psicología clásica.

Varias son las consideraciones que nos orientan hacia la segunda hipótesis.

Ante todo hay que distinguir la introspección tal cual es *en principio* y la introspección tal cual es *de hecho,* pues *no hay que confundir con las profesiones de fe concernientes a la introspección el método introspectivo tal cual se ejerce actualmente y tal cual se ha ejercido en el pasado.* Lo que estamos considerando es la introspección tal cual es y ha sido y no las diferentes *promesas* de introspección.

Y, por otra parte, es preciso distinguir las "percepciones inter-

nas simples", como la del dolor orgánico, de las necesidades orgánicas, tal cual se producen *en la continuidad de la vida cotidiana,* de la *introspección sistemática,* tal cual se emplea en psicología. Esta distinción es necesaria, ante todo porque el "sufrimiento" depende de la "vida", mientras la introspección depende del conocimiento [37]; pero sobre todo porque la introspección, método psicológico, rebasa infinitamente la clasificación de la simple percepción ordinaria de nuestros estados "internos"; pues el hecho mismo de hablar de la "percepción de mis estados internos" implica ya abstracción. Lo que es inmediato es el sufrimiento pero tal cual se produce en el encadenamiento de los acontecimientos de mi vida cotidiana.

Si consideramos la cuestión delimitada de este modo, tal vez podamos observar que la introspección no procede del interior de manera tan espontánea y sincera como los psicólogos acostumbran a afirmar. Manfiesto está que los psicólogos de la precedente generación, cuando nos presentan de nuevo el silogismo en el capítulo que lleva por título "Psicología del razonamiento", nada nos revelan de verdaderamente "interno", puesto que es la lógica, la lógica de Aristóteles, cuyo método nada tiene de introspectivo, la que nos enseñó la existencia del silogismo. Entonces queda al descubierto que si los psicólogos en cuestión creen haber hecho la psicología del razonamiento, ha sido únicamente por haber *desdoblado* el relato. Y como es absurdo afirmar que el silogismo puede ser "dato inmediato de la consciencia", manifiesto está que, *por lo menos en este caso,* ha llegado la introspección desde el exterior por decirlo así, y que el segundo relato ha sido constituido por el desdoblamiento puro y simple del primero.

Ya sabemos que los psicólogos de que se trata confundían a cada paso la introspección con la fabulación, que calcaban sus realidades psicológicas sobre el lenguaje: ¿no forma parte integrante de la doctrina de Bergson la demostración de todos estos puntos?

Lo que sucede es que se ha creído existe error en cuanto a la *manera* como se han servido de la introspección y que la verdadera introspección es otra cosa, y Bergson es el primero en creerlo así.

Pero eso no pasa de ser *hipótesis,* a la que nos vemos arrastrados debido al carácter ingenuo del realismo psicológico [38] Lo

menos que podemos afirmar es que nada condena la idea de acuerdo con la cual lo que llamamos errores cometidos en el empleo de la introspección no es sino revelación de su verdadera esencia, la cual parece tanto mejor cuanto más simplista son quienes la emplean. Desde luego no sería ésta la primera vez que el verdadero carácter de un procedimiento científico pareciese con claridad precisamente en una teoría codenada ya.

Por otra parte, Bergson ha demostrado que la introspección de sus predecesores no fue sincera, que sus relatos introspectivos se nutrían de la realización de exigencias teóricas. Pero en eso sólo ha visto *error* evitable, y, considerado el carácter de su empresa, eso y nada más pudo ver en ello. Pero en suma, la crítica bergsoniana pudo muy bien significar que el carácter "exógeno" de la introspección ha sido ya demostrado por *cierto género* de "segundo relato", aquel que hace intervenir en su escenario los personajes "estáticos". Lo que verdaderamente hace Bergson es inaugurar un *nuevo género de segundo relato*, una nueva técnica para elaborar los dramas impersonales: trabaja con personajes "dinámicos" y "cualitativos", los temas que *su* formalismo desarrolla y el lenguaje en que se expresa *su* realismo son diferentes; pero en ello existe verdaderamente "ignoratio elenchi" al suponer que esta clase de segundo relato escapa a la crítica que arruina a la primera, pues precisamente la introspección bergsoniana no ha sido nunca sometida a examen análogo al que ha sido sometida la introspección de sus predecesores [39].

Pero lo que más compromete la verosimilitud de la opinión clásica, es *la primacía de la actitud teleológica*. La comprensión e interpretación es lo que figura en primer lugar, viniendo luego la psicología. Ahora bien, la expresión y la comprensión no implican ni experiencia externa *sui generis* por parte de quien expresa, ni proyección de los datos de dicha experiencia en la conciencia de quien es comprendido. Parecida interpretación de la expresión y comprensión implica no sólo realismo, sino también todos los procedimientos de la psicología clásica.

El realismo ha venido a injertarse en la actitud teleológica; además, se ejerce *en general;* la introspección figura en tercer lugar, representando la aplicación a sí mismo del realismo que, en principio se ejerce de antemano con respecto a los demás. Y, aunque se piense actualmente en el hecho históricamente, la noción de introspección aparece relativamente tarde, mientras que

nuestra hipótesis no aparecerá tal vez tan absurda, o al menos nos daremos cuenta de que el problema que se nos plantea no es el de la psicología *por* la introspección, sino la psicología *de* la introspección.

De todos modos, estos desarrollos rebasan los límites del presente estudio [40]. Lo que nos importa manifestar aquí es el contenido de la introspección, la comparación del contenido del "segundo relato" de la psicología clásica con el proporcionado por el psicoanálisis. Ahora bien, fuere cual fuere la última palabra respecto al verdadero mecanismo de la introspección, resulta siempre que está indisolublemente unida a la abstracción y al formalismo. Y eso basta para desacreditarla ante una psicología que quiere ser concreta y fecunda.

III

Por lo contrario, lo que caracteriza el método empleado por los psicoanalistas, es que no comporta el procedimiento realista que hemos intentado describir. El psicoanalista no abandona nunca el plano teleológico de las significaciones, no inventa, pues, una nueva actitud paradójica, como la reflexión. Su objeto es muy distinto: quiere prolongar la actitud de la vida corriente, hasta el momento en que alcanza la psicología concreta; lo que busca no es transformar en "realidades" el plano de la significación, sino profundizarlo para hallar, en el fondo de las *significaciones colectivas convencionales, las significaciones individuales* que no entran ya en la teleología ordinaria de las relaciones sociales, pero que son reveladoras de la psicología individual. El psicoanalista tendrá también un "segundo relato" que oponer al relato puramente significativo. Lo único que sucede será que su segundo relato no resultará de la desarticulación del primero, y no representará más que la profundización. Pero en esto no considerará, en principio, más que la intención significativa, una intención significativa tal que no nos conduce a la región de las interacciones sociales sino a la psicología del individuo concreto. Para ser breve, el segundo relato de la psicología clásica nos conduce a las *reali-*

zaciones, mientras que el del psicoanálisis nos conduce simplemente hacia la *interpretación*.

"Las teorías científicas del sueño no conceden parte alguna al problema de la interpretación, puesta que para ellas el sueño no es acto psíquico, sino fenómeno orgánico revelado solamente por ciertos signos físicos" (88). Para la teoría científica que es abstracta, y para la cual las representaciones poseen existencia en sí mismas, el problema de la interpretación no puede presentarse, pues interpretar no significa sino enlazar el hecho psicológico con la vida concreta del individuo. Al contrario, para Freud, el problema de la interpretación no puede presentarse, puesto que equivale precisamente a una concepción concreta de la psicología.

Debido al hecho que la teoría "científica" considera el sueño abstractamente, para ella todo cuanto es el sueño está contenido en las fórmulas verbales que constituyen el relato del mismo. Consiguientemente, esta teoría no podrá completar más que con un relato, de acuerdo con el punto de vista formal, el relato hecho por el sujeto. No tendrá necesidad alguna de hacer intervenir la hipótesis de un contenido manifiesto y un contenido latente. Freud, por el contrario, considera el sueño como "hecho psicológico, en el pleno sentido de la palabra", como segmento de la vida concreta individual; por eso tiene que admitir que las fórmulas verbales no expresan en el relato lo que expresarían desgajadas del sujeto, sino precisamente algo del sujeto; se verá obligado a remontar más allá de la significación convencional de las fórmulas de que se sirve el sueño, precisamente para volver a encontrar la vida individual concreta. Por lo tanto tendrá que oponer al relato, en términos convencionales, un relato hecho en términos de experiencia individual; al relato superficial, un relato profundo: se verá obligado a hacer intervenir la distinción entre lo que *parece* expresar el sueño y lo que *realmente* significa.

Freud llama al relato convencional contenido manifiesto y contenido latente a la traducción de este relato, en términos de experiencia individual (Cf. cap. II, 88-112).

Es necesario profundizar esta distinción, si se quiere comprender el psicoanálisis en toda su particularidad. Para ello no basta decir que su carácter concreto consiste esencialmente en la adopción del punto de vista de la significación, pues este punto de vista en sí mismo es rico en aplicaciones que pueden progresar,

como en Spranger, en dirección muy diferente a la que quisiéramos señalar aquí [41].

Gusta Freud de repetir que la manera como la psicología clásica acostumbra a caracterizar el sueño, diciendo que es incoherente, fantástico, ilógico, en una palabra desprovisto de sentido, proveniente del hecho de no estar habituada a considerar más que el contenido manifiesto del sueño. Y, en efecto, después de haber lanzado al sueño algunos calificativos poco agradables, la psicología clásica pasa inmediatamente a las comprobaciones formales y funcionales. Lo hace, en efecto, conforme a esos procedimientos abstractos que hemos intentado describir. En la teoría del sueño, sin embargo, las teorías clásicas no hacen totalmente abstracción de la significación, porque por el contrario, es la comprobación de la imposibilidad de dar sentido a una construcción tan loca como el sueño, lo que ha determinado el esquema de las teorías, como la de Binz y Degas.

Ahora bien, en la base de esta actitud hay un postulado "implícito", a saber: que los términos del relato que el sujeto hace de su sueño poseen su contenido ordinario; que cuando, por ejemplo, la palabra *llave* figura en él, su significación coincide con aquellas que indican los diccionarios. Y, de modo general, los hechos psicológicos, aun cuando sean actualmente "psicológicos", no tienen siempre más que su significación convencional, su significación "pública", por decirlo así. Cuando hablo con una señora, y súbitamente me limpio los labios este gesto no lleva en sí otra significación que la del "gesto-en-general-de-limpiarse-los-labios", y todo cuanto podrá hacer la significación psicológica será un relato conforme con el punto de vista del formalismo funcional. Este postulado figura también en la base de todos los juicios sobre los hechos psicológicos que parece han escapado a su significación covencional: El sueño es inconmesurablemente por las categorías de las significaciones convencionales, por lo tanto no tiene sentido. Si he olvidado un nombre que conozco muy bien, la psicología clásica no ve en ello más que un recuerdo fallido, y por lo tanto algo puramente negativo.

Nos hallamos, pues, ante un verdadero postulado general de la psicología clásica *el postulado de la convencionalidad de la significación*. La intervención de este postulado es lo que Freud quiere indicar al decir que la psicología clásica no quiere considerar sino el contenido manifiesto.

Este postulado está íntimamente unido al realismo y a la abstracción. Traza la vía al realismo abriendo la puerta a la abstracción y al formalismo. Traza el camino a la abstracción, porque las significaciones convencionales son las realizadas, dado que el realismo procede por desdoblamiento y lo que se desdobla es la significación convencional. Si digo "puesto que", en esto existe para los psicólogos "sentimiento de relación". Por otra parte, una vez realizada la significación convencional, lo que entrará en juego será la abstracción y el formalismo funcional. La abstracción, porque la realización en una consciencia individual determinada no cambia nada en esta significación misma, y el hecho de encontrarse en *esta* conciencia precisamente ahora, no tiene para la psicología clásica importancia alguna; ya se trate de mí, ya se trate de otro cualquiera, la psicología se entrega a idénticas comprobaciones.

Estas comprobaciones se efectúan en el espíritu del formalismo funcional. Se tratará de alcanzar la significación realizada con su "clase"; se enlazará "puesto que" con la clase de "sentimientos de relación", y se describirá luego las circunstancias generales de la producción y la manera como este sentimiento de relación es "vivido". Ya sabemos que ciertos psicólogos han desplegado gran utilidad en este género de ejercicio.

Así se comprende que la psicología clásica se lance sobre la cualidad y no pueda buscar la individualidad de los hechos psicológicos sino en la irreductibilidad cualitativa del acto en que se viven.[42] De esta manera todo se realiza para ella como si todas las conciencias individuales tuviesen exactamente el mismo contenido en significación, como si cada una de las conciencias individuales no pasase de ser intuición de significaciones, las mismas siempre y para todo el mundo; significaciones que la intuición comprendería solamente, sin cambiar nada en absoluto. Evidente es que en estas condiciones no tenemos más que "contenido manifiesto", es decir, significaciones convencionales, y todo el trabajo efectivo queda reservado al formalismo funcional: de no ser así, ¿cómo explicaríamos el desinterés de los psicólogos por el "sentido" y que se lancen únicamente al estudio abstracto y formal de la significación realizada? El punto de vista del sentido está preñado de consecuencias, y hubiera arrastrado pura y simplemente a la psicología a descubrimientos psicoanalíticos. De todos modos, no se debe a gracia particular que haya obrado

en Freud cuando ha descubierto el psicoanálisis: se trataba "sencillamente" de darse cuenta de que el método clásico de la psicología se quebraba en ciertos casos privilegiados que imponían un punto de vista concreto, y este punto de vista hubiera conducido a todo el mundo a los mismos descubrimientos. No se nos diga que la psicología clásica ha conocido también el punto de vista en cuestión. Nuestras precedentes afirmaciones están perfectamente justificadas. Verdaderamente es cosa muy fácil mostrar, una vez efectuado un descubrimiento, que no ha caído del cielo como un meteoro, sino que estaba anunciado. Pero, ¿por qué se ha esperado el descubrimiento para darse cuenta de los "anuncios"?

Sin embargo, verdad es que una vez efectuada la realización, el punto de vista del sentido interviene en la psicología clásica. Pero si interviene se debe únicamente al mandato de la abstracción y al postulado de la significación convencional.

Mandado o dominado por la abstracción, cuando se trata de preparar los materiales del estudio psicológico. Una vez efectuada la realización, se procede a una primera transformación: de acuerdo con sus significaciones, se reducen los términos del relato a nociones de clase. Cuando acabo de decir: —"¡Cáspita, otro fósforo que no arde!"— *Cáspita* significa "estado afectivo"; *otro,* "sentimiento de relación"; *fósforo,* imagen; *no arde,* "percepción". El todo es un "juicio". En este caso tendríamos que ingeniarnos para saber si ha habido análisis o síntesis; síntesis precedido por análisis o análisis de la síntesis primitiva de la percepción, pero de todos modos la significación habrá desaparecido ya. Sé que la psicología "moderna" no reside ya en eso; sé que he dividido, que he dado demasiada importancia a los elementos sólidos, pero aunque se diga que en ello hay simplemente formación de fórmula verbal de una actitud única e indivisible, o algo parecido, lo real es que la atención abandona el sentido y marcha hacia el estudio formal de las funciones o de las actitudes: *el lenguaje será distinto, pero el procedimiento continúa siendo el mismo.*

La psicología clásica conoce también significaciones individuales, pero se refieren únicamente a la manera como el hecho psicológico es vivido por el individuo, a su "unicismo" cualitativo. Ahora bien: lo "inefable" que debiera representar el "summum" de lo concreto, se desprende del formalismo funcional y no con-

tiene de hecho ninguna determinación propiamente individual: lo concreto que representa no pasa de ser concreto en general.[13]

Pero el verdadero papel que el "sentido" representa en la psicología clásica no aparece más que en el caso en que llevemos más lejos el análisis del postulado de la significación convencional. Acabamos de mostrar el modo como está ligado este postulado a los procedimientos fundamentales de la psicología clásica; pero podemos preguntarnos cuál es el origen de este postulado.

El realismo consiste en el desdoblamiento de la significación convencional, es decir, en su proyección hacia el interior. El problema del sentido queda eliminado de esta manera de una vez para siempre, porque la realidad psicológica pertenece precisamente a la significación convencional, por ser ella la proyectada sobre la pantalla de la vida interior. Pero, por otra parte, ¿por qué es precisamente la significación convencional lo realizado?

Lo que en principio es primitivo, es, como hemos dicho anteriormente, la telcología de las relaciones humanas. Pero el "sentido común" adopta frente a esta telcología el mismo realismo ingenuo que frente a los "datos de la percepción". La diferencia no se desprende del hecho de que la percepción es desdoblada hacia el "exterior", mientras la significación convencional lo es hacia el "interior", pero hay en ello "hipóstasis" en ambos casos, y el realismo ingenuo de la metafísica corresponde al realismo ingenuo de la psicología.

Visible es que la esencia de ese realismo está constituida por el "antropomorfismo social", puesto que el valor colectivo del lenguaje y de los actos es lo realizado como hecho espiritual. Y este realismo es ingenuo, porque precisamente el paso del punto de vista de la finalidad social a la realidad actual se efectúa sin justificación alguna, y con cierta espontaneidad. Desde luego, de hecho no hay "paso": lo que expresa este realismo es "los celos de la Sociedad": el individuo no pasa de ser cumplimiento de las exigencias sociales; en otros términos, la categoría de "Realidad" no se abre al principio, naturalmente, sino al aspecto social de las cosas.

La psicología clásica, con el empleo del postulado de la significación convencional, no hace sino prolongar la actitud de ese realismo ingenuo. Hubiera podido suceder que esta actitud conviniese a la ciencia. Pero, de hecho, no sucede así y todas las ciencias se han desprendido de ella: únicamente la psicología

ha sido la que la ha conservado. Desde luego se libra muy difícilmente de las exigencias sociales, y el postulado en cuestión no es el único ejemplo de la transformación en realidades de estas exigencias. Si Freud ha conseguido, tras grandes esfuerzos, hacer admitir la sexualidad infantil, ha sido precisamente porque los médicos y psicólogos no han querido ver en el niño más que lo que *debe ser,* de acuerdo con ciertas representaciones colectivas muy conocidas.

De todos modos, la conservación de una actitud condenada por todos los sabios, demuestra claramente que el ingenio de los psicólogos no está todavía lo suficientemente "estilizado" para el trabajo verdaderamente científico: Decía Malebranche: "Nuestra razón será tal vez cristiana, pero nuestro corazón es pagano". Lo mismo sucede en cuanto a los psicólogos: nos hablan de la ciencia, la copian, pero *no la aman.*

IV

El postulado de la convencionalidad de la significación no tiene, desde luego, la menor relación con la experiencia. Las diferentes "dialécticas" [11] que una palabra puede llevar en sí nos son dadas por el lenguaje, por una parte, por el estado de las ciencias, por la otra; pueden catalogarse en cualquier época. Es evidente que para constituir este catálogo no es necesario ningún estudio propiamente psicológico, puesto que los documentos objetivos nos lo dan todo en el más simple sentido de la palabra. Pero, con el postulado de la convencionalidad de la significación, la psicología supone precisamente que esas dialécticas, cuya lista podemos establecer sin consulta alguna de datos realmente subjetivos, son las únicas existentes. Por lo tanto, hablamos con razón del "postulado", puesto que la creencia de que tratamos no ha podido ser sugerida por la experiencia, considerando que, a causa de la abstracción, no ha sido posible ni explanar la cuestión. Consiguientemente, la idea de que pudiese haber una dialéctica puramente individual a la que los actos individuales tomasen de prestado una significación, es totalmente extraña a la psicología clásica: no concibe que la palabra prendida en la

red de significaciones de un contexto individual pueda adquirir función significativa original, de la misma manera que prendida en una red de significaciones convencionales, adquieran significación convencional.

Desde luego, las significaciones convencionales no están todas situadas en un mismo plano, sino que, por el contrario, constituyen capas superpuestas que van desde las significaciones puramente convencionales hasta las que lo son cada vez menos y suponen gradualmente mayor experiencia individual. Para cada término podríamos muy bien constituir lo que denominaríamos la "pirámide de los sentidos", o sea una pirámide invertida, cuya base estuviera representada por el sentido que tiene el término para todo el mundo y la cúspide por el que no puede tener sino gracias a la experiencia de un solo individuo. Entre la cúspide y la base situaríamos los sentidos que, sin estar determinador por la experiencia de un solo individuo, no pertenecen a todo el mundo. Por ejemplo: "Sombrero", significa "cubre-cabezas" para todo el mundo; "regalo", solamente para algunos, y "partes sexuales del marido", exclusivamente para la señora, cuyo sueño ha analizado Freud en la Traumdeutung.[45]

En la vida práctica nos vemos forzados a interpretar, pues sin ello la recíproca adaptación que suponen las relaciones humanas nos es imposible. Todas las significaciones, excepto la propiamente individual, nos son proporcionadas por la experiencia colectiva. Sabemos que el sombrero es un cubre-cabezas y que se le puede regalar a alguien: que en eso hay inducciones que nos proporcionan los materiales de nuestras interpretaciones cotidianas. Pero estas interpretaciones no rebasan las significaciones convencionales más que en casos excepcionales, porque reposan en inducciones espontáneas que no nos revelan sino lo que puede reproducirse de manera manifiesta en la vida social. La "psicología científica" misma no llega más lejos. Se detiene en las inducciones espontáneas que nos proporcionan las significaciones convencionales y no busca nada más: por eso es tan superficial. El psicoanálisis, por el contrario, no se contenta con eso: la significación individual es precisamente lo que busca su interpretación. Por más que su método parezca fantástico y arbitrario en realidad, no hace más que prolongar las interpretaciones que practicamos todos los días, pero en vez de encerrarse en los límites trazados por la teleología de las relaciones humanas y de las

inducciones espontáneas que no pueden proporcionar sino materiales para hallar la significación *convencional*, el psicoanalista organiza una inquisición, con el fin de obtener los necesarios materiales para la constitución de la significación *individual*. El método psicoanalítico no es sino la técnica que permite profundizar las significaciones de acuerdo con las exigencias de la psicología concreta, y los diferentes procedimientos que la constituyen deben explicarse desde este punto de vista.

V

Puesto que lo que nos interesa es la significación individual de los términos del relato, precisa abordar el sueño como texto que hay que descifrar. En efecto, la estructura de la significación íntima está en la medida en que es significación, exactamente la misma que la de la significación convencional, y cuando queremos hallar la primera de ellas no tenemos más que proceder distintamente que cuando tratamos de establecer una significación cualquiera. Por lo tanto, precisamos de elementos y puntos de referencia; para ser breves, necesitamos un contexto. Por otra parte, si hay significaciones íntimas se debe a que el individuo posee una *experiencia secreta,* por decirlo así. Precisa que podamos penetrar en esta experiencia secreta, y evidentemente, no penetramos más que en la medida en que el sujeto nos proporciona los materiales que la constituyen. De aquí la necesidad del procedimiento fundamental del método de Freud: las asociaciones libres.

Este término "asociación" puede crear confusión, mejor dicho, ilusión. La ilusión existe en Freud, y este hecho ha sido explotado por aquellos que, penetrados de "movilismo moderno", se sobresaltan ante la mera vista de la palabra "asociación". De hecho, no hay poca mezquindad en esta manera de eternizarse sobre la superioridad del "fluido" sobre el "sólido", y sería verdaderamente prudente atajar ahora problemas más importantes, tanto más cuanto en eso no hay sino dos versiones de la misma mitología.

De todos modos, en las "asociaciones libres" no hay ni asociaciones ni libertad.

La psicología ha adquirido la costumbre de hablar de asociaciones cuando no existe intención significativa consciente confesada y cuando el sujeto no se inspira expresamente en dialéctica alguna. Si me encuentro escribiendo, tengo conciencia de una intención significativa y hasta cierto punto me veo llevado por una dialéctica que es la de mis ideas sobre la cuestión que estoy tratando. Pero supongamos que me detengo súbitamente y renuncio a mi intención significativa y a mi dialéctica al mismo tiempo. Mi "conciencia" no quedará vacía por eso, pues se sucederán ideas, hasta tal vez posea gran cantidad de ellas, pero nada más tendré "que decir", y mis ideas no estarán ya organizadas por una de las leyes que procuran habitualmente a nuestros pensamientos su "estructura", y no poseeré ninguna intención significativa, y la fluencia de mis pensamientos no estará de acuerdo con ninguna de las dialécticas "clásicas", es decir, convencionales. Entonces se dirá que poseo *asociaciones,* imaginando que las ideas se suceden conformemente a ciertas afinidades, puramente mecánicas, desde luego. En este ejemplo es clarísimo que si se habla de asociación es porque no se ha podido reconocer ninguna de las dialécticas clásicas, y por lo tanto, en virtud del postulado del convencionalismo de la significación. La idea que, si ignorando la dialéctica convencional, lo que acostumbramos a considerar como fluencia racional, nos parecería del mismo modo "polvo mental" (por ejemplo, cuando los ignorantes califican de "algarabía" los escritos de los filósofos difíciles), y que, en consecuencia, si hablamos de asociación y polvo mental, tal vez sea por ignorar cuál es la dialéctica que obra cuando hemos renunciado a toda dialéctica intencional, esa idea extraña a la psicología clásica.

Pero la "experiencia de asociación" resulta que las "series asociativas" no van nunca a la deriva, sino que el sujeto gira siempre alrededor de ciertos temas íntimos.

Freud dice (523, cf. 521, párrafo 3 a 524 párrafo 2): "...es completamente inexacto pretender que dejamos ir a la deriva nuestras representaciones cuando, durante el trabajo de interpretación, meditamos y dejamos que aparezcan en nosotros imágenes involuntarias. Entonces puede demostrarse que no renunciamos más que a las representaciones de objeto que conocemos, y que una vez abandonadas éstas, manifiestan su fuerza y determinan el curso de las imágenes involuntarias otras, desconocidas, o se-

gún expresión menos precisa, inconcientes. Nuestra influencia personal sobre nuestra vida psíquica no permite imaginar un pensamiento desprovisto de objeto, e ignoro el estado de conmoción psíquica que pudiere permitirlo."

Visible es que Freud va a optar por la hipótesis contraria a la de la psicología clásica: supone precisamente que cuando hemos renunciado a toda intención significativa y a toda dialéctica convencional, nuestro pensamiento continuará rigiéndose por una diáletica y traduciendo una intención significativa, pero esta dialéctica y esta intención son originales, no son ya convencionales, sino íntimas. El pensamiento continúa siendo significación aun cuando, convencionalmente, no quiere tener ninguna. Posee, pues, estructura, cuando parece haber renunciado a toda estructura, y, por eso mismo, es tan rico en enseñanzas como cuando funciona de acuerdo con las dialécticas convencionales.

Por lo tanto, no hay necesidad de hablar de asociación, y hasta es ilógico hablar de ello. Y no obstante, Freud lo hace así siguiendo los pasos de los psicólogos; ya conocemos el procedimiento que produce su ilusión. Se toman los términos del relato y se proyecta el contenido en la "vida interior" para realizarlo y formar la idea con él. Luego se invierte el orden de los acontecimientos, imaginando que los hechos han seguido un camino inverso al del análisis: la palabra expresa la idea, y si las palabras se han encadenado, es porque las ideas, cuyos vehículos son, se habían "asociado" anticipadamente. En cuanto a Freud, habla de asociación ante todo en virtud de este procedimiento, y por otra parte, porque de acuerdo con las exigencias de la psicología clásica, quisiere traducir, como el texto que hemos citado lo demuestra muy claramente, el lenguaje asociacionista la suposición, o más bien el hecho fundamental sobre el que apoya su método.

Ahora bien, siguiendo el procedimiento asociacionista, Freud abandona la inspiración de su método propio. No puede interesarse más que por las significaciones de las fórmulas verbales que constituyen el relato. No debe salirse del plano teleológico para caer en el realismo; tiene que limitarse a la interpretación ordinaria del lenguaje, y no rebasar el sentido para penetrar en la vida interior.

Cuando el psicoanalista ruega al sujeto diga cuanto pasa por su mente, sin crítica ni reticencia, no le pide más que abandone

todo aparato convencional, se despoje de toda técnica y arte, para dejarse inspirar solamente por su dialéctica secreta.

En cuanto concierne al sueño, como representa precisamente la creación de dicha dialéctica personal, constituía misterio para la psicología clásica que quería abordarlo con el postulado de la convencionalidad de la significación. El análisis del sueño representando, como hemos dicho, creación de dialéctica personal, no puede utilizar más que estados que obedezcan a un origen parecido, es decir, en los que nuevamente encontremos la dialéctica personal. El relato que tenga su punto de partida en los acontecimientos del sueño debe manifestarnos precisamente la manera como dichos estados se articulan en la experiencia secreta del individuo.

De esta comparación entre la introspección y el método psicoanalítico se desprende una enseñanza esencial.

Disponemos de dos maneras de utilizar el "relato" del sujeto. Podemos desarticularlo por la abstracción y el formalismo para proyectarlo de una manera u otra en la vida interior. Esta es la actitud de la psicología clásica.

También podemos utilizar los datos psicológicos simplemente como contexto de un sentido que estamos buscando: en esto hallamos la actitud del psicoanálisis.

De lo dicho se desprende una consecuencia muy importante para la actitud del mismo psicoanalista: que las hipótesis de estructura le están prohibidas. Considerando el carácter verdadero de su actitud, no tiene derecho a buscar mecanismos, pues fuere cual fuere en este momento lo paradójico de esta afirmación, el psicoanálisis nos orienta hacia una psicología sin vida interior. Más adelante veremos, como hemos podido observar con respecto a la representación que Freud hace del mecanismo del relato, que no se ha dado cuenta de esta consecuencia de su actitud.

ARMAZON TEORICO DEL PSICOANALISIS Y SUPERVIVENCIA DE LA ABSTRACCION

Examinando la manera como el psicoanalista aborda los hechos y el espíritu con que concibe su estudio en los primeros capítulos de la Traumdeutung, hemos descubierto entre la actitud de Freud y la de los psicólogos clásicos un antagonismo radical que opone tanto a una como a otra dos formas irreductibles de la psicología: la psicología concreta y la psicología abstracta, pues la manera como se plantea el problema del sueño implica definición del hecho psicológico que desplaza el interés de las entidades espirituales llevándolo hacia la vida dramática del individuo, y el método tal cual lo concibe Freud se aleja de la investigación de la realidad interior para no preocuparse sino del análisis del "drama".

Gracias a esta actitud concreta se ve conducido Freud a establecer cierto número de descubrimientos sorprendentes, tanto más cuando consideramos son inaccesibles a la psicología clásica: estos descubrimientos reclaman imperiosa explicación por nuestra parte.

Lo natural sería esperar y hallar en Freud explicaciones adaptadas a dicha psicología concreta cuyo fundador parece ser, hallar en sus explicaciones la actitud concreta que ha presidido dichos descubrimientos. Esta esperanza es desde luego más legítima, puesto que no vemos el modo como las nociones de la psicología abstracta pudieren convenir a hechos cuyo solo des-

cubrimiento supone ya negación del espíritu con que esas nociones han sido elaboradas.

Ahora bien, las especulaciones psicoanalíticas decepcionan nuestra esperanza. En efecto, todo sucede como si Freud quisiese con sus explicaciones recorrer en sentido inverso el camino que la inspiración concreta del psicoanálisis le hace emprender y seguir, y quiere, hasta cierto punto, le perdonemos sus descubrimientos concretos dándonos una explicación del gusto de la psicología clásica. El antagonismo fundamental entre las dos formas de la psicología se halla de nuevo en el del psicoanálisis mismo, que aparece como rasgada entre la psicología antigua y nueva.

Fácilmente se concibe que buscando la enseñanza psicológica que comporta el psicoanálisis es cosa esencial insistir sobre este punto. En efecto, no basta comprobar la presencia en el psicoanálisis de una inspiración concreta; precisa además manifestar hasta dónde llega, cómo y por qué cesa su influencia cuando abordamos las explicaciones. Todo eso es necesario, no solo para demostrar que la verdadera crítica del psicoanálisis consiste en juzgarlo en nombre de la psicología concreta que inaugura y no a través de tal o cual tendencia de moda actualmente en la psicología oficial, sino también porque este agudo conflicto entre la actitud concreta y la abstracta en el interior del psicoanálisis nos permitirá precisar e impulsar llevando más lejos las afirmaciones de los capítulos precedentes.

I

El sueño es el cumplimiento de un deseo. La fórmula es general todavía y Freud no se detiene en este enunciado. No nos dejará creer que se trata de un deseo cualquiera; al contrario, va a intentar la demostración de que la mayor parte de los deseos que se cumplen en el sueño tienen algo de común: son los deseos infantiles. "... *en el sueño* experimentamos la sorpresa de hallar *al niño que sobrevive con sus impulsos*" (176).

Por esta vez parece que Freud no deja indeterminado el término deseo, si precisamente le atribuye la determinación que acabamos de observar; parece, digo, que el "fermento dialéctico" no

esté simplemente en las exigencias de la psicología concreta, puesto que su primera fórmula satisface en cuanto a este aspecto, sino en las necesidades "inductivas". El deseo que el relato permite reconstituir está ligado a un recuerdo infantil, o a un impulso infantil: esto parece resultar pura y simplemente del análisis. No se trata ya de cuestión de principio, sino de cuestión de hecho.

Por eso, cuando nos dice Freud: "Esperimentamos la sorpresa de hallar", no da lugar a pensar que se trata de una simple manera de hablar, sino que, por el contrario, hay que creerle perfectamente sincero.

En concreto, la cuestión se presenta de la siguiente manera: la distinción del contenido manifiesto y la del latente permitirá a Freud examinar las particularidades de la memoria del sueño, particularidades "observadas con frecuencia, pero que no se han explicado aún" (151). Estas particularidades son: 1º, la preferente; 2º, la frecuente intervención en el sueño de recuerdos infantiles de que no disponemos durante el estado de vigilia. (Cf. 151-152).

Ahora bien, la intervención de lo reciente, es decir, la presencia en el sueño de acontecimientos de la vigilia, en apariencia indiferentes, es hecho que hay que explicar, que no es, como muchos creen, la explicación misma del sueño. En efecto, explicar el sueño por la fuerza de persistencia de recuerdos recientes, no nos aporta la razón del escenario preciso que se realiza en el sueño, y nada nos enseña sobre la vida individual del sujeto cuyo sueño queremos explicar. La particularidad en cuestión la explicará Freud por medio del *desplazamiento*.

El contenido manifiesto representa el contenido latente, y "el proceso psicológico gracias al cual un incidente insignificante llega a sustituir hechos importantes, puede parecer singular y rebatible. En capítulo ulterior explicaremos las particularidades de esta operación incorrecta en apariencia. Por ahora nos basta examinar los resultados, que nos ha obligado a admitir las innumerables experiencias de análisis de sueños. Al considerar dichos procesos parece que todo acontece como si hubiese *un desplazamiento* del acento psíquico... La carga psíquica pasa de las representaciones cuyo potencial inicial es elevado, a otras cuyas tensiones son débiles. Estas pueden franquear de este modo el umbral de la conciencia" (163). Pero el desplazamiento no pasa de ser instrumento en la trasposición del sueño. "El hecho de

que nuestro sueño, suscitado de este modo por acontecimientos importantes, sea tejido de impresiones diarias indiferentes, se explica también por la trasposición" (161). Lo mismo sucede en cuanto a la condensación que define Freud un poco más adelante (165).

Pero como hemos dicho ya, nos hallamos ya en el dominio de la inducción. Hemos trabado conocimiento con el esquema general de la teoría, y se trata únicamente de matizarla y articularla ante las necesidades empíricas. La observación hecha respecto al capítulo V se aplica también a todos los capítulos, hasta la "Psicología de los procesos del sueño". De ahora en adelante se trata de explicar todos los hechos de acuerdo con las concepciones que nos dan a conocer los cuatro primeros capítulos, modelando convenientemente las ideas sobre los hechos.

Ahora bien, si la manera como Freud va a articular su pensamiento es dictado por las necesidades "inductivas", estas últimas no pueden sino procurar el motivo siempre, *pero no explican la forma precisa de las nociones que Freud hace intervenir;* al contrario, se explican por el concepto que tiene de las relaciones del contenido manifiesto y del latente y la forma de existencia psicológica que conviene al último de ellos: a partir de este momento fatal son las ideas que constituirán la clave de la bóveda, la piedra angular de la Traumdeutung. Si no podemos comprender los cuatro primeros capítulos sin el reconocimiento de las exigencias de la psicología concreta, la continuación de la Traumdeutung no se comprende sino a través de las ideas que Freud exterioriza sobre el contenido latente y la manera como hay que interpretar su existencia. Por eso debemos insistir sobre este último punto. Veremos que Freud no ha podido librarse de estos procedimientos constitutivos de la psicología clásica; pero como dichos procedimientos están en manifiesta oposición con la inspiración concreta del psicoanálisis, dicha oposición permite precisamente reconocerlos y dar un rodeo. El psicoanálisis nos aportará enseñanzas para nosotros: con ello aprenderemos a reconocer la esencia abstracta de ciertas nociones que aparecen a primera vista como desprendidas esencialmente de la experiencia misma.

Hace observar Freud que no es cosa necesaria que el análisis sea integralmente reconstitución.

"Lo que hay que tener presente", dice, "en cuanto a las obje-

ciones que se nos han hecho, es que no precisa atribuir a la elaboración nocturna todas las ideas que surgen durante el curso del trabajo de interpretación. En este momento recorremos el camino que conduce desde los elementos del sueño hasta los pensamientos del mismo. El trabajo del sueño lo ha recorrido en sentido inverso y no es del todo verosímil que el camino pueda seguirse en ambos sentidos. Más bien parece que, durante el día, practiquemos por medio de nuevas asociaciones, especies de senderos que alcanzan a los pensamientos intermediarios del sueño, ya en un punto ya en otro" (526).

En efecto, algo del "material asociativo" se ha pensado, sin embargo, pero, ¿qué?, ¿de qué manera? Ese es el problema.

Freud contesta: el acto consistente en pensar el contenido latente es acto psicológico; pero ese acto psicológico no tiene conciencia.[16] La distinción entre el contenido latente y el manifiesto nos conduce a la hipótesis de lo inconciente.

He aquí, poco más o menos, el esquema de la respuesta freudiana: Las "asociaciones libres" o *relato* nos proporcionan un material notable en dos aspectos. Este material es ante todo, *desproporcionado* con respecto al contenido manifiesto; por otra parte, es *revelador:* permite hacer saber al sujeto cosas que ignora y, no obstante, pertenecientes a su vida íntima. Como el sujeto es quien nos da el contenido latente, rico en detalle e inesperado en su significación, precisa devolvérselo, por decirlo así. Freud invierte entonces el orden temporal: del relato resultante del análisis, hace el pensamiento del sueño, consibiendo luego dicho pensamiento como anterior al contenido manifiesto, anteirer al sueño mismo. Precisamente, como los pensamientos del sueño no pertenecen a los *pensamientos disponibles* del sujeto, no tienen análoga existencia a la manera de ser de los pensamientos *disponibles,* sino diferente: la forma de su existencia es ,pues, inconsciente. Así aparece en el Traumdeutung la noción teórica fundamental del psicoanálisis, la noción de lo inconciente.

"Lo que es sofocado persiste y subsiste en el hombre normal, siendo capaz de rendimiento psíquico" (596), y el sueño es manifestación de ello, lo es siempre teóricamente en la inmensa mayoría de los casos" (Ibid.). De modo general, *Flectere si nequeo superos, acheronía movebo. La interpretación es la vida real*

conduciente al conocimiento de lo inconciente en la vida psíquica" (Ibid.).[47]

Esta concepción realista es la que figura en la base de todas las especulaciones de Freud. Ella es la que precisa, ante todo, la introducción de la noción de transposición. En efecto, si el contenido latente representa una realidad psicológica anterior al contenido manifiesto, anterior de derecho y de hecho, únicamente podrá explicar la divergencia existente entre ambos contenidos un trabajo de transposición. Pero una vez admitida dicha transposición para explicar dicha divergencia o desviación, nos será necesario profundizar la cuestión explicando la marcha precisa de esa divergencia. Pero tenemos un hecho primero, y es que la desviación se aplica de antemano al valor psíquico de los elementos. Un elemento cuya significación convencional sea muy pequeña, puede representar en el sueño una significación psicológica de muy grande intensidad. Es un hecho, y ya hemos visto que Freud introduce la noción del desplazamiento. Por otra parte, la divergencia es también cuantitativa, al par que cualitativa: el material asociativo es extremadamente considerable, mientras que el relato del contenido manifiesto es muy exiguo. Esto significa que el sueño "condensa". Pero el sueño condensa también en otro sentido: "En la elaboración del sueño existe una especie de constreñimiento que une los motivos en un todo... Este constreñimiento se presenta como una de las partes de otro proceso primario de condensación" (165). En general, no tendremos más que erigir en principio los diferentes aspectos de esta divergencia para llegar a nociones nuevas, y esto es lo que hace Freud.

Pero la distinción del contenido manifiesto y ed latente, y la manera como Freud la concibe, necesita todavía especulaciones en otra dirección: la causa de la transposición. Se trata de saber cuál es la causa del "disfraz en el sueño". "¿A qué es debido que los sueños indiferentes, que en su análisis se revelaron como sueños de deseo no expresaban dichos deseos claramente? El sueño de la inyección dada a Irma, que hemos expuesto extensamente, nada contenía de penoso, en su análisis aparecía como realización muy clara de un deseo. Pero, ¿para qué requería análisis? ¿Por qué no descubrió el sueño su sentido inmediatamente? De hecho, el sueño de la inyección dada a Irma no producía a primera vista la impresión de satisfacer un deseo del soñador. El lector se habrá dado cuenta de ellos: en cuanto a mí, no lo supe antes

de efectuar su análisis. Si a este hecho damos el nombre de transposición en el sueño, surge una segunda pregunta, que es: ¿de dónde proviene esta transposición? (126).

A decir verdad, el surgimiento de esta pregunta no nos orienta necesariamente hacia la psicología concreta, puesto que, como hace observar Freud, nos es igualmente posible dar una contestación abstracta: "A primera vista, dice, pudiera imaginarse respuestas diversas, por ejemplo: que durante el sueño sería imposible encontrar la expresión correspondiente a las ideas del sueño" (126). Lo que explicaría entonces el escenario del sueño sería esa impotencia, siendo el sueño una especie de balbuceo. Freud apela a la experiencia contra esta teoría diciendo: "El análisis de ciertos sueños nos obliga a dar otra explicación de esta transposición". El "sueño del tío" va a demostrarnos, en efecto, que la transposición quiere disfrazar los pensamientos penosos.

En efecto, si Freud combate la teoría que nos señala, no se debe exclusivamente a razones "experimentales". El mismo hecho de pedir a los hechos otra explicación, sin detenerse en la toría indicada, demuestra claramente que se da cuenta de la abstracción de dicha teoría. Si la adoptásemos, el sueño quedaría convertido de nuevo en algo general y la explicación no podría precisamente alcanzar al sueño de que se trata ni al individuo particular cuyo sueño es. La manera como Freud contesta a la pregunta permite aproximarnos a las exigencias de la psicología concreta, aunque no las satisface.

Por otra parte, la teoría que Rechaza Freud es *estéril:* inmediatamente refrena la inquisición. Una vez que hayamos afirmado que el sueño es un balbuceo, no podremos ya, a propósito de cada uno de los elementos del sueño, sino repetir esta afirmación general y sorprendernos ante las variedades y caprichos de ese balbuceo. El modo como Freud responde a la pregunta necesita nuevas maniobras de interpretación y le obligará a elaborar hipótesis respecto de la estructura del "aparato psíquico".. Por eso puede decirnos: "Experimentamos la sensación de que la interpretación de los sueños pudiera darnos sobre la estructura del espíritu nociones que hasta hoy día hemos estado esperando en vano de la filosofía" (134).

Freud va, por lo tano, a emprender trabajos nocionales parale-

los a las maniobras "inductivas" que hemos señalado, para volverlas a tomar luego de modo sistemático en la "Psicolgía de los procesos del sueño".

II

Pero a partir de la articulación de la contestación con el problema de la transposición, tendremos que observar en Freud cierto retorno a la psicología abstracta.

"... la transposición es querida, es procedimiento de disimulación" (131). Hay un conjunto de pensamientos que quiere expresarse en el sueño, pero en lugar de aparecer tal cual es, está disfrazado. Al mismo tiempo se comprueba que el pensamiento del sueño es penoso para el sujeto, que éste tiene tendencia a a ocultarse a la responsabilidad que le incumbe por el hecho mismo de haber soñado. Esta última comprobación es la que permitirá a Freud explicar la transposición.

Puesto que el contenido latente es real, y como, por otra parte, lo consciente no es ya más que el contenido latente disfrazado, es necesario admitir que la forma de existencia del contenido latente es "inconciente", y que la conciencia no se concede a las representaciones más que en cirtas condiciones. Para fijar las ideas, introducirá Freud un registro tomado de la vida política: una antigua *censura* a la entrada de la conciencia. Freud comprende muy bien la dialéctica de su actitud: el contenido latente al ser psicológicamente real sin ser conciente, no solamente nos imposibilitará para definir los hechos psicológicos por la conciencia, sino que, dado el hecho de la censura, la conciencia no comprenderá el hecho psicológico sino de manera deformada y la asimilación de la conciencia a un órgano de sentido sería *posible* con todas las consecuencias de parecida asimilación. "El hecho de hacerse consciente —dice Freud— es acto psíquico particular para mí, acto distinto e independiente de la aparición de un pensamiento y una representación. La conciencia se me aparece como un órgano de sentido que percibe el contenido de otro dominio" (133). Afirma Freud más adelante con gran claridad la relatividad de la percepción por la conciencia. "Lo in-

consciente es lo psíquico mismo y su realidad esencial. *Su naturaleza nos es tan desconocida como la realidad del mundo exterior, y la conciencia nos informa sobre él de manera tan incompleta como los órganos del sentido sobre el mundo exterior*" (600). En una palabra, la conciencia posee una especie de energía específica. Esta energía específica no es sino la censura.

Cuando se habla de la relatividad del conocimiento sensible, queremos subrayar dos cosas: ante todo el hecho de que, visto el número y elección de los órganos sensoriales, nuestro conocimiento del mundo exterior es esencialmente selectivo, y por lo mismo incompleto; por otro lado, considerada la "energía específica" de los nervios la sensación hace sufrir a los datos de la experiencia una deformación cualitativa.[48]

Es de primordial importancia hacer observar que, por su punto de partida, la afirmación de la relatividad de la percepción por la conciencia tiene, en Freud, orientación muy particular. Hay filósofos que afirman la relatividad de la experiencia interna: las ideas de Kant sobre la cuestión son muy conocidas de todos. Pero con Kant nos hallamos en la teoría del conocimiento. Ahora bien, la causa de la relatividad, en Freud, posee ante todo algo de moral y hasta sociológico. Si tomamos el pensamiento de Freud sobre esta cuestión en su punto de partida, observaremos que *conciencia significa responsabilidad*. El sujeto se siente responsable del contenido de su conciencia: todo hecho psicológico consciente es un acto cuya responsabilidad debe aceptar el sujeto. Esto nos explica la censura y reflujo, esa es ante todo la causa de la relatividad de la conciencia.

En efecto, hay pensamientos que son penosos para el sujeto: los repudia, los rechaza, es decir, no quiere tener conciencia de ellos. Ahora bien, el acto de pensar no es lo doloroso en sí mismo; un pensamiento repudiado no es penoso en la simple ejecución misma del acto consistente en producirlo, puesto que el pensamiento repudiado puede ser siempre pensamiento en sí mismo, con la condición de que el sujeto no esté obligado a identificarse con él, y solamente es doloroso cuando el sujeto se ve obligado a aplicárselo, si aparece como expresión de un modo de ser que implica indignidad para él, decadencia, puesto que contraría el "ideal del *yo*".

Es indiscutible que en eso hallamos el germen de una concepción concreta de la represión o reflujo y de todas las actitudes

que implica, o, al menos, quedamos en el plano en que puede tener el rechazo sentido *concreto*. Al expresarse de la manera como acabamos de hacerlo nuestras afirmaciones, fuere cual fuere su imprecisión, son relativas a los actos de un sujeto particular y nos hallamos en presencia, no de simples respresentaciones, sino de las mismas formas con que el sujeto quisiera identificarse ante un conflicto, no entre las representaciones, sino entre las maneras de ser, entre las cuales las hay reales, pero condenadas; otras deseables, pero irrealizables. La "conciencia", tal como la consideramos ahora, es cosa muy distinta a la forma de la experiencia; es esencialmente un acto de reconocimiento, responsabilidad, hasta identificación; para ser breves, este aspecto de las acciones individuales por el que las unimos al "yo", se manifiesta, y su reconocimiento se transforma en efectivo.

Si Freud hubiese orientado sus desarrollos en esta dirección, se hubiera dado cuenta de que *toda esa "dinámica" de las representaciones que suponen censura, rechazo y resistencia, se relaciona con el conocimiento mismo que puede tener el sujeto de sus propios comportamientos*, y de este modo la limitación de la conciencia no hubiese significado sino negación de la omnisciencia del sujeto ante sí mismo, negación que implica ya el método psicoanalítico.[49] En estas condiciones, Freud no hubiese tenido necesidad de concebir un mundo de entidades psíquicas inconcientes por una parte, y hacer de la conciencia órgano de percepción, por la otra.

Pero Freud no se ha detenido en estas posibilidades concretas, y aplica inmediatamente a la conciencia el esquema clásico de la relatividad de la percepción. Veremos que en el momento en que estudia el problema sistemáticamente, no hallaremos ya más que el desarrollo abstracto de dicho esquema.[50]

A esto hay que añadir que Freud se expresa en términos de "representaciones", de "estados afectivos", etc..., y este lenguaje le arrastra por completo hasta el campo de influencia de la psicología clásica.

Esto puede observarse particularmente en la "Psicología de los procesos del sueño". El análisis de este capítulo, en el que veremos a Freud como rasgado y compartido, fluctuando entre la psicología abstracta y la concreta, será para nosotros altamente instructivo.

III

Debemos comenzar por la Sección II (527-543). La Sección I, en la que Freud estudia el olvido de los sueños (509-527), tiene gran interés técnico, pero nosotros únicamente tendríamos que repetir lo dicho sobre el carácter concreto de la inspiración del psicoanálisis, denunciando, como hemos hecho anteriormente, su ilusión respecto al mecanismo del relato. En la Sección II, penetramos en el corazón mismo de la especulación freudiana. En ella se explana el problema con toda la necesaria claridad.

"Reunamos los principales resultados obtenidos hasta el presente. El sueño es un acto psíquico completo; su causa es el cumplimiento de un deseo; el desconocimiento de este hecho, las excentricidades del sueño y sus múltiples absurdos provienen de la censura que ha sufrido durante su formación: la obligación de condensar el material psíquico, la necesidad de representarlo por medio de imágenes sensoriales, y aunque irregularmente, la preocupación de dar a este conjunto aspecto racional e inteligible. Cada uno de estos principios conduce a postulados y conjeturas de carácter psicológico; es necesario examinar cuáles son las relaciones del deseo y estas cuatro condiciones del sueño, así como las relaciones existentes entre ellas; precisa eslabonar el sueño en el encadenamiento de la vida psíquica." Ese es el plan y el problema correspondientes a este capítulo.

Comienza Freud por el análisis de la particularidad del sueño consistente en dramatizar el pensamiento. En el sueño se objetiva un "pensamiento, con la mayor frecuencia un deseo, se pone en escena, se vive" (528). "¿Cómo explicaremos esta particularidad de la elaboración del sueño, o la comprenderemos al menos en el encadenamiento de los procesos psíquicos?" (Ibid.).

Antes de responder a esta pregunta, y precisamente para contestarla, Freud expresa el hecho empleando el lenguaje de la psicología clásica. "Si hacemos que nuestro análisis lo asedie cada vez más observaremos y reconoceremos en las manifestaciones del sueño dos caracteres independientes casi uno del otro. Uno de ellos es la figuración como actual que no deja lugar a duda alguna; el otro la transformación del pensamiento en imágenes

visuales y discursos" *(Ibid.)*. El segundo carácter, que solamente aparece en los sueños, significa para Freud que "... el contenido representativo no es pensado, sino transformado en imágenes sensibles" (528). Por lo tanto, la explicación de la dramatización en sueño consistirá en describir el mecanismo de dicha transformación. Podemos prever con bastante facilidad el tenor general de esa explicación. En vista de la manera como Freud formula el hecho, es evidente que se trata del esquema de la tradición sensualista. De aquí se desprende que lo presente en el espíritu de Freud sea ese esquema que se extiende desde la sensación hasta el pensamiento. Por otra parte, observamos la concepción realista del contenido latente que nos muestra el mecanismo del sueño que se extiende desde el pensamiento del sueño hasta las imágenes del contenido manifiesto. Por eso es natural que aparezca el sueño a Freud como *regresión*. No queda ya más que articular la concepción del aparato psíquico de manera que haga posibles la "progresión" y la "regresión". Para esto necesita Freud una representación *tópica*, luego no queda por hacer más que reservas sobre el grado de realidad conveniente a parecida representación.

"El gran G.-Th. Fechner, en su Psicofísica, después de algunas consideraciones, emite la siguiente hipótesis: *que la escena en que el sueño se mueve puede ser muy diferente a la de las representaciones de la vigilia*... La idea que se nos ofrece de este modo es la de un *lugar psíquico*" (530).

"Representemos el aparato psíquico como un instrumento cuyas partes componentes denominaremos instancias, o, para mayor claridad, sistemas. Imaginemos luego... se establezca una constante sucesión, gracias al hecho de que los sistemas son recorridos por la excitación en cierto orden temporal"... (530 sq.). Como podemos prever, el esquema del reflejo intervendrá para precisar el pensamiento. Freud nos lo dice claramente: "Toda nuestra actividad psíquica parte de excitaciones (externas o internas), y llega hasta las inervaciones. El aparato tendrá, pues, un extremo sensitivo y otro motriz... El proceso psíquico va, en general, desde el extremo perceptivo hasta el motriz... Pero en esto tenemos la realización de una exigencia conocida desde hace mucho tiempo, de acuerdo con la cual el aparato psíquico debe estar construido de la misma manera que el aparato reflejo. El reflejo sería entonces modelo de toda producción psíquica (531).

Los resultados de los análisis obligarán a Freud a introducir nuevas diferenciaciones en el "aparato psíquico". "En cuanto hasta aquí llevamos dicho respecto a la composición del aparato psíquico en su extremo sensorial, no hemos hecho intervenir ni el sueño ni las explicaciones psicológicas que pudiéramos deducir. Pero para conocer otra parte del aparato, el sueño se convierte en una especie de argumento" (533). Este otro extremo de que se trata es el extremo motriz. La noción de censura será lo que forzará a Freud a introducir una nueva diferenciación: lo *preconsciente*. En efecto, "como hemos visto, la instancia que critica está en más estrecha relación con la conciencia que la criticada. Se interpone como una pantalla entre la última y la conciencia". Ahora Freud situará consciente y preconsciente en el extremo motriz debido a razones clásicas. "Hemos hallado algunos puntos de referencia que nos permiten identificar la instancia que critica con el principio directivo de nuestra vigilia, el mismo que decide nuestras acciones voluntarias y conscientes. Si reemplazamos esas instancias por sistemas en el sentido de nuestras hipótesis, el sistema encargado de la crítica se verá conducido a causa de cuanto llevamos dicho al extremo motriz... Llamaremos *preconsciente* al primero de los sistemas en el extremo motriz, para indicar que desde él los fenómenos de excitación pueden llegar hasta la conciencia... (534). "... Este sistema es al mismo tiempo el que contiene las llaves de la motilidad voluntaria.. Daremos el nombre de *inconciente* al sistema situado más atrás; éste no podrá alcanzar la conciencia *a no ser que pase por lo preconsciente,* y durante este paso, la excitación deberá adaptarse a ciertas modificaciones" (534 sq).

Clara es la marcha del pensamiento de Freud. Introduce en el aparato psíquico la noción de inconciente para situar en él el pensamiento e inspiración del sueño, y la de preconciente para convertirla en lugar de actividad de la censura: trasposición y elaboración del sueño. Aún no hemos llegado a la explicación de la regresión, y, no obstante el carácter abstracto de las hipótesis freudianas, nos es ya perfectamente visible, no sólo en el esquema fundamental, sino también en la manera como está articulado para Freud.

Si sitúa Freud la censura cerca de la conciencia, se debe ante todo a que, como hemos indicado anteriormente, conciencia significa responsabilidad primeramente. Sin esto no se comprende

la necesidad de admitir en la entrada de la conciencia una censura que no es simple condición que se desprende de la teoría del conocimiento, sino esencialmente selección efectuada no por leyes que enuncian la marcha de un proceso automático, sino conforme a *principios* que examinan las formas desde el punto de vista de su significación. Por otra parte, si Freud sitúa la conciencia en el extremo motriz, no se debe exclusivamente al esquema que emplea, sino esencialmente porque el "extremo motriz" significa acción y la conciencia es la que asume la responsabilidad. De tal suerte que la construcción freudiana significa en su fondo: la acción no es posible para el sujeto sino en forma *confesable*. En lo preconciente, la responsabilidad se encuentra en pugna con las formas, es decir, con el sentido de las acciones nacientes. El término acción se toma, desde luego, en el sentido más amplio de la palabra; significa "hecho del sujeto", fuere cual fuere. Considerando las cosas desde este punto de vista en *rigor,* nos hallamos en el plano de la psicología concreta.

En realidad, Freud se expresa en lenguaje que hace desaparecer lo concreto. A primera vista, apenas ha pronunciado la fórmula "extremo motriz", por los motivos que acabamos de indicar, inmediata y definitivamente significa para él "motilidad" únicamente; no se trata ya de acción humana, individual; la palabra acto acaba precisamente de perder su sentido dramático y humano, y hasta todo sentido en general: para Freud ya no es más lo que es para el fisiólogo, un movimiento, más bien, *movimiento* en general, una nueva forma de la excitación. Ahora nos encontramos en el plano del "formalismo funcional": el término excitación volverá sin detenerse a su significación fisiológica, y sin el menor rasgo de humanidad. Olvidando Freud cada vez más que su teoría no es cierta más que en la medida en que participa de lo concreto, en la medida en que reconoce como hecho psicológico solamente lo que es acto efectivo del individuo singular, se esfuerza cada vez más por explicar las cosas empleando una mecánica que debiera ser psicológica, pero que, de hecho, funciona en el vacío, como todas las mecánicas psicológicas.

"Llamaremos *preconciente* al último sistema del extremo motriz, para indicar que desde allí pueden llegar los fenómenos de la excitación hasta la conciencia sin ninguna demora, de cum-

plirse ciertas condiciones, por ejemplo, cierto grado de intensidad, cierta distribución de la función que llamamos atención" (534).

Este es el momento en que va hacer desaparecer también el carácter concreto de su teoría de la relatividad de la conciencia para darnos de ella una versión puramente mecánica.

"Daremos el nombre *de inconciente* al sistema situado más atrás, y no podrá llegar hasta la conciencia *a no ser que pase por lo preconciente,* y durante este paso debe adaptarse la excitación a ciertas modificaciones" (535).

Freud formula en este lenguaje por última vez el problema antes de resolverlo: "No podemos describir la marcha del sueño alucinatorio sino diciendo: la excitación sigue un camino retrógado. En vez de trasmitirse hacia el extremo motriz del aparato finalmente al sistema de las percepciones" (535). Pero, ¿cómo explicaremos este hecho? A decir verdad, Freud no lo explica. "Lo único que hemos hecho ha sido procurar un nombre a un fenómeno inexplicable", dice, mientras lo que nos procura es tanteos, muy interesantes desde luego, en lo concerniente a la orientación de su pensamiento.

Ante todo quisiera ver Freud la explicación del "carácter alucinatorio" en un hecho puramente mecánico, al menos en apariencia; es decir, en el *desplazamiento de las intensidades psíquicas.* En este caso su idea roza la tesis, de acuerdo con la cual toda diferencia entre lo actual, por una parte, y el recuerdo, por la otra, se debe a diferencia en intensidad. Nos indica el análisis que las intesidades psíquicas se "esplazan", y, en este caso bastaría que se desplazara la intensidad psíquica de una representación a una imagen sensorial para que esta última fuese alucinatoria. "Cuando hablamos del trabajo de condensación en el sueño, dice Freud, no hemos podido escapar a la hipótesis de que durante el curso de elaboración las intensidades inherentes a las representaciones quedan transferidas por completo de una a otra. Es probable que esta modificación en el proceso psíquico habitual sea lo que permite ocupar el sistema de la percepción hasta llegar a la plena vivacidad sensorial, siguiendo una marcha inversa, a partir de los pensamientos."

Hablando con propiedad, en ello no existe pura y simple identificación entre la actualidad y la intensidad. La teoría freudiana, al no considerar como origen el problema clásico de la diferencia

entre la sensación y la imagen, no implica, en principio, dicha tesis, condenada hasta por los psicólogos abstractos, tesis según la cual la imagen no pasa de ser percepción débil y la percepción imagen fuerte. Freud toma de prestado el esquema de su teoría a la comprobación vulgar que dice que los pensamientos, para fijar nuestra atención, deben gozar de cierto interés"; que deben poseer, para servirnos de su expresión preferida, cierta "energía de ocupación". Entonces se nos hablará del "nivel" psíquico que las excitaciones deben alcanzar o de un "umbral" que debe franquear su intensidad igualmente "síquica", pero queda entendido que dicha intensidad *psíquica* no tiene que confundirse con la *fisiológica.*

Pero al colocarse Freud precisamente en el punto de vista formal, llega finalmente a la tesis en cuestión.

De acuerdo con la abstracción, comienza de antemano abandonando el *sentido,* conservando únicamente la representación. A partir de este momento, la intensidad se convierte en algo formal: llega a ser "cantidad" agregada a una representación y, siendo por ello mismo diferente a la representación "desnuda", llega a ser *móvil.* Esta movilidad es precisamente lo que explica el *desplazamiento*: la intensidad psíquica puede "pasar" de una representación a otra para darle "energía de ocupación" que puede llegar "hasta la plena vivacidad sensorial".

De todos modos, sea cual fuere el resultado del problema, consistente en saber si verdaderamente Freud ha caído o no en la tesis en cuestión, lo cierto es (y esto es mucho más importante) que él substituye el drama concreto por el impersonal, y en la teoría del desplazamiento no se trata ya del individuo concreto, sino solamente de las evoluciones autónomas, por decirlo así, de la propiedad que la psicología reconoce a las representaciones, es decir, a la intensidad.

Desde luego Freud acaba por conceder al término "regresión" su completo sentido, pero completo desde el punto de vista sensualista. El sueño sigue el camino del conocimiento, que va desde las sensaciones hasta los pensamientos. "El conjunto de los pensamientos del sueño se halla disgregado durante el curso de la regresión y reducido a su materia prima".

La identificación de la regresión con el proceso inverso que, según los sensualistas, hace surgir el pensamiento de las sensa-

ciones, llega a cerrar el circuito de la abstracción: en esta tesis no hay ya rasgo alguno de la definición concreta del hecho psicológico y de la necesidad de identificar el sueño con la vida del individuo particular. En efecto, la simple disgregación del pensamiento no pasa de ser proceso *ciego,* puramente mecánico, en el que no se ve participación del "yo"; para abreviar, el proceso en cuestión no puede ser ya acto del individuo particular. La dialéctica asociacionista ha arrastrado a Freud mucho más lejos: *en el fondo del sueño aparece un proceso en general.*

Gusta Freud de repetir, como los físicos, que sus teorías no representan más que cómodas maneras de hablar; que está dispuesto a abandonarlas a cambio de una representación más cómoda. Lo mismo podría decir en cuanto a las teorías precedentes. Pero las teorías de que se trata no son "cómodas" más que cuando se trata precisamente de evidencias de la psicología clásica y ninguna expresión orientadora hacia caminos sin salida puede ser "cómoda", y en este caso se hallan las expresiones de que estamos tratando, pues, siendo abstractas, invitan solamente a construir mecanismos "psíquicos" que, para ser realistas, no dejan de ser menos irreales. Efectivamente, ninguna *realidad psicológica* puede reconocerse en el "desplazamiento de las intensidades psíquicas" o la "disgregación del pensamiento", porque los procesos en cuestión son *procesos en tercera persona*: la explicación va "de la cosa a la cosa", implica la acción de la representación, es decir, la acción de su intensidad, lo que implica a su vez la posición de la representación o de su intensidad *para sí misma,* y como sólo puede ser *real* la acción del sujeto, las teorías en cuestión son psicológicamente imposibles. Freud cae en el error clásico: descompone el acto del sujeto en elementos que están todos por debajo del nivel del "yo", queriendo luego reconstituir lo personal con lo impersonal, o, si se quiere, adopta hipótesis de estructura cuando dichas hipótesis le están prohibidas, y las construye de acuerdo con el esquema realista, es decir, *proyectando en la "realidad interna", en su forma general, lo que no puede tenerse en cuenta más que para aclarar el acto del sujeto.*

Pudiera muy bien decir Freud que sus desarrollos en cuestión no hacen del sueño "algo en general", pues solamente explican las "implicaciones" del sueño, y esto sin prejuicio alguno respecto a la actitud concreta de la interpretación misma. Esto es per-

fectamente cierto. En efecto, la posibilidad de la interpretación no implica en modo alguno análisis de la regresión. Podemos interpretar el sueño sin adoptar hipótesis alguna sobre la regresión: el sueño es un acto del sujeto y se trata simplemente de saber lo que significa. Pero la sola presentación del problema de la regresión implica ya abstracción, puesto que no puede presentarse más que examinando el sueño a través de las nociones de clase de la psicología clásica; por consiguiente, si nos situamos en el punto de vista del formalismo funcional, entonces solamente será cuando la ilusión de la realidad en el sueño aparece como "regresión de la representación a las imágenes sensoriales". El pensamiento de Freud se mueve, no debido a necesidades inherentes a su doctrina, sino por contingencias puramente temporales. Precisa ataque la teoría que hace del sueño una anomalía, mostrando en su base procesos regurales que lo transforman en "hecho psicológico en el pleno sentido de la palabra", pero desgraciadamente se cree obligado a indicar que estos procesos se explican por "las leyes ordinarias de la psicología", es decir, por los dramas impersonales.

De esta manera se crea un abismo entre la actitud práctica y la teórica del psicoanálisis, pues el psicoanalista funda procedimientos verdaderos sobre principios falsos, traduciendo sus descubrimientos fecundos en esquemas perfectamente estériles. Esto explica que la distancia entre los hechos y las explicaciones sea tan grande, y no pueda rellenarse sino con grande esfuerzo por parte del ingenio. De este modo se introduce en el seno del psicoanálisis una contradicción interna que se pone de manifiesto en todo momento.

IV

Estas observaciones pueden ilustrarse perfectamente por el análisis de las explicaciones complementarias que nos da Freud de la regresión.

Durante el día no hay regresión. Entonces, ¿qué "cambio permitirá la regresión imposible durante el día? En esto nos atendremos a hipótesis" (537). Pero estas hipótesis son perfectamen-

te abstractas. "Probablemente se trata de cambios en el retroceso de la energía en el interior de los diferentes sistemas que son entonces más o menos practicables para la marcha de la excitación". Esto es bastante enigmático, pero nada más claro veremos hasta el final del párrafo. Freud lo nota y lo hace observar. "Esta primera parte de nuestra utilización psicológica del sueño tal vez no parezca completamente satisfactoria. Nos podemos consolar pensando que nos vemos obligados a poner los cimientos de nuestro edificio en las tinieblas. Si no nos hemos perdido por completo, podremos, partiendo de un nuevo punto de vista, alcanzar resultados análogos que nos parecerán más claros esta segunda vez" (543).

Sin embargo, el psicoanálisis se transparenta en este párrafo, pero es para caer en el abismo de la abstracción.

También observó Sherner "en los sueños una vivacidad o riqueza particular en elementos visuales" (540). Pero para explicarla, "admite un estado de excitación interna del aparato visual". Freud no puede llegar tan lejos, al menos sin explicarse, pues fuere cual fuere su deferencia final por la abstracción, le pide se modele sobre los resultados de sus análisis. Pero de estos últimos resulta que la regresión no consiste en simple disgregación, en una disgregación "cualquiera", como pudiera creerse de acuerdo con las precedentes fórmulas de Freud, sino que tiene determinada orientación; que no es simple "degradación del pensamiento", debida a la disolución de sus formas superiores, sino que dicha degradación está informada, por decirlo así, por un "sentido" que posee determinada dirección. En efecto, "podemos distinguir tres clases de regresión: a) regresión tópica en el sentido del sistema *Psi,* expuesto aquí; b) regresión temporal, cuando se trata de volver a las antiguas formaciones psíquicas; c) regresión formal, cuando los modos primitivos de expresión y figuración reemplazan a los habituales" (542).

Pero "si recordamos el papel que corresponde a los acontecimientos de la infancia o a fantasías fundadas sobre esos acontecimientos en el sueño, si recordamos cuántas son las veces en que los fragmentos de esos hechos surgen de nuevo en el contenido del sueño, cuántas son las veces que los anhelos del sueño se derivan de ellos..." (540), y sobre todo, si no olvidamos que *en el sueño es el niño quien sobrevive con sus impulsiones*" (176), entonces "el sueño aparece, en suma, como una vuelta al más

remoto pasado del soñador, como una reviviscencia de su infancia, de las tendencias e instintos que la han dominado, de los modos de expresión de que ha dispuesto" (542). En esto sentimos una especie de alivio: el término regresión se toma en sentido *viviente;* lo que aquí se demuestra se sale de los cuadros del pequeño juedo de alucinación; no se trata ya del paso de la idea a la imagen, y del recuerdo a la percepción alucinatoria, sino del renacimiento de una forma anterior de la vida del individuo, con todo lo que el modo de ser y de vivir de cierta manera implica, desbordando las ideas, imágenes y percepción. No se trata ya de dividir, destrozar la actitud en elementos que están por debajo del nivel del "yo", y en consecuencia impersonales, sino de la vuelta, del retorno del "yo" por entero a una forma más antigua, o más bien la adopción de esta forma. No se hace saltar la forma para dotar a los elementos de vida independiente de que son incapaces, sino que la forma queda en primer plano, y los elementos no hacen sino representar su papel de elementos en la escenificación de la actitud, y su papel de "heraldos" u "ojeadores" en el análisis.

Pero, por desgracia, al dominar la abstracción, el hecho de que la regresión es ante todo el renacimiento del niño, se utilizará simplemente para articular la teoría mecanista; y, como busca nuevamente una hipótesis de estructura, Freud insiste en el hecho que los recuerdos visuales buscan el renacimiento y ejercen una especie de atracción selectiva sobre el pensamiento del suño. Ahora bien, los recuerdos infantiles son impresiones vivas, y como vivas conservan siempre una vivacidad sensorial. "Todo el mundo sabe, por ser hecho conocido, que en las personas que, en otros aspectos, no poseen recuerdos visuales, las primeras impresiones de la infancia conservan hasta edad muy avanzada el carácter de vivacidad sensorial" (539).

Los recuerdos infantiles que interesan al psicoanalista son los rechazados, los repudiados. Pero también está vedada la entrada en la conciencia a los pensamientos que están ligados a ella. Entonces "este recuerdo arrastra, por decirlo así, al pensamiento con que está ligado y que ha encontrado obstáculo en su expresión por parte de la censura, al pasado en que se halla" (539).

De este modo considerada la regresión es, "se manifieste en donde se manifieste, efecto de la resistencia que impide que el pensamiento llegue hasta la conciencia por la vía normal, al mis-

mo tiempo que efecto de la atracción ejercida sobre él por los recuerdos que han conservado grande vivacidad sensorial". En este caso la regresión no pasa de ser simple "desviación". Ya no se trata de decir que el sujeto ha revivido, por decirlo así, ciertos acontecimientos de acuerdo con su antigua forma. No es el sujeto el que actúa, sino la representación que se ha abierto un nuevo camino para llegar hasta la conciencia. De esta manera no es de extrañar, pues, que tras haber indicado la teoría de Scherner, añada Freud: "No tenemos que rebelarnos contra esta hipótesis; nos contentamos con admitir tal estado de excitación [51] únicamente en cuanto al sistema psíquico de la percepción visual; pero demostraremos que dicho estado de excitación es producto del recuerdo, la reaparición de una excitación visual que fue actual a su debido tiempo" (540).

Finalmente desaparece toda esperanza de ver reaparecer el profundo sentido de la regresión; la mecánica es lo que tendrá que explicarlo todo. "Estas tres especies de regresión, en el fondo son una sola, fundiéndose en la mayor parte de los casos, pues lo que es más antiguo en el tiempo es también primitivo desde el punto de vista formal, y está situado en el tópico más próximo al extremo de la percepción" (542). Lo que conduce a Freud a sus desgraciadas ideas sobre el pasado filogenético es eso.

Como acaba de afirmar "lo más antiguo o remoto en tiempo es también primitivo desde el punto de vista formal", por eso no puede evitar indicarnos la "regresión alucinatoria" en el origen de la vida psicológica.

"El aparato psíquico no ha podido alcanzar su perfección actual sino al cabo de largo desarrollo. Intentemos reconducirlo a un estadio anterior" (551). La primera estructura de este aparato es la de un aparato reflejo, "podía disponer la aguja para que toda sensación tomase la vía motriz. Pero la vida perturba esta sencilla función; procura la impulsión que conduce a una estructura más compleja. Las grandes necesidades corporales aparecen; la excitación provocada por la necesidad interna busca una salida en la motividad. El niño que tiene hambre llorará desesperadamente o se agitará, pero la situación continuará siendo la misma... Unicamente puede haber cambio cuando se adquiere la experiencia de la especie de aplacamiento que pone fin a la excitación interna, ya sea de un modo, ya de otro. Uno de los elementos esenciales de esta experiencia es la aparición de cierta

percepción (en el ejemplo escogido será el alimento) cuya imagen quedará asociada en la memoria al recuerdo de la excitación de necesidad. Tan pronto se presente la necesidad se producirá desenfreno de un movimiento psíquico que ocupará de nuevo la imagen de dicha percepción en la memoria y provocará de nuevo la percepción misma, gracias a la relación establecida; es decir, que reconstituirá la situación del primer aplacamiento. Ese movimiento es lo que nosotros llamamos deseo; la reaparición de la percepción es la satisfacción del deseo..." (537).

Ahora bien, el camino más corto hacia el cumplimiento de un deseo es precisamente esa evocación alucinadora mecánica, al aparecer dicho deseo, de la imagen de la percepción satisfaciente. "Nada nos impide admitir un estado primitivo del aparato psíquico, en el que ese camino se recorre en realidad, y en el que el deseo finaliza, por consiguiente, en una alucinación" *(Ibid)*. Ya vemos la manera como "la adaptación a la vida" necesitará transformaciones que revelen el carácter transitorio de la satisfacción alucinatoria. Por eso precisará cerrar el camino a la alucinación y obtener, con objeto de desviar la excitación, "un empleo mejor de las fuerzas físicas", es decir el sostenimiento de la excitación satisfaciente del exterior. Pero entonces, "toda esta complicada actividad que va desde la imagen recuerdo hasta el restablecimiento de la identidad de percepción por los objetos del mundo exterior, no es más que un rodeo necesario a la experiencia para realizar un deseo".

La orientación biológica del esquema freudiano aparece muy claramente: al principio fue el deseo que nace de la necesidad orgánica; inmediatamente interviene un principio clásico llamado principio de economía, o principio de placer: el deseo busca su inmediata realización por la alucinación. De este modo aparecieron en un principio el deseo y al alucinación. "La vida nocturna ha recogido lo que en otro tiempo fue nuestra vida de vigilia, nuestra vida psíquca joven e inhábil, de la misma manera que nuestros niños perpetúan las armas desaparecidas actualmente, armas propias de la humanidad primitiva, el arco y las flechas. *El sueño es un fragmento de la infancia de la vida psíquica, superada hoy*" (538 sq.). Aunque estas últimas fórmulas sean análogas a aquellas en que, hace poco, hemos tenido que reconocer la inspiración de la psicología concreta, no hay que creer tienen el mismo significado (pues todo el desarrollo que precede

está destinado solamente a procurarles una significación abstracta. La reviviscencia de la infancia significaba hace un momento la reviviscencia de ciertas actitudes determinadas que caracterizan la infancia), la reviviscencia de una actitud "de forma humana" que el individuo tuvo *efectivamente* durante su infancia y que reaparece en sus sueños con una presentación en escena tomada de prestado a su vida actual. Pero ahora que Freud nos ha dado a conocer los comienzos del "aparato psíquico", la misma fórmula significa el renacimiento de un *mecanismo* que no tiene "forma humana" en absoluto, el renacimiento de un "proceso" que no interesa ya al sujeto, sino solamente a la marcha de las representaciones y las excitaciones.

No necesitamos añadir que desde el punto de vista de la psicología concreta los avances o tanteos de Freud (puesto que no quiere se tomen como explicación) son ininteligibles, al menos tomándolos al pie de la letra y si se realizan los mecanismos que introduce, por poco que así se haga.

¿Qué puede significar de buenas a primeras esa atracción de los recuerdos de la infancia? Verdaderamente es comodísimo decir a cada momento: las hipótesis no son más que modos de hablar, o, "hipótesis non fingo", y, sosteniendo este punto de vista ante la crítica, obrar y escribir como si se tomase en serio sus hipótesis. Todo eso no representa para nosotros sino precauciones oratorias. De no tener intención de tomar en serio las hipótesis, más vale no concebirlas.

Como no podemos dotar a los hechos psicológicos de eficacia distinta a la que proviene del sujeto, es preciso puedan aparecer como formas de acción del sujeto; vanamente buscaremos un acto individual que pueda corresponder a esta atracción de que nos habla Freud; además es imposible formularla en primera persona. De la misma manera la descripción del mecanismo de la regresión, no deja en ningún momento lugar a la intervención del "yo": por lo tanto, el mecanismo funciona en vano.

Por otra parte, toda la serie de formaciones que admite Freud en sus explicaciones referentes a la elaboración del sueño, presentan el inconveniente de estar vacías psicológicamente. Se trata de las constelaciones preliminares a la formación del sueño (Cf. sobre todo 582-84).

Puesto que Freud parte de una concepción realista del conte-

nido latente, natural es oirle afirmar que *las actividades de pensamiento más complicadas pueden producirse sin que la conciencia tome parte en ello* (582) y que "del hecho que nuestro juicio ha repudiado pensamientos porque le parecían inexactos o inútiles para un objeto momentáneamente perseguido, puede resultar un proceso, ignorado por la conciencia y que continuará hasta el sueño... Digamos que nosotros llamamos *preconciente* a ese proceso" (583). De esta manera tenemos en lo preconciente "una esfera de pensamiento abandonada a sí misma" (584), puesto que, no sólo deja de estar ocupada por lo conciente, sino que cada vez se ve más abandonada por la ocupación preconciente. Verdad es que los deseos inconcientes pueden apoderarse de estos pensamientos, pero lo que se trata de saber es cómo pueden ser psicológicamente reales, cuando no se ha verificado aún esta ocupación por parte de los deseos inconcientes. Contesta Freud sencillamente que conciencia y hecho psicológico no son sinónimos, y añade, además, que el antiguo postulado de la unidad del alma o de la conciencia está desmentdo por los hechos. Pero no se trata de eso; lo que precisa decirnos es si esos pensamientos abandonados a sí mismos son todavía actos del "yo". Pero esto no es posible. La continuidad del "yo" queda rota particularmente en este caso, porque esas constelaciones preliminares no son sino pensamientos flotantes y no tenemos más que observar el lenguaje de Freud para cerciorarnos que están dotados de una especie de autonomía. Pero, en este caso, no pueden ser *psicológicamente* reales.

V

La historia de la diferenciación sucesiva del aparato psíquico y el postulado, de acuerdo con el cual "al comienzo fue el deseo", nos sugieren las mismas observaciones. Si la eficacia no pasa íntegramente a nociones en tercera persona, es cierto, sin embargo, nos hallamos en una región perfectamente abstracta. El proceso que explica finalmente el sueño no es tampoco susceptible de ser individualmente calificado, de tal manera, que Freud merece reproche por ello, exactamente el mismo que tiene la costum-

bre de dirigir a los demás. El término de la explicación está representado por nociones generales, como las necesidades biológicas del organismo, la adaptación a la vida. En una palabra, la teoría no es de inspiración psicoanalítica, puesto que en vez de procurarnos avance en el conocimiento del individuo concreto, nos conduce a la biología, por ejemplo. Además, nos movemos cada vez más en un terreno en el cual las representaciones, las excitaciones, las energías, evolucionan con una especie de soberanía, como si el todo no tuviese que ser acción individual. En una palabra, cada vez penetramos más adentro de la vida interior, la biología, es decir, la fisiología, y por lo tanto en una región psicológicamente ciega.

Entonces es cuando hallamos esas fórmulas desgraciadas que únicamente se explican por la debilidad sentida de necesidad de explicación, y por el hecho que cuando la explicación no está indicada por los hechos, hace intervenir nociones en las que se ha puesto todo el entusiasmo, como si se tratase de un mito heroico. "... Nuestro mayor interés teórico, dice Freud, se dirige a los sueños capaces de despertarnos... Nos preguntamos cuál es la causa de que el sueño, deseo inconciente pueda perturbar el dormir, cumplimiento del deseo preconciente. *Precisa que en eso haya relaciones de energía que no comprendemos. Si las conociésemos, observaríamos sin duda que dejar en paz al sueño sin concederle más que una atención disgregada exige menos energía que refrenar lo inconciente, como durante la vigilia*" (567).[52]

"El recobro de la conciencia depende de la orientación de cierta función física, la atención que, al parecer, no puede dispensarse sino en ciertas cantidades."

"Creemos que cierta cantidad de excitación, a la que llamamos energía de ocupación, parte de una representación de fin siguiendo las vías asociativas que haya elegido. Esta ocupación no ha sido jamás otorgada a los pensamientos abandonados, descuidados; ha sido retirada a los pensamientos refrenados, repudiados; tanto unos como otros han sido abandonados a sus propias excitaciones" (538).

Todas estas fórmulas significan algo ciertamente, puesto que Freud maniobra de acuerdo con los datos que le han sido proporcionados por el análisis. Gran parte de esas afirmaciones pudieran traducirse en lenguaje más concreto; pero, de todos mo-

dos, evolucionando entre estas nociones, nos encontramos alejados del "sentido" y del hecho psicológico "segmento de la vida individual concreta".

VI

La explicación freudiana del rechazo, reflujo o repudio, nos hará asistir a la manera como profundiza Freud sus construcciones teóricas.

Lo mismo que la regresión, el reflujo es proceso primitivo del aparato psíquico, y se explica, en último lugar, por el gran principio del anhelo del placer y el alejamiento de lo desagradable. Al comienzo el reflujo nada tiene de intencional, no teniendo nada que ver con la responsabilidad: se trata del funcionamiento de un simple mecanismo biológico.

"Los procesos del sistema *PSI*, comprendiendo aquellos de lo preconciente, carecen de cualidades psíquicas; por eso no pueden aparecer como objeto a la conciencia más que en la medida en que se ofrecen a su percepción de lo agradable y de lo desagradable. Precisará nos resolvamos a admitir que *esas descargas de agradable y desagradable regulan automáticamente la marcha de los procesos de ocupación*" (565).

"Hemos escrito, dice Freud un poco más adelante, que sólo el deseo podía poner en movimiento nuestro aparato y que el curso de la excitación se regulaba en él automáticamente por la percepción de lo agradable y de lo desagradable" (588).

Ahora bien, en el momento que estamos considerando, la regresión alucinatoria es el camino natural, inmediato. Pero como la regresión es estéril, debe intervenir "un segundo sistema" para transformar la energía alucinatoria estéril en enrgía útil, es decir, productora de aplacamiento, sosiego. Si se quiere, puede señalarse en esto una aproximación a Bergson. En el hombre existe tendencia a sumergirse en el sueño; la necesidad de la adaptación a la vida y le arranca de él. Esta es idea común a Bergson y a Freud; *también lo es a toda una época.* La diferencia es que Freud hace de la necesidad en cuestión un "sistema del aparato psíquico" para poder utilizarla luego en la explicación del reflujo.

Esta detención que lo preconciente efectúa en cuanto a las excitaciones, venidas de lo inconciente, con vistas a la adaptación, no es desde luego la imagen del verdadero reflujo.

En la simple fuga ante el recuerdo, la causa del reflujo reside en lo desagradable que la experiencia identifica con dicho recuerdo. Entonces no hay ya deseo. Por esta razón la fuga ante el recuerdo no es el verdadero reflujo. El verdadero es aquel en que existe "transformación afectiva", pues aunque primitivamente la satisfacción de un deseo provoca el placer, los hay ahora cuya satisfacción no tiene más remedio que ser desagradable. Pero la causa de este reflujo no es simplemente lo desagradable como tal, sino un desagradable de nivel más elevado. En efecto, depende de un juicio de lo preconciente (592 sq.). "¿De qué manarea y bajo la influencia de qué impulso puede producirse esta transformación? Basta indicar aquí el problema del reflujo. Sostengamos que esta transformación afectiva se produce durante el curso del desarrollo (tengamos presente la aparición de la repugnancia que, primitivamente, no existe en el niño) y que está ligada a la actividad del sistema secundario" (593).

Esta explicación nos indica que Freud se ha inclinado de nuevo hacia los esquemas en tercera persona. Es visible que la explicación ideal a que quiere aproximarse consiste en explicarlo todo a la manera "energetística", por desplazamientos de intensidades, transformaciones de energías, elevaciones y descensos de nivel, cargas y descargas de ocupación, por las diferentes regulaciones de las diferentes corrientes de excitación.

En fin de cuentas, Freud ha conseguido con mucho ingenio, hay que confesarlo, volver a recorrer en sentido inverso el camino que siguió en los capítulos precedentes de la Traumdeutung. No se trata de simple metáfora; de acuerdo con las tradiciones a que se adhiere, el sueño de la síntesis está claramente presente en Freud. De cuando en cuando hace alusiones diciendo que el análisis del sueño debiera ir acompañado de su síntesis; en efecto, esto sería su gran verificación. En el capítulo sobre la Psicología de los procesos del sueño, se observa que no recurre a las hipótesis sino con la esperanza de hallar, partiendo de ellas, los hechos de que ha partido. Desgraciadamente, no roza la psicología "deductiva" más que de paso. Si hubiese intentado seriamente la "dialéctica descendente", se hubiere dado cuenta de que no podríamos sacar nunca de sus hipótesis los hechos sobre que se basan,

puesto que los mecanismos que nos describe tienen los defectos de los mecanismos de la psicología clásica: no son susceptibles de determinar lo individual, sino únicamente lo general.

De todos modos, agotada la "Psicología de los procesos del sueño", todo entra en la "psíquica", todo queda convertido en juego de excitación y representación: Freud ha logrado construir un edificio del gusto de la psicología clásica. Cierto es que no en todos sus puntos está de acuerdo con ella, pues, al hacer descubrimientos, forzosamente tiene que extender los cuadros o clasificaciones clásicos. Por ello se ha visto obligado a suponer un conjunto de procesos en la base del sueño, que no es posible atribuir a la conciencia. Ahora bien, al atribuirlos a otras instancias, las formaciones psicológicas llegan a su término antes de haber hecho intervenir la conciencia. ¿Qué queda entonces a esta última?

Al explicarlo todo valiéndose de procesos en los que, en momento alguno, se ha visto obligado a hacer intervenir la conciencia, el hecho de llegar a conciente no puede ser para Freud sino simple *cualidad.*

"¿Qué papel conserva en nuestra concepción la conciencia todopoderosa en otro tiempo, que velaba y ocultaba todos los demás fenómenos? No pasa de ser un órgano de los sentidos que permite percibir las cualidades psíquicas" (602).

La analogía se impulsa hasta el extremo. "Vemos que la percepción por nuestros órganos de los sentidos tiene por consecuencia dirigir una ocupación de atención hacia las vías porque se propaga la exitación sensorial; la excitación cualitativa del sistema perceptivo sirve para regularizar la salida de la cantidad móvil en el aparato psíquico. La misma función podemos atribuir al órgano sensorial superior de la conciencia. Al percibir nuevas cualidades, dirige y reparte las cantidades móviles de ocupación" (603).

VII

De las anteriores explicaciones se desprende un mundo nuevo: el universo de lo "psíquico". Cierto es, hay una forma de existencia distinta a la propia del mundo exterior, pero que sin em-

bargo, es real y exterior a la conciencia. De la misma manera que la percepción sensible nos revela el mundo exterior de la materia, la percepción superior de la conciencia nos revela el mundo exterior de lo psíquico. Pero así como los sentidos existen en número limitado, la conciencia no dispone sino de pocos "receptores"; pues "los procesos de los sistemas, comprendiendo los de lo preconciente, carecen de cualidades psíquicas, y por eso no pueden aparecer como objeto de la conciencia sino en la medida en que se ofrecen a su percepción de lo agradable o de lo desagradable" (565). Pero esto se aplica solamente al pensamiento, pues la conciencia posee toda cuanto precisa para recibir las sensaciones.

"Pero durante el curso de la evolución, para obtener actividades más delicadas, ha sido necesario hacer que la marcha de las representaciones fuese más independiente de los signos de lo desagradable. Precisaba para esto que el sistema preconciente tuvise cualidades propias que pudieren atraer la conciencia; probablemente las adquiere enlazando sus procesos con el sistema de los recuerdos de los signos del lenguaje que estaba provisto de cualidades para ello. Gracias a las cualidades de dicho sistema, la conciencia, que hasta entonces no disponía más que del órgano de sentido de las percepciones, se convirtió también en órgano de sentido de una parte de nuestros procesos de pensamiento. Desde entonces tuvo a su disposición, hasta cierto punto, dos superficies sensoriales: una dirigida hacia la percepción, la otra hacia los procesos de pensamiento inconcientes" (565).[53]

Ya vemos la manera de existir de todo un mundo psíquico con un devenir, de los "procesos" *sui generis,* del que la conciencia perceibe poca cosa. Por eso, para Freud, la psicología nos conduce a una metapsicología, de la misma manera que al profundizar el problema de la percepción en cierta dirección nos vemos llevados a la metafísica.

He ahí también el aparato psíquico, ingenioso y sorprendente. Pero tiene un defecto: que está condenado a la inercia.

Disponemos de una sucesión de sistemas o una sucesión de procesos *impersonales,* de procesos en tercera persona: deseos inconcientes, elaboraciones preconcientes, percepción selectiva por parte de la conciencia; desplazamientos de intensidad y cambios de ocupación... Todo eso irían muy bien si el sistema pudiese funcionar. Pero para que así fuese precisaría, tomando un tér-

mino de comparación grato para Freud, disponer de un microscopio. La luz pondría en marcha los diferentes sistemas. El deseo es lo que debe representar este papel en el aparato psíquico. Pero el aparato psíquico no es sistema material; si es aparato, especialmente aparato psíquico. Para que pueda funcionar le es necesario el acto del "yo"; pero este acto queda excluido del sistema freudiano.

En efecto, los deseos inconcientes nacen, se desarrollan, se adhieren a las formaciones preconcientes; la conciencia los percibe, pero en ningún momento interviene actividad en primera persona, *acto que tenga forma* humana y que implique el "yo". Pudiéramos decir que el acto del "yo". De todos modos, los sistemas demasiado autónomos rompen la continuidad del "yo", y el automatismo de los procesos de transformación y elaboración excuye su actividad.

Y, no obstante, a pesar de estas críticas que hacen no pueda admitir la psicología concreta las construcciones freudianas, el capítulo sobre la Psicología de los procesos del sueño contiene algo muy significativo.

No aludimos a las modificaciones que hace sufrir Freud a las nociones clásicas que hace intervenir en estas construciones; pero hay que observar que Freud supera de mucho, sea su lenguaje el que fuere, la psicología clásica. Esta, cuando se trata de los "procesos mentales", no conoce más que la asociación de las ideas y su crítica, por una parte, y, por la otra, aquello que la lógica nos enseña sobre las funciones intelectuales. Si a esto se añade los esquemas "flúidos", de moda actualmente, tendremos el inventario de todos los "procesos mentales" que la psicología reconoce.

Freud ha sido quien por vez primera ha intentado introducir algo nuevo y preciso en estos dominios. El es quien ha descubierto cierto número de nuevos procesos que, fuere cual fuere el lenguaje en que se expresa, poseen real significación, y con la regresión, el desplazamiento, la condenación, la psicología sale al menos, por vez primera, de los lugares comunes del asociacionismo, de la lógica y de las profesiones de fe dinámicas.

Pero después de haber hecho justicia a Freud, no hay razón alguna para ocultar que sus construcciones teóricas, tal cual son hoy, son incompatibles precisamente con esta psicología concreta cuyo fundador es. Pero la demostración de este conflicto per-

petuo entre la inspiración fundamental y la superestructura teórica que caracteriza el psicoanálisis actual, es muy diferente al reproche vulgar de intelectualismo, pues el problema que presentan los errores de Freud supera las querellas domésticas de la psicología clásica, los procedimientos que figuran en la base de las teorías freudianas no son sencillamente procedimientos intelectualistas: son comunes a toda una orientación de la psicología a que pertenecen, a los intelectualistas y a sus adversarios.

Por eso no hay que ver, en los análisis que preceden, la enumeración de los errores personales de Freud, pues esto equivaldría a limitar arbitrariamente el alcance de nuestras conclusiones perdiendo el beneficio de la enseñanza que se desprende precisamente de las especulaciones freudianas que calificamos de erróneas. Los errores en cuestión responden a una necesidad que supera al orden de grandeza de las deficiencias individuales. La tentativa teórica de Freud era inevitable, por ser la primera que se imponía después del descubrimiento del punto de vista concreto. Por otra parte, era necesario, para la comprensión misma de la esencia de la psicología clásica, que los procedimientos de esta última se aplicasen a hechos que, originados en actitud diametralmente opuesta, no les ofrecen punto alguno de enlace. Como la reducción de los hechos concretos a las teorías abstractas es puramente verbal, no nos es posible sino enumerar los esquemas y exigencias clásicas cuya lista se somete de este modo a la crítica.

Sin embargo, se podía considerar que enterramos con demasiado apresuramiento las teorías psicoanalíticas no buscando en ellas sino enseñanza puramente negativa y que, desde este punto de vista, nuestras afirmaciones no se apoyan suficientemente con lo dicho en el precedente capítulo; pues todo cuanto hemos indicado hasta aquí ha sido el contraste entre lo concreto y lo abstracto en las teorías que hemos examinado, pero, sea cual fuere la suerte de esta oposición, es indiscutible que los hechos descubiertos por Freud exiegn explicación psicológica. Ahora bien, de situarnos en este punto de vista, no podemos disimular que todos esos hechos nos orientarán hacia lo *inconciente*. No tenemos más que dos caminos: o inclinarnos ante los hechos admitiendo lo inconciente, y en este caso las críticas que preceden únicamente conciernen a las fórmulas y no a las teorías, y al ser entonces relativas al "estilo" solamente, pierden todo su

interés, o se pretende que dichas críticas lleguen hasta el fondo mismo, y no simplemente hasta la forma, y en este caso precisa llegar hasta el fin y negar lo inconciente, y con él los hechos psicoanalíticos que lo prueban, cosa que nos privaría del beneficio de cuanto hemos dicho de la psicología concreta, y, en consecuencia, del derecho a toda crítica.

En suma, en todo eso existe dilema cuya clave nos da la idea que tengamos sobre las relaciones entre lo inconciente y el psicoanálisis, y que expresa la inquietud creada por nuestras observaciones. Esta inquietud no resiste la atenta lectura de este capítulo mismo y el dilema se presenta esencialmente frágil, pero la gravedad del problema exige una franca explicación.

HIPOTESIS DE LO INCONCIENTE Y PSICOLOGIA CONCRETA

En el capítulo que precede hemos indicado la manera como Freud llega a introducir en la teoría del sueño la hipótesis de lo inconciente, e inmeditamente hemos indicado que esta introducción es resultante de la persistencia, en el interior de la teoría freudiana, de las exigencias y procedimientos fundamentales de la psicología abstracta. Estas indicaciones pudieran bastar para hacer comprender que la hipótesis de lo inconciente no significa para la psicología tan grande conquista como se ve en ello generalmente, y que, por otra parte, la novedad y originalidad del psicoanálisis no pueden residir en el descubrimiento y exploración de lo inconciente, puesto que en un sentido lo inconciente no representa en psicoanálisis más que la *medida de la abstracción que sobreviene en el interior de la psicología concreta.*

Pero basta enunciar estas ideas para que provoquen inmediatamente en los psicólogos contradicción al menos tan violenta como las que en tiempo pasado provocó la introducción de lo inconciente; pues a partir del siglo XIX, los psicólogos han adquirido la costumbre de considerar el derecho de ciudadanía concedido a lo inconciente como una de las victorias más importantes de la nueva psicología, y ahora parece que, a favor de esta convicción, no se podría abandonar esta noción sin recaer en las ranciedades de la psicología intelectualista.

Para destruir ideas tan profundamente ancladas en el espíritu

introducir la hipótesis de lo inconciente, y cuando Freud nos habla de lo inconciente a propósito del sueño, parece que solo pone en evidencia esta necesidad. El sujeto sabe más de lo que cree saber; ante todo declara no conocer el sentido del sueño, mientras que en el curso del análisis él es quien proporciona todos los elementos necesarios para su comprensión, y de este modo existe alejamiento entre su *saber aparente* y su *saber real*, y como ese saber real es pensamiento con el mismo derecho que el saber aparente, aunque queda "oculto" para el sujeto, parece legítimo admitir con Freud "modificación en la terminología", y decir "inaccesible en vez de oculto . . ., dando la exacta descripción de la cosa, inaccesible para la conciencia del soñador, o inconciente".[55]

De esta manera lo inconciente parece no ser, en el caso del sueño, sino una manera legítima de expresar un hecho evidente. El hecho es el contraste existente en el soñador entre la ignorancia aparente y el saber "latente" respecto al sentido de su sueño.

Pero, ¿cuál será la manera exacta como se ha conseguido la justificación de este hecho?

Se trata primeramente de describir la actitud del sujeto ante su sueño. El soñador comienza por darnos un *relato descriptivo* del sueño; cuenta lo que ha soñado. Luego puede declarar el sueño absurdo o rebelde o considerarlo "bonito", pero es visible que el sentido del sueño se le escapa. Pero, la ignorancia que se quiere verificar en esto no es ignorancia vaga, como la que puedo ostentar ante un texto escrito en lengua que me sea completamente desconocida, sino ignorancia *determinada*, la ignorancia de algo que podría y debería saber, en pocas palabras, *la ignorancia del contenido latente*.

Y, efectivamente, la ignorancia del sentido del sueño por parte del soñador no adquiere su significación sino tras el análisis; su justificación no es resultante sino de la comparación entre los dos relatos, a saber: el del contenido manifiesto y el del latente.

El contenido manifiesto me indica lo que existía en la conciencia, y el latente lo que en realidad existía en el sueño; en otros términos, el primero me indica el *pensamiento conciente* del sujeto, mientras el segundo me indica *todo su pensamiento*. La proposición de que el sujeto ignora el sentido del sueño significa, pues, que el sujeto ignora un pensamiento que es verdaderamente suyo y que existe en él *actualmente*, y entonces esta ignorancia

prueba precisamente que todo el pensamiento no es conciente.

Pero al mismo tiempo se ve que la ignorancia del sentido del sueño por el soñador no prueba la existencia de lo inconciente más que en el caso en que sea el pensamiento *actualmente real* que desborda el pensamiento *actualmente conciente*. Ahora bien, la existencia de este pensamiento que rebasa el contenido manifiesto del sueño no nos es revelada más que por el contenido latente, y éste no nos revela un "pensamiento" más que en la medida en que se realiza.

Por consiguiente, la *ignorancia no es prueba de lo inconciente sino considerada a través del realismo,* es decir, únicamente porque no se considera como pura y simple privación (pues en este caso no podría probar presencia alguna en ninguna forma posible), sino como relativa a una ausencia que no interesa todo lo psíquico, sino únicamente lo psíquico conciente. Debe quedar entendido que lo que es ignorado existe realmente también, pero como no es conciente, debe ser inconciente. De esta manera la ignorancia del sentido del sueño por parte del soñador no es, considerada en sí misma, como prueba de lo inconciente, y solo logra convertirse en prueba indirectamente gracias a la exigencia realista.

Lo mismo sucede con todas las pruebas de lo inconciente latente que cita Freud: los recuerdos inconcientes y la inconciencia del saber de los hipnotizados.

Dice Freud: "La experiencia nos enseña que un elemento psíquico, es decir, una representación, no es ordinariamente conciente de manera duradera. Lo característico es más bien la desaparición rápida de la conciencia; la representación conciente actualmente no lo es un instante después, pero puede serlo nuevamente en ciertas condiciones fácilmente realizables. En el ínterin ha sido, sin embargo, no se sabe qué; podemos decir era *latente*, queriendo significar con ello que era en todo momento *susceptible de convertirse en conciente.* Igualmente, al decir que era *inconciente,* damos una descripción exacta del hecho." [56]

Claro es que la disponibilidad del recuerdo no prueba un inconciente latente más que si el recuerdo es real antes de su realización conciente, es decir, entre el momento de su desaparición y el de su reaparición. Así, su disponibilidad no prueba su "latencia" inmediatamente, sino a través del realismo, pues precisa que los recuerdos sobrevivan a su desaparición para poder decir

luego que su reaparición no es sino actualización, en pocas palabras, la disponibilidad de los recuerdos no es tampoco la *prueba inmediata* de un inconciente latente, puesto que no impone esta hipótesis sino gracias a la exigencia realista.

En cuanto concierne a lo inconciente en el hipnotizado, vamos a ver lo que dice Freud sobre ello:

"En el año 1889 asistí en Nancy a las demostraciones singularmente impresionantes de Liébault y Bernheim, siendo testigo también del siguiente experimento: Un hombre, al que se había sumido en estado sonámbulico, y al que se hizo experimentar de modo alucinatorio todo lo posible, pareció, una vez despierto, ignorar todos los acontecimientos de su sueño hipnótico. Bernheim le intimó entonces para que contase lo que le había sucedido durante la hipnosis. El sujeto, afirmó no lo recordaba. Entonces Bernheim insistió, le acorraló con sus insistencias, le aseguró debía recordarlo; en aquel momento el hombre parecía dudar; comenzó a reconcentrarse, recordó obscuramente, al comienzo, una de las impresiones que le habían sido sugeridas, luego otra; el recuerdo se aclaraba cada vez más, siendo cada instante más completo, y, finalmente, lo declaró sin dejar vacíos. Pero como aquel saber apareció posteriormente, y como no pudo aprenderlo en el ínterin de ninguna fuente exterior, es legítimo llegar a la conclusión de que poseía conocimiento anterior de aquellos recuerdos. Lo que sucedió fue que le eran inaccesibles, no sabía que los conocía y creía no conocerlos. La situación es, pues, exactamente la misma que la que suponemos en el caso del soñador".[57]

Digámoslo con otras palabras: existe apartamiento entre dos actitudes sucesivas del sujeto que declara primeramente no conocer aquello cuyo conocimiento alcanza más tarde por sí mismo, estando también manifiesto que el sujeto no está privado del recuerdo en cuestión, puesto que es capaz de recordarlo y no ignora de hecho más que la extensión de su saber: *entonces su ignorancia, comparada con su conocimiento, prueba la existencia de lo inconciente.*

Pero la ignorancia en cuestión no es prueba de lo inconciente sino en el caso en que el saber, de que el sujeto dispone solamente en la segunda actitud, fue ya *real* en la primera; entonces la ignorancia no revela pura y simple ausencia, sino ausencia relativa, ausencia de la conciencia y presencia de lo inconciente, y nuevamente la ignorancia del hipnotizado logra convertirse en

prueba de lo inconciente a través del realismo: *el relato proporcionado en la segunda actitud ha desempeñado en este caso el mismo papel que el contenido latente en el caso del sueño.*

La ignorancia del sentido del sueño por parte del soñador, la disponibilidad de los recuerdos, la desproporción entre la extensión aparente y la real de la memoria posthipnótica no son pruebas propiamente dichas de lo inconciente; no imponen lo inconciente *directamente y no hacen legítima su introducción* sino gracias al realismo. Lo inconsciente no se nos *proporciona* por los hechos puros y simples, sino por los *deformados* en el sentido de uno de los procedimientos constitutivos de la psicología clásica.

Pero, dirán los psicoanalistas: de todos modos eso no tiene importancia alguna en cuanto a lo *inconciente latente,* porque si Freud nos habla de él, es para indicar que la introducción de la noción de inconciente se impone ya al examen de los hechos independientes del psicoanálisis. Se trata de preparar el espíritu del lector para el gran empleo que hace el psicoanálisis de esta noción por una parte, y evitar podamos servirnos de ella para presentar una vez más la cuestión previa contra los hechos psicoanalíticos, por la otra. Desde luego, Freud abandona exprofeso lo inconciente latente a las discusiones de los "filósofos". Inmediatamente, tras el texto concerniente a la responsabilidad de los recuerdos, dice:

"Los filósofos nos objetarán, sin duda, lo siguiente: No; el término de inconciente no tiene entonces significación alguna; mientras la representación se encontraba en estado de latencia, no era absolutamente nada de psíquico. Si quisiéramos contradecirles sobre este punto, entablaríamos querella verbal en la que nada íbamos a ganar." [58] Y el hecho es que lo inconciente latente importa poco al psicoanalista: "... Hemos llegado a la noción de lo inconciente por otro camino, dice Freud en las mismas páginas, y ha sido por la elaboración de hechos en los que juega la *dinámica psíquica* ..." [59]

II

Dice Freud: "La experiencia nos ha revelado, es decir, que nos hemos visto forzados a suponer la existencia de procesos psicológicos o de representaciones muy intensas . . . que pueden ejercer sobre la vida mental todos los efectos de las representaciones ordinarias y hasta efectos que pueden a su vez llegar a ser concientes en forma de representación, pero que continúan siendo inconcientes . . . Entonces interviene la teoría psicoanalítica para afirmar que las representaciones de este género no pueden ser concientes, porque a ello se opone cierta fuerza, y sin esto, podrían llegar a ser concientes, pudiendo ver entonces cuán poco difieren de otros elementos psíquicos, reconocidos como tales. Esta teoría se hace irrefutable por el hecho que la técnica psicoanalítica ha puesto en nuestras manos los medios para vencer la fuerza de resistencia y hacer concientes las representaciones en cuestión. El estado en que se hallan las representaciones antes de llegar a hacerse concientes lo llamamos nosotros *reflujo,* rechazo, repudio, y la forma que lo ha producido y que lo mantuvo se nos presenta durante nuestro trabajo analítico como *resistencia.*"

"Nuestra concepción de lo inconciente deriva, pues, de la teoría del reflujo. Lo repudiado es para nosotros el modelo de lo inconciente."

Lo inconciente propiamente psicoanalítico es, pues, no ese inconciente que no pasa de ser una sombra, es decir, lo inconciente "latente", sino lo inconciente, viviente, que obra, en una palabra, lo inconciente "dinámico" que nos vemos forzados a admitir, en vista del hecho de la *resistencia* y del *reflujo.*

Veamos la manera como se articula el argumento habitualmente:

El punto de partida lo da la resistencia. Durante el análisis, el sujeto *resiste* a ciertos pensamientos. Se prohibe tener deseos homosexuales o incestuosos cuando la presencia de estos últimos es resultado del sueño. Inmediatamente hay que observar no se trata simplemente de *evitar la confesión pública de una cosa que se sabe,* puesto que la verdadera resistencia es anterior al saber:

el sujeto resiste precisamente antes del saber mismo, hace todo lo posible para que el análisis no le conduzca allí: comienza por declarar que nada pasa por su mente; luego presenta objeciones contra el método psicoanalítico, lo declara fantástico, etc. . ., pero como todo eso tiene lugar precisamente antes de la aparición de un pensamiento o de un recuerdo penoso, es legítimo ver en ello la resistencia. Freud dice: *"Todo sucede entonces como si el sujeto quisiese cerrar la entrada de la conciencia a una representación condenada.* La resistencia durante el análisis revela, pues, existencia de una fuerza que rehusa la entrada en la conciencia a ciertos estados psíquicos. Pero no hay razón para suponer que la resistencia es algo improvisado, puesto que la condenación del estado psíquico al que se resiste es anterior al análisis, puesto que resulta, ya de un juicio de valor de origen social, ya de acontecimientos individuales muy anteriores al análisis. En estas condiciones, la resistencia durante el análisis no es más que manifestación de una resistencia que se ejerce en toda la vida de manera continua, que, en una palabra, es *fuerza constante.*

Ahora bien, las representaciones a que se resiste son reales aun cuando la resistencia les impide lleguen hasta la conciencia. La primera prueba es que "hemos encontrado en la técnica psicoanalítica los medios para vencer la fuerza de resistencia y hacer que las representaciones en cuestión sean concientes".[60] Llega Freud a decir que por eso la teoría que afirma la existencia de esas representaciones, por decirlo así, de la otra parte de la resistencia, se hace "irrefutable" *(Ibid).* Pero salta a la vista que si sólo fuera eso, nos veríamos sencillamente conducidos a una deformación análoga a la que produce lo inconciente latente. De hecho, la prueba más seria, es que del otro lado mismo de la resistencia, y anteriormente a su vencimiento, *la existencia de las representaciones en cuestión se nos revela por su acción.*

La verdadera prueba de lo inconciente reside, pues, en el hecho que estados psicológicos que no son concientes tienen efectos concientes, entonces el efecto real requiere una causa real, y de este modo se hace necesario la introducción de la noción de lo inconciente.

De todos modos, lo inconciente que puede probarse "experimentalmente" es lo inconciente dinámico. Lo inconciente latente podrá luego aprovechar la verdad de lo inconciente diná-

mico, pero es cierto que no se invierte este orden verdadero más que por razones "pedagógicas".

Por esta vez nos hallamos frente a un hecho o grupo de hechos cuya misma justificación es independiente de la hipótesis que quiere probarse con ellos, y asistimos a la génesis empírica de la noción de inconciente: nuestras afirmaciones precedentes valederas para lo inconciente *latente* no lo son ya en lo concerniente a lo inconciente *dinámico*.

Pero no hay nada de eso. El hecho citado como prueba de lo inconciente dinámico se comporta de la misma manera que las pruebas de lo inconciente latente: no prueba lo inconciente sino gracias a la exigencia realista.

En efecto, ¿qué significa ante todo la proposición según la cual una representación en sí misma inconciente puede tener efectos concientes?

Vamos a tomar un ejemplo concreto.

En el sueño de la inyección dada a Irma, "a Irma le duele la garganta", significa "anhelo error de diagnóstico". Por lo tanto, ante todo, no hay "explicación" más que sobre el plano de las significaciones, puesto que nos hallamos ante una explicación de texto o más bien ante el análisis de una escena dramática. El deseo de error de diagnóstico explica entonces el dolor de garganta, como el término latino "pater" *explica* el término francés "père", o más bien como los celos explican el gesto de Othello. Para que la traducción pueda llegar a ser relación de causa a efecto, precisa *realizar* los dos contenidos. Entonces "dolor de garganta" se convertirá en "imagen" y "error de diagnóstico" en representación, y el hecho de que es el *sentido* de la "representación" lo que ordena o domina la presencia de la "imagen" se traducirá sobre el plano "ontológico" haciendo de la primera la *causa* y de la segunda el *efecto*.

Por eso la prueba de lo inconciente dinámico resulta esencialmente de la comparación del contenido manifiesto y el latente. Lo que se justifica positivamente es que una intención significativa se ha hecho representar por un signo imprevisto y que su signo adecuado es de naturaleza muy distinta. Mientras estamos en el plano de la significación esta indicación no prueba lo inconciente. En consecuencia, la afirmación de que una representación en sí misma inconciente tiene efectos concientes no es

sino trasposición en términos "ontológicos" del hecho que el segundo relato da "representación" por el signo adecuado del sentido de uno o varios elementos del sueño.

Una vez entendido que la relación "lingüística" o "exótica" debe transformarse inmediatamente en relación casual, y el contenido latente existir tan actualmente como el manifiesto, la inadecuación de los elementos del sueño con referencia a las intenciones significativas de este último se convertirá en revelación de la existencia en el más allá psíquico de una representación.

En general, la *exigencia realista* es lo que transforma los hechos en prueba de lo inconciente, ya se trate de memoria, hipnosis o hechos psicoanalíticos.

No obstante, al realismo hay que añadir el formalismo funcional [61], pues si la exigencia realista puede parecer natural hasta el punto de experimentar la impresión de no hacer, al introducir la noción de inconciente, sino obedecer a los hechos, es porque éstos están ya presentes de tal manera, que a partir de esta presentación el procedimiento realista y, en consecuencia, la hipótesis de lo inconciente, parecen inevitables.

Si la noción de censura nos parece tan plausible, se debe a que se presenta inmediatamente el hecho de la resistencia en términos de *segundo relato*. El sujeto opone enormes dificultades para abordar ciertos temas que se revelan luego como esencialmente significativos. Después de haber efectuado algunas "asociaciones", comienza por decir que nada pasa por su mente, que ya no tiene verdaderamente nada más que decir. Si se insiste, dirá que acaba de tener ciertas ideas, pero que no tienen en verdad importancia alguna. Si se insiste de nuevo, entabla con altanera sonrisa discusión sobre el psicoanálisis. Intenta desarmar al psicoanalista diciendo, por ejemplo, que evidentemente se le dirá que todo eso es resistencia, pero que no pasa de ser arbitrarias afirmaciones, etc... Si se logra decidirlo a investigar juntamente con el analista si todo eso es verdaderamente resistencia y continuar sus asociaciones con este objeto, observaremos finalmente aparecer una idea que el sujeto había confesado verdaderamente con mucho trabajo que, por ejemplo, experimenta un deseo incestuoso, muy claramente caracterizado, etc...

He ahí el hecho de la resistencia. Lo que se da en él es un relato que contiene materiales que permiten aclarar la actitud del sujeto. Diciendo eso no se abandona aún el plano de los

significaciones y no se ha sentado hipótesis alguna. Lo sucedido es que en vez de atenerse a la *significación,* el realismo busca realizar una *entidad psíquica;* entonces se dice que el sujeto ha resistido a la idea de incesto, y el segundo relato procura inmediatamente: resistencia a una *representación.* Del hecho presentado de este modo partirán luego todas las especulaciones psicológicas.

El formalismo reemplaza inmediatamente el drama personal por un drama en tercera persona en el que los actores son los *elementos;* todo el drama desciende entonces hasta el nivel de los últimos, y el hecho se anuncia finalmente de la manera siguiente: *se rehusa a una representación la entrada en la conciencia.*

Como, por otra parte, el sujeto resiste precisamente a las representaciones que explican el sentido del sueño, podremos decir que la escena representada durante la constitución del sueño es exactamente la misma, que también allí se han presentado las representaciones a la puerta de la conciencia, pero que la entrada les ha sido rehusada, y de este modo nos vemos llevados por el simple desarrollo del formalismo a la noción de censura, y, con ella, a toda la mitología freudiana de los procesos y de las instancias.

Claro es que para presentarla en forma de *resistencia a una representación,* precisa procurar resistencia, tal cual puede describirse en el plano de las verificaciones diarias, descripción formal, y con ayuda de esta descripción convertir las *significaciones* en *entidades psíquicas,* transformando los materiales que aclaran la actitud del sujeto en un pequeño drama de esquema mecánico.

Ahora bien, esta manera de concebir la resistencia desquicia hasta cierto punto el hecho en sí; pues el realismo asociado al formalismo fuerza a Freud a acentuar los *términos* del relato en vez de su significación viendo en ellos el factor verdaderamente "*dinámico*", cuando en realidad este factor se halla en otra parte. De este modo, la *descripción freudiana de la resistencia no es justificación, sino hipótesis ya,* y como tal puede y debe criticarse. En efecto, afirmar que el sujeto ha opuesto dificultades para confesar que tuvo pensamientos incestuosos, y decir que ha resistido a la idea de incesto, no equivale exactamente a lo mismo, pues en el primer caso se trata de simple justificación "humana",

mientras en el segundo se trata de *descripción psicológica,* que lleva en sí realismo y el punto de vista formal.

III

Con esta revista general de los hechos citados por Freud como pruebas de lo inconciente hemos querido indicar que si los hechos en cuestión producen la inconciente, sólo es gracias a deformación debida a la asociación del realismo y el formalismo. Inmediatamente se desprende que no son los mismos hechos, tal cual pueden justificarse "humanamente" los que engendran la hipótesis de lo inconciente, sino una *interpretación* de los mismos conforme al punto de vista de la abstracción.

Esta verificación que asienta la legitimidad de una crítica no nos proporciona aún referencia alguna sobre *géneris.* Ahora bien, el desarrollo de la abstracción no llega a lo inconciente más que en ciertos casos bien determinados. Por eso precisa mostrar la manera exacta como llega a engendrar el realismo la hipótesis de la inconciente.

Ya hemos visto que el primer acto del realismo consiste en la transformación del relato significativo en conjunto de realidades psicológicas. Una vez efectuada esta realización, queda el relato "inmovilizado", en el sentido de que su valor significativo no está ya en juego y se convierte simplemente en punto de partida de un segundo relato efectuado con el espíritu del formalismo funcional.

Como ya hemos indicado anteriormente, hay *desdoblamiento del relato significativo:* el plano de las significaciones se sostiene sobre otro plano, que es el de las entidades psíquicas. Al mismo tiempo hemos indicado que el desdoblamiento no aportaba nada de nuevo. Que el relato sea aún significativo, que esté ya inmovilizado o desdoblado, el único dato positivo es siempre la significación: la ilusión de que el desdoblamiento procura algo de nuevo proviene solamente del hecho que este último, una vez efectuado, los términos del relato significativo se convierten en temas de un relato nuevo, que es el *segundo relato.*

Pero, precisamente, puesto que a despecho del desdoblamiento

el único dato real está constituido por el relato significativo mismo, y porque no hacemos más que girar alrededor de estos términos, nada evita *volver de las entidades a las significaciones*, es decir, abandonar la dialéctica del segundo relato para volver a tomar el relato significativo. De este modo, tenemos la impresión de describir realidades que están constantemente *presentes* durante el análisis y las que se puede dar un rodeo, por decirlo así. Este hecho se explica diciendo que las entidades psicológicas son *concientes*.

De esta manera, como nos hallamos en presencia de un desdoblamiento puro y simple, *la afirmación de que tal o cual hecho psicológico es "consciente" significa únicamente que el realismo ha actuado sobre un relato efectivamente proporcionado por el sujeto.*

En otros términos, afirmar que un hecho psicológico es "consciente", *no pasa de ser traducción realista del hecho que el sujeto ha hecho efectivamente un relato determinado en el momento en que la realización se ha efectuado.*

Si pudiera contentarse el realismo, por una parte, con no realizar más que el relato hecho efectivamente por el sujeto y cumplir, por la otra, la realización de la manera como acabamos de indicar, el problema de lo conciente no podría surgir jamás. Pero ocurre precisamente que, en ciertos casos, el realismo se ve obligado a *disociar el par constituido por el relato significativo y su doble "ontológico"*, y en otros casos, *postular un relato que no ha sido proporcionado efectivamente por el sujeto.*

El primer caso se presenta cuando el doble "ontológico" debe realizarse no sólo aparte, sino también anteriormente al relato mismo. Esto es lo que sucede en cuanto a lo inconciente latente. Los recuerdos que constituyen los materiales del relato que hago actualmente no son los únicos de que dispongo. Puedo detenerme súbitamente y pensar en el viaje que acabo de hacer; entonces aparecerán otros recuerdos. También puedo adoptar otras actitudes del mismo modo que contengan recuerdos que constituyan la materia de relatos muy diferentes. Pero por el momento no realizo todos esos relatos; dicho de otro modo: sólo un grupo de recuerdos es actual; los demás no son sino *disponibles*. La psicología clásica apela a la noción de latencia precisamente para explicar esta disponibilidad. Pero como nos encontramos en el plano de las concepciones realistas, precisa realizar los recuerdos

en cuestión, como si los relatos fuesen actuales; pero como no lo son, nos veremos obligados a asentar el doble ontológico del relato aparte del relato mismo. Entonces será imposible realizar este movimiento de vaivén entre las significaciones y las entidades que se hace posible cuando el realismo actúa sobre un relato efectivamente proporcionado; será imposible volver a tomar a voluntad la dialéctica del relato mismo; en pocas palabras, el resultado de la realización será proporcionado, pero el aspecto verdaderamente real del hecho psicológico nos faltará, puesto que no ha habido relato. *El hecho de que sabiendo que en ausencia del relato nos hemos visto obligados, sin embargo, a reemplazarlo, es lo que se traduce por la noción de inconciente latente.*

Esto podemos ilustrarlo por medio de otros ejemplos que no son los de la latencia de los recuerdos. En la memoria posthipnótica se trata también de realizar un relato en un momento en que no es todavía efectivo. El sujeto es incapaz al principio de dar cuenta de lo que le ha acontecido durante la hipnosis; sin embargo, ante los mandatos repetidos del hipnotizador, consigue rememorar lo esencial. De aquí se llega a la conclusión de que ha sabido en el momento mismo en que afirmaba no sabía nada; de aquí la necesidad de realizar el relato anteriormente a su realidad llegando a la hipótesis del *saber inconciente.*

De esta manera, el realismo se ve conducido en el caso de lo inconciente latente a no sentar más que el segundo término de los que sienta cuando actúa sobre un relato efectivo, es decir, el resultante del desdoblamiento. Pero como el realismo es procedimiento arbitrario, las entidades psicológicas que deben representar los dobles "ontológicos" de las significaciones son enteramente *ficticias.* Este carácter ficticio del plano ontológico no puede aparecer cuando ambos planos coexisten, pues precisamente la presencia efectva de la significación es lo que se interpreta como para explicar de entidades psicológicas. Pero cuando para explicar la disponibilidad de recuerdos nos vemos llevados a dejar a un lado el término ficticio, el realismo evita que los psicólogos se den cuenta de la ficción, y ésta, transportada de acuerdo con el realismo, aparece como "inconciente". *En pocas palabras, el término inconciente no es más que la traducción del hecho de que se trata de entidades psicológicas puramente ficticias.*

Lo mismo sucede encuanto a lo inconciente dinámico, porque

el funcionamiento del realismo sea, en este caso, diferente a lo que acabamos de decir.

En efecto, lo inconciente no nos es aportado en este caso por *la necesidad de realizar el doble ontológico del relato antes que el relato mismo, sino* por el hecho de que nos vemos llevados *a postular un relato que no ha sido efectivamente proporcionado por el sujeto.*

Tenemos el ejemplo del sueño. El sueño tiene dos contenidos: uno manifiesto, otro latente. Para expresarnos con mayor exactitud, el sueño no tiene más que un solo contenido; pues resulta precisamente del análisis que los términos del relato del sueño no poseen sus significaciones convencionales, sino otra significación que no puede ser determinada más que por el análisis, y la impresión de que tenga dos contenidos resulta únicamente del hecho de poder intentar ante el sueño la dialéctica convencional, que es, como sabemos, ineficaz en la mayoría de los casos.

De todos modos, del análisis resulta que el sueño constituye un relato que no es el que hubiere debido ser *si las intenciones significativas se hubieren servido de sus términos adecuados.* De esto resulta que el relato del sueño tal cual es proporcionado por el sujeto, y en el que las intenciones significativas están *disfrazadas*, debe ser reemplazado por otro en el que estas últimas aparecen con sus signos adecuados.

Desde el punto de vista del realismo, la cuestión se presenta entonces del modo siguiente. Es indiscutible ante todo que el relato manifiesto del sueño debe ser realizado, puesto que el sueño ha sucedido. Pero luego precisa realizar también el contenido latente, puesto que procura el verdadero pensamiento del sueño. Finalmente, deben verificarse estas dos realizaciones en un sentido simultáneamente, puesto que el sueño, aun cuando el sujeto no conoce más que su contenido manifiesto, posee ya la significación que el análisis aclara más tarde. *De este modo nos encontramos en la obligación de realizar un relato que no es efectivo en el momento en que debe realizarse.* Y entonces hallamos el esquema que conocemos ya: puesto que falta precisamente lo que puede garantizar la realidad del doble antológico y que puede presentar la ilusión de moverse entre hechos psicológicos verdaderamente existentes, es decir, el relato efectivo, nos veremos obligados de nuevo a hablar de *fenómenos inconcientes.*

La introducción de lo inconciente en la teoría del sueño resulta

del hecho que junto al relato efectivo nos creemos obligados a realizar otro relato que no es efectivo, pero que se postula en nombre de esta justificación que el pensamiento verdadero del sueño exige un relato diferente al relato manifiesto.

Y como acontece frecuentemente que nada corresponde en el relato manifiesto al latente, las entidades que resultarán del desdoblamiento de este último no pueden evidentemente sino ser *inconcientes*. Así sucede, por ejemplo, que a*Irma le duele la garganta,* significa en el "sueño de la inyección aplicada a Irma": *anhelo error de diagnóstico*. Este deseo no se *nombra* en el sueño, por lo tanto, si se realiza, no podrá ser sino en forma de deseo inconciente.

IV

Que lo inconciente latente, lo mismo que lo inconciente dinámico, son resultado de la realización de relatos, creo no ofrece duda alguna; pues, por una parte, los recuerdos que son realmente disponibles no pueden sernos revelados sino por los relatos que han acontecido efectivamente, y desde estos relatos remontamos luego, por una ficción cuyo mecanismo es claro, en un momento en que se les supone inexistentes para afirmar su *latencia fuera de tiempo;* por otra parte, el sentido del sueño no puede conocerse sino cuando el análisis ha permitido dar el relato del contenido latente. Entonces no sólo *volvemos atrás* para realizar el relato, sino que se parte de allí para explicar la génesis del sueño partiendo de él. Ahora bien, en esta explicación la base de referencia continúa siendo el relato del contenido latente, y todos los problemas que presenta Freud en la Traumdeutung, concernientes a la elaboración del sueño, resultan de una simple comparación entre el *texto* del contenido latente y el del manifiesto. Por esto la dualidad misma del relato revela al principio el *disfraz* y la *censura,* una primera comparación efectuada desde el punto de la presentación de los motivos muestra la *condensación,* y la misma comparación, pero hecha desde el punto de vista formal, presenta el problema de la regresión, etc., etc...

Claro está también que en cuanto al inconciente dinámico es

resultante de la realización de un relato postulado. Y el verdadero problema no consiste entonces en saber si ha habido realización o no del relato, sino en saber si esta realización está justificada.

Si consideramos de cerca, el contenido latente no es sino el sueño tal cual se hubiera desarrollado si, en vez de ser sueño, hubiere sido "pensamiento" simplemente. En efecto, el contenido manifiesto es *simbólico,* las intenciones significativas no aparecen en él con sus signos adecuados, mientras el contenido latente es el mismo texto, pero descifrado, es decir, que procura las mismas intenciones significativas, pero con sus signos adecuados. Ahora bien, el objeto del análisis, según Freud, consiste en rehacer en sentido inverso la elaboración del sueño, es decir, remontar desde el contenido manifiesto hasta el contenido latente. Por consiguiente, es claro que este concepto del análisis equivale a sentar anteriormente al sueño un pensamiento convencional que exprese el sentido del sueño dando a las intenciones significativas sus signos adecuados, y a partir de la cual el pensamiento se ha deformado por razones que Freud busca la manera de indicar con mucho ingenio. De este modo nos hallamos en presencia de un verdadero postulado el *postulado de la anterioridad del pensamiento convencional.*

Este postulado sólo es lo que explica por qué se siente obligado Freud a realizar, anteriormente al relato manifiesto, la significación descifrada de uno de sus términos, y que hace que se vea obligado precisamente a postular un relato que no se efectuó efectivamente; y como sin esta necesidad no se llega a lo inconciente dinámico, hallamos en la base de esta noción el postulado de la anterioridad del pensamiento convencional, que constituye, hasta cierto punto, la forma motriz del realismo cuando llega hasta lo inconciente.

El gran problema consiste en saber si el postulado en cuestión es legítimo o no. Los freudianos pueden alegar esencialmente dos clases de pruebas. Se puede afirmar al principio que la diferencia esencial entre el pensamiento de la vigilia y el sueño estriba en que el sueño es simbólico, mientras el pensamiento del sueño no lo es. Precisa expliquemos este cambio de actitud. Luego podremos, pura y simplemente, dudar que lo que se realiza sea precisamente el relato convencional del pensamiento del sueño, y decir que no se hace sino realizar los factores "dinámicos", que

obran en el sueño sin aparecer en él, como, por ejemplo, los recuerdos de la infancia de que se ha servido el sujeto en el sueño y que no obstante ignora.

En cuanto concierne al primer argumento, enuncia en efecto lo que primeramente nos sorprende en el sueño. ¿De dónde proviene, efectivamente, que ante una formación psicológica sea preciso recurrir súbitamente al análisis en vez de poder conservar la actitud que adoptamos habitualmente ante los relatos? ¿Por qué no se presentan los deseos que expresa el sueño como tienen por costumbre?, o ¿por qué es necesario un análisis para comprenderlos? ¿No es precisamente la prueba del hecho que el pensamiento ordinario se ha *disfrazado?* Entonces nos vemos forzados a suponer en el fondo del símbolo su verdadera significación y remontar así hasta el texto primitivo. Hay que añadir a esto que el mismo sujeto ignora esta significación verdadera, que no llega a ella hasta que la resistencia ha sido vencida y el rechazo o flujo se ha encarrilado, viéndonos forzados a reconocer la *necesidad de sentar lo inconciente dinámico.*

Salta a la vista que el núcleo de este argumento está constituido por el esquema de la traducción. El sueño es el texto original que, en vista de la censura y el reflujo, no puede aparecer sino a favor de una traducción simbólica; pero se olvida algo: y es que no es absolutamente necesario concebir todo simbolismo en conformidad al esquema de la traducción. Tal vez sea legítimo concebir en forma de traducción, bajo forma disfraz, el *simbolismo voluntario y razonado.* De este modo podemos querer figurar por medio de la pintura o la música "ideas" o "sentimientos". En éstas se va en efecto del signo adecuado al símbolo; pero decir que el sueño procede exactamente del mismo modo, casi equivale a afirmar que el signo adecuado es inconciente, y eso tal vez sea afirmación hecha algo a la ligera. Porque, suceda lo que suceda con respecto a lo inconciente, lo cierto es que el sueño no resulta de un simbolismo querido y razonado. La prueba de ello es que el sujeto ignora no sólo la significación de los símbolos del sueño, sino al mismo tiempo que existe símbolo en general, y esto lo ignoraban los mismos psocólogos hasta el advenimiento del psicoanálisis. Tal vez no sea imposible que el simbolismo del sueño sea, en estos condiciones, de naturaleza completamente diferente.

En efecto, si consideramos el sueño como realización de un

deseo, aparece ante nosotros como un *escenario*. El escenario tiene por *forma* precisamente el deseo en cuestión; el sueño sigue, por decirlo así, la dialéctica de este deseo. Lo mismo sucede si consideramos que el sueño reproduce, con materiales recientes, construcciones infantiles. Ahora bien, para que la disposición de cierto número de elementos, de acuerdo con el escenario de un deseo, o una construcción infantil, pueda efectuarse, no es necesario que el deseo o construcción en cuestión sea, anteriormente al sueño en sí mismo, objeto de una representación distinta para el sujeto lo mismo que tampoco es necesario creer que durante un partido de tenis las reglas del juego obren "inconcientemente". De la misma manera sería inútil atribuir al deseo o a la construcción infantil una *existencia psicológica distinta;* pues ese deseo y esa construcción se desprenden del análisis mismo del relato y representan resultados de abstracciones. Lo verdaderamente real, es la *significación* del relato mismo, y si nos atenemos a esa significación, ninguna razón tendremos para realizar aparte y en lo inconciente, lo que es *implicado* como dialéctica en la construcción del sueño.

En estas condiciones el símbolo del sueño no es precisamente "el disfraz de un texto primitivo". El hecho es que sus elementos se toman con una dialéctica imprevista, dialéctica individual que precisamente se trata de analizar, y el análisis debe indicarnos qué dialéctica es ésa y cuál es la forma o construcción que explica el sueño, pero no buscar la manera de remontarnos a no sé qué "texto original".

En suma, nos hallamo sen presencia de dos hipótesis: una es la freudaliana, que concibe el sueño como transposición verdadera que parte de un texto original deformado por el trabajo o elaboración del sueño: la otra, por el contrario, presenta al sueño como resultante del funcionamiento de una dialéctica individual. La diferencia esencial entre estas dos concepciones reside en el hecho de que en la primera el sueño es algo derivado, mientras en la segunda es fenómeno primitivo que se basa a sí mismo. Propiamente hablando, el sueño, en estas condiciones, no posee dos contenidos: el latente y el manifiesto. En efecto, no puede tener contenido manifiesto más que si se intenta interpretarlo en un plano de dialécticas convencionales. Pero, precisamente, esas dialécticas son ineficaces en el caso del sueño: el sueño no es obra suya, puesto que no se explica más que por

medio de una dialéctica personal. El sueño no tiene, por lo tanto, más que un solo contenido, el que Freud denomina contenido latente. Pero este contenido lo posee inmediatamente y no *posteriormente a un disfraz.* El simbolismo aparece sólo como disfraz *en el caso que se reemplace la dialéctica que explica el sueño por su relato y si se realiza este relato anteriormente al sueño mismo.* Por consiguiente, para que la necesidad de la realización del contenido latente anteriormente al contenido manifiesto sea evidente, precisa procurar una interpretación estática de la *forma* del sueño, es decir, *abandonar la significación y realizar el relato.* Por esto se explica los sueños frecuentemente por un recuerdo de la infancia. Pero en vez de concebir ese recuerdo de la infancia desde un punto de vista verdaderamente dinámico, es decir, como signo de una construcción o comportamiento, se considera desde un punto de vista estático, haciendo de él precisamente el recuerdo que se realiza como cosa y al cual nos veremos forzados luego a prestar propiedades y efectos mecánicos.

De este modo se explica finalmente la necesidad de introducir lo inconciente. Si se interpreta el recuerdo infantil desde el punto de vista dinámico, como significativo de un comportamiento o construcción, no podemos decir que está ausente en el sueño: está presente en él de la misma manera que están presentes las reglas del juego en un partido de tenis. Pero si se interpreta desde el punto de vista estático, como recuerdo-representación o recuerdo-imagen, y por ello como entidad psicológica, precisa entonces un lugar separado, y como no está estáticamente presente en el sueño, nos veremos forzados a proyectarlo en lo inconciente.

De este modo los hechos sobre que reposa el argumento que consideramos no pueden probar la legitimidad del postulado de la anterioridad del pensamiento convencional, porque en realidad, este postulado es anterior a estos hechos. El simbolismo del sueño no prueba este postulado más que si se concibe precisamente este simbolismo como disfraz, como transposición, pero esto supone una concepción de elaboración del sueño que toma como base de referencia el relato realizado del contenido latente, lo que implica o supone precisamente el postulado en cuestión.

Lo mismo sucede en cuanto al segundo grupo de argumentos. Ya hemos visto anteriormente que Freud insiste sobre el hecho que lo inconciente psicoanalítico, es lo inconciente dinámico que

revela su existencia por medio de una acción real sobre la conciencia, y que la teoría se hace irrefutable por el hecho que, una vez desaparecida la resistencia, los elementos inconcientes se convierten en concientes.

En lo concerniente a la primera parte del argumento, el hecho fundamental sobre que se basa, es esencialmente la acción de los recuerdos de la infancia.

Después de lo que acabamos de decir, es fácil mostrar que gracias a un artificio, más bien a una ilusión, se puede declarar que, cuando se ha hallado la explicación de un sueño en un recuerdo de la infancia, se ha encontrado realmente un "factor inconciente que produce efectos concientes".

¿Qué pretenden decirnos con exactitud cuando se afirma que tal recuerdo de infancia explica tal sueño? Esencialmente se trata de indicar que en la base del sueño en cuestión se halla una construcción que constituye la significación de un recuerdo infantil. Pero de esta justificación misma resulta que la construcción que figura en la base del recuerdo de la infancia está *presente* en el sueño y, por consiguiente la aparición del recuerdo no aporta la *revelación de una realidad psicológica distinta del sueño mismo, sino que permite simplemente la identificación de la construcción actualmente presente en el sueño tal cual es.* En otros términos, al entrar en posesión del recuerdo en cuestión, no hemos conseguido arrancar el velo que cubría una entidad, sino que hemos entrado en posesión de una nueva luz, una precisión decisiva proyectada sobre el problema que nos ocupa. No es que nuestra visión se haya desplazado *de una realidad a otra realidad*, sino que hemos profundizado nuestra comprensión sirviéndonos de una nueva relación. Si nos transportamos al plano de la abstracción, comenzaremos por realizar el sueño manifiesto; luego realizaremos el recuerdo de la infancia aparecido, convirtiéndolo en cosa, de tal manera, que el recuerdo que no era hace un momento más que *instrumento de reconocimiento,* se covertirá ahora en *revelación de una cosa,* y entonces será necesario inventar un esquema mecánico, para explicar su acción, por una parte, y hablar del retorno a la conciencia de un factor que había obrado inconcientemente, por la otra.

No se puede, pues, interpretar los hechos de este género como revelación de un inconciente realmente actuante; nuevamente el

postulado, íntimamente ligado al realismo, es anterior a los hechos que deben justificarlo.

El examen de las pruebas del postulado de la anterioridad del pensamiento convencional nos conduce a una conclusión análoga a la que hemos llegado en el examen de las pruebas de lo inconciente.

Los hechos que se cita como pruebas de ese postulado no son precisamente más que hechos deformados en conformidad a este último.

La primera deformación de los hechos está constituida por la manera como se concibe el papel del análisis. En el espíritu de Freud y de los freudianos, el análisis es esencialmente reconstitución, aunque el mismo Freud reconoce que todos los momentos del análisis no poseen valor histórico. Ahora bien, el hecho, tal como se justifica, es que el análisis enseña al sujeto lo que anteriormente ignoraba, por ejemplo: el sentido del sueño.

Pero, se nos dirá: el sujeto es quien ha soñado y él es también quien ha proporcionado los necesarios elementos para la interpretación, por lo tanto *sabe*, y como este saber no está manifiestamente disponible, sabe, pero de manera inconciente. En eso no hay más que otra deformación que hacemos sufrir al hecho. Afirma el sujeto no conocer el sentido del sueño; no se quiere aceptar esta afirmación, y decimos que el sujeto sabe. En efecto, no podemos creer que el sujeto no sepa, *porque precisamente suponemos el relato del contenido latente realizado*, y no serán tampoco ahora los hechos los que prueban este postulado, sino que se deforman en nombre de dicho postulado.

Nada contiene de sorprendente esta comprobación o justificación. Una vez establecido que el postulado en cuestión está íntimamente unido al realismo y a la abstracción en general, es natural se reconozca en él, no una verificación empírica, sino un principio *a priori:* y hasta hubiera sido absolutamente inútil insistir sobre este punto si los psicoanalistas no hubiesen contraído el hábito de presentar lo inconciente como hipótesis que los hechos nos imponen *inmediatamente.*

V

De todas maneras es conveniente, ahora que parece bien establecido que nos encontramos ante un postulado en el pleno sentido de la palabra, examinar, con un poco más de precisión que hasta este momento lo hemos efectuado, la naturaleza de dicho postulado.

Evidente es que si el sueño, y en general los síntomas neuróticos, tienen sentido, lo tienen en el momento en que se producen; y si el sueño en particular es la satisfacción de un deseo, se está en satisfacción en el momento en que se sueña. Desde este punto de vista, el análisis no hace sino explicar lo que *es* el sueño y lo que *son* los síntomas neuróticos, y como esta explicación se ha verificado esencialmente en el plano del relato, podemos decir que en ese sentido determinado el *análisis hace pasar al plano del relato el ser en primera persona,* y que desde este punto de vista el *contenido latente* de un sueño o un síntoma neurótico no es más que una *descripción,* es decir, *un relato convencional cuyo tema es precisamente una actitud vivida.* Si el análisis es necesario, es porque precisamente el relato del sueño, tal cual es hecho por el sujeto, no contiene más que la construcción "escénica" de la actitud realmente vivida; el misterio del sueño está en gran parte constituido por esa inadecuación del relato con respecto al verdadero contenido de la actitud que lo constituye: *el ser en primera persona contiene algo más que el relato disponible:* Ahora bien, el postulado de la anterioridad del pensamiento convencional, asentando la realidad del contenido latente, no hace sino corregir este estado de cosa, de tal manera, que desaparece el apartamiento entre el ser en primera persona y el relato, pues el contenido latente no es sino el relato adecuado de la actitud vivida, y al realizarlo para hacer de él el punto de partida de la explicación de la génesis y operación del sueño, no se hace más que asentar como principio que debe siempre hallarse en él un relato adecuado al ser en primera persona. En eso estriba el verdadero sentido del postulado que examinamos. Significa esencialmente que se asienta como principio que no se puede vivir más de lo que se piensa, que, en otros términos, todo comporta-

miento supone un relato adecuado de donde procede. Por eso, *cuando un comportamiento es más de lo que el relato que le acompaña indica, proyectaremos en lo inconciente lo que falta al relato para que sea adecuado.* La esencia de este postulado consiste en asentar que el hecho psicológico no puede existir más que en forma recitativa, y al decir que el postulado de la significación convencional no es, en realidad, más que el *postulado del pensamiento recitativo,* no hacemos sino enunciar su verdadera esencia.

Después de las observaciones precedentes no es difícil hallar el esquema intelectualista en la base del postulado que examinamos, porque la idea de que todo comportamiento supone relato adecuado de donde procede, afirma precisamente la primacía de la *representación*, sobre el *ser* y la de la actitud *reflexiva*, es decir, *descriptiva,* sobre la *vida.* Pero, en realidad, en eso no hay más que consecuencia de que el realismo actúa siempre sobre los *relatos,* a despecho de sus protestas y tentativas de finura. El postulado mismo no representa nada más que generalización, y, hasta cierto punto, posición absoluta de lo que se justifica en los relatos ordinarios. *A causa de que los relatos ordinarios son efectivamente descriptivos, y por la razón que con ayuda de los relatos descriptivos efectúa la psicología sus primeras realizaciones fabricando sus entidades fundamentales, se erige luego ese tipo de hechos psciológicos en tipo universal, y se postula, precisamente, en donde falta el relato adecuado, un relato adecuado inconciente.*

De esta manera se aclara la verdadera función de lo inconciente. Como es precisamente el lugar de los relatos postulados en nombre de la exigencia que acabamos de describir, su función consiste esencialmente en asegurar a esta exigencia su valor permanente. En efecto, se hablará de inconciente cuando precisamente el hecho, tal cual es justificado, deje sin efecto el postulado. De tal manera, que lo que falta al hecho para que el postulado tenga valor, aportándole siempre lo inconciente, hace que el postulado sea irrefutable, y, de rebote lo inconciente mismo llega a ser igualmente irrefutable; brevemente, lo inconciente hace irrefutable el postulado, y el postulado hace irrefutable lo inconciente.

revela su existencia por medio de una acción real sobre la conciencia y que la teoría se hace irrefutable por el hecho que, una vez desaparecida la resistencia, los elementos inconcientes se convierten en concientes.

En lo concerniente a la primera parte del argumento, el hecho fundamental sobre que se basa, es esencialmente la acción de los recuerdos de la infancia.

Después de lo que acabamos de decir, es fácil mostrar que gracias a un artificio, más bien a una ilusión, se puede declarar que, cuando se ha hallado la explicación de un sueño en un recuerdo de la infancia, se ha encontrado realmente un "factor inconciente que produce efectos concientes".

¿Qué pretenden decirnos con exactitud cuando se afirma que tal recuerdo de infancia explica tal sueño? Esencialmente se trata de indicar que en la base del sueño en cuestión se halla una construcción que constituye la significación de un recuerdo infantil. Pero de esta justificación misma resulta que la construcción que figura en la base del recuerdo de la infancia está *presente* en el sueño y, por consiguiente la aparición del recuerdo no aporta la *revelación de una realidad psicológica distinta del sueño mismo, sino que permite simplemente la identificación de la construcción actualmente presente en el sueño tal cual es.* En otros términos, al entrar en posesión del recuerdo en cuestión, no hemos conseguido arrancar el velo que cubría una entidad, sino que hemos entrado en posesión de una nueva luz, una precisión decisiva proyectada sobre el problema que nos ocupa. No es que nuestra visión se haya desplazado *de una realidad a otra realidad*, sino que hemos profundizado nuestra comprensión sirviéndonos de una nueva relación. Si nos transportamos al plano de la abstracción, comenzaremos por realizar el sueño manifiesto; luego realizaremos el recuerdo de la infancia aparecido, convirtiéndolo en cosa, de tal manera, que el recuerdo que no era hace un momento más que *instrumento de reconocimiento,* se covertirá ahora en *revelación de una cosa,* y entonces será necesario inventar un esquema mecánico, para explicar su acción, por una parte, y hablar del retorno a la conciencia de un factor que había obrado inconcientemente, por la otra.

No se puede, pues, interpretar los hechos de este género como revelación de un inconciente realmente actuante; nuevamente el

postulado, íntimamente ligado al realismo, es anterior a los hechos que deben justificarlo.

El examen de las pruebas del postulado de la anterioridad del pensamiento convencional nos conduce a una conclusión análoga a la que hemos llegado en el examen de las pruebas de lo inconciente.

Los hechos que se cita como pruebas de ese postulado no son precisamente más que hechos deformados en conformidad a este último.

La primera deformación de los hechos está constituida por la manera como se concibe el papel del análisis. En el espíritu de Freud y de los freudianos, el análisis es esencialmente reconstitución, aunque el mismo Freud reconoce que todos los momentos del análisis no poseen valor histórico. Ahora bien, el hecho, tal como se justifica, es que el análisis enseña al sujeto lo que anteriormente ignoraba, por ejemplo: el sentido del sueño.

Pero, se nos dirá: el sujeto es quien ha soñado y él es también quien ha proporcionado los necesarios elementos para la interpretación, por lo tanto, *sabe*, y como este saber no está manifiestamente disponible, sabe, pero de manera inconciente. En eso no hay más que otra deformación que hacemos sufrir al hecho. Afirma el sujeto no conocer el sentido del sueño; no se quiere aceptar esta afirmación, y decimos que el sujeto sabe. En efecto, no podemos creer que el sujeto no sepa, *porque precisamente suponemos el relato del contenido latente realizado*, y no serán tampoco ahora los hechos los que prueban este postulado, sino que se deforman en nombre de dicho postulado.

Nada contiene de sorprendente esta comprobación o justificación. Una vez establecido que el postulado en cuestión está íntimamente unido al realismo y a la abstracción en general, es natural se reconozca en él, no una verificación empírica, sino un principio *a priori:* y hasta hubiera sido absolutamente inútil insistir sobre este punto si los psicoanalistas no hubiesen contraído el hábito de presentar lo inconciente como hipótesis que los hechos nos imponen *inmediatamente.*

V

De todas maneras es conveniente, ahora que parece bien establecido que nos encontramos ante un postulado en el pleno sentido de la palabra, examinar, con un poco más de precisión que hasta este momento lo hemos efectuado, la naturaleza de dicho postulado.

Evidente es que si el sueño, y en general los síntomas neuróticos, tienen sentido, lo tienen en el momento en que se producen; y si el sueño en particular es la satisfacción de un deseo, se está en satisfacción en el momento en que se sueña. Desde este punto de vista, el análisis no hace sino explicar lo que *es* el sueño y lo que *son* los síntomas neuróticos, y como esta explicación se ha verificado esencialmente en el plano del relato, podemos decir que en ese sentido determinado el *análisis hace pasar al plano del relato el ser en primera persona,* y que desde este punto de vista el *contenido latente* de un sueño o un síntoma neurótico no es más que una *descripción,* es decir, *un relato convencional cuyo tema es precisamente una actitud vivida.* Si el análisis es necesario, es porque precisamente el relato del sueño, tal cual es hecho por el sujeto, no contiene más que la construcción "escénica" de la actitud realmente vivida; el misterio del sueño está en gran parte constituido por esa inadecuación del relato con respecto al verdadero contenido de la actitud que lo constituye: *el ser en primera persona contiene algo más que el relato disponible.* Ahora bien, el postulado de la anterioridad del pensamiento convencional, asentando la realidad del contenido latente, no hace sino corregir este estado de cosa, de tal manera, que desaparece el apartamiento entre el ser en primera persona y el relato, pues el contenido latente no es sino el relato adecuado de la actitud vivida, y al realizarlo para hacer de él el punto de partida de la explicación de la génesis y operación del sueño, no se hace más que asentar como principio que debe siempre hallarse en él un relato adecuado al ser en primera persona. En eso estriba el verdadero sentido del postulado que examinamos. Significa esencialmente que se asienta como principio que no se puede vivir más de lo que se piensa, que, en otros términos, todo comporta-

miento supone un relato adecuado de donde procede. Por eso, *cuando un comportamiento es más de lo que el relato que le acompaña indica, proyectaremos en lo inconciente lo que falta al relato para que sea adecuado.* La esencia de este postulado consiste en asentar que el hecho psicológico no puede existir más que en forma recitativa, y al decir que el postulado de la significación convencional no es, en realidad, más que el *postulado del pensamiento recitativo,* no hacemos sino enunciar su verdadera esencia.

Después de las observaciones precedentes no es difícil hallar el esquema intelectualista en la base del postulado que examinamos, porque la idea de que todo comportamiento supone relato adecuado de donde procede, afirma precisamente la primacía de la *representación*, sobre el *ser* y la de la actitud *reflexiva,* es decir, *descriptiva,* sobre la *vida.* Pero, en realidad, en eso no hay más que consecuencia de que el realismo actúa siempre sobre los *relatos,* a despecho de sus protestas y tentativas de finura. El postulado mismo no representa nada más que generalización, y, hasta cierto punto, posición absoluta de lo que se justifica en los relatos ordinarios. *A causa de que los relatos ordinarios son efectivamente descriptivos, y por la razón que con ayuda de los relatos descriptivos efectúa la psicología sus primeras realizaciones fabricando sus entidades fundamentales, se erige luego ese tipo de hechos psciológicos en tipo universal, y se postula, precisamente, en donde falta el relato adecuado, un relato adecuado inconciente.*

De esta manera se aclara la verdadera función de lo inconciente. Como es precisamente el lugar de los relatos postulados en nombre de la exigencia que acabamos de describir, su función consiste esencialmente en asegurar a esta exigencia su valor permanente. En efecto, se hablará de inconciente cuando precisamente el hecho, tal cual es justificado, deje sin efecto el postulado. De tal manera, que lo que falta al hecho para que el postulado tenga valor, aportándole siempre lo inconciente, hace que el postulado sea irrefutable, y, de rebote, lo inconciente mismo llega a ser igualmente irrefutable: brevemente, lo inconciente hace irrefutable el postulado, y el postulado hace irrefutable lo inconciente.

VI

La primera conclusión importante de este análisis es que los psicoanalistas se equivocan al creer que psicoanálisis e inconciente son cosas inseparables. No puede ser así, pues la inspiración fundamental del psicoanálisis es precisamente la orientación hacia lo concreto, mientras lo inconciente es inseparable de los procedimientos constitutivos de la psicología abstracta. Lo que ha podido crear y mantener la ilusión de los psicoanalistas en este punto de vista ha sido que el psicoanálisis se vio obligado, y se ve aún, a servirse de lo inconciente, más que ninguna otra doctrina. Saber que los hechos mismos son los que imponen lo inconciente es hecho indiscutible, pero lo que no es cierto es que la explicación sea la que dan Freud y los freudianos.

Como lo inconciente mide esencialmente la desviación o apartamiento entre los hechos y el postulado del pensamiento recitativo, nos veremos obligados a recurrir a él, tanto más cuanto el punto de vista en que nos coloquemos se aleja más de la clásica ecuación entre los hechos psicológicos y el pensamiento recitativo. Esto sucede en el psicoanálisis. Situaremos en un punto de vista concreto para aceptar como hechos psicológicos únicamente los segmentos de la vida del individuo particular, asignar al análisis psicológico como objeto esencial el establecimiento de la significación del hecho psicológico en el conjunto de la vida del *yo* singular, supone a cada momento la superación de los relatos inmediatos, y la necesidad de aclararlos por los datos del análisis, para determinar la significación precisa del acto del *yo*. El psicoanálisis está pues, orientado por su inspiración fundamental hacia la inadecuación entre el pensamiento recitativo inmediato y la significación real del acto vivido por el sujeto. Ahora bien, si no se abandona la exigencia realista y, en general, los procedimientos de la psicología abstracta, nos veremos llevados necesariamente, por los caminos que hemos intentado describir, a la noción de inconciente. Así aparece lo inconciente en el psicoanálisis necesariamente, pero esta necesidad no es necesidad empírica, sino necesidad *a priori* y debida al hecho que los psicoanalistas se sirven en la elaboración de los hechos de la psicología clásica.

Asistimos a un hecho curioso, por no decir paradójico, que la inspiración verdadera del psicoanálisis no obra más que en la iniciación y descubrimiento de los hechos para cesar inmediatamente en el momento de la interpretación teórica. Y, si aparece lo inconciente es debido a que en el momento de interpretación de los hchos la acción de la orientación concreta cesa para ceder un sitio a los procedimientos clásicos. En una palabra, lo inconciente aparece precisamente en el momento en que deberían aparecer la hipótesis adecuadas a la psicología concreta, y de aquí se desprende que lo inconciente dinámico mismo, lejos de ser descubrimiento verdaderamente interesante del psicoanálisis, en realidad no indica más que su impotencia teórica.

Verdad es que Freud ha pensado escapar a muchas objeciones y hasta crear una teoría muy moderna, adoptando la hipótesis de lo inconciente dinámico. Pero esto no es, en efecto, sino un equívoco más que hay que disipar, pues salta a la vista que lo inconciente de los psicoanalistas no tiene de dinámico nada más que el nombre, mejor dicho, que el dinamismo de este inconciente no puede poseer ninguna significación psicológica.

No se detiene Freud en lo que hay de verdaderamente dinámico en los hechos que considera, es decir, los *actos*, los *comportamientos* y la *forma*, o la ley de estos últimos. Por el contrario, busca elementos "estáticos" que puedan realizar. Así se conduce ante los recuerdos de la infancia, de los que tantas veces se trata en psicoanálisis. Cierto es que la parte dinámica de estos recuerdos, digamos la construcción cuyos signos son, no queda en el olvido ya que hemos indicado en el precedente capítulo, y hay que añadir también que en la reciente evolución del psicoanálisis, como se verá muy pronto, el verdadero dinamismo representa un papel cada vez más importante. Pero en lo concerniente a las realizaciones fundamentales que llegan hasta lo inconciente, todo sucede como si no se quisiese retener más que en el aspecto estático, y de esta manera lo realizado, es el recuerdo-imagen o el recuerdo-representación, y, por lo tanto, identidad y nunca construcción o forma. A partir de este momento el dinamismo se concibe solamente en su relación causal y en la afectividad, no buscando sino un pequeño esquema mecánico en el que el recuerdo elemento realizado, y reforzado por las fuerzas afectivas, obra a la manera de cosa. De este modo llegamos a un dinamismo que se copia pura y simple del dinamismo físico.

Parecido dinamismo no puede poseer significación psicológica alguna, pues el único dinamismo que puede concebirse psicológicamente, es el dinamismo del yo, es decir, un dinamismo en primera persona, y toda concepción diferente a ésta que quisiese dotar de dinamismo a *elementos* que se llaman psicológicos es necesariamente mitológica. Así sucede con la acción dinámica de los recuerdos de la infancia, de su "atracción", y, en general, con todas las porciones que ejercen, según Freud, precisamente porque no pueden poseer las propiedades que les son atribuidas sino cuando se conciben como cosas; pero en ese caso, al pasar al plano de la tercera persona, cesan de ser psicológicas.

Nada variamos en esta situación afirmando que la esencia de lo inconciente dinámico reside en la afectividad, pues los factores afectivos con que pueblan los freudalianos lo inconciente, son resultado, en sí, de las realizaciones que parten de los relatos significativos que aparecen durante el curso del análisis, o dados como contenidos latentes; por eso deben su origen a los procedimientos clásicos. Por otra parte, para hacer de ellos la esencia de la vida inconciente, precisa dotarlos de actividad propia e independientemente, pero de este modo, al transportarlos al plano de la tercera persona, no se puede sino llegar otra vez a una vasta mitología.

VII

Cierto es que los análisis y reflexiones precedentes no constituyen *refutación* de la hipótesis de lo inconciente; tienen objeto muy distinto. Se trata, en efecto, de demostrar dos puntos esencialmente, a saber: que *lo inconciente es inseparable de los procedimientos fundamentales de la psicología abstracta*, y, por otra parte, que, *lejos de constituir progreso en psicoanálisis, indica regresión precisamente: el abandono de la inspiración concreta y el retorno a los procedimientos clásicos.*

Ese carácter de lo inconciente surge ya de lo que precede con suficiente claridad; sin embargo, no será inútil subrayarlo aportando algunas observaciones suplementarias.

El empleo de la hipótesis de lo inconciente representa progreso

tan poco importante, que Freud recae con él en los defectos que estigmatiza en sus adversarios.

Sabemos que el reproche fundamental que lanza Freud a los teóricos clásicos del sueño estriba en decir que aquéllos lo consideraron como fenómeno negativo, como conjunto de operaciones fallidas y falseadas. Cierto es que Freud se halla lejos de compartir esta opinión; nosotros hemos indicado la manera como ha logrado superarla. Pero junto a este aspecto de la teoría freudiana, en la que el sueño se revela esencialmente como "hecho psicológico en el completo sentido de la palabra", es imposible dejar de reconocer cierta intervención de la concepción clásica, producida y traída precisamnete por el empleo de la noción de lo inconciente. Efectivamente, esta noción implica, como hemos indicado, el postulado de anterioridad del pensamiento convencional. En virtud de este postulado, todo pensamiento debido a dialéctica individual aparecerá necesariamente como *derivado,* teniendo que explicarse a partir de un pensamiento que expresa *el mismo tema* de manera *convencional;* en una palabra, como *pensamiento convencional deformado y desfigurado.* Por este motivo, nos hallaremos siempre ante dos problemas: el primero, referente al *sentido;* el segundo, concerniente a *la causa y mecanismo de dicha deformación,* y ya sabemos con qué cuidado y precisión ha buscado Freud la manera de resolverlos.

De todas maneras, el sueño es de nuevo algo fallido en un sentido, y por lo tanto negativo, aunque las causas de ese fracaso sean positivas en Freud.

El sueño no puede bastarse a sí mismo, es cierto, como ningún hecho psicológico se basta, puesto que lo que importa a la psicología es su significación como segmento de la vida individual, y esa significación no puede determinarse sino gracias a una documentación proporcionada por el sujeto. Pero al afirmar la insuficiencia del sueño tal cual se nos da, basándonos en esa consideración, no recaeríamos en el defecto clásico, pero recaemos en él al considerar la insuficiencia del sueño, no sólo desde el punto de vista de lo necesario para comprender el sentido completo, sino relativamente *a otra realidad psicológica* que contiene los *elementos verdaderamente importantes* y a la que se ve transportado finalmente todo interés. El punto de vista concreto hubiera permitido atribuirlo todo al sueño exclusivamente, sin considerarlo como algo *que no huebiera debido ser normalmente lo que*

es. Pero Freud no ha sabido utilizar para la misma interpretación de los hechos la inspiración concreta de su doctrina, y se ha visto obligado, gracias al postulado de la anterioridad del pensamiento convencional, a hacer intervenir en su teoría el esquema del prejuicio clásico que más le desagrada.

El segundo reproche fundamental que dirige Freud a sus predecesores, es haberse atenido, en cuanto al estudio del sueño, únicamente al contenido manifiesto, o, como hemos dicho, al postulado de la significación convencional.

Ya sabemos que en la primera fase de su pensamiento, en la que sigue la inspiración concreta del psicoanálisis, Freud ha superado este punto de vista llegando al descubrimiento de las dialécticas individuales, descubrimiento que figura en la base misma de la psicología concreta. Pero si examinamos sus construcciones teóricas, nos veremos forzados a reconocer que Freud no ha abandonado el punto de vista del contenido manifiesto tan radicalmente como sus declaraciones pudieran hacerlo creer.

En efecto, como ya hemos indicado, la hipótesis de la inconsciente implica el postulado del pensamiento recitativo. Por lo tanto, lo inconsciente se introduce sólo gracias al hecho de que el sueño burla la exigencia expresada por el postulado en cuestión; en otros términos, no nos vemos obligados a introducir lo inconsciente sino porque esperábamos encontrarlo *todo* en el contenido manifiesto, y como no está todo en él, nos sentimos obligados a *proyectar el complemento en lo inconsciente*. De este modo, *no se abandona realmente el contenido manifiesto, puesto que éste continúa siendo base de referencia para situar los hechos psicológicos*.

De esta manera llegamos a una especie de "paradoja epistemológica": la explicación consiste en la eliminación de lo que tiene que explicarse. El sueño se ha efectuado; entre las intenciones significativas y los signos se han establecido lazos imprevistos y que no podíamos prever: los pensamientos, en vez de tomar sus formas habituales, han tomado formas que, ordinariamente, quedan reservadas a otros pensamientos. La explicación, al introducir lo inconsciente situado en él el relato convencional postulado para determinar y aclarar el sueño, *hace desaparecer la dialéctica individual*, y de esta manera queda eliminado el hecho más interesante; lo que existía y existe todavía es una dia-

léctica convencional, que se encuentra en lo inconsciente precisamente.

De este modo nos vemos llevados finalmente al postulado de la significación convencional, pues precisamente la estructura del pensamiento proyectada en lo inconsciente es tal, que las significaciones se encuentran afectas en ella a sus signos adecuados, y para volver a hallar esta adecuación que el sueño no respeta, introducimos lo inconsciente, para realizar los signos de sus significaciones, que, al mismo tiempo que están presentes en el sueño, se hacen representar por otros signos.

Podemos llegar a conclusiones análogas examinando de la misma manera el tercero de los grandes reproches que los psicoanalistas hacen a la psicología clásica. El modelo de todo pensamiento, según ella, es el pensamiento consciente. Afirma Freud, por el contrario, haber desplazado el acento de lo consciente a lo inconsciente.

Si consideramos las construcciones teóricas de Freud, debemos reconocer, sin embargo, que Freud ha caído, por una parte, en ese mismo defecto, porque en Freud es evidente, después de lo que acabamos de decir respecto al contenido manifiesto, que la conciencia es lo que continúa siendo a pesar de todo base de referencia que permite situar los hechos psicológicos; porque si no esperásemos que toda la significación de un comportamiento fuese formulada en forma de relato, es decir, consciente, no podríamos considerar como descubrimiento extraordinario el hecho de que no sucede siempre de este modo. Gracias a esta exigencia engañada, los freudianos pueden admirar su descubrimiento de lo inconsciente. De tal modo, que las construcciones teóricas de Freud, lejos de destituir realmente la conciencia, representan precisamente una visión relativa a la conciencia.

Pero la conciencia no interviene solamente en el psicoanálisis como *base de referencia,* sino que es también modelo de acuerdo con el cual está constituido lo inconsciente. En efecto, la estructura del complemento que se proyecta en lo inconsciente está calcada exactamente sobre el pensamiento consciente, y únicamente por buscar, junto al acto, un relato cuya estructura sea la misma que la de los relatos que acompañan de ordinario a las acciones, nos vemos obligados a postular lo inconsciente. Aunque se nos hable luego de los procesos originales de lo inconsciente, de sus estados, que tal vez no lleguemos a conocer nunca con exactitud,

en nada variará eso la verdad de nuestra afirmación, puesto que en ello no hay sino refinamientos progresivos que Freud aporta a un edificio cuyos cimientos han sido asentados de acuerdo con el pensamiento conciente.

VIII

Parece, pues, estar fuera de duda que lo inconciente esté indisolublemente ligado a los procedimientos fundamentales de la psicología abstracta, hasta el punto que conduce a Freud a los prejuicios que precisamente pretende combatir. Por ello mismo, la falsedad de esta hipótesis se halla indirectamente demostrada. Ligada a los procedimientos clásicos, reposa como estos últimos en el punto de vista de la tercera persona. Pudiéramos dar por terminado en este punto el examen del problema de lo inconciente, puesto que basta mostrar que un procedimiento o noción implique abstracción para que no pueda tratarse ya de ellos en la psicología concreta. Pero los procedimientos clásicos están de tal manera arraigados en nosotros, que la hipótesis de lo inconciente nos parece fácil y cómoda, hasta irresistible, y no nos damos cuenta de que esta facilidad y comodidad se originan exclusivamente en el hecho de olvidar su absurdidad fundamental. No será inútil que, en estas condiciones, lleguemos hasta la demostración directa de este absurdo, aunque dicha demostración no pueda aportar al debate ningún elemento verdaderamente esencial, dado que la hipótesis de lo inconciente no se halla eliminada sino por la nueva orientación de la psicología; pero por esta razón precisamente nos contentaremos con una demostración rápida.

Hágase cuanto se quiera, los datos psicológicos no pueden conocerse nunca más que por el relato. Que ciertos relatos aparezcan a los psicólogos como descripción de realidades *sui generis*, no queire decir que sean *dato inmediato*, sino *interpretación*, y el dato inmediato no puede ser siempre más que la *significación;* todo lo demás no pasa de hipótesis: sean cuales fueren las protestas de los psicólogos introspeccionistas, no hacen más que filtrar a través de un aparato complicado de hipótesis y postulados los datos de los relatos significativos.[62]

Ahora bien, si se llega a lo inconciente, es debido a que no pudiendo contentarnos con el relato efectivo, nos vemos obligados a postular relatos que no se efectúan en el momento en que son realizados, y se inventan de acuerdo con un conjunto de principios que están lejos de ser resúmenes de experiencia. Nos sustituimos, hasta cierto punto, ocupando el lugar del sujeto para hacer, de acuerdo con ciertas exigencias, un relato que no ha hecho dicho sujeto, y para poder prestarle estos relatos inventados simplemente en nombre de exigencias puramente teóricas, introducimos lo inconciente. De esta manera podemos afirmar, sin paradoja alguna, que siendo lo inconciente el lugar o terreno de los relatos postulados, pero inexistentes, los fenómenos inconcientes representan hechos psicológicos inventados en todas sus partes "por necesidades de causa".

La falsedad de lo inconciente queda evidenciada precisamente por el hecho que los fenómenos pretendidamente inconcientes están enteramente en el *aire,* pues si es cierto que no existe ningún dato psicológico verdadero, a no ser el relato efectivo, lo inconciente resultante de la realización de los relatos que no se han efectuado, no puede corresponder a realidad alguna; para la hipótesis de lo inconciente, se trata de un callejón sin salida del que no le será posible escabullirse.

IX

Esta conclusión de los análisis precedentes, es decir, que lo inconciente no es ni impuesto por los hechos mismos, ni sostenible ante una reflexión suficientemente esclarecida sobre la naturaleza de los hechos psicológicos, no significa de ninguna manera precisa retornar a la exclusividad de la conciencia, y la afirmación de que la psicología concreta debe desviarse de la hipótesis de lo inconciente no quiere ser anuncio de la vuelta a la antítesis a la tesis.

Lejos de eso, basta considerar esta íntima relación [63] entre la noción de conciencia, por una parte, y la actitud realista, por la otra, para comprender que desde el punto de vista de una psicología que se aparta de las *realidades* para estudiar solamente

significaciones dramáticas, el problema clásico de la conciencia es problema infinitamente lejano, y que la verdadera solución no puede estar representada ni por una ni por otra de las dos tesis clásicas, puesto que se halla en un plano en el que la antítesis clásica no tiene interés alguno, ni ninguna significación.

Sin embargo, la demostración completa de la incompatibilidad entre la psicología concreta y la tesis de la exclusividad de la conciencia, superaría, rebasaría enormemente los límites del presente estudio. Porque la inspección, aunque superficial, de las implicaciones de este problema indica claramente que parecida demostración supone examen general de la noción de conciencia. Por eso sería asaz imprudente comprometer el lacance de cierto número de ideas, valiosas en sí mismas, desarrollándolas de modo que no pueda figurar en este estudio sino en segundo plano.

Por otra parte, no es a esta demostración general a lo que nos conduce el movimiento natural de nuestros análisis. Lo que hemos demostrado, en efecto, es que únicamente los procedimientos de la abstracción permiten afirmar lo inconciente en lo concerniente a los hechos psicoanalíticos. En estas condiciones, para apartar el reproche de "reacción" de nuestra crítica, bastará indicar que negar lo inconciente respecto a estos hechos no significa en modo alguno que hay que buscar y encontrar la manera como el contenido de lo inconciente freudiano pueda concebirse como conciente.

En efecto, *la negación del carácter inconciente de un hecho psicológico no implica afirmación de su carácter conciente más que en el caso que fuera absolutamente necesario concebir de una u otra manera la realidad del hecho en cuestión.*

De este modo, por ejemplo, la negación del carácter inconciente del contenido latente del sueño no implicaría su posición en la conciencia más que en el caso en que el contenido latente debiera concebirse en forma absoluta como psicológicamente real en el momento en que el sueño se elabora y desarrolla.

Es indiscutible que el sentimiento de esta necesidad existe entre los psicólogos. Están convencidos, en efecto, de que si la representación generatriz del sueño no es inconciente, debe ser conciente de una manera u otra. A este sentimiento corresponde la tesis según la cual los hechos que llama Freud inconcientes participan también de la conciencia, aunque de manera más

débil que los hechos de la conciencia clara, tesis que cita Freud al comienzo de su reciente obra, "*Das Ich und das Es*".

Pero también es cosa evidente que este sentimiento no tiene valor más que cuando se establece la precisión de concebir como psicológicamente reales los hechos en cuestión.

Ya sabemos que el contenido de lo inconciente es resultado de la realización del contenido latente. Este último no es sino el relato explícito del sentido del sueño, que es postulado por el sujeto precisamente como contenido latente inconciente. Ahora bien, la negación de lo inconciente no puede originar la afirmación de la conciencia del contenido latente más que en el caso en que continuemos postulando la realidad del contenido latente, es decir, si continuamos exigiendo al sujeto, al mismo tiempo que el sueño, el relato explícito del sentido del mismo, o sea, el sueño al mismo tiempo que el *conocimiento del sentido del mismo*. De esta manera hallamos en la base de esta necesidad, al parecer tan imperiosa, *el postulado del pensamiento recitativo*, a saber: la misma confusión entre el "ser y el conocer" que hemos registrado ya respecto a lo inconciente.

En estas condiciones la condenación de lo inconciente no asienta la obligación de alojar de un modo u otro en la conciencia los hechos que rehusamos considerar como inconcientes, más que si la negación recae únicamente sobre el *carácter* o la *manera de ser* de cierto número de hechos cuya realidad se reconoce desde luego. Esto es lo que caracteriza precisamente el aserto de la tesis que acabamos de citar.

Ahora bien, nuestra crítica es de muy distinta naturaleza. *Nosotros hacemos que la negación recaiga sobre la realidad misma de los hechos que se pretenden inconcientes.* Efectivamente, estos hechos aparecen como fabricados con toda clase de retazos, de acuerdo con exigencias que son no sólo incompatibles con la orientación de la psicología concreta, sino también con los hechos mismos, puesto que comportan deformación continua de estos últimos.

En efecto, no nos parece legítimo exigir al sujeto más que el cumplimiento del acto. La significación de dicho acto puede serle conocida, pero el sueño y los hechos de la patología mental nos muestran suficientemente que también puede ignorarlos. Ahora bien, obsesionados por la idea que la esencia de la vida psicológica, es el hecho de ser "para sí", los psicólogos rehúsan

conocer esta ignorancia; quieren, cueste lo que cueste, salvar el "para sí", aunque esta salvación fuese equivalente, en ciertos casos, a un asesinato. De esta manera nace la hipótesis de lo inconciente.

Ahora bien, al negar lo inconciente, no hacemos sino renunciar a esta absurda exigencia que requiere que el objeto de una ciencia sea, al mismo tiempo, su constructor; y por renunciar de este modo a todo aparato de abstracción que garantiza la realidad de los hechos inconcientes no tenemos que preguntarnos de qué manera precisa concebir el contenido de lo inconciente, después de haber negado dicho inconciente. *Ese contenido no existe.* El sujeto ha soñado; eso es todo cuanto tenía que hacer. Desconoce el sentido del sueño; no tiene que conocerlo como sujeto puro y simple, pues este conocimiento concierne al psicólogo; en pocas palabras, el contenido latente, es decir, el conocimiento del sentido del sueño, no puede ser *antes del análisis* ni conciente, ni inconciente: no existe, porque la ciencia no resulta sino de la obra del sabio.

Mientras se defina el hecho psicológico como simple realidad interna, el carácter paradójico de la exigencia de la omnisciencia del sujeto respecto a su vida interior no puede surgir, porque la ciencia de sí al ser relativa simplemente a una realidad, es posible no sólo postular, sino comprobar, gracias a procedimientos que no tenemos que profundizar en este lugar, la existencia de una intuición *sui generis* que comprende inmediatamente las formas de la "sexta esencia". Pero cuando no se trata de *comprender entidades, o cualidades,* sino de *comprender el sentido de un comportamiento,* cuando se trata, no de "asistir al desarrollo de una vida dada inmediatamente para sí", sino de analizar el drama concreto de la vida individual, entonces no podemos ya pedir al sujeto sea actor al mismo tiempo que espectador inteligente más que exigiéndole el cumplimiento de una obra de conocimiento que no puede resultar más que de un procedimiento tan complejo como el del análisis freudiano.

Por lo tanto no nos equivocamos al afirmar que conciente e inconciente se encuentran envueltos en la misma condenación: la piedra angular de ambas tesis está constituida por el hecho de que se fundan, tanto la una como la otra, en el postulado del "pensamiento para sí" o del pensamiento recitativo. Por eso la negación de lo inconciente o nos conduce a la afirmación de la

exclusividad de la conciencia, y la negación de esta exclusividad no implica la introducción de lo inconciente: la confusión que engendra el postulado en cuestión es incompatible con la psicología concreta, pues el hecho psicológico original, es la vida dramática del hombre, y la psicología concreta que quiere conocerla no espera del sujeto otra cosa sino dicha vida dramática. La psicología clásica, al contrario, requiere mucho más: le pide también *una obra de conocimiento,* y, lo que es más, quiere hacer de esta exigencia la comprobación fundamental de la psicología. Ahora bien, *vida y conocimiento no son sinónimos*: el sujeto que posee la vida psicológica no se ve forzado a poseer al mismo tiempo el conocimiento psicológico, si no la psicología es inútil. La paradoja de la psicología clásica consiste en suprimirse como ciencia a partir de la posición de su primer principio. ¿Cómo calificaríamos de ciencia lo que no pasa de ser relato de una visión? La psicología concreta, al contrario, suprime esta paradoja, *porque no reclama para el conocimiento psicológico ninguna estructura privilegiada,* y no requiriendo del sujeto que sea psicológico, encuentra natural que no lo sea; y precisamente por no considerar que la ignorancia del sujeto en lo referente a su propio ser psicológico sea hecho particularmente notable, no tiene necesidad alguna de la noción de lo inconciente.

De nuestra crítica de lo inconciente se desprende una conclusión enteramente negativa: lo inconciente no pasa de ser apariencia cuya falsedad es posible demostrar, y la tentativa de Freud, consistente en querer hacer de la noción de lo inconciente una noción *positiva* cuya afirmación pueda tener valor psicológico verdadero, al ser relativa no a simples *ausencias* o latencias, sino a *presencias* efectivas, ha fracasado ruidosamente.

Mucho nos equivocaríamos si quisiésemos llegar a la conclusión de la inutilidad de todo cuanto se ha hecho en favor de lo inconciente por los predecesores de Freud y por el mismo Freud, pues una vez bien entendido que lo inconciente no representa, desde el punto de vista *dogmático*, progreso alguno, por no ser más que una manera de salvar el "para sí" con toda la psicología clásica, y no siendo inseparable del psicoanálisis, por ser incompatible con la psicología concreta, en una palabra, una vez entendido que las teorías que utilizan lo inconciente no pueden tener la pretensión, tal cual son actualmente, de representar la verdad, las construcciones freudianas, y, en general, todo el mo-

vimiento que ha orientado a los psicológos cada vez más hacia la noción de lo inconciente, nos parece singularmente interesante.

Ya hemos visto, en efecto, que lo inconciente está fabricado de acuerdo con la concepción clásica de la vida psicológica y a imagen de los hechos que son dados para sí. Pero, por otra parte, fuere cual fuere la falsedad psicológica de lo inconciente, sucede que los hechos de lo inconciente no son ya procurados inmediatamente, sino construidos como los de la ciencias ordinarias. Entonces el hecho de que los psicológos se hayan finalmente decidido a aceptar esta noción nos revela claramente el debilitamiento y desgaste del ideal clásico. En otros términos, el movimiento hacia lo inconciente pertenece a un momento decisivo de la disolución de la psicología clásica, a un momento en que, queriendo salvar aún la abstracción, la psicología comenzaba a desprenderse de ella.

DUALIDAD DE LO ABSTRACTO Y LO CONCRETO EN EL PSICOANALISIS Y EL PROBLEMA DE LA PSICOLOGIA CONCRETA

Es muy cierto que el psicoanálisis presenta una dualidad esencial. Anuncia, por medio de los problemas que explana y la manera como orienta sus investigaciones, la psicología concreta, pero la desmiente seguidamente por el carácter abstracto de las nociones que emplea, o que ha creado, y los esquemas de que se sirve. Podemos decir, sin paradoja, que Freud es tan sorprendentemente abstracto en sus teorías como concreto en sus descubrimientos. He ahí el resultado de los análisis que preceden.

Pero sería muy sencillo, como hemos explicado ya anteriormente, explicar el contraste por la falta de claridad o consecuencia del pensamiento de Freud. Los errores de este género corresponden siempre a necesidades históricas y superan la potencia de la lógica individual. Pero precisamente por ser así, no puede haber solución de continuidad verdadera entre los errores y la verdad misma: después de haber condenado, por necesidades metodológicas, la actitud abstracta, la crítica debe mostrar, para que no subsista misterio alguno, que la actitud de Freud representa, en la evolución que llega a poner en evidencia la actitud concreta, una etapa necesaria.

Pero podrá decírsenos que consideramos la cosa verdaderamente demasiado fácil. En efecto, no parece que nos demos cuenta de que el hecho mismo de la dualidad en cuestión corre riesgo de comprometer toda nuestra empresa, al menos en cuanto a que queremos representar, no una psicología concreta que ha

biésemos imaginado *a priori*, sino precisamente la que nos aporta el psicoanálisis. En efecto, la manera como interpretamos la dualidad en cuestión, tal vez no sea la única posible. Esta dualidad puede originarse también en el hecho de que interpretamos el psicoanálisis de manera que no es abstracta más que hasta cierto límite, y la dualidad sería entonces relativa a una interpretación que, no siendo valedera para todo el psicoanálisis, la rasga necesariamente en dos partes, la segunda de las cuales mide precisamente la inexactitud del concepto que tenemos del psicoanálisis. Los intérpretes de las grandes doctrinas filosóficas, por ejemplo, admitieron con frecuencia dualidades de este género, únicamente gracias a ideas preconcebidas y comprensiones unilaterales, ¿no es cierto? ¿No es cierto también, por una parte, que para poner en evidencia lo que llamamos inspiración concreta del psicoanálisis, nos hemos visto obligados a deformar continuamente las fórmulas del mismo Freud? Ahora bien, estas deformaciones son posibles y pueden parecer legítimas hasta cierto límite, pero pronto o tarde el carácter artificial, de parecido método, salta a la vista necesariamente. Entonces es cuando debe aparecer la ilusión de la dualidad.

No basta mostrar, en estas condiciones, la necesidad histórica de lo que llamamos los errores de Freud, pues esta demostración puede no ser sino una paráfrasis de nuestra ilusión. Precisa ir más lejos: es necesario mostrar, y *sin tocar por esta vez las fórmulas mismas de Freud*, que a despecho de su forma técnica que siente completa tendencia por la abstracción, las especulaciones freudianas implican también una actitud que precisa solamente reconocerse y aislarse en su pureza para que sea la de la psicología concreta.

Esta demostración es posible. Pero su posibilidad no hace sino aumentar el peligro resultante para nosotros de esta dualidad que hemos tenido que reconocer en el interior del psicoanálisis; pues, si por un lado, las especulaciones teóricas de Freud no representan más que actitud ya concreta, pero disfrazada, en forma de técnica abstracta, y si, por otro lado, este disfraz es necesario, no será ya la exactitud de nuestra interpretación lo que constituye la cuestión, sino la suficiencia de la concepción que poseíamos de la psicología concreta. Podrá decírsenos, en efecto, que la psicología concreta, tal cual pretendemos verla en la base del psicoanálisis, es muy capaz de revelarnos cosas accesibles para la

psicología clásica, pero ésta, por el contrario, halla su desquite tan pronto se trata de la elaboración teórica, de tal manera que el pretendido retorno a la abstracción puede ser únicamente *revelación de la impotencia teórica de nuestra psicología concreta*. Entonces hay que elegir entre dos cosas: o que hemos adivinado realmente la esencia de la psicología concreta, y entonces la dualidad que hemos comprobado nos muestra precisamente que esta psicología necesita recurrir al aparato teórico de la psicología clásica, que lejos de ser condenada, adquiere así nueva vitalidad, y la oposición entre las dos formas de la psicología cesan de ser irreductible y nuestra tesis fundamental se desmorona, o, si nos interesa en absoluto la muerte de la psicología clásica nuestro concepto sobre la psicología concreta será el que perderá todo interés, puesto que se muestra precisamente incapaz de comprender el drama que pretende estudiar. Además, si el psicoanálisis anuncia realmente esta psicología concreta que hemos definido, se presenta, a la misma luz de nuestra interpretación, bastante desprovista de interés, puesto que aparece precisamente como nueva tentativa abortada. En pocas palabras, a cualquier lado que dirijamos nuestras miradas, esta dualidad cuya prueba pudiera parecernos a primera vista victoria de nuestro método, no representa en realidad sino derrota.

Salta a la vista que estos argumentos no son válidos más que en el caso en que la dualidad en cuestión sea verdaderamente absoluta, es decir, si no somos capaces de mostrar la psicología concreta tal cual la hemos definido, verdaderamente activa, no simplemente cuando se trata de la definición del hecho y de la concepción del método, sino de la comprensión misma del drama humano, pero quedarán anulados si podemos demostrar que lejos de sufrir impotencia teórica, ha comenzado ya a elaborar sus nociones fundamentales.

I

El contraste entre la concepción concreta del hecho y del método, por una parte, y la marcha abstracta de las explicaciones por otra, se explica en Freud primeramente por la manera como

concibe las relaciones entre la psicología y el psicoanálisis. En efecto, Freud parte de la idea de que el psicoanálisis es un procedimiento particular que, al mismo tiempo que permite hallar nuevos resultados a los que no hubieran podido conducirnos nunca los métodos de la psicología clásica, nos conduce a la "psicología" misma de los hechos en cuestión. Su idea fundamental es que el psicoanálisis y la psicología están en dos planos diferentes: la actitud psicoanalítica es algo más que investigación de la misma psicología de los hechos, y, por otra parte, la inquisición de la explicación psicológica implica el abandono de la actitud propiamente piscoanalítica.

Esta actitud se traduce muy bien en la Traumdeutung: después de haber descrito los hechos que el psicoanálisis permite descubrir, Freud busca su explicación en una sección aparte, precisamente en la sección titulada "Psicología de los procesos del sueño". Hasta entonces se trataba de interpretar y analizar el sueño, ahora se trata de *explicarlo*. "Hasta este momento nos hemos ocupado esencialmente de indagar cuál es el camino que permite descubrirlo, y cuáles son los medios que la actuación del sueño ha puesto en práctica para revelarlo. Hasta ahora lo que constituía el centro de nuestro interés ha sido las exigencias de la interpretación de los sueños." (Pág. 404, 4ª ed. alemana). Ahora se trata de emprender "un nuevo camino": comprender el sueño como fenómeno psicológico.

Ahora bien; explicar un hecho psicológico significa para Freud *reducirlo a las leyes conocidas de la psicología*. Por eso nos dice a propósito de la regresión: "Como pudiera creerse, no hemos explicado este carácter del sueño, no lo hemos reducido a las leyes conocidas de la psicología" (541). Por consiguiente, la parte teórica de la empresa de Freud se anuncia inmediatamente como tentativa de reducir los hechos psicoanalíticos a la psicología clásica, y lo que hemos tomado por cambio de orientación absolutamente radical se presenta en Freud de la manera más natural: por el simple hecho de buscar la explicación, nos vemos reducidos a la psicología clásica.

En estas condiciones, la originalidad del psicoanálisis, no podrá traducirse ya en el plano de la explicación sino por el hecho de que en la psicología clásica no hay nada preparado para recibir los nuevos hechos descubiertos por Freud. Y dice: "Nos es imposible explicar el sueño como fenómeno psicológico, pues ex-

plicar significa reducir a lo ya conocido; ahora bien, hasta el presente no existe noción alguna psicológica con la que podamos enlazar los elementos a que llega nuestro análisis" (508). Pero esta insuficiencia no es *constitutiva,* no revela impotencia original y definitiva, sino *imperfección momentánea* a la que podremos aportar remedio. Pero fuere cual fuere la extensión y novedad del trabajo de ampliación que se impone, éste dejará intactos los fundamentos mismos de la psicología clásica. Por lo tanto, todo cuanto resulta de la novedad de los descubrimientos psicoanalíticos, es la obligación de "adoptar nuevas hipótesis sobre la estructura del aparato psíquico y el engranaje de sus fuerzas."

Después basta echar una ojeada sobre las "implicaciones" que Freud desarrolla y las hipótesis que adopta, para ver si se trata, exclusivamente, de efectuar una construcción de acuerdo con el ideal científico de los psicólogos de fines del siglo XIX.

Muy conocido es ese ideal científico: sus principales rasgos están constituidos por fantasías fisiológicas, energéticas y cuantitativas. Lo que se busca es una mecánica psíquica que recuerde los esquemas de que se sirve la física en sus explicaciones, poco más o menos, lo mismo que a consecuencia del movimiento energético en física, los psicólogos abandonaron los modelos mecánicos para orientarse con mayor empeño hacia los esquemas energéticos. Freud expresa algunas veces este ideal clásico de la manera más ingenua; en la *Psicología colectiva y análisis del YO* (trad. franc., 1924, pág. 36, dice): "Libido es término tomado de la teoría de la afectividad. Designamos de este modo la energía considerada como grandor cuantitativo (no mensurable aún) de las tendencias relacionadas con lo que resumimos con la denominación de amor." Y las explicaciones de nuestro capítulo III demuestran suficientemente con qué ingenio intenta Freud realizar el ideal en cuestión.

Claro está que Freud no ha dudado jamás del edificio central de la psicología clásica. Los métodos de esta última pueden ser imperfectos, los psicólogos han podido mostrarse henchidos de prejuicios y limitados respecto a ciertas cuestiones, pero todo eso solamente pone sobre el tapete *las tesis* y no *los fundamentos*: la psicología clásica debe someterse a un trabajo, pero a trabajo de revisión y extensión únicamente.

Pero una vez tomada esta actitud, es imposible detenerse, y la incompatibilidad de los hechos nuevos con la psicología antigua

no podrá manifestarse nunca en momento alguno, porque siempre será posible llevar cada vez más lejos la articulación y extensión de sus hipótesis y nociones. Por eso no puede Freud efectuar el trabajo especulativo anunciado de otro modo, sin poder darse cuenta nunca de que recorre en sentido inverso el camino de sus propios descubrimientos. Y si al ejecutar ese trabajo puramente formal, que no pasa de ser desarrollo mecánico de algunos esquemas, podemos verdaderamente creer que se ha *explicado,* será gracias al hecho de estar "fijados" precisamente en el ideal científico de la psicología clásica.

Considerada la empresa de Freud en su base teórica, representa el antípoda de la nuestra. Para nosotros, se trata de desarrollar la psicología contenida en los hechos y métodos psicoanalíticos, mientras que para Freud el problema se presenta a la inversa: cuál es la psicología clásica cuyos hechos analíticos pueden deducirse, y, como dicha psicología no existe, precisa inventarla.

A primera vista, es evidente que la actitud de Freud es la primera que se impone, haciéndolo de la manera más natural. Con ayuda del psicoanálisis descubrimos cierto número de hechos: se les considera *inmediatamente* como hechos de la vida interior. Es tan natural esta idea, que existen textos en los que Freud considera la asociación libre como forma de la reflexión o introspección. En estas condiciones, se comprende que todo cuanto nos aporta el psicoanálisis sean referencias sobre esa realidad interior cuyo estudio se propone la psicología clásica: todo progreso en los descubrimientos psicoanalíticos se convierte entonces necesariamente en motivo para llevar más lejos el desarrollo de nuestras ideas sobre el "aparato psíquico".

Dada esta "fijación" en el ideal de la psicología clásica que es general a su época, Freud se ve necesariamente conducido a adoptar la actitud que acabamos de describir. Lo único que hubiere podido evitarlo hubiese sido desprenderse precisamente de este ideal; pero eso le ha sido imposible, dado que debido a su posición misma plantea a la psicología clásica un problema puramente formal que no sólo ella, sino *cualquier conjunto teórico, verdadero o falso,* puede fácilmente resolver.

En efecto, Freud llega a la psicología partiendo del psicoanálisis. En ese momento, sus descubrimientos están ya hechos y su actitud no es *creadora,* sino puramente desinteresada: no espera

de la psicología el cumplimiento de una obra verdaderamente fecunda y productiva, sino únicamente la inserción de los descubrimientos efectuados en una red de nociones e hipótesis. Por eso no puede comprobar Freud la esterilidad fundamental de la psicología, porque le plantea un problema cuya solución no implica más que "dilatación" para ella.

La actitud de Freud era, pues, inevitable debido a dos razones. La primera porque, consideradas las ideas fundamentales de la época, los descubrimientos psicoanalíticos aparecen inmediatamente como hechos psicológicos en el sentido clásico de la palabra; la segunda porque, abordando la psicología una vez acabada la obra verdaderamente creadora, la impotencia de la psicología no puede manifestarse. En otros términos, un psicoanalista puro cuya ocupación esencial es la práctica misma del método psicoanalítico debía necesariamente llegar a la contradicción que hemos señalado en la obra de Freud.

No sucede lo mismo a quien se dirija, no del psicoanálisis a la psicología, sino a la inversa, pues el acento, al caer sobre la psicología en sí, no se la aborda una vez terminada la obra de creación, para contentarse con la operación engañosa consistente en elaborar *a clavo pasado* hipótesis con objeto de explicar hechos descubiertos precisamente sin que dichas hipótesis hubiesen intervenido, sino que se espera de la misma psicología la potencia y fecundidad. La historia de la psicología y sus trabajos actuales están patentes para demostrar que el concepto clásico del hecho y del método no hubieran permitido nunca plantear problemas de la manera que ha conducido a los psicoanalistas a descubrimientos precisamente en donde los métodos clásicos habían fracasado.

En estas condiciones, es evidente que los descubrimientos del psicoanálisis suponen un concepto de la psicología que no puede coincidir con el clásico y que presentan un nuevo problema: el consisten en saber no con la ayuda de qué especulaciones complementarias podemos reducir los hechos nuevos a los esquemas antiguos, sino cuál es precisamente la psicología nueva que ha hecho posibles los descubrimientos.

Esta es precisamente la actitud que hemos adoptado en la

presente obra; lo único que sucede es que dicha actitud supone la de Freud, y, por lo tanto, tenía forzosamente que venir tras la suya, pues ante todo los psicoanalistas son quienes han efectuado estos descubrimientos cuyo análisis conduce a la psicología concreta, y tenían que comenzar por intentar el proporcionarnos su explicación personalmente. Pero dicha explicación no podía dejar de llegar, debido a las razones que hemos expuesto, a la dualidad entre la inspiración fundamental y el aparato teórico.

Por otra parte, dicha dualidad era necesaria para dar origen a nuestra empresa. Ante el espectáculo de la riqueza de los descubrimientos psicoanalíticos y la pobreza de la psicología clásica, las especulaciones abstractas del psicoanálisis presentan una paradoja que reclama imperiosa crítica.

II

Dado la manera como Freud expone el problema de la explicación, la originalidad del psicoanálisis no puede revelarse, como hemos dicho hace un momento, a no ser por la necesidad de ampliar las nociones de la psicología clásica, e introducir en ella nuevas hipótesis, pero de acuerdo con los procedimientos fundamentales de esta última.

Como los trabajos nocionales deben modelarse precisamente sobre los nuevos hechos aportados por el psicoanálisis, sería sorprendente que a despecho de su aspecto abstracto no guardasen algo de la inspiración concreta que ha dado origen a dichos descubrimientos.

Hasta ahora nos ha parecido lo inconciente el colmo de la abstracción. Eso es perfectamente cierto: debe su origen a procedimientos llamados abstractos; ellos son los que lo engendran, pues sin ellos no puede poseer sentido alguno. Ahora bien, en la base de toda teoría y situado a mayor profundidad que los procedimientos que le aportan su forma técnica, existe una actitud general por la cual la teoría en cuestión puede rebasar su propia significación dogmática. Tal sucede precisamente con la hipóte-

sis de lo inconciente: sea cual fuere la incompatibilidad de su aspecto técnico con la psicología concreta, su aceptación implica actitud completamente contraria al ideal de la psicología clásica.

Lo que caracteriza esencialmente lo inconciente en general y hasta independientemente de la teoría freudiana, es que se relaciona con hechos psicológicos cuyo sujeto no tiene conocimiento directo de ellos, o que no se le proporcionan por intuición inmediata. Por consiguiente, la introducción de lo inconciente significará el fin de la hegemonía de la introspección, precisamente porque los hechos inconcientes, siendo psicológicos, escapan a la conciencia, y, por lo mismo, a la introspección fuere cual fuere, admitiendo de este modo todo un conjunto de hechos psicológicos que no son dados "para sí", y para cuya comprobación y estudio hay que recurrir a otros métodos.

Lo notable en esta consecuencia de la introducción de lo inconciente no es precisamente el hecho de vernos forzados a renunciar a la introspección. Los psicólogos clásicos no hallan dificultad en hacerlo y abandonan frecuentemente la introspección por métodos "objetivos" fisiológicos, biológicos u otros. Pero hay que observar que en este caso se trata de abandonar también el dominio o terreno de lo psíquico mismo, según confesión de los psicólogos a que aludimos, pues hasta cuando se abandona de este modo la introspección por uno de los métodos "objetivos", sea el que fuere, se hace siempre en virtud de una definición o hipótesis que permite conceder un lugar a las excitaciones y reacciones fisiológicas o al aspecto puramente motor de los comportamientos, mejor dicho, todo el lugar disponible en psicología. Y entonces no se abandona la introspección para estudiar *los hechos psicológicos mismos* por métodos objetivos sino solamente los hechos objetivos que se han podido poner en relación con los primeros. Tan verdad es eso, que cuantas veces se trate de lo "psíquico" mismo, nos vemos forzados, de buena o mala gana y con cualquier pretexto, a volver a la introspección.

La hipótesis de lo inconciente, al contrario, significa que *la introspección ha llegado a ser insuficiente para la exploración de lo psíquico mismo,* pues para todos aquellos que han admitido lo inconciente *psicológico,* éste significa conjunto de hechos que son tan real y tan actualmente *psicológicos* como los hechos concientes, "poco más o menos", pero que, como dice Freud,

"les falta la conciencia". No se trata entonces de renunciar a la introspección, porque se quiera dar a los hechos objetivos significación psicológica, sino porque en este caso es lo psíquico mismo lo que rebasa el "para sí".

Por eso precisamente anuncia ya lo inconciente la psicología concreta en un sentido. Ante todo, la psicología, que se sirve de la noción de inconciente, deberá renunciar a la afirmación íntegra de la naturaleza privilegiada del conocimiento psicológico. En efecto, no podremos afirmar ya: es única en su género, porque comprende inmediatamente su objeto, puesto que en esta "comprensión" reside precisamente el ser propio del hecho psicológico, porque existen hechos que siendo psicológicos se hallan fuera del "para sí". No pueden, pues, conocerse, a no ser de manera *mediata*, ya gracias a la intervención de un observador exterior, ya gracias a procedimientos de razonamiento análogos a aquellos de que se sirven las demás ciencias.

Lo diremos de otro modo; aunque lo inconciente parezca, en un sentido, más misterioso que lo conciente, en otro sentido, representa, sin embargo, el primer paso en la destrucción del misterio psicológico, pues para ciertos fenómenos psíquicos, al menos, el sujeto del conocimiento no se halla en situación más privilegiada que cuando se encuentra frente a un objeto cualquiera. Por eso mismo los psicólogos partidarios de la noción de inconciente pierden necesariamente el hábito de considerar todos los hechos psicológicos como datos simples de una percepción *sui generis*, puesto que los hechos inconcientes deben construirse, o, por lo menos, reconstruirse.

De este modo se llega en el interior de la psicología clásica a una dualidad que constituye fermento dialéctico muy poderoso. Después de la introducción de lo inconciente, no podemos ya definir el hecho psicológico por el "para sí": la definición clásica del hecho psicológico, entra *precisamente en el mismo plano de lo psíquico*. Entonces nos hallamos frente a dos clases de "psíquico": una aquella cuyo conocimiento es una "percepción", y otra que no pasa de ser una construcción; una de ellas continúase definiendo por el "para sí", mientras la otra es imposible de definir de este modo. Ahora bien, es evidente que los hechos psicológicos, sean concientes o inconcientes, participan de la misma esencia, y *ella* está situada a mayor profundidad que la conciencia, puesto que los hechos concientes pueden

llegar a concientes sin pérdida de su esencia psicológica. Continuando las inquisiciones en esta dirección, nos vemos necesariamente arrastrados a definir los hechos psicológicos independientemente del "para sí", es decir, independientemente de una *percepción sui generis,* y el problema que se presenta entonces es el mismo que el de la psicología concreta: *definir lo psíquico como psíquico, es decir, evitando toda confusión con la fisiología, la biología o cualquier otra ciencia de la naturaleza o del hombre como naturaleza, haciendo abstracción de la hipótesis según la cual lo psíquico no es dado por una percepción sui generis.* En otros términos, admitir *simultáneamente* un psíquico que nos es dado y otro que es construido, es imposible, y la idea de que existe un *psíquico construido* invita a la generalización, y entonces nos vemos necesariamente conducidos a buscar la originalidad de lo psíquico en otra parte distinta a esta originalidad *química,* por decirlo así, existente en la base de la definición clásica. En pocas palabras, *la actitud fundamental existente en la base de la hipótesis de lo inconciente contiene ya la negación del realismo psicológico, y el desarrollo consiguiente a esta hipótesis nos conduciría a la búsqueda de una definición del hecho psicológico que excluiría el realismo.*

Pero la psicología clásica no ha llegado nunca al reconocimiento del verdadero sentido de la hipótesis de lo inconciente, ni al desarrollo sistemático de sus consecuencias, y después de haber sentado la dualidad en cuestión, la ha sostenido pura y simplemente. En efecto, una vez considerado el carácter sustancialmente abstracto de la psicología clásica, el realismo ha podido intervenir para encarrilar el movimiento que hubiere llegado precisamente a su destrucción.

Después de haber asentado lo inconciente junto a lo conciente, se ha orillado la dificultad haciendo de la conciencia una "cualidad" que pudiere añadirse o no a lo "psíquico", y de este modo la dualidad ha quedado resuelta definiendo el hecho psicológico, conformemente al realismo, por lo psicológico, "puro", sencillamente, cuya originalidad continúa siendo "química", desde luego.

Debido a las razones que hemos expuesto, se ve llevado Freud [64] a conceder a lo inconciente un papel y lugar mucho más importante que el concedido por los psicólogos clásicos. En consecuencia, en Freud hallamos, por una parte, un desarrollo más vigoroso de las implicaciones puramente técnicas de la hi-

pótesis y, por otra, una aproximación mucho mayor a la psicología concreta, en el mismo sentido que hemos indicado hace un momento.

La teoría freudiana, nos lleva, desde el punto de vista técnico, a dos afirmaciones:

1ª La conciencia no es sino un órgano superior de percepción;

2ª Lo inconciente es trascendente con relación a la conciencia.

Una parte, al menos, de la primera afirmación queda envuelta ya en la noción de inconciente en sí misma. En efecto, el solo hecho de introducir lo inconciente implica la amplificación de la definición del hecho psicológico, y éste se definirá, en virtud del realismo, como lo *psíquico en general* [65] cuya existencia no requiere necesariamente la conciencia. La adquisición del carácter conciente para lo "psíquico" puede entonces asimilarse fácilmente a una percepción, precisamente porque el *ser* mismo de lo psíquico al ser independiente de la conciencia, podemos aplicarle el esquema de la percepción. No obstante, la afirmación de que la conciencia es *únicamente* un órgano de percepción supone ya el psicoanálisis, pues en la psicología clásica lo inconciente no juega ya papel suficientemente importante para que no se pueda afirmar que junto a los hechos para los cuales la conciencia no pasa de ser órgano de percepción, hay otros también cuyo ser mismo constituye. Pero la actitud de Freud debe ser mucho más radical. En efecto, el psicoanálisis se ha visto obligado a situar en lo inconciente todos los procesos importantes y verdaderamente determinantes, de tal manera, que el sueño, por ejemplo, al explicarse en todos sus detalles por actividades preconcientes o inconcientes, no queda a la conciencia más que la percepción pura y simple de lo psíquico.

La segunda afirmación se funda en consideraciones psicoanalíticas. En efecto, resulta de los análisis de Freud, que lo psíquico no es admitido a la percepción de la conciencia, sino en ciertas condiciones. Por consiguiente la percepción de lo psíquico al ser necesariamente relativa a esas condiciones, lo inconciente en sí mismo es un *incognoscible* [66].

Estas dos afirmaciones fundamentales de la teoría freudiana de lo inconciente no hacen sino acentuar el progreso de la psi-

cología abstracta hacia la concreta, y por ello mismo la actitud que hemos registrado en la base de la hipótesis de lo inconciente se halla casi por completo en evidencia.

Ya no se trata de decir que junto a los fenómenos concientes precisa considerar los inconcientes. Por el contrario, de los análisis de Freud resulta que la conciencia nada puede enseñarnos de aquello que verdaderamente nos interesa, pues lo que importa conocer para la explicación pertenece a lo preconciente o a lo inconciente. Lejos de poder detenerse en la conciencia, el psicoanalista debe comenzar precisamente por superarla, rebasarla: si se quiere comprender el sueño, hay que abandonar el contenido manifiesto y dirigirse hacia el latente. Ya no puede decirse, en estas condiciones, que la introducción de lo inconciente rompe en un punto particular la hegemonía de la introspección. Dado el papel de lo inconciente en psicoanálisis, la introspección *no es en absoluto* método científico en el propio sentido de la palabra, pues lo que puede conocerse por la introspección *no es aún* conocimiento psicológico: el psicoanalista no se detiene en la "introspección" del contenido manifiesto. De esta manera el psicólogo no se encuentra ya ante dos categorías de hechos: unos conocidos inmediatamente y mediatamente los otros, puesto que todos aquellos que son verdaderamente *eficaces* se encuentran en lo inconciente. Por eso mismo no tendrá el psicólogo que preocuparse de los conocimientos *mediatos*: el misterio del conocimiento psicológico ha desaparecido por completo, y el psicoanalista tendrá que inventar un método que no siendo fisiológico ni biológico, que, en una palabra, siendo exclusivamente *psicológico*, sea, sin embargo, cosa muy distinta a la introspección. Este método es la técnica psicoanalítica que es precisamente "el camino real que conduce al conocimiento de lo inconciente".

De ser así, sí que ha habido revolución "copérnica": todo el interés de los psicólogos se ha desplazado apartándose de los datos de la percepción psicológica inmediata para ir al encuentro de los que no puede considerarse ya como tales, pero que son *construidos*, y, por lo tanto, toda la ideología de la psicología clásica se halla en entredicho.

Vamos a repetirlo por última vez: si el realismo interviene es con el fin de evitar su propia destrucción. Se continuará interpretando los datos *mediatos* de que se sirven los psicólogos como

relacionados con una realidad y aprovechando la última posibilidad que queda para salvar el realismo, se afirma que la realidad en cuestión es *trascendente* y que únicamente la comprendemos en sus "fenómenos". Y, en efecto, Freud explica el sueño y las psiconeurosis, y, en general, todo, por medio de las actividades "nouméicos".

Pero tal actitud no puede gozar de estabilidad alguna, pues la afirmación de que no nos es conocida cierta realidad más que en sus fenómenos, pone siempre en peligro la realidad en cuestión, y pronto o tarde nos veremos forzados a limitar el conocimiento únicamente a los fenómenos. Pero ese "fenomenismo" debe ser muy diferente al de los psicólogos de la "psicología sin alma", puesto que la realidad a la que se remonta no es simplemente el alma substancia, sino lo psíquico como realidad, es decir, la *vida interior*.

El mismo Freud continúa siendo "dogmático". Con ayuda del procedimiento realista, precisamente, rebasa los fenómenos, pero lo hace de modo tan ostensible, el procedimiento se articula con tanta limpieza, que su dogmatismo prepara la crítica que le corresponde anunciando precisamente una psicología "crítica" que merecerá este nombre, no por ser psicología *sin alma*, sino porque se tratará de una psicología *sin vida interior*, y a pesar de esto *sin el menor rasgo de fisiología ni biología*.

Por lo tanto podemos indicar que la dualidad en el interior del psicoanálisis entre lo abstracto y lo concreto, no es simple ilusión óptica, sino que traduce la naturaleza particular de la actitud freudiana, pues no sólo se produciría en psicoanálisis el retorno a lo abstracto necesariamente, sino que las teorías resultantes envuelven tal cual son la actitud que figura en la base de la psicología concreta, y esto a despecho de su forma técnica abstracta. En pocas palabras, en donde podemos vislumbrar la "ilusión óptica" es en el mismo Freud y no en nosotros.

Si la posición de Freud está determinada de este modo con suficiente precisión, lo que no parece estarlo, es precisamente la misma psicología concreta, pues todo cuanto positivamente sabemos hasta aquí, es la manera como define el hecho psicológico como segmento de ese "drama" constituyente de la vida del individuo particular y el método que pretende emplear para estudiarlo. Pero aún no hemos visto la manera como *realiza* sus

promesas; en otros términos, aún no hemos visto la psicología concreta actuando en el análisis del "drama", con nociones apropiadas a su plano e inspiración. Y, con objeto de que el carácter abstracto de las especulaciones freudianas no pueda considerarse como revelación de la impotencia teórica de la psicología concreta tal cual nosotros la concebimos, precisa mostrar que entre todas las nociones e hipótesis que Freud se vio llevado a construir, las hay que, figurando en el mismo plano que las otras, son ya las de la psicología concreta.

III

Para mostrar la actuación de la psicología concreta, debemos poner en evidencia el verdadero carácter de cierto número de nociones nuevas que Freud se vio obligado a introducir a causa del análisis de los sueños y de las neurosis que representan papel preponderante en las explicaciones técnicas. Consideraremos dos esencialmente: la identificación y el complejo de Edipo[67].

Consiste la *identificación* en el hecho que "el yo absorbe las propiedades del objeto, por decirlo así". ("Psicología colectiva y análisis del YO", traducción francesa, pág. 60). Un niño "que tuvo la desgracia de perder un gatito, declaró súbitamente que él era el gato, comenzó a andar a cuatro patas, no quería comer en mesa ya, etc., etc." (Ibid. pág. 63).

No hay que confundir la *identificación* freudiana con la *imitación* de la psicología clásica, "el paso inmediato de una percepción, visual en la mayor parte de los casos, a un movimiento que reproduce la causa de la percepción". Aunque pueda discutirse nuestra definición para reemplazar los términos "estáticos" por los "dinámicos", lo claro es que tal definición, haciendo abstracción del *sentido* mismo del acto de que se trata, es completamente formal: no se detiene más que en el mecanismo general del acto. El hecho de describir dicho mecanismo en términos de elementos o términos de actitudes no varía en nada su carácter formal; además, el sujeto queda eliminado no sólo porque en la mayoría de los casos se convierta la imitación

en un pequeño drama en tercera persona cuyos actores son los elementos, sino porque dado el formalismo, no se trata de considerar la imitación en su mismo tenor como algo de la vida del individuo particular. Lejos de orientarnos hacia esa vida, la imitación nos aleja de ella: se nos presenta como función general, como el hábito, por ejemplo, o la memoria, y todo cuanto la psicología clásica es capaz de efectuar, consiste en buscar el mecanismo *general,* describir su desarrollo *general,* en pocas palabras, *estudiarlo en sí.*

Por el contrario, la identificación es esencialmente acto que tiene *sentido*: precisamente se trata para el sujeto *de ser* otro cualquiera, otra cosa cualquiera, distinto a sí mismo; se trata de conformarse a un modelo adoptando toda su dialéctica, por decirlo así. "La génesis de la homosexualidad masculina, dice Freud (obra citada, 62), es, con la mayor frecuencia, la siguiente: el joven ha estado pegado a la falda de su madre durante largo tiempo, de manera intensa, en el sentido del *Complejo de Edipo.* Una vez alcanzada la pubertad, llega el momento en que debe cambiar su madre por otro objeto sexual. Entonces se produce un cambio súbito de orientación: en vez de renunciar a su madre se identifica con ella, se transforma en ella y busca objetos susceptibles de reemplazar su propio *yo* que pueda amar y cuidar como ha sido amado y cuidado por su madre. Este es un proceso cuya realidad podemos comprobar con la frecuencia que queramos y que, naturalmente, es del todo independiente de la hipótesis que se pudiera formular respecto a las razones y motivos de esa súbita transformación. Lo sorprendente en esta identificación es su amplitud; en un aspecto más importante, desde el punto de vista del carácter especialmente, el individuo sufre una transformación según el modelo de la persona que le ha servido hasta aquel momento de objeto libidinoso".

En estas condiciones, el sujeto, lejos de verse eliminado, se halla envuelto íntegramente en la identificación que se convierte, no sólo en parte efectiva de su vida, sino en clave de toda una serie de actitudes que únicamente pueden comprenderse por ella. Por eso mismo, la identificación nos conduce siempre a la vida del individuo particular, pues esta última solamente será la que podrá permitirnos reconstituir su *significación.* La identificación es, pues, noción concreta: está tallada en el drama

humano mismo; en otros términos, es un *segmento de la vida del individuo particular.*

El complejo de Edipo es noción conocidísima, y, por eso, podemos contentarnos con una simple alusión. El niño siente por su madre un apego afectivo de naturaleza erótica, desde luego en el muy amplio sentido que este término tiene para los psicoanalistas. Luego, "el pequeño se da cuenta de que el padre le cierra el camino que lo conduce hacia la madre; su identificación con el padre toma matiz hostil debido a este mismo hecho y acaba por confundirse con el deseo de reemplazar al padre junto a la madre" (obra citada, nota 58).

Verdaderamente, el término mismo de complejo descubre la psicología de la Vorstellung, puesto que el complejo para Freud es *representación recargada de gran intensidad afectiva.* Pero no hay nada más en ello, y por esto será inútil demostrarlo, pues se trata sólo de cuestión de estilo. De hecho, el complejo de Edipo no es "proceso", y mucho menos "estado", sino *esquema dramático,* o, si sepreficre, *comportamiento humano.*

En la noción de identificación y el complejo de Edipto hallamos dos nociones que satisfacen la condición esencial que deben poseer las nociones de la psicología concreta: reposan en el plano del yo, y están talladas en la materia del drama humano. Por eso mismo no conservan rasgo alguno del realismo de la psicología clásica. En efecto, ni la identificación ni el complejo de Edipo representan datos de percepción original ni se relacionan con una realidad *química* hasta cierto punto.

La realidad con que se relacionan es la del drama humano, la de la *significación* que hace de un *conjunto de movimientos* una *escena humana.*

Ni la identificación ni el complejo de Edipo se basan en la consideración de un conjunto de estados internos o de mecanismos psico-fisiológicos, ni son "actitudes mentales", puesto que representan *procedimientos integrales* y expresan la forma humana de una *escena,* y nada más. En una palabra, estas nociones sólo tienen valor en el plano de las acciones dramáticas del hombre, y son incompatibles con el realismo de la "sexta esencia".

Por otra parte, la identificación y el complejo de Edipo no son complejos sino desde el punto de vista del acto que los cons-

tituye. Como nociones explicativas son, por el contrario, *primitivas*.

La psicología introspectiva describiría estados internos que doblan la identificación; las representaciones, los sentimientos, o, si se prefiere, las actitudes mentales y las cualidades que envuelve el hecho de vivir en forma de otro. De esta manera, llegaríamos a los conmovedores análisis de la simpatía.

La psicología "experimental" se agarraría a la parte positiva de la identificación. Estudiaría los mecanismos sensorio-motores e ideomotores para elaborar mitos fisiológicos desembocando entonces en la imitación.

Pero de todos modos la explicación rebasaría la misma identificación para buscar reconstituirla con ayuda de elementos que están por encima o por debajo de ella, es decir, ayudándose de elementos ya psicológicos, ya fisiológicos. Para Freud, por el contrario, *la identificación y el complejo de Edipo son nociones elementales que deben servir precisamente para el análisis y reconstitución del drama humano.*

En efecto, la identificación y el complejo de Edipo no son solamente segmentos de la vida de un individuo particular, sino también grandes esquemas dramáticos que poseen su dialéctica propia, por decirlo así, y que, por consiguiente, pueden proporcionar la clave de toda una serie de actitudes.

Tampoco es necesario considerar al análisis de los sueños y de las psiconeurosis: la simple observación de la vida cotidiana indica la inmensa importancia de las actitudes expresadas por estas nociones. Basta considerar nuestro ambiente para darnos cuenta de que toda la vida del hombre se encuentra influida por ellas y que ellas son las que dirigen con la mayor frecuencia las acciones que ejercerán influencia determinante durante todo su destido.

Desde el punto de vista técnico, la identificación ha explicado la génesis de la homosexualidad en el hombre. Interviene también en la teoría freudiana de la histeria [68], el amor [69], la explicación que ha intentado de la hipnosis [70], del carácter [71], etc. En lo referente al complejo de Edipo ya sabemos el papel importante que Freud le hace desempeñar en sus explicaciones.

Lo notable en esto es que la identificación y el complejo de Edipo sean precisamente nociones explicatvas; por eso mismo

Freud satisface esa otra exigencia de la psicología concreta, de acuerdo con la cual *las nociones más elementales deben también ser actos del yo y segmentos de la vida dramática* [72]. Porque en vez de considerarlas como punto de partida de un análisis en el sentido de la psicología clásica, hace de ellas nociones elementales con ayuda de las cuales se reconstituirá los comportamientos tan complejos como el amor, por ejemplo. Ahora bien, la identificación y el complejo de Edipo son precisamente actos del yo y segmentos de la vida del individuo particular; por eso mismo la psicología concreta puede analizar el drama, sin transformarlo en drama impersonal: los "elementos" de que se sirve son precisamente esquemas en primera persona.

Verdad es que las nociones que acabamos de considerar no son concebidas por Freud de acuerdo con su verdadera esencia. Las coloca en el mismo plano que otras de origen perfectamente abstracto. Además, el análisis elemental en el sentido de la psicología clásica no está ausente por completo: la expresión compleja de Edipo, por una parte, y la definición freudiana del término "complejo", por otra, lo prueban suficientemente. Y aunque Freud se vio llevado en sus últimas obras, por ejemplo: *Psicología Colectiva y Análisis del yo*, y cada vez más ejem.: *Das Ich und das Es*, a fundar sus explicaciones sobre sus nociones, sin detenerse demasiado en el análisis elemental, éste está lejos de brillar por su ausencia, y por eso existe siempre dualidad. Pero esta dualidad es, por decirlo así, mucho más evolucionada que la que comprobamos al analizar la teoría de lo inconciente. En aquella, en efecto, la actitud fundamental que deja vislumbrar ya la inspiración de la psicología concreta, está aún enteramente velada por la forma técnica que engendra exclusivamente lo abstracto, mientras que ahora se trata, por el contrario, de nociones concretas *en su forma técnica misma*, y sobre las cuales se injerta la actitud abstracta, a pesar del hecho que en lo demás se utilizan de manera conveniente. Pero estas nociones no ofrecen ya presa alguna a la actitud abstracta, y aunque se hallen mezcladas indistintamente en la misma exposición, la actitud abstracta, por una parte, y la concreta, por la otra, cristalizan separadamente, por decirlo así; porque, en verdad, no hay que tener gran perspicacia para darse cuenta de que el análisis elemental aplicado a nociones como la identificación y el complejo de Edipo se desprende de estas nociones y que son

ellas y la manera como nos permiten analizar el drama, las únicas que retienen nuestra atención.

Que estas nociones sean o no definitivas, que precisamente posean la importancia que les atribuye Freud, esto no tiene, desde el punto de vista de la vitalidad misma de la psicología concreta, importancia alguna. Lo esencial es que puedan mostrarnos que la psicología concreta no sólo es capaz de formular las exigencias que no puede cumplir y concebir un método que es la primera que no puede aplicar, sino que es apta precisamente para analizar, de acuerdo con sus propias exigencias, el drama humano, que lo coloca bajo la soberanía, por excelencia, de la psicología.

Estas nociones y la manera como Freud se sirve de ellas en sus explicaciones, nos muestran que la psicología que no se ocupa más que del drama humano, aquella que no deja intervenir en sus explicaciones más que nociones que, siendo "elementales", representan ya actos humanos, que, en una palabra, *una psicología que no abandona nunca este plano, ni en la investigación de los hechos, ni en su elaboración teórica,* es perfectamente viable, puesto que precisamente goza ya de vida. Resuelta la cuestión de principio de este modo, no queda ya más que la cuestión técnica.

CONCLUSIONES

VIRTUDES DE LA PSICOLOGIA CONCRETA Y PROBLEMAS QUE PLANTEA

1. En la Traumdeutung hemos estudiado el psicoanálsis para sacar enseñanzas de este estudio aportándolas a la psicología. En el freudismo hemos hallado una nueva inspiración, contraria a la de la psicología clásica, y hemos indicado entonces que la verdadera oposición entre el psicoanálisis y la psicología oficial es la de dos formas irreductibles de la psicología: la abstracta y la concreta. Profundizando la manera como Freud plantea los problemas y concibe su método, hemos llegado a destacar las principales características de la psicología concreta, y una vez en posesión de sus exigencias, éstas nos han permitido descubrir los procedimientos fundamentales de la psicología clásica, como el *realismo*, el *formalismo* y la *abtracción*.

2. Las precisiones que hemos podido obtener, con ayuda del psicoanálisis sobre las exigencias de la psicología concreta, se nos han revelado como insrtumento de crítica eficaz en el examen de la psicología abstracta. Sin embargo, hallamos que esta psicología concreta, surgida del psicoanálisis, debe comenzar por revolverse contra esta última y servir de principio a la crítica interna: en efecto, hemos tenido que comprobar en Freud (sobre todo en el momento de la elaboración teórica de los hechos), un retorno franco hacia la abstracción. Este retorno es muy claro y hemos establecido su existencia, no sólo por medio de nuestras observaciones hechas sobre las nociones que Freud in-

troduce en la Traumdeutung, sino sobre todo demostrando que los procedimientos clásicos solos permiten procurar sentido a la hipotesis de lo inconciente. De este modo hemos hallado en el interior mismo del psicoanálisis la oposición entre la psicología concreta y la abstracta.

3. Con objeto de que la comprobación de esta dualidad no se resuelva contra nuestra empresa, hemos demostrado, no sólo que los "errores freudianos" representan etapa necesaria en el desarrollo de la psicología concreta, sino también que la psicología concreta tal cual resulta del psicoanálisis puede hacer mucho más que concebir un ideal científico y formular exigencias, puesto que goza ya de vida, porque el hecho de existir en el psicoanálisis cierto número de nociones y explicaciones que están íntegramente conformes con las exigencias de la psicología concreta son pruebas de su vitalidad.

4. Al mismo tiempo que no perdíamos pasos, hemos expresado la opinión según la cual la psicología concreta, tal cual la concebimos, es precisamente la llamada a realizar el sueño ya antiguo de una psicología positiva, puesto que ella solamente ha sido la que ha efectuado esta reforma radical del entendimiento que envuelve la actitud verdaderamente científica, la cual han querido ahorrarse los psicólogos clásicos substituyéndola por una imitación puramente exterior de los métodos científicos.

Esta "reforma del entendimiento" de que estamos hablando, consiste esencialmente en el hecho que al formular las exigencias de la psicología científica, precisa llegar hasta el fin, sin reservas y sin contemplaciones; no basta formular las exigencias; las exigencias a que no corresponde realidad ninguna no representan nada, y únicamente por el tiempo, una vez se hayan realizado, adquirirán el mérito de haber vislumbrado la verdad aquellos que las hubieren formulado. Los psicólogos clásicos confunden precisamente a cada instante las exigencias con su realización. Ahora bien, su psicología no ha podido nunca satisfacer las exigencias de una psicología positiva tal cual han sido formuladas al nacer la psicología moderna. Por ese motivo no existe hoy la psicología positiva en la psicología oficial más que como ensueño.

5. Para demostrar este aserto, bastaría aludir a aquellos de nuestros desarrollos o explicaciones precedentes, con ayuda de los cuales hemos establecido que los procedimientos de la psico-

logía clásica no pueden gozar de sentido *psicológico* alguno. En efecto, ¿cómo pudiéramos calificar de ciencia psicológica un conjunto teórico al que no corresponde realidad psicológica alguna? Esta demostración sería excelente cuando se hubiere dado cuenta de la verdad de la psicología concreta. Pero por el momento, como nos hallamos aún muy lejos de ello, puede reprochársele el ser puramente formal; puesto que entendemos por psicología lo contrario a la psicología clásica, es natural, en efecto, que los procedimientos de esta última no pueden tener sentido "psicológico" alguno. Por eso es preciso indicar en este punto, precisamente, que la psicología concreta es la primera psicología positiva, por ser ella la que ha llegado a resolver el problema planteado, jamás resuelto por la psicología clásica, a despecho del número y divergencia de las tentativas: *Satisfacer las condiciones de existencia de una psicología positiva.*

6. Estas condiciones de existencia son tres:

1º *La psicología debe ser ciencia a posteriori, es decir, estudio adecuado de un grupo de hechos;*

2º *Debe ser original, es decir, estudiar hechos irreductibles a los objetos de las demás ciencias;*

3º *Debe ser objetiva; en otros términos, debe definir el hecho y método psicológicos de tal manera, que sean universalmente accesibles y comprobables.*

Basta echar una ojeada sobre la historia de la psicología durante los últimos cincuenta años y recordar las críticas con cuya ayuda se ha destruído las tendencias antagónicas, para ver inmediatamente que hasta hoy no se ha enunciado programa psicológico alguno que pueda satisfacer dichas tres condiciones al mismo tiempo. Lejos de ello; generalmente, se ha buscado la manera de resolver el problema sacrificando la condición 2ª o la 3ª. La demostración precisa de este punto no pasaría de juego de erudición. En efecto, sabemos que los psicólogos introspeccionistas han sacrificado la condición 3ª, y los objetivistas la 2ª, es decir, que en la medida en que unos han logrado salvar el carácter puramente psicológico del objeto de la psicología, le han privado de toda realidad científica y los otros no han llegado sino a sentar en la base de la psicología hechos reales, sacrificando precisamente lo *propio* de la psicología.

Deste este modo, se llega a psicologías que no poseyendo, por decirlo así, más que la modalidad de su esencia, son incapaces

de satisfacer la primera condición: no pueden ser *a posteriori,* porque precisamente se ven obligadas a reemplazar por *mitos* esta *ciencia* que sueñan, pero que no pueden realizar, lo mismo que los partidarios de la psicología fisiológica. Por eso mismo las psicologías de que tratamos deben revelarse, cada una a su vez, insuficientes; pero como persiste siempre la imposibilidad de satisfacer ambas condiciones de que se trata al mismo tiempo, se intenta resolver el problema inventando introspecciones [73] u objetividades [74] inéditas. Por ese motivo muestra la psicología esa oscilación desesperante entre la introspección y objetividad característica en su historia desde hace cincuenta años.

7. Si buscamos ahora la explicación de esta impotencia fundamental, hallaremos la influencia del realismo psicológico. Para la psicología introspectiva clásica, nacida directamente del realismo, el hecho psicológico es un *dato simple, que se relaciona o refiere a una realidad perceptible* a la que se llama precisamente *psíquico.* Lo *propio* de los hechos psicológicos es dado entonces precisamente por la participación de esta realidad, que constituye un mundo o una vida en el mismo sentido que la naturaleza, pero que goza de propiedades opuestas. Los psicólogos objetivistas, si han protestado contra el realismo psicológico, no han buscado la manera de libertarse más que de la forma técnica del realismo, pero no de la actitud fundamental que lo engendra: también han buscado el modo de definir el hecho psicológico como *dato simple relacionado o referente a una realidad perceptible,* y al aceptar la alternativa clásica del espíritu y de la materia, se han encontrado ante la exigencia de *buscar el hecho psicológico en los datos de la percepción externa.*

8. Desde luego, hay que añadir que los psicólogos que preconizaron por vez primera la psicología objetiva no han conseguido ni eliminar la forma técnica del realismo. En efecto, creyeron bastaba establecer una relación cualquiera de correspondencia entre los hechos psicológicos, por una parte, y los hechos exteriores, por otra, para que el problema de la objetividad se resolviera. No se han dado cuenta de que tentativa de tal género no podía constituir más que una vasta *ignoratio elenchi,* y *una petición de principio. Ignoratio elenchi* por no tratarse de saber cuál es *el lado objetivo de los hechos de la psicología clásica,* sino cuál es el resultado que puede proporcionar el *estudio objetivo de lo psíquico mismo: petición de principio,* porque

antes de buscar el estudio del lado objetivo de los hechos psicológicos en el sentido clásico de la palabra, se trata de saber si precisamente el estudio objetivo de los hechos psicológicos nos conducirá a resultado completamente distinto. Intentando el estudio de los hechos psicológicos desde "el exterior", los psicólogos en cuestión han aceptado los datos de la psicología clásica *tal cual son,* mientras la nueva psicología tenía precisamente que discutirlos.

Verdaderamente sólo ha habido una única tentativa sincera de psicología objetiva, y ha sido el behaviorismo, tal cual resulta de las ideas fundamentales de Watson. Han sido necesarios cincuenta años y los fracasos sucesivos de Wundt, Bechtherew y otros la revelación del carácter mitológico de la psicología fisiológica tan pronto rebasa la fisiología de las sensaciones, para que del estudio del comportamiento animal surja finalmente un concepto positivo en el riguroso sentido de la palabra.

Ya hemos dicho desde el comienzo del presente libro que el gran mérito de Watson ha sido haber comprendido finalmente que el ideal de la psicología, ciencia de la naturaleza, llevaba en sí renuncia absoluta y sin condiciones a la vida interior. Hasta entonces las psicologías objetivas no lo habían sido más que en sus prefacios, teniendo la costumbre de reintroducir en el texto nociones introspectivas, con mayor o menor ingenuidad. Watson ha comprendido que la actitud sinceramente científica exigía que se hiciese tabla rasa de todo cuanto es introspección y espiritualidad, habiendo logrado, lo que se les escapó a los más importantes campeones de la psicología objetiva: *pensar hasta su extremo la exigencia de la objetividad en psicología.* Con ello aporta el behaviorismo una revelación de valor definitivo, a saber: que sus predecesores en psicología objetiva, los Wundt, los Bechtherew y los restantes pueden compararse a peripatéticos que quisieran pesar lo diáfano y estudiar por medio de la estroboscopia el paso de la potencia al acto.

Pero aunque consiga presentar un concepto de la psicología conforme al fin con el ideal de la objetividad la tentativa de Watson se ve atacada por la misma insuficiencia que las precedentes: salva la objetividad, pero pierde la psicología. La prueba es que tan pronto comenzó Watson a sacar consecuencias de su descubrimiento comenzaron los psicólogos americanos a buscar un "behaviorismo no fisiológico".

En efecto, únicamente el comportamiento y su mecanismo observado desde el exterior pueden interesar al behaviorista en el sentido propio de la palabra; pero entonces, la psicología es tan objetiva, que se ahoga en la objetividad, por decirlo así, y todo cuanto el behaviorismo pudiere enseñarnos quedaría dentro del orden de la mecánica animal. En eso hallamos una solución desesperada; el behaviorismo suprime el enigma del hombre y no puede sustituirlo sino con *promesas,* precisamente por haber eliminado lo propio del hecho psicológico.

Por una parte, llegamos con ello a la impotencia del behaviorismo como psicología y al problema del behaviorismo no fisiológico por otra.

9. La impotencia se debe al hecho que, en el planteamiento mismo del problema, la actitud motriz del realismo clásico es lo que opera. Comprendiendo con precisión por esta vez que la vida interior era incompatible con la objetividad, Watson se ha dirigido sencillamente hacia la percepción externa. Cierto es, como veremos muy pronto, que su dato objetivo es menos simplista que el de sus predecesores; pero también es cierto que ha aceptado la alternativa "interior o exterior", residiendo toda diferencia en el hecho que lo "exterior" es, por esta vez, más biológico que fisiológico.

10. Lo que hace que la psicología no pueda constituirse en ciencia positiva, es que, no pudiendo satisfacer más que parcialmente sus condiciones de existencia, se ha encerrado en la antítesis de la objetividad y subjetividad. Para salir de ella, precisaría algo distinto a ese eclecticismo vulgar que caracteriza hoy al promedio de los psicólogos; precisaría una *síntesis* en el propio sentido del vocablo. Y si la psicología clásica es incapaz de realizar esta síntesis, se debe a que cree que el hecho psicológico no debe ser *dato perceptivo.* Entonces nos vemos forzados a elegir entre la alternativa clásica de la percepción interna o de la percepción externa, o recurrir a ambas al mismo tiempo, cosa que supone manifiestamente ignorancia del sujeto.

Para orillar la antítesis clásica, hubiera sido preciso renunciar a considerar el hecho psicológico en una *percepción* cualquiera y consentir situar en la base de la ciencia psicológica *un acto de conocimiento de estructura más elevada que la simple percepción.* Este era el medio para poder satisfacer al mismo tiempo las condiciones de la originalidad y objetividad, es decir, hallar

un dominio o terreno original y objetivo, sin que esta originalidad sea la de una "materia" nueva y sin que esta objetividad sea la de la materia física; en una palabra, escapar a la alternativa del "interior" y del "exterior".

11. Al abandonar la psicología concreta el realismo, con la actitud fundamental que supone, ha encontrado en el *drama humano* un grupo de hechos que satisface las condiciones que acabamos de enunciar; por eso mismo se presenta como *verdadera síntesis de la psicología subjetiva y de la psicología objetiva.*

Al escoger *el drama* como campo de estudio, el acto constitutivo de la ciencia psicológica no es ya una *percepción cualquiera.* No es la percepción *externa,* porque sus datos *no son aún* hechos psicológicos, no siendo tampoco la percepción *interna,* porque sus datos *no son ya hechos* psicológicos.

Efectivamente, un gesto que haga yo en este momento es un hecho psicológico, por ser segmento del drama que mi vida representa. La manera como se articula en este drama es dada al psicólogo por el relato que pueda hacer yo respecto a dicho gesto. Pero el hecho psicológico es *el gesto aclarado por el relato* y no el gesto aislado, ni el contenido realizado del relato. Verdad es que el gesto posee mecanismo fisiológico, pero este mecanismo nada tiene aún de humano; por lo tanto, no puede interesar al psicólogo por no ser psicólogo aún. Por otra parte, el contenido del relato que puedo hacer referente a mi gesto lleva en sí, considerado a través de la psicología clásica, descripciones estáticas o dinámicas, pero estas descripciones no me interesan tampoco. Efectivamente, suponen abandono de un *sentido* en provecho o beneficio del formalismo y demás procedimientos que hemos descrito anteriormente, y si la consideración del mecanismo puramente fisiológico de mi gesto está a *esta parte* del punto de vista psicológico, las descripciones introspectivas figuran en la otra parte de dicho punto de vista: *el punto de vista del psicólogo es aquel que coincide con el drama.*

12. En general, la percepción externa no puede proporcionarnos más que el armazón puramente material del drama, y, para que así sea, precisa además que el dato exterior se defina a la manera de Watson, es decir, por el comportamiento. Ahora bien, el hecho psicológico no es el *comportamiento simple,* sino precisamente el *comportamiento humano,* es decir, el *comportamiento en tanto se relaciona con los acontecimientos entre los*

que se desarrolla la vida humana, por una parte y con el individuo como sujeto de dicha vida por la otra. En una palabra, el hecho psicológico es el comportamiento que tiene *sentido humano*. Pero, para constituir este sentido, es necesario poseamos datos proporcionados por el sujeto, datos que además llegan hasta nosotros por mediación del relato: el comportamiento como simple motor no llega a ser hecho psicológico sino después de haber sido aclarado por el relato.

De tal modo, que la comprobación del comportamiento humano es resultado, en cuanto al psicólogo, no de una *simple percepción*, sino de la percepción complicada por una *comprensión*, y consiguientemente el hecho psicológico no es dato *simple:* como objeto de conocimiento, es esencialmente *construido*.

13. Por otra parte, no puede decirse que el "sentido del drama" no nos sea dado sino por la *experiencia interna* que el sujeto posee de sus comportamientos, y que, en consecuencia, si podemos rebasar la simple percepción exterior del comportamiento motor para alcanzar el comportamiento humano, es porque, por otra parte, *se nos revela el aspecto interno del comportamiento*, por decirlo así. Pero el relato en cuestión es esencialmente relato *significativo*, y la psicología no se ocupa de él sino en la medida en que aclara el drama precisamente. Para ver en el relato cosa diferente a los materiales destinados a aclarar el drama, precisaría efectuar la abstracción, realizar el sentido y estudiar desde el punto de vista formal el sentido realizado de este modo. Ahora bien, lo que caracteriza la psicología concreta es que no emplea estos procedimientos: no abandona el plano del drama y considera el relato como simple contexto que no nos hace penetrar en la vida interior, sino que nos hace comprender un drama que se realiza ante nosotros. En una palabra, el hecho psicológico no puede ser resultante tampoco de la *percepción interna*, puesto que esta supone ya el abandono del punto de vista propiamente psicológico, y esto es lo menos que podemos decir sobre ello, considerando que al término del análisis se revela como pura ilusión.

14. No siendo el hecho psicológico dato perceptivo, sino resultado de una construcción, fácil es demostrar que es original y propiamente psicológico sin ser interior, y que es objetivo sin ser materia ni movimiento.

El drama es *original*. En efecto, nada tiene que ver con la

materia ni con el movimiento puros y simples. La extensión, el movimiento o la energía con todos sus estados y procesos no bastan para constituir el drama, pues éste comprende *al hombre* tomado en su totalidad y considerado como centro de cierto número de acontecimientos que tienen *sentido* precisamente debido a que se refieren a primera persona.

El *sentido* referido a primera persona es lo que distingue radicalmente el hecho psicológico de todos los hechos de la naturaleza. En una palabra, *la originalidad del hecho psicológico es procurada por la existencia misma de un plano propiamente humano y de la vida dramática del individuo que se desarrolla en él.*

ORIGINAL

Pero el drama no es "interior" en modo alguno. Este drama, en la medida que requiere *lugar*, se desarrolla en el espacio como el movimiento ordinario, como todos los fenómenos de la naturaleza en general; porque el lugar en que actualmente me hallo no es sencillamente el lugar de mi vida psicológica y el de mi vida biológica, sino también el de mi vida dramática, y, además, las acciones, los crímenes, las locuras, se realizan en el espacio, de la misma manera que la respiración y las secreciones internas.

Verdad es, por otro lado, que el espacio no puede contener sino el *armazón* del drama: el elemento propiamente dramático no es ya espacial. Tampoco es *interior*, puesto que no pasa de ser sino lo *significación*. Ahora bien, esta última no se realiza ni puede realizarse en parte alguna; no es ni interior, ni exterior, está más allá; mejor dicho, está fuera de esas posibilidades, sin que esto comprometa en nada su realidad.

15. Si el drama no es interior, ni exterior, en el sentido espacial del témino, es, sin embargo, "exterior" en el sentido lógico; puesto que desde el exterior aborda el drama el psicólogo e intenta comprender su sentido y mecanismo; el drama se presenta ante él como una realidad cualquiera; debe explorarlo de la misma manera que se explora la naturaleza. Por eso mismo es *objetivo* el hecho psicológico, aunque esta objetividad no sea la de la percepción exterior. En efecto, si el hecho psicológico es objetivo, no se debe a que sea extenso o mensurable, sino porque sobre el plano del realismo empírico de la ciencia es exterior al acto de conocimiento que lo aborda; desde este punto de vista es hasta trascendente para con él; posee su dialéctica propia y no puede ser conocido sino de manera mediata con ayuda de los datos del relato. En otras palabras, el hecho psicológico es

objetivo, no por confundirse con el objeto de las ciencias de la naturaleza y de lo que aquellas son, sino porque se *comporta* de la misma manera ante el conocimiento.

Por eso mismo, los datos de la psicología concreta, sin ser experimentales en el sentido vulgar de la palabra, son, por derecho universalmente accesibles y comprobables. No importa, en efecto, quien sea quien pueda emprender la descripción y análisis del drama, con ayuda del método del relato.

16. Por todo eso hemos afirmado con razón que la psicología concreta representa la verdadera síntesis entre la psicología objetiva y la psicología subjetica. Concede razón a una por no haber querido una psicología que no fuese objetiva, y a la otra por haber querido conservar el carácter propio de la psicología, pero condena ambas a la vez por haberlo sacrificado todo a lo que no representa más que *una* de las condiciones de existencia de la psicología positiva. Al mismo tiempo realiza lo que ninguna de ellas ha podido hacer: *una psicología objetiva, al mismo tiempo que propiamente psicológica.*

La realidad del hecho psicológico, tal cual lo define la psicología concreta, queda desprendido de todo halo metafísico. Su afirmación no envuelve existencia de esencia nueva en el sentido realista del término, sino simplemente la de un grupo de hechos que no nos conduce en modo alguno a la antítesis clásica del espíritu y de la materia: la psicología desconoce tanto al uno como a la otra, conociendo solamente el drama. Los hechos psicológicos nos ponen, pues, en presencia de un mundo nuevo, pero se trata de un mundo de *conocimientos* y no de *entidades* y *procesos sui generis;* la psicología no nos facilita el acceso a una realidad que pueda oponerse o yuxtaponerse a la naturaleza. Vamos a intentar expresarlo en pocas palabras: *la psicología concreta no conoce la materia psíquica,* y, lo que es infinitamente más importante, no se contenta con la negación puramente formal de la tesis, sino que elimina todos los procedimientos que la engendran o que de ella derivan. *Por eso mismo, la psicología cesa de ser la ciencia de la vida interior.*

17. El hecho que la psicología concreta sea síntesis entre la psicología objetiva y la subjetiva, es importante determinación cuando se trata de demostrar con precisión su orientación entre las tendencias de la psicología contemporánea. Pero por eso mismo, es virtud clásica, por decirlo así. La comprobación mu-

chísimo más importante, la de mayor importancia entre todas, debido a que no solo interesa a las condiciones de su nacimiento, sino a la manera como debe orientarse, una vez nacida, estriba en que la psicología concreta es una *psicología sin vida interior*. Esa es la virtud verdaderamente fundamental de la psicología concreta, porque es esencialmente psicología que renuncia a todos los procedimientos con ayuda de los cuales el drama humano puede transformarse en "vida interior". A este hecho debe su fecundidad actual y todo su porvenir depende de la consecuencia y el vigor con que pueda continuar encarrilada en esta vía, pues no es difícil distinguir el comportamiento humano del comportamiento simplemente fisiológico o biológico. Lo que es infinitamente difícil, y, lo que continuará siéndolo hasta la desaparición de esta generación educada en la ideología de la psicología abstracta, es no poder dejar de confundir el drama con la vida interior, más bien dicho, no poder contestar a todas las cuestiones que el drama nos plantea y que nos conducen necesariamente a la vida interior.

18. Para conocer el sentido del drama, precisa recurrir al relato del sujeto. El contenido del relato, visto a través de la psicología clásica, encierra las célebres nociones de las imágenes, percepción, memoria, voluntad, emoción, etc..., cuya investigación constituye peligrosa tentación, aun en el caso en que se trate de un psicólogo que concibe la necesidad de la psicología concreta. Si cierro los ojos y veo la plaza de la Concordia con el Obelisco en su centro, la tentación de describir esta visión y hacer de ella objeto de investigación, es irresistible. Esa misma tentación es la que aparece respecto a todas las "implicaciones" del relato. Por eso precisará estar atento en espera de este momento, porque se trata de refrenarse precisamente en la pendiente de estas implicaciones.

En efecto, sean cuales fueren las cuestiones que se planteen respecto al relato, el psicólogo debe comenzar por desinteresarse por todo aquello que no sea su *contenido*, es decir, interesarse únicamente por su significación. La significación de los comportamientos humanos no puede ser conocida sino porque el hombre se expresa por medio de la palabra, o si se quiere porque piensa. Pero lo que interesa al psicólogo, no es el pensamiento en sí mismo ya, no es eso lo que debe procurar comprender a través de sus encarnaciones: para efectuar esta investigación no

debe descartar la *significación,* porque ella precisamente es la que importa a la psicología.

19. Por lo tanto, de modo general, las formas del pensamiento, los estados de la conciencia, en una palabra el mundo en que se mueve la psicología introspectiva, constituyen un dominio situado por encima del drama. Es necesario que el psicólogo desconfíe de todo eso, pues el dominio en cuestión, precisamente por estar más allá del drama, constituye, *con respecto a la psicología concreta,* una metapsicología a la que el psicólogo, en el sentido positivo de la palabra, no debe dejarse arrastrar.

Si esbozo un gesto, sé muy bien que su mecanismo fisiológico nada tiene que ver con la psicología; pero, al esbozarlo, mis pensamientos constituyen una especie de forro espiritual de dicho gesto, y la tentación de profundizar el estudio "desinteresado" del "forro" es grande. Entonces será cuando habrá que comprender que soy *psicólogo* y no *metapsicólogo:* los pensamientos *en sí mismos* no pueden interesarme. Por el contrario, siempre podré hacer respecto a dicho gesto un *relato* que me ponga en posesión del sentido de ese gesto, su tenor humano e individual: eso es lo que interesa al psicólogo.

El primer deber del psicólogo concreto consiste en la adquisición del conocimiento con respecto a la *metapsicología.* Ahora bien, el punto de vista de la psicología introspectiva se halla tan profundamente arraigado en nosotros, que hasta llegamos a dudar de la legitimidad del esfuerzo necesario para rebasarlo y resistirlo. Entonces precisa saber dos cosas: ante todo, que las ciencias que disfrutan de la reputación de positivas actualmente únicamente han logrado llegar a serlo sacrificando cierto número de grandes evidencias. Por eso la física moderna ha tenido que vencer las evidencias de la visión aristotélica del mundo, y, gracias a la práctica constante durante varios siglos, ha podido acostumbrarse el físico a la visión cuantitativa de la naturaleza. Lo mismo sucede con la psicología. La victoria obtenida sobre la metapsicología del alma-substancia no fue nada, mejor dicho, fueron sus comienzos. Lo que precisa es la victoria sobre la metapsicología de la vida interior.

En segundo lugar, hay que saber que al sacrificar las evidencias de que se trata no hacemos más que sacrificar falsos problemas, pues una parte de esas evidencias que hay que desterrar se revela como efecto de una "ilusión trascendental", como he-

mos intentado demostrar en las páginas de esta obra, como continuaremos demostrando en los volúmenes que serán su complemento. Cierto es que entre ellas hay algunas que podremos tratar de nuevo, porque parecen enlazadas con hechos reales; por ejemplo: que el "relato" encierra "memoria", y por lo tanto nos parece imposible dejar de estudiar esta última. Pero hay que saber que no es la *memoria* lo que interesa al psicólogo concreto, sino el *recuerdo* como aclaratorio del drama, y que como éste es el objeto *primordial* de la psicología, la memoria solo aparece como suposición lejana. De todos modos, precisa adoptemos resueltamente ante todo la actitud de la psicología concreta con todas sus consecuencias, abordando luego solamente ciertas partes de la psicología abstracta actual, cuyo sacrificio parece arbitrario actualmente. Entonces solamente nos será posible ver si los problemas en cuestión pueden tener significación concreta o no.

En una palabra, para la generación, ante cuyos ojos se opera un progreso científico, la victoria sobre las evidencias clásicas parece imposible, y aquellos que preconizan su necesidad están destinados a recaer en ellas de cuando en cuando. Hay que tener en cuenta que la transformación de las evidencias se opera lentamente, y, para la generación siguiente, el problema se presenta rara vez, porque lo consideran todo a través de un nuevo prisma.

20. Las enseñanzas obtenidas sobre la psicología concreta por medio de esta inquisición conciernen únicamente a su necesidad y vitalidad; pero debemos profundizar la idea que hasta el presente tenemos de ella. Esta profundización no debe ser ni a priori, ni dejarse al azar. Debe efectuarse examinando, con ayuda del hilo conductor constituído por nuestro actual concepto de la psicología concreta, las tendencias de la psicología contemporánea que denotan ya orientación concreta, por una parte, y, por la otra, adoptando el plano que nos procuran los problemas que se desprenden de la psicología concreta tal cual la hemos asentado en este libro.

21. La psicología concreta nos orienta ante todo hacia el behaviorismo. Durante el curso del presente trabajo nos hemos servido corrientemente del término "comportamiento", por ser de nuestro completo gusto. Además, como se habrá podido ver a partir de nuestra introducción, atribuímos capital importancia

a la tentativa de Watson. La razón de esto está en que el behaviorismo debe su existencia a una inspiración concreta.

Si olvidamos la parte sensacional y el escandaloso aspecto del behaviorismo, es decir, la negación radical y verdaderamente despiadada de la conciencia, la introspección y todas las nociones introspectivas, para detenernos en la siguiente proposición fundamental: "el hecho psicológico es el comportamiento"; si luego dejamos de tomar en cuenta la interpretación de Watson que se encierra por entero en la concepción puramente fisiológica del par "stimulus-response", observaremos que el comportamiento es verdaderamente segmento de la vida del individuo particular.

En efecto, afirmar que el hecho psicológico es el comportamiento, equivale a renunciar a reconstituir el hombre por la combinación de un conjunto de conceptos de origen más o menos sospechoso, como sensación, memoria, voluntad, carácter, etcétera.... equivale a afirmar la necesidad de partir de lo que es *verdaderamente real*, puesto que el comportamiento no pasa de ser un *retal* en el continuo desarrollo de la vida del hombre. En una palabra, Watson quiere partir también del *todo* y reconstituir lo concreto con lo concreto, pero no con ayuda de lo abstracto.

No es esa interpretación arbitraria del watsonismo, pues el mismo Watson se da perfecta cuenta del carácter concreto de la noción de behavior. Todos sabemos cuán grande es su insistencia sobre la necesidad de considerar el organismo "como un todo" (*as a whole*, que son sus palabras originales inglesas), renunciando a las fragmentaciones tradicionales de la psicología y la fisiología. Ahora bien, considerar el hombre "como un todo", estudiarlo en sus evoluciones concretas, es decir, en sus comportamientos, aplicar este punto de vista sin desfallecimientos, supone, sea cual fuere la interpretación final del término behavior, completa reforma del objeto y nociones de la psicología clásica.

22. De este modo queda justificada la aproximación inesperada que acusamos entre el behaviorismo y el psicoanálisis. Corresponden ambos a una rebeldía contra la abstracción que constituye el carácter fundamental de la psicología clásica: se trata de dos tentativas para introducir el análisis concreto en una disciplina que hasta entonces ha desconocido todo cuanto no fuese fantasías abstractas. El psicoanálisis y el behaviorismo se unen, con-

vergen en la aversión que sienten por lo astracto y su esfuerzo por partir de lo que se les aparece como vida concreta del hombre en el plano particular de cada uno de ellos, yendo más lejos que la biología, por una parte, y más lejos que la psiquiatría, por otra.

Cierto es que el comportamiento humano rebasa en exceso la noción watsoniana de behavior. .No sólo porque este último no llega a ser el drama todavía, puesto que no puede ser más que su armazón, sino también porque la manera como el drama se "monta o arma" comporta todos los grados, yendo desde la escenificación completamente "realista" hasta la relación totalmente alejada que ningún interés tiene ya.

De todos modos, con ello se plantea un problema importante: profundizar la noción de comportamiento humano fijando en él con precisión el contenido y sus límites. Ahora bien, eso no podría efectuarse más que estudiando, desde el punto de vista de la psicología concreta, el behaviorismo y sus diferentes formas. Este estudio nos demostrará además en qué medida puede estudiarse, sin embargo, lo que no se relaciona inmediatamente con el drama desde el punto de vista de la psicología concreta, pues en la psicología contemporánea, aun en la oficial, hallamos ciertamente resultados que superan al realismo y la abstracción, aunque sólo sea en la psicología aplicada. Pero para reconocerlos de manera precisa sería necesario volver a considerar todo el contenido de la psicología actual examinándolo desde un nuevo punto de vista. Por este motivo, será de capital importancia para esta inquisición el examen de lo vivo y lo muerto existente en el behaviorismo.

Esa liquidación será la que nos demuestre, si ha lugar y en qué sentido, la constitución de una *psicología general*, al mismo tiempo que las clasificaciones y nociones que la orientación concreta de esta última supone.

23. De la misma manera que nuestros análisis nos han llevado a servirnos de la noción del comportamiento, la noción de *significación* y hasta la de la *forma*, han representado papel fundamental en nuestras demostraciones. Efectivamente, el drama es lo que hemos dado como objeto a la psicología concreta; ahora bien, el drama comporta esencialmente las nociones de significación y hasta la de forma. Por eso mismo se orienta nuestra investigación por una parte hacia la tentativa de Spranger, y por otra, hacia la Gestalttheorie en general. También en esto nos hallamos

frente a una tendencia cuya inspiración es netamente concreta, aunque no fuese más que por la introducción del punto de vista del sentido y por el abandono del análisis elemental.

Pero la significación y la forma, tal cual intervienen en la psicología concreta, no tienen absolutamente el mismo sentido que para Spranger y los partidarios de la Getalttheorie, y, por otra parte, precisa llegar más lejos, hacer algo más que abandonar pura y simplemente el análisis elemental, puesto que es necesario que este abandono sea al mismo tiempo renunciación a la metapsicología.

En una palabra, en estas páginas no hemos profundizado ni la idea de significación, ni la de drama, ni aun hemos determinado sus relaciones con exactitud y hay que tener en cuenta que esas son las nociones fundamentales de la psicología concreta, y, para precisarlas, tendríamos que estudiar la Gestalttheorie.[75]

24. Los estudios de que estamos tratando nos aportarán al mismo tiempo otro resultado que no interesa directamente al porvenir de la psicología concreta, sino a la crítica misma de la psicología clásica.

El estudio del psicoanálisis nos ha permitido el aislamiento de cierto número de procedimientos fundamentales de la psicología clásica. Ahora bien, con objeto de que la crítica pueda aportar toda la luz necesario proyectándola sobre dicha psicología, es indispensable establecer la *lista completa* y análisis "acabado" de sus procedimientos. Desde este punto de vista, el estudio de las dos tendencias de que acabamos de hablar es cosa interesante en sumo grado, pues si cada una de ellas participa, hasta cierto punto, de lo concreto, este último se revela en ellas bajo otros aspectos diferentes que en el psicoanálisis. Por lo tanto podemos descubrir procedimientos clásicos que no nos ha revelado el estudio del psicoanálisis, o profundizar los procedimientos que conocemos ya desde un nuevo punto de vista, y esta esperanza es tanto más legítima cuanto la Gestalttheorie, por ejemplo, se basa precisamente en la crítica de este procedimiento clásico denominado análisis elemental. Entonces se tratará de saber cuál es el exacto lugar que ocupa este procedimiento en la jerarquía de los procedimientos clásicos, y si basta su negación para la constitución de una psicología verdaderamente fecunda, cosa que nos proporcionará al mismo tiempo un instrumento crítico de primer orden para poder juzgar ciertas tendencias de la Gestalttheorie.

25. De esta manera plantea la presente investigación problemas que no podrá resolverse más que en ulteriores estudios que hemos anunciado en nuestra introducción. Pero desde este momento podemos afirmar que es cosa cierta que con la psicología concreta entra la psicología en una nueva vía: *el estudio del hombre concreto*. Lo que sucede es que esta orientación no es nueva sino con relación a las preocupaciones de los psicólogos oficiales; no representa, realmente, sino retorno de la psicología a ese deseo que constituye el primitivo manantial de la confianza de que ha vivido hasta hoy la misma psicología oficial. Ese deseo consiste en conocer el hombre. Si se consiente en convertir en programa científico ese deseo, la psicología concreta sistematiza la gran tradición concreta que ha nutrido siempre a la literatura, al arte dramático y a la ciencia de los sabios en el sentido práctico de la palabra. Pero lo psicología concreta, aun teniendo el mismo objeto, ofrece algo más que el teatro y la literatura, pues lo que ofrece es la *ciencia*. De este modo llegaremos a alcanzar una psicología que no será como la psicología clásica, *menos*, sino *más* que las enseñanzas de la vulgar observación del hombre.

26. El desarrollo de la psicología nos reserva ciertamente grandes sorpresas, porque la historia de una ciencia no se adivina *a priori*. El psicoanálisis no es más que un comienzo, no pasa de ser comienzo precisamente, y ahora es necesario se haga la luz respecto a su verdadera esencia, continuar las investgaciones colocándonos en un nuevo punto de vista. Por otra parte, el behaviorismo y la Gestalttheorie tienen que reformarse casi por completo; por eso podemos afirmar que desde el punto de vista técnico sobre la manera como habrá de concebir los fundamentos, pero lo cierto es que se ha hecho imposible todo retroceso. La psicología no podrá retornar jamás al realismo y a la abstracción: ahora el problema se ha planteado en terreno completamente nuevo, y no podrá volver nunca ni a la psicología fisiológica, ni a la psicología introspectiva; dos son los obstáculos que le cierran el camino: el behaviorismo y el psicoanálisis. En una palabra, sea cual fuere la falta de precisión de nuestras fórmulas técnicas y el eco desagradable de las fórmulas de este género: la *metapsicología* ha dejado de existir, y ahora comienza la historia de la *psicología*.

NOTAS

[1] Por ejemplo: el movimiento bergsoniano en Francia.

[2] Esta afirmación ha legado a ser hoy lugar común, sin que, no obstante, se haya deducido nunca su verdadera significación.

[3] Como lo efectúa la pretendida reforma bergsoniana de la psicología, por ejemplo. Véase "El fin de un alarde filosófico", cap. I.

[4] El manual de Warren es muy significativo en este aspecto.

[5] Debe entenderse *de una vez para siempre*, que con el término "drama" deseamos designar un *hecho*, y que hacemos completa abstracción de las resonancias románticas de esta palabra. Rogamos al lector se acostumbre a esta acepción sencilla del término, olvidando su significación "conmovedora".

[6] Dejando a un lado el psicoanálisis.

[7] Estas líneas y las siguientes indican, desde este momento, que nuestra empresa, considerada en su conjunto, rebasa la psicología y la filosofía, en el sentido clásico de la palabra.

[8] Cf. Lebensformen, 5 ed. Halle. 1925.

[9] Freud mismo se encarga, como veremos más adelante, de reducir el psicoanálisis a la psicología clásica.

[10] Los *Materiales* formarán tres volúmenes. Tras el presente vendrá uno titulado *El Problema de la psicología en Alemania*, que tratará especialmente de la Gestalttheorie, con un capítulo sobre fenomenología; el tercero tratará del behaviorismo y sus diferentes formas, con un capítulo sobre la psicología aplicada.

[11] Muy a la moda actualmente.

[12] Einige Bemerkungen über den Begriff des Ubewussten in der Psichoanalyse, in Kleine Schriften zur Nerosenlehre, IV Folge, p. 165. Viena, 1922.

[13] Por ejemplo: para Bergson, el "estilo" forma parte del método psicológico. A consecuencia de las metáforas bergsonianas (que se han convertido en insoportables clisés), casi todos los psicólogos, en Francia al menos, se han creído obligados a procurar estilo a la vida interior.

[14] Las referencias que no llevan indicación de título, se refieren a la

traducción francesa de la *Traumdeutung*, hecha por M. I. Meyerson (Alcan, París, 1927).

[15] Cf. el Cap. II.

[16] A partir de este lugar, tomamos el término YO para designar la primera persona y no en el sentido técnico que tiene en Freud. Cf. "Das Ich und das ES", Viena, 1923.

[17] Véase "El fin de un alarde filosófico", cap. I.

[18] Lebensformen, pág. 5, quinta ed. Niemeyer, Halle, 1925.

[19] Idem.

[20] Esto está muy claro en Bergson. Para alcanzar la totalidad concreta del individuo, no parte de un punto de vista verdaderamente nuevo: se contenta sencillamente con fundir en un todo "cualitativo y heterogéneo" que "moldea" en el tiempo los datos de la psicología clásica. Por eso su psicología es tan abstracta como la de sus predecesores.

[21] Como se verá más adelante.

[22] Cf. el comienzo del cap. II, y nuestro cap. V.

[23] Véase nuestro cap. II.

[24] Como puede imaginarse, no he comunicado todo lo que se me ha ocurrido durante el trabajo de interpretación. (Nota de Freud.)

[25] En Freud subsiste, desde luego, una fluctuación en esta cuestión: se ha admitido algunas excepciones, pero el sentido de la preferencia de Freud es muy claro.

[26] No hay, pues, en esta esperanza, más que una analogía gratuita que, por otra parte, es uno de los más fuertes obstáculos que se oponen a esta revisión fundamental sin la cual no llegaría nunca la psicología a ciencia.

[27] "En rigor", porque en la mayor parte de los casos no hay más que fabulación pura y simple. Cf. nuestro cap. II. "Introspección clásica y método psicoanalítico."

[28] Para simplificar la discusión, admitimos que la experiencia ha sido lo que realmente ha respondido a la pregunta. Cf. cap. II.

[29] Salvo en los escritos "dogmáticos", como "Jenseits des Lustprincips" o "Das Ich und das Es", y, en general, los escritos de "metapsicología", pero también en ellos los hechos analíticos intervienen en gran medida.

[30] Desde luego, hay todo un "psicoanálisis objetivo" que interpreta las autobiografías, los diarios íntimos, etc.

[31] Se nos ha objetado que la psicología concreta que define el hecho psicológico como segmento de la vida del individuo particular, no podrá ser nunca ciencia, puesto que no hay ciencia sino de lo general. Como puede verse, esta objeción es puramente verbal, que se basa en una lectura hecha a la ligera. No nos ocuparemos más de ello.

[32] Estableciendo especialmente paralelo entre el método psicoanalítico y la introspección.

[33] Precisa interpretar esta idea de Freud como expresión de la inspiración concreta del psicoanálisis, y no como simple extensión de la psicología del determinismo, en el sentido vulgar de la palabra.

[34] En la psicología clásica hay un método que podemos vernos tentados a comparar con el freudiano: se trata del método de los cuestionarios.

Este método puede dar resultados objetivos, efectivamente. Pero lo que falta a quienes lo emplean, es precisamente la noción concreta de la psicología: las preguntas hechas son abstractas, las respuestas lo son igualmente. El método solamente ha podido proporcionar algunos resultados valiosos en la medida en que aquellos que se han servido de él han sido concretos contra su voluntad.

35 De aquí en adelante solamente hablaremos del modo como la psicología clásica trata el "relato". Pero se verá fácilmente que cuanto decimos se aplica igualmente a la "visión".

36 Ya sabemos que en otro tiempo se llegaba más lejos, y se llegó a admitir paralelismo completo entre el lenguaje y el pensamiento. Pero fueren los que fueren los refinamientos de las más recientes teorías, encontraremos en ellas siempre el esquema del procedimiento que describimos.

37 Véase más adelante, cap. IV, pár. ix.

38 Véase más adelante.

39 Este es el trabajo que hemos llevado a cabo en "El fin de un alarde filosófico".

40 En el "Ensayo" será en donde nos ocuparemos sistemáticamente de ésto.

41 No insistiremos más sobre este problema, porque el tomo II de los "Materiales para la crítica de los fundamentos de la psicología" se dedicará principalmente a Spranger, y, en general, a la Gestalttheorie.

42 En efecto, tal es el origen de la famosa teoría de a duración y de su "heterogeneidad cualitativa". Véase "El fin de un alarde filosófico", cap. I.

43 De esta manera se comprenderá que la psicología bergsoniana no es psicología concreta, sino el sueño de lo concreto de un psicólogo abstracto.

44 En el empleo que tan frecuente hacemos del término dialéctico, se ha buscado influencias hegelianas. Ahora bien, es cosa evidente que si empleamos dicho vocablo se debe a que es muy cómodo para designar las leyes de organización *agentes y continuas*. Pero eso a nada nos compromete aún ante Schelling o Hegel, tanto más cuanto nuestra intención no es dogmatizar sobre el término en cuestión.

45 Véase también la teoría freudiana de la superdeterminación del sueño.

46 Dada la orientación de nuestros desarrollos, contestamos en este lugar explícitamente a la segunda pregunta.

47 En Freud está en bastardilla.

48 Como Freud compara la conciencia con un órgano sensorial, no tenemos ya que profundizar en esta cuestión de la relatividad.

49 Véase más adelante, cap. IV, pár. V.

50 Verdad es que en el desarrollo reciente de sus teorías, Freud ha vuelto sobre el problema del reflujo, y entonces hallamos desarrollos o extensiones que se aproximan a las exigencias que acabamos de expresar. Pero esas extensiones no hacen sino acentuar el conflicto entre la abstracción y lo concreto. Cf. cap. V, pár. III.

51 Cf., con lo anteriormente dicho, la teoría de Scherner.

52 La bastardilla es nuestra.

[53] Los análisis de este capítulo se continuarán en los tomos II y III de los "Materiales", ocupándonos de ellos de manera sistemática en el "Ensayo".

[55] "Vorlesungen über den Traum", Viena, 1922, pág. 117.

[56] "Das Ich und das Es", Viena, 1923, pág. 10.

[57] "Vorlesungen über den Traum.., págs. 104-105.

[58] "Das Ich und das Es", págs. 10-11.

[59] Obra cit, pág. 11.

[60] Idem, págs. 11-12.

[61] Indicar el papel del formalismo funcional en la deformación de los hechos convertidos en pruebas de lo inconciente, después de cuanto llevamos dicho en el cap. III, no pasa de ser una especie de juego. Si desarrollamos este punto, lo hacemos en aras a la claridad.

[62] Recordamos que el hecho de que el relato se efectúe "interior" o "públicamente" no tiene ninguna importancia.

[63] Que no hemos hecho más que rozar de paso, en páginas anteriores.

[64] Cap. IV, pár. 6.

[65] Cf. los textos que hemos citado.

[66] Para los textos cf. cap. III, pár. 2, en su comienzo; pár. 3, y en general, la última sección de la Traumdeutung.

[67] No se trata de dar la lista de *todas* las nociones y explicaciones concretas halladas en Freud, sino de los ejemplos, o más bien, de los *modelos* que puedan dar a entender que las nociones y explicaciones concretas existen, en efecto, en el psicoanálisis. Por eso no hablamos de la "transferencia", ni de la "introspección", ni del "complejo de inferioridad" de A. Adler, etc.

[68] Cf., por ejemplo, "Traumdeutung", 4 ed. alemana, pág. 114 y sigs.

[69] "Zur Einleitung des Narzismus", y "Psicología Colectiva y Análisis del YO".

[70] "Psicología Colectiva y Análisis del YO", capítulo VIII.

[71] "Das Ich und das Es", cap. III, pág. 32 y siguientes.

[72] Cf., más atrás, cap. I, pár. 4.

[73] Bergson, por ejemplo, y hasta la Escuela de Wurzburgo.

[74] Becthérew, Watson, etc.

[75] Estudiaremos de modo general la manera como el problema de la psicología ha sido planteado actualmente en Alemania por las diferentes tendencias que, de un u otro modo, vuelven a poner sobre el tapete la orientación clásica de la psicología.

índice

prefacio 7

prólogo 13

introducción 17

descubrimientos psicológicos en el psicoanálisis y orientación hacia lo concreto 35

introspección clásica y método psicoanalítico 69

armazón teórico del psicoanálisis y supervivencia de la abstracción 91

hipótesis de lo inconciente y psicología concreta 123

dualidad de lo abstracto y lo concreto en el psicoanálisis y el problema de la psicología concreta 161

virtudes de la psicología concreta y problemas que plantea 181

notas 199

Este libro se terminó de imprimir en los Tall. Gráficos Editorial Escorpio, Cabrera 3856, en el mes de setiembre de 1964

guaje, el sonido y el color en meros instrumentos de propaganda y así también —como dice Paul Baran—, la psicología se ha transformado en una prostituta de la investigación motivacional para mejor manejar al personal de las grandes empresas.

El presente libro de Georges Politzer, el lúcido filósofo marxista, es un aporte de gran valor en estas circunstancias para evitar que se haga abstracción de las condiciones sociales de la psicología, se supere la psicología clásica y la psicología meramente técnica, que en rigor tienden al total sometimiento del individuo a la producción para adaptar al hombre al medio social para una explotación racionalizada.

Georges Politzer, supo liberarse del acecho de las corrientes burguesas; criticando a Schelling (La liberté humaine-LEsprit) y principalmente a Bergson (Fin d'une parade philosophique: le bergsonisme") llega al marxismo, donde comienza a dar lo mejor de su capacidad, sólida capacidad intelectual; pero ya la reacción mundial acechaba la labor creadora y la guerra se incrustó en todos los intersticios humanos: capturado por los nazis, murió fusilado en Mont-Velerien en 1942.